

Henry James

**LA TORRE DE MARFIL**

*Prólogo, traducción y notas de*  
José Manuel Benítez Ariza

*Epílogo de*  
Jean Pavans

*Traducción del epílogo de*  
Luis Cayo Pérez Bueno

PRE-TEXTOS • FUNDACIÓN ONCE  
COLECCIÓN LETRAS DIFERENTES

Títulos originales:

*The Ivory Tower*

Del epílogo: *Quand l'héritage s'empore de l'héritier*

Diseño gráfico: Pre-Textos (S. G. E.)

- © del prólogo, traducción y notas: José Manuel Benítez Ariza
- © del epílogo: Jean Pavans, 1998. Publicado con la autorización de Payot & Rivages
- © de la traducción del epílogo: Luis Cayo Pérez Bueno, 2003
- © De esta edición: Fundación ONCE y Editorial Pre-Textos, 2003

Ilustración cubierta: Pre-Textos (S. G. E.)

ISBN: 84-8191-532-7

Depósito legal: V.2137-2003

Impresión: Guada Impresores S. L. - Tel. 96 151 90 60

Montcabrer, 26 - Aldaia (Valencia)

## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	7
LIBRO PRIMERO .....	17
LIBRO SEGUNDO .....	71
LIBRO TERCERO .....	133
LIBRO CUARTO .....	199
NOTAS DE TRABAJO PARA <i>LA TORRE DE MARFIL</i> .....	223
EPÍLOGO .....	287

## PRÓLOGO

Henry James abandonó lo que llevaba escrito de *La torre de marfil* en agosto de 1914, tras el estallido de la Gran Guerra, con la intención de reanudar su trabajo tan pronto las circunstancias ambientales le permitieran tratar con despego una trama que concebía como estrictamente contemporánea y que, como es característico en la última etapa de su obra, exigía que sus personajes americanos tuvieran bien presente la posibilidad de viajar a Europa en busca de nuevos horizontes y perspectivas vitales. La muerte sorprendió a James antes de que pudiera cumplir su propósito, y de la novela planeada quedaron sólo los cuatro “libros” aquí traducidos (el cuarto se interrumpe bruscamente) y una extensa nota que detalla la dirección que el argumento debía seguir hasta su conclusión (se da la circunstancia de que sólo se conserva otra nota de esa clase, la que James redactó para *Los embajadores* y remitió a un editor).

El material conservado, sin embargo, basta para que el lector adicto (no de otra manera se puede calificar a los muchos seguidores fieles con los que cuenta este autor no siempre fácil de leer) no se prive de gozar, si no de la totalidad, sí al menos del planteamiento de una situación típicamente jamesiana (que me excuso de resumir, para no arruinarle al lector el placer de descubrirla por sí mismo). Y la nota conservada le permitirá ahorrarse la consiguiente decepción de no verla concluir. A los interesados, ade-

más, en los apuros de la autoría, la mencionada nota les ofrece una oportunidad única de espiar al novelista mientras trabaja. En ese trance, la mente de James se conduce con una característica mezcla de vacilación, rayana en el balbuceo, y lógica implacable. Continuamente se desdice o matiza lo que ya daba por resuelto unas líneas antes, o contiene el aliento a la espera de una idea que no acaba de surgir o surgirá sólo tras una trabajosa pugna con los elementos de partida. Pero también es capaz de asumir, en los momentos cruciales, una actitud similar a la exhibida por su compatriota Edgar Allan Poe al explicar la composición de su poema “El cuervo”. Efectivamente, hay momentos en los que el novelista razona, ante nuestros ojos, con el mismo rigor deductivo que fingió su predecesor: primero diseña los efectos necesarios para la buena marcha de su trama, luego empuja su inventiva hasta dar con la situación y personajes capaces de deparar esos efectos; y, finalmente, encuentra los hechos decisivos en los que se han de articular esas situaciones y personajes. Así es como da, por ejemplo, con el precioso gesto en el que la coprotagonista de esta novela, Rosanna Gaw, asume respecto al joven Gray Fielder una responsabilidad que será decisiva para determinar la suerte y comportamiento posterior de ambos...

Pero el texto aquí traducido no interesa sólo por satisfacer nuestra curiosidad respecto a los procedimientos creativos de James. La trama, por sí sola, constituye un delicioso ejemplo de la mirada lúcida que tenía el James final, su manera de delatar los sutiles (o groseros) lazos económicos que se ocultan bajo el tejido social y familiar; y el exquisito humor con el que se abstiene de todo sarcasmo acerbo o hipócrita condena... James no condena a nadie, a nadie niega su comprensión. Los petimetres sin fortuna y las damiselas en continuo estado de “disponibilidad”, a la espera de un matrimonio que las saque del limbo, le merecen tanto respeto como los despistados protagonistas que, evidentemente, cuentan con su simpatía, o los inmutables financieros y capitanes de industria que, desde su inamovible posición, como dioses de

un Olimpo dinerario, deciden la vida y destino de los otros. El dinero es el gran protagonista de esta novela en la que, curiosamente, nadie parece apreciarlo en su concreción contante y sonante, sino sólo como fundamento casi metafísico de determinada forma de vida gregaria, ruidosa y banal, fuera de la cual nadie es nadie.

Esta trama de personas unidas entre sí por un sutil tejido de dependencias económicas estuvo rondando la cabeza del autor durante años y pasó por diversas vicisitudes antes de cuajar en la formulación (incompleta) que aquí ofrecemos. La idea, al parecer, se la inspiró la vida y circunstancias de una tal “Katrina” (Katherine) Bronson, de la que obtuvo amplia información a través de la escritora Constance Fletcher. Con estos recuerdos elaboró un primer esbozo, que se conserva en una nota del 17 de diciembre de 1909, en el que declara su intención de que la protagonista de su próxima novela (la que escribirá urgido por un reciente encargo) sea una viuda de unos 35 años, ni guapa ni fea, dueña de una modesta fortuna propia y eventual heredera de la fortuna de su suegra, que le sigue pasando la misma pensión que, en vida, pasaba al difunto esposo. El comportamiento de la dama ante estas posibilidades de mantener y aumentar su fortuna, y la eventualidad de un nuevo matrimonio, serían los motores de la acción. Ya entonces tenía James dos cosas claras: que su historia no daría más que para una novela corta y que ésta tendría un carácter predominantemente dramático: sus distintas partes funcionarían como “actos” y “escenas” de un drama. Lo segundo se cumple rigurosamente, tanto en el texto conservado como en el esbozo de lo que quedó por escribir. Lo primero, en cambio, depende de lo que entendamos por “novela corta”: de haber dedicado a los “libros” no escritos la misma extensión que a los tres y pico conservados, la novela hubiera pasado de las trescientas páginas; lo que quizá es poco, en comparación con las novelas más extensas de James, pero excede con mucho los límites de lo que habitualmente se entiende por “novela corta”... Como Poe en la discusión

de su poema, en fin, James partía de un “tema”, de una idea aproximada de la extensión que estaba dispuesto a concederle y de un esbozo del mecanismo básico (teatral, en este caso) en el que esperaba articular su materia.

Tras unos días de enfermedad, un impaciente James pone manos a la obra. Y en una extensa anotación de enero de 1910 nos ofrece un detallado esquema de la novela que entonces pensaba escribir. La protagonista tiene ya nombre: Nan Drabney, viuda de un tal Maxwell Drabney al que James se inclina a ver como un disoluto que ha enfermado por sus propios excesos y ha tenido a su mujer atada a su lecho de enfermo durante años... Este ingrediente, piensa James, es básico para que podamos ver con simpatía los deseos de libertad de la viuda, que en un momento dado casi piensa en renunciar a la asignación que le concede su suegra (y, eventualmente, a la herencia de ésta) con tal de poder marcharse sola a Europa. Consulta esa opción con el administrador de sus bienes, el joven abogado Basil Hunn, de quien está enamorada. Y, con dolor, constata que el abogado le da carta blanca y la anima incluso a que emprenda el largo viaje que inevitablemente los separará para siempre. Para conjurar esa circunstancia, la viuda decide quedarse y amoldarse a las exigencias de la suegra. Y aceptar, incluso, los galanteos del “elegante” Horton Crimper, amigo del marido y visto con buenos ojos por la suegra...

Lo efectivamente escrito, sin embargo, difiere bastante de este esbozo. Nan Drabney se convierte, tras un sorprendente cambio de planteamiento, en Rosanna Gaw, que ya no es viuda, sino simplemente una de esas muchachas poco agraciadas y a punto de convertirse en solteras que siempre fueron objeto de una peculiar devoción por parte de James. Y su no correspondido amor, Basil Hunn, pasa a ser Graham Fielder, joven sensible y de escasos recursos al que Rosanna conoció en Europa cuando éste era prácticamente un niño. Decíamos antes que uno de los momentos más conseguidos de la trama es aquél en el que Rosanna contrae



una especial responsabilidad en la determinación del destino del chico. No puedo decir más, salvo que, con el tiempo, ambos se verán en la curiosa situación de haber heredado sendas fortunas. Y que ambos viven esa circunstancia con incomodidad. Lo escrito, como vemos, conserva personajes y elementos de la trama desechada (por ejemplo, el rico que condiciona con promesas de fortuna el comportamiento de sus parientes menos favorecidos), pero éstos parecen haber sido entremezclados de nuevo en una poderosa batidora y haber dado lugar a una historia bien distinta. Lo que habla, quizá, de la consideración casi musical que James presta a sus elementos narrativos, de que sus personajes no nacen envueltos en una trama de acciones intransferibles, sino felizmente despojados de toda determinación, sin otra cosa que su “personalidad”. Las acciones originales, los datos básicos de la trama, están ahí, James cuenta con ellos, pero lo mismo pasan de un primer plano a un plano secundario que al contrario... Lo importante es la sonoridad del conjunto, la armonización de las variadas voces que componen el coro, aunque alguna de las voces secundarias tenga que cantar lo que, en primera instancia, hubiera correspondido al solista. Lo curioso de esta falta de ligazón firme entre acciones y personajes es que, a pesar de los sucesivos cambios de intención del autor, ninguno de aquéllos se queda sin papel, ninguno queda en esa extraña sensación de desamparo que a veces nos causan, pongo por caso, ciertos personajes de película cuando adivinamos que les han cortado alguna escena determinante prevista en el guión. La trama contrahecha funciona con la perfección de un mecanismo de relojería. Y si Rosanna, pongo por caso, a diferencia de su predecesora Nan Drabney, ya no acusa el conflicto entre lealtades familiares (económicas, en el fondo) y afán de libertad, no es sino porque ese conflicto ha quedado situado en un plano distinto, justo allí donde ella podrá intervenir para forzar a otro a tomar una decisión.

Maravillosa es, también, la enrevesada complejidad que James sabe extraer de la pura nadería. La acción transcurre entre deso-

cupados y petimetres, a los que el agresivo y malicioso lector moderno no puede por menos que ver con malos ojos, o atribuirles comportamientos y personalidades que harían sonrojar a los pobres personajes de James, y quizá al mismo James. Maliciosamente, uno puede pensar que la alcahuetería que ejerce “Gussie” Bradham en su corte de muchachas tiene ciertos visos sálficos, o que el curioso despegue con el que el amanerado Horton Vint (el antiguo Horton Crimper de la trama desechada) se conduce respecto a las muchachas no es tanto cinismo de cazador de fortunas como un afeminamiento mal disimulado, que lo llevará a convertirse, con el tiempo, en otro espécimen del tipo de viejo parlero, sobón y chisgarabís que representa Davey, el marido de “Gussie”...

Pero no debemos juzgarlos con dureza. En el tiempo transcurrido desde que James escribió *La torre de marfil* hasta hoy, esa cursilería que antes era patrimonio de las clases altas no ha hecho otra cosa que generalizarse. Graham Fielder podría ser cualquier graduado sin futuro al que, de pronto, un empleo caído del cielo convierte en alguien “con posibilidades” a los ojos del resto de la pandilla. Rosanna Gaw podría haber heredado una mercería y gozar en sociedad la consideración de “pequeña empresaria”. Y el círculo que preside “Gussie” Bradham podría tener su sede en un bar de fin de semana. Por eso nos resultan entrañables (a algunos) los personajes de James, y les perdonamos –nosotros, los graduados con empleo, eventuales herederos de unos ahorrillos familiares, un piso o una mercería– que se muevan en las alturas sublimadas de la seguridad económica y el asentado prejuicio social. Prefiguran una sociedad dudosamente ideal: el mundo presuntamente igualitario de las democracias avanzadas. De ahí, quizá, la desazón que nos causa la lucidez con que James retrata ese otro mundillo suyo, tan inconfundible.

J.M.B.A.

LA TORRE DE MARFIL

## LIBRO PRIMERO

### 1

No tenían más que salir de sus exiguos jardines, cruzar la avenida y avanzar hasta la reja del señor Betterman, trayecto en el que incluso ella, con los andares deliberados de una joven francamente corpulenta, no empleaba más que tres o cuatro minutos. De modo que, sin más preparativo que abrir una vasta sombrilla verde pálido —un pabellón portátil a cuyo alrededor revoloteaban flecos, volantes y cintas que lo asemejaban a un palanquín birmano, e incluso puede que a una pagoda—, enfiló su camino con estos aditamentos ondeando en medio del aire de agosto, el frescor matinal y la suave luz marina. Sus otras colgaduras, blancas y voluminosas, cedían a la suave brisa como lo harían las de un barco que refrena su velocidad y, sin embargo, mantiene las velas desplegadas: se ajustaban a su ley habitual de sugerir que aquella muchacha desceñida, grande y pesada, y eventual poseedora de los medios más caros y modernos para ser todo un figurín, se pasaba la vida, como decían de ella, en bata y vestido de tarde; por lo que, de no ser porque era indudable que disfrutaba de una salud de lo más grosera, podría pasar por una convaleciente que no ha logrado evadirse aún del recuerdo de las sábanas sucias.

Giró al comienzo del breve camino de acceso, haciendo crujir a su paso la gravilla firme y limpia, y al cabo de unos cincuenta metros se detuvo ante la recargada quinta, ahogada en absurdos ornamentos arquitectónicos, como si fuera a confiar su recado al

rostro grande, hermoso y ridículo del edificio. Cómo se encontraba el señor Betterman esa mañana, cómo había pasado la noche: eso era lo que quería saber; preocupación sincera por su parte y que, de mediar un interrogatorio, hubiese bastado como razón decente y nominal de su venida. Pero su mayor interés era la posibilidad de que hubiese llegado Graham Fielder.

Las ventanas limpias y vacías, sin embargo, simplemente le parecieron otros tantos marcos vistosos a la espera de sus cuadros. Incluso las que se abrían al encantador día de Newport parecían decirle, a lo sumo, que nada había sucedido desde la noche anterior y que la situación todavía no había sufrido la alteración con la que ella soñaba. Como persona esencialmente indiferente a las formas —que, dado su propio porte, nunca le parecían a su medida, inadecuación que en muchos casos le resultaba ridícula—, rodeó la casa en vez de dirigirse al grandioso portal abierto (en el que sí que había espacio para ella) y, cruzando una franja de césped que conducía a la fachada del edificio que daba al mar, descansó allí de nuevo unos minutos. Buscó incluso, tras un instante, el apoyo de un banco elaboradamente rústico que dispensaba paz y contemplación, y desde el que podría rastrear el resto de la pequeña finca en pendiente: la hermosa vista, los grandes espacios marinos, la línea de la marea baja salpicada, a uno y a otro lado, de “casitas” todavía más costosas; y, sobre todo, el porche amplio y en penumbra del dueño de aquélla, que por entonces solía estar ocupado por su propio padre, al que ella veía ahora siempre al acecho, aunque ella misma, con esa candidez suya a la que era incapaz de renunciar, se hubiese confesado culpable de andar también al acecho, igual que él, en esos días de tensión.

Él no podía por menos que hacer su propia visita —de eso era ella perfectamente consciente—; visita por motivos propios, muy distintos de los de ella. Pero no por ello se vio menos sorprendida, desde su puesto aventajado, por el modo en el que permanecía sentado, ajeno a ella, en el extremo externo, donde la luz delataba su presencia, en una silla baja de mimbre que lo ocultaba

ba del todo, salvo apenas su pequeño perfil afilado y arrugado, recortado sobre la luminosa lejanía, y su piecillo sobresaliente, cruzado sobre una rodilla y presa de una incesante agitación nerviosa siempre que un pensamiento lo embargaba. Pocas veces le había ofrecido tan a las claras ese aspecto, del que ella, en los últimos tres años, nunca lo había visto apartarse; y que, pensaba ella, hubiese bastado para revelar su historia, toda su historia, cada ápice de la misma y en toda su intensidad, a un espectador capaz de dejarse impresionar por él como, al fin y al cabo, se deja uno impresionar por cualquier cosa. Lo que ella, de todos modos, reconocía –y en ese preciso momento como nunca antes lo había hecho– era que su “retirada de los negocios”, como decía la gente, su renuncia a toda actividad para entrar en el primer periodo ocioso de su vida, no había tenido más que el curiosísimo efecto de acentuar su absorción, desmentir su indiferencia y darle el aspecto de andar con el agua al cuello. Especialmente en ocasiones así comprendía ella lo que su vida había significado, y era entonces cuando con mayor franqueza ese significado le parecía mínimo: equivalía exactamente al escaso tamaño de aquella pequeña figura acurrucada en la silla de mimbre.

Era una persona sin alternativas; si alguna vez se le había ofrecido alguna, si la ocasión se le había presentado una o dos veces, en alguna parte de su penumbra interior hacía ya mucho tiempo que le había cerrado la puerta, y ahora se revolvía dentro de aquel círculo de bordes rígidos del que no conocía ni una sola salida. No puede retirarse uno sin algo o un lugar al que retirarse. Hay que haber plantado aunque sea un árbol que dé sombra, o poder girar una llave en una puerta que se abra. Pero decir que aquel extraordinario padre estaba rodeado por el desierto hubiera sido casi un piropo para el vacío al que invitaba a pasar. Se atenía, en suma, a su necesidad de interés absoluto: es decir, interés en sus propias realidades privadas, que eran realidades exclusivamente de cálculo numérico. ¿Cómo podía ser de otro modo, cuando se había despojado –si es que había mediado alguna clase de selec-

ción al respecto— de toda facultad que no fuera la de calcular? Si no pensara en cifras, ¿de qué otro modo podría haber pensado? Y ¡oh, la intensidad con la que pensaba entonces! Era como si, literalmente, ella estuviese presenciando, en ese preciso momento y lugar, cómo su padre se secaba un grado más respecto a todo lo que no fuese su genio. Su genio, al mismo tiempo, podría haber cabido en un punto del tamaño aproximado de una punta de alfiler. Al menos, ésa era la imagen que ella tenía de estos asuntos, o una parte de ella, la determinada por la impresión del momento.

Llevaba haciendo esa visita con tal puntualidad todas las mañanas de la última quincena, quedándose hasta la hora del almuerzo y sentándose aquí y allá en distintos lugares, como Pedro por su casa, fumando, fumando siempre esos grandes cigarrillos portentosamente “especiales” que ahora eran lo que más le perjudicaba, y absorto en pensamientos sobre los que hacía tiempo ya que ella había dejado de preocuparse, dándolos por descontado con una indiferencia de la que la aprensión que antes consignábamos no suponía sino una brevísima excepción. Tenía él (además de lo que había llamado la pasajera atención de ella), tenía él (como lo tenían todos ellos, Dios lo sabe, y como ella misma debía de tenerlo en igual medida) el aire de estar esperando algo de lo que no hablaba y que, de hecho, no podía mencionar sin faltar a la elegancia; ante lo cual, por otra parte, el modo de acción adoptado por irreprimible necesidad, y del que ella había sido testigo, le reveló de nuevo, y a pesar de lo poco que ella buscaba o deseaba cualquier rebrote de esa clase, los diversos rasgos paternos más acusados, lo que ella trataba de conformarse con llamar “rarezas inofensivas”, pero que, de no haberse prohibido ella todo sentimiento, hubiera sentido como pequeños y nítidos símbolos de pequeñas y obstinadas realidades. Y, a pesar de haberse prohibido sentir, estaba igual de desprotegida contra la primera como contra la segunda de las feas verdades que la deliciosa luz plateada le ponía por delante. Que el terrible hombrecillo que ella contemplaba sumido en sus meditaciones no deseaba

tan intensamente otra cosa en el mundo, por aquel entonces, que saber lo que “iba a dejar” el antiguo socio de sus actividades y beneficiario de sus despojos, esto, único objeto del interés del señor Gaw en aquella prolongada crisis, casaba con la certeza que ella tenía de que la opinión paterna era que, hiciera lo que hiciera el amigo sentenciado, dos tercios del pastel serían los impíos beneficios de la gran injusticia que él mismo sufrió en su día.

Y eso era, en opinión de ella, lo que tal cosa implicaba: que su padre permanecería allí, posado como un halcón con las plumas encrespadas, sin otro movimiento que ese único temblor suyo; con el pico, con el que le había sacado el corazón a más de uno, visiblemente más afilado que nunca, y sólo las garras presas del nerviosismo. Y no porque estuviese verdaderamente preocupado, sino porque era incapaz de pensar en otra cosa que no fueran las sublimidades de la aritmética; y la cuestión de qué habría hecho el viejo Frank con el fruto de su estafa, tras la ruptura que los había mantenido separados, odiándose y vituperándose, durante tantos años, era una de las cosas que podían hacerle cavilar durante días e incluso semanas, como un filósofo enredado en algún laberinto metafísico. Y como el final del otro participante en aquella historia parecía estar cada vez más cerca, ella, con toda la sabiduría y firmeza que pudo aplicar al caso, había parcheado la horrenda diferencia e inducido astutamente a su padre a tomar casa en Newport durante el verano; y luego, mientras rogaba e insistía en que, por pura decencia —o, en otras palabras, ante el hecho de que el otro estaba enfermo y afligido por los remordimientos—, los dos deberían volver a verse, logró convencer al otro, ya entonces incapaz de hacer otra cosa que arrastrar los pies escaleras abajo y dar algún que otro paseo en coche, de que había cierta sinceridad en su propia mediación. Había llegado a él empujada por una idea con la que nada tenían que ver las razones declaradas; había logrado la entrada con el ruego de que el otro la recibiese por motivos que sólo a ella incumbían; y, poco a poco, conforme su plan se perfilaba con mayor claridad, llegó



a sentir que había logrado intrigarlo más, quizá, que cualquier otra cosa que alguna vez le hubiese intrigado; y todo lo demás, a partir de ahí, derivaba de esa impresión.

Lo curioso es que, al poco tiempo, era ella la que encontraba razones propias para su interés, que era mayor que el que sentía por cualquier otra transacción o faceta de trato perteneciente a toda su historia específicamente filial. Y no porque importase el hecho de que, con toda probabilidad –y claramente remontándose a la época de las hostilidades abiertas–, este amigo y enemigo de otros días hubiese tenido grandísima parte de razón: la historia, en el mejor de los casos, era tan escasamente edificante para las dos partes que ¿bajo qué luz hubiesen podido pasar los logros de ella por un triunfo sentimental o moral? En su opinión, no había verdadera belleza en el paseo del todavía más complacientemente sano de los dos hombres a través de la avenida; paseo efectuado como ella y su acompañante habían venido haciendo con regularidad desde el primer momento, con vistas a que aquél, ante los enérgicos requerimientos de su hija, pudiera tender su mano, tanto tiempo cerrada, al antagonista nuevamente herido ese año por cuchillos más afilados incluso que los que Gaw guardaba en su armería. Los dos se habían plegado por igual a los deseos de ella, sin saber el motivo de éstos: el viejo Frank, curiosamente, porque ella empezó a caerle bien por sí misma desde el momento en que ella le dio ocasión y se tomó todas las molestias; y su padre porque... Bueno, eso viene de atrás. Hacía mucho, tres o cuatro años al menos, que ella, según decía, no tenía problemas con él; y ella sabía exactamente cuándo, y casi sabía cómo, ese cambio había empezado a manifestarse.

Fue el día en el que a éste le sobrevino la señal, la suprema prueba de que, de no ser por esa hija suya grande, fea y silenciosa (silenciosa, en fin, salvo cuando tropezaba con una sillita sobredorada o se llevaba por delante al pasar, con el amplio vuelo de su traje, algún temerario centro de mesa), estaba absolutamente solo entre los hombres, sin que pudiera albergar esperanzas de que

algún otro semejante pudiera tenerle afecto o, cuando el fatídico día llegase, pudiera desinteresadamente echarle de menos. Sabía ella cuánto, de siempre, le había desconcertado y decepcionado su inexplicable y más bien ridículo porte; pero, junto a esto, en un momento dado, cayó en la cuenta de que ella representaba cantidad y masa; que era mucha hija, capaz de vencer incluso una balanza destinada a pesar oro en lingotes; y como no había nada que él estimase más que esas muestras de valor, al final terminó, quién lo diría, por acercarse a ella y encontrar calor en la amplitud de la sombra personal y social que ella proyectaba. Era lo único parecido a una alternativa viviente que poseía, y sólo servía del modo en el que ella se la proporcionaba. De hecho, se plegó a esa relación personal con su hija como podía haberse replegado, lejos ya del fulgor, el ruido y los ásperos reconocimientos del mercado, a un templo amplio, fresco y oscuro; un lugar en el que vagamente se alzaban y resplandecían ídolos distintos a los de su propio culto, por lo que el efecto, a veces, podía ser más bien horrible, pero donde al menos uno podía estarse muy quieto en su asiento, respirar muy quedo y mirar a un lado y a otro oblicua y discretamente, e incluso andar unos pasos de puntillas y considerar el lugar, con una mezcla de orgullo y temor, casi como propio.

Él había cavilado lo suyo, igual que ahora; y al menos esa costumbre la compartía su hija con él, aunque la materia de sus respectivos pensamientos fuese bien distinta. Y así fue como ella empezó a comprender, en ese momento, la necesidad efectiva que él tenía de asombrarse ante ella, único hecho fuera de su radio de acción que alguna vez le había costado un impulso especulativo y, lo que es más, un fracaso especulativo; igual que llegó a comprenderlo, más tarde, en el caso de su vecino de Newport, y a reconocer, sobre todo, que, a pesar del regusto a incomodidad aceptada que había de envolver la opinión de su padre al respecto, no se requería ningún toque de resentimiento, como fue el caso, para endulzarla. Nada había llegado a interesar más a nuestra inteli-

gente joven que percibir en cada uno de estos hiperfatigados acaparadores –aunque ya a salvo y descansando los dos–, y percibirlo como cosa sin precedentes hasta esa última temporada, un alivio tácito, aunque en cierto modo invocado, ante la intuición, la confirmada sospecha, de cierta anómala ignorancia e indiferencia respecto a lo que representaban; anomalías que ellos, tras un primer atisbo, apenas empezaban a tomar por realidades. Es más: ese alivio se había convertido, tanto en el caso del pobre, vendado, mimado y jadeante objeto de los presentes desvelos de ella como en el de quien todavía le superaba en agilidad y seguía siendo su más intenso oponente, en la inopinada señal del alivio interior que sentían al captar, en la medida en que tenían capacidades o términos para ello, cualquier insinuación de lo que ella tenía que decirles. De ella aceptarían cosas que no podrían haber recibido jamás, ni recibirían, de ningún otro. Hubo insinuaciones previas, que su padre, de antiguo, o bien se había limitado a esquivar con notoria habilidad, o bien se había opuesto directamente a ellas con su carita blanca. No las había deseado; de hecho, las había temido. De modo que, después de todo, quizá su desinterés hacia todo lo que sucediese en cualquier mundo no sujeto a su conocimiento directo bien podría haber contado con la salvedad de que, al menos, intuía que su hija tenía imaginación, y que verla o sentirla imaginar era como sentir una inopinada corriente de aire a su alrededor mientras puertas y ventanas permanecían cerradas.

En el cuarto del enfermo el caso era bien distinto. Ella sólo había sido recibida allí, muy brevemente, en tres ocasiones, y había pasado ya una semana desde la última; pero había creado en él una verdadera necesidad de comunicarse, o al menos de recibir comunicación. No debía verlo más: la pareja de médicos y el trío de enfermeras eran unánimes al respecto; pero él hizo que le comunicaran a ella que le gustaba saber de sus visitas y esperaba que se sintiera como en su casa. Ella tomó esto por una esperada señal, un indicio de que lo que había logrado transmitirle, a pesar de todas las dificultades, lo acompañaba ahora en aquella

gran habitación oscura y desinfectada de la que había sido excluida cualquier otra compañía; en cuanto al padre, había dejado de tenerlo en cuenta desde el momento, no especialmente hermoso, de mero reconocimiento que ella llevó al pie de su propia cama; el padre era la última cosa del mundo que le preocupaba. Pero no ignorarla a ella sólo podía tener un significado positivo, que era que ella había causado la impresión deseada. ¿Lograría Graham Fielder llegar a tiempo? No estaba ella en posición de preguntar por él, pero todas las mañanas se aseguraba de que, a la menor señal, la señorita Mumby, la más comprensiva de las enfermeras, con quien ella había establecido un entendimiento efectivo, estaría lo suficientemente presta para salir y hablarle. Tras un rato de espera, sin embargo, dedujo que aún no podía haber noticias de la señorita Mumby, y se acercó a su padre en el gran porche.

—¿No te cansas —le espetó— de estar sentado ahí?

Él volvió hacia ella su fina carita primorosamente arrugada, de una extremada palidez amarillenta que, de alguna manera, sugería, al cabo de tanto tiempo, la de un vaso vacío al que, por haber contenido mucho vino fuerte durante años, todavía le queda un leve tinte dorado.

—No puedo estar más cansado de lo que ya lo estoy.

Su tono era monótono, débil y tan poco cargado de petulancia que traicionaba un largo hábito de casi exasperante humildad. Lo que, al mismo tiempo, antes que sugerir cualquier hábito de buenos modales, daba más bien una impresión de ordinariez manifiesta y un tanto peculiar.

—La casa es mejor que la nuestra —añadió—. Pero no me importa.

Y continuó:

—Supongo que, de verme en tu caso, sí que estaría cansado.

—Sabes que nunca me canso. Y ahora —dijo Rosanna— me puede el interés.

—Bueno, entonces yo estoy igual. Sólo que yo no me veo en un caso como el tuyo.

Su hija todavía rondaba de un lado a otro con mirada distraída.

–Bueno, suponiendo que yo me vea en algún “caso”, me da la impresión de que es bueno. Quiero decir que es el adecuado.

El señor Gaw agitó su piecicillo con renovada intensidad, pero su ironía no era alegre.

–Lo adecuado no siempre es bueno. ¿Pero lo que importa no era el caso en el que se ve él?

–¿El señor Fielder? Vaya –dijo Rosanna, con tranquilidad–, eso sí que es verdaderamente interesante.

–Bien, entonces tienes que arreglarlo.

–Considero que lo he arreglado ya... Es decir, si podemos aguantar.

–Bien –el señor Gaw siguió meneándose–, supongo que yo sí puedo. Se está bien aquí –continuó–, incluso aunque la cosa tenga su gracia.

–¿Gracia? –repitió la hija. Pero sin prestar atención, porque había advertido la presencia de otra persona, una mujer de mediana edad con el pelo bien peinado y ya canoso, con un vestido blanco cubierto por un gran delantal blanco, que se había detenido en la entrada de la casa inmediata.

–Aquí estamos, señorita Mumby, ya ve. ¿Alguna novedad? –apremió al instante la señorita Gaw.

–Que ahí lo tiene usted, en el piso de arriba –sonrió la señora del delantal, que evidentemente miraba con buenos ojos a su interlocutora.

La muchacha se sonrojó de contento.

–¡Qué maravilla! Pero ¿cuándo ha llegado?

–Por la mañana temprano... En el barco de Nueva York. Me levanté a las cinco, para relevar a la señorita Ruddle, y de pronto ahí estaba su coche. ¡Parece tan simpático! –sonrió la señorita Mumby.

El interés de Rosanna aumentó visiblemente, aunque pronto encontró una explicación.

–¡Es que es simpático! ¿Y lo ha visto ya?

—Lo está viendo ahora... A solas. Cinco minutos. Todo a su tiempo —a la señorita Mumby, no obstante, se la veía serena.

Esto hizo que la señorita Gaw se alegrara.

—No tengo miedo. Le hará bien. ¡Quién dice que no! —declaró airoosamente.

La señorita Mumby estaba tan relajada que incluso pudo permitirse sancionar la broma.

—Siempre será mejor que la tensión de la espera. Ellos están bastante satisfechos.

Rosanna sabía que los jueces aludidos eran el doctor Root y el doctor Hatch, y se sintió apoyada por la firme lozanía de su amiga.

—Así que hay esperanzas —concluyó esta voz autorizada.

—¡Bueno, que entre mi hija...! —Abel Gaw se había levantado como si el mero cambio de posición sancionara ciertas formalidades, pero dirigió su aspereza a la señorita Mumby, que hasta entonces no había provocado en él ningún cambio de postura—. Bueno, si a mí no me soportaba, supongo que era porque me conoce... y a este otro no lo conoce. ¡Ojalá el señor Fielder le resulte aceptable! —añadió, mientras salía del porche al sendero. Pero como esto dejaba campo libre al interés de Rosanna, habló de nuevo:

—¿Vas a quedarte a vivir aquí?

Esta ligera ironía hizo que ella se le uniera de inmediato, y ambos se despidieron de su amiga común.

—Ahora sé que todo está bien —dijo ella, devolviéndole la sonrisa a la señorita Mumby, cuyo movimiento confirmatorio de mano antes de desaparecer como había venido daba fe del excelente entendimiento que había entre las damas, y enseguida arrastró por la hierba sus ligeros y vagarosos ropajes, al lado de su padre. Se les podría haber comparado, mientras avanzaban juntos, con un gran buque que refrenaba su curso para permitir que su empuje de barco de avituallamiento se le mantuviese cerca, y la semejanza aumentó cuando, un minuto después, el señor Gaw se detuvo para preguntarle algo a su hija. Poseía, como

pudo verse una vez más, una gama tan escasa de tonos apropiados que tenía que recurrir al énfasis o acudir a algún otro sistema de signos, seguramente, tampoco de gran amplitud, pero suficiente para expresar sus posibilidades, una vez que se le conocía:

—¿Hay alguna razón para que no me cuentes por qué estás tan nerviosa?

Su acompañante, al pararse para recomponerse, le mostró su carota grave e inexpresiva, en la que la habitual intención de deferencia parecía de algún modo confesar que a menudo estaba a merced —y quizá especialmente en este caso— de un hábito de campar por sus fueros tan interiorizado que no podía sino deparar a Rosanna Gaw determinadas maneras de atención y exigencias de comportamiento. A grandes rasgos, comparada con su padre, era una persona tan bien plantada, que la actitud filial poco menos que se resentía en ella cuando, en ocasiones, se la veía en el caso de ponerse a la altura de su padre. Podía adivinarse que no era persona que cultivase esa circunstancia, y un observador lo suficientemente agudo quizá podría adivinar otras cosas al respecto, dado el cuidado con el que el hombrecillo se conducía ante ella. La pareja exhibía allí, a la grandiosa luz de aquella mañana de domingo veraniego, más de una de las condiciones esenciales (o, mejor dicho, las finalmente establecidas) de la relación que les unía: había ahí un padre que claramente no contaba en el mundo más que con su hija, y una hija que no se dignaba a tratar con nadie más que con su padre; lo que se sumaba al anómalo pero constante esfuerzo que el uno hacía por no ser demasiado humilde, y al equivalente de la otra por no ser demasiado orgullosa. Rosanna, con su poderoso brazo descubierto levantado a la altura de su extenso hombro, hizo girar lentamente su sombrilla, trazando con ella una amplia sombra en la que cabían los dos, el que preguntaba y la que respondía, como bajo una especie de gran tienda empenachada.

—¿Te parezco nerviosa? Si he intentado mantenerme todo lo tranquila que he podido, como suele hacerse cuando se desea tantísimo una cosa...

Los ojos del padre se habían alzado hasta los de la hija, pero después de que ésta despachase la cuestión de ese modo formula-rio, se sumieron ambos en una especie de timidez, como si estuvieran descansando un rato contra una de las estacas de la tienda.

—Bueno, hija, eso es lo que intento comprender... Tus razones personales.

Ella emitió un extraño suspiro carente de información.

—¡Ah, padre, mis razones personales!

Con esto podía haber reanudado la marcha. Pero cuando el padre se cruzó en su camino, pareció que hubiera tenido que pisotearlo para poder avanzar.

—No me quejo de tus razones personales. Quiero que tengas todo aquello a lo que tengas derecho, y a ver quién tiene derecho a más. Pero, por una vez, ¿no tienes siquiera un motivo para permitirme conocer algunas de tus razones?

Su decorosa blandura cayó de nuevo sobre él, y esta vez fue ella la que se adelantó a hacerle frente.

—Siempre has querido que tuviera cosas que no me importan, aunque, cuando has insistido mucho, casi siempre he intentado complacerte. Déjame tener esto.

Y luego, cuando él volvió a mirarla para saber qué podía ser aquello a lo que su hija atribuía tan singular importancia:

—¿Acaso has sido injusta con el hombre que acaba de llegar?

—Enormemente —dijo Rosanna, con mucha dulzura.

Él era evidentemente de la opinión de que cualquier atención que su grandiosa hija hubiese prestado a cualquiera no era, a todos los efectos, sino un honor concedido, y probablemente inmerecido; de modo que ¿qué importaba una absurda injusticia? Incluso pensando lo peor seguía encontrando en ella muestras de grandeza.

—¿Te negaste a que te cortejara?

—¡Oh, eso hubiera sido lo de menos! —rió, y reanudó su curso.



Después de almorzar, Rosanna volvió a encontrarlo sacudiendo su piececillo desde las profundidades de una silla de la terraza, pero ahora en su propio escenario y en un punto donde este rasgo particular del mismo, aquella galería fresca y alargada, dominaba el bajo acantilado verde y una parte del acceso directo a la casa junto al mar. Ella lo dejó entregado a la única clase de pensamiento de la que entonces era él capaz, completamente segura, y hasta qué punto, del curso que había de tomar; pues era ya cosa sabida que no abriría jamás un libro, ni buscaría conversación, ni daría un paso a modo de ejercicio, ni manifestaría la más mínima señal de una necesidad que satisfacer, por lo que su inactividad, un desentendimiento en el que quizá hubiera una pizca de seca animosidad, podía prolongarse sin interrupciones durante horas. Ella sabía lo que esperaba; y que, si ella no hubiese estado allí, viéndole, emprendería de nuevo el camino hacia la otra casa, donde su alegato de preocupación por el estado del viejo amigo bastaba para tranquilizarlo; y donde, además, como ella percibía ahora, la posibilidad de cruzarse con Graham Fielder podía compensarle. A ella le desagradaba la posibilidad de que él disfrutara de ese encuentro mientras ella se lo negaba a sus propios ojos; pero la conciencia de que ambos compartían una misma necesidad de emplear sus facultades le impedía dar expresión a sus opiniones. La ociosidad de ambos

era tan penosa y estéril en ella, según ella misma no podía por menos que reconocer, como en él; y el cielo era testigo de que si el uno podía pasarse horas sentado con los ojos entornados, igual de flagrante era el caso de los paseos sin rumbo, las continuas e incurables circunvoluciones, que ella trataba de casar con unas presuntas muestras de “interés”.

También ella estuvo revolviéndose y paseando sin rumbo por otra zona de la casa, fuera ya de la vista de su padre, hasta pasadas las cuatro; que fue cuando acudió de nuevo en busca de su padre y encontró la silla vacía, y no le cupo la menor duda de lo que había sido de él. De hecho, en sus domingos no cabía otra posibilidad: era el día en que se negaba el recurso de pasear –más bien, de ser paseado– en coche, hábito del que no le había apartado allí, en Newport, el reclamo del automóvil; y que, hundido en su caleza, detrás de sus propios y admirables caballos, podía mantenerlo sumido en la pura meditación sin objeto igual de bien que si se hallase en una mecedora equilibrada. Librada, por tanto, a sí misma, aunque consciente de que podría tener visitas, daba vueltas y más vueltas despacio por la galería, y sólo se detuvo, finalmente, en presencia de un caballero que había entrado en su campo visual por un sendero que subía del acantilado. Un minuto después éste se identificaba como Davey Bradham y, mientras se acercaba, la interpeló sin mediar saludo:

–¿Querrá acompañarme a casa para tomar el té? Me envía Gussy para que la lleve.

–Pues... sí, claro que sí. Muy amable por parte de Gussy –replicó ella; añadiendo a continuación que le apetecía pasear y sintiendo ante esa perspectiva, aunque no llegó a expresarlo, alivio para su tensión y un reconocimiento de lo que ella, para su coleteo, llamaba “su tacto”. Sin esa intervención, no estaba muy segura de que no hubiese emulado, e incluso con extrema tosqueidad, el proceder de su padre; de lo que sabía que más tarde se avergonzaría.

–Todo el que viene por aquí –dijo ella– les hace una visita a

ustedes... Ellos lo sabrán... –y cuando Davey hubo replicado que no había la más mínima posibilidad de que alguien no lo hiciera, ella descendió con él por el sendero, al final del cual entraron en el delicioso paseo del acantilado, una vasta alfombra de prados sin separación, asombrosamente cuidados, con una serpenteante servidumbre de paso en la franja que daba al mar y desafiantes quintas de amplias alas que delataban una colonia bien asentada; muchas de las cuales, con su imponente presencia, reducían a una insignificancia marginal su propio trozo de alfombra.

Davey andaba, como ella, sobrado de salud y carnes, aunque con menos sustancia en estatura: un caballero francamente gordo, a sus cuarenta y ocho años todavía en la flor de la edad, de cara grande, brillante y lampiña, desprovista de bigote o patillas y coronada con denso cabello oscuro segado casi al ras de su cuero cabelludo, al estilo de un escolar francés o un preso. De no ser por su media docena de arrugas fijas, tan marcadas como los grandes ríos de un continente en un mapa, y por sus espesas, pronunciadas y activas cejas, que casi no dejaban espacio por encima para su frente, apenas tendría rasgos que exhibir; carencia que, no obstante, no le impedía parecer, según el momento, lo más portentoso o lo más ridículo. Acostumbraba a colgar los significados en su carota vacía como quien mostraba un horrible despojo balanceándose en un cadalso, o soltaba en ella una gran sonrisa que uno no lograba captar en sí misma, pero que se expandía por las extensiones de sus mejillas como el vino derramado se expande en el agua. Ciertamente difería de Rosanna en que era evidente que disfrutaba de toda su carnalidad; mientras que podía verse al instante que la pobre chica se habría conformado, y hasta hubiese sido feliz, con un poco menos.

–Para empezar, encontrará usted a Cissy Foy –dijo, mientras caminaban–; llegó anoche y me dijo que le dijera que le hubiese gustado acompañarme, pero que Gussy la necesita para algo... Ella siempre necesita a todo el mundo para algo, más que algo para todo el mundo..., y ninguno nos hemos librado de ser

explotados, aunque quizá no todos estemos tan radiantes como Cissy; a quien, por otra parte, se la ve perfecta.

—¿Terriblemente adorable? —preguntó Rosanna, como si la viera.

—Más bonita que nunca, y con unas ganas tremendas de tener noticias de usted, ya sabe, y sobre ese protegido suyo... cómo se llama... ¿Graham Fielder?, cuya llegada nos tiene a todos en ascuas.

Rosanna empujaba sendero arriba; de pronto, de alguna manera, sintió que la exclusividad de este interés suyo se empañaba; que hasta entonces sólo lo había compartido con su padre, cuya parte en el mismo podía ella controlar. Allí y entonces le asaltó, en una de esas olas de desesperación desproporcionada en las que rompen la mitad de las impresiones de la vida, la idea de que ella no iba a poder controlar en absoluto un reparto más amplio. Tuvo un amago de reacción contra sus propios actos. Le gustaba que llamasen a Gray “su protegido”... De los hombres que se habían cruzado en su vida, era el único del lote que no la había apartado de un empujón. Pero, ante aquel gran cuadro radiante de quintas, palacios, jardines y lujos ante sus ojos, y aquellas olas juguetonas al pie del acantilado, que tenían un rumor parecido al tintineo del dinero, sintió que, sin haberlo pensado antes lo suficiente, lo exponía a diversas complicaciones y relaciones. Tales cosas eran las que tremolaban en el aire plateado del impresionante panorama que tenía delante, aquella región exterior que aguardaba su inmediata llegada y en la que Gussy reinaba como una diosa bulliciosa, envuelta en la nube de su corte. El hombre que iba a su lado era el rotundo Mercurio de esta premiosa Juno; pero, dejando a un lado las comparaciones mitológicas, que nosotros ponemos sin que queramos insinuar que ella creyese merecer una sola, fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba contenta de que le cayese bien Davey Bradham, y de que sentía más que nunca no tenerle respeto.

Y, justo antes de que ella volviese a hablar, sucedió algo

extraordinario. Fue muy extraño, e hizo que él la mirase como si le maravillase que sus propias palabras pudieran causar un efecto como el que acusaba incluso una cara tan impasible como la de su compañera. No había absolutamente nadie, en un amplísimo radio a su alrededor, que ella quisiera verdaderamente que Graham conociese; ni una sola criatura de aquéllas...; y por “aquéllas” entendía, mientras permanecía allí parada, las reunidas en casa de los Bradham. Hasta ese momento no había caído en la cuenta, y menos del modo en que lo hacía ahora; mucho menos había tenido tiempo de cerciorarse de si, incluso con una idea más clara, hubiese actuado de otra manera, como su padre solía decir. Eso era verdad, pero, mientras ella seguía absorta en sus pensamientos, Davey se le presentó como algo sólido, en lo que comparativamente podía apoyarse.

—¿Cómo se han enterado ustedes...? Es cierto que ha acudido junto a su tío, pero tan discretamente que yo no lo he visto aún.

—Vaya, querida, ¿le coge de nuevas que seamos activos, listos y alegres? Somos la comunidad más inteligente de toda esta gran costa, y cuando el aire trae informaciones valiosas no hay quien impida que lleguen a nosotros. En el desayuno nos enteramos de que había venido en el barco de Nueva York, y Gussy, por supuesto, lo ha invitado a cenar esta noche. Sólo que Cissy alega que ella tiene derecho preferente... Preferente sobre el de Gussy, quiero decir —continuó Davey—; no me consta que lo anteponga al de usted.

Ella miró de nuevo la lejanía, mientras su compañero miraba tierra, mar y cielo; caviló y se sintió amenazada, a la vez que se sabía al mismo tiempo muy lejos del punto en el que la amenaza podía llegar a encolerizarla. Antes de eso tenía siempre que sufrir muchísimo, y de momento estaba en la fase de no sentirse más que débil y un poco asqueada. Pero ahí estaba Davey, como siempre. Reanudó la marcha antes de añadir, mientras él decía cosas a las que ella no prestaba atención:

—Por mi vida que no logro imaginar —declaró al fin—, qué tiene que ver Cissy con él. ¿Cuándo y dónde lo ha visto?

Davey, como siempre, hizo lo posible por agradecer.

—En el extranjero, hace tiempo, cuando ella acompañaba a su madre a un balneario o sanatorio. Aunque, cuando lo pienso —añadió—, no lo vio a él en persona... Fue a un pariente. ¿No tiene él un tío, o un padrastro quizá? Cissy parece saberlo todo sobre él, y él se interesa mucho por ella.

Lo que, una vez más, espoleó a Rosanna:

—¿Que Gray Fielder se interesa por Cissy?

—No sea yo —rió Davey— el que siembre la semilla de la discordia o responda de más de lo que sé. Ella se lo contará todo, lo adornará con todas las gracias. Sólo que, se lo aseguro, yo tengo tanta curiosidad como el que más —añadió—; curiosidad, quiero decir, por saber si el viejo verdaderamente lo ha llamado a su lado en el último suspiro para hacer algo decente por él. Prevalece la opinión —continuó— de que usted, por asombroso que parezca, cuenta con la confianza del pobre viejo; por tanto, no me ando con rodeos al decirle que la llegada de usted a nuestra casa, ya que ha tenido la bondad de consentir en venir, ha creado una expectativa incluso mayor que la que sus apariciones naturalmente crean en todas partes. Le advierto que nuestra curiosidad no conoce límites.

Rosanna asimiló esto como solía asimilar estas cosas: rumiándolo primero en silencio: aportaba algo al peso general de todas las contribuciones directas a lo que ya sabía. Por lo que era posible que, cuando habló, aquello hubiese ya calado hondo. Miró de nuevo a su alrededor, sin pararse, como agobiada por lo que la oprimía sin descanso; y al ver, algo apartado del camino de grava, un banco público al que conducía un posible sendero, dijo, con decisión visiblemente grave:

—Mire, quiero hablarle... Es usted de los pocos de su grupo con quienes realmente puedo. Así que venga y siéntese.

Davey Bradham, parado frente a ella, se daba unos aires respecto a sus responsabilidades que cuadraban bien con los de ella.

—¿Y qué hacemos con todos esos de ahí?

—Me trae sin cuidado. Pero si lo quiere saber —dijo Rosanna—, sí que me importa todo lo que se refiera al señor Fielder, y confío suficientemente en que usted, siendo, como es, el único de ustedes en quien confío, me ayudará a hacer algo al respecto.

—Mi querida señora, no soy ni pizca de discreto, y usted lo sabe —protestó el señor Bradham, divertido—; soy del todo carente de principios y completamente falto de delicadeza. ¿Cómo no iba a serlo, si lo que más me gusta, en toda ocasión, es que las cosas se pongan al rojo vivo y la trama se complique? Sólo tengo mi preciosa inteligencia, aunque, como le digo, no tengo el más mínimo deseo de enredarla a usted. Por tanto, si cree que de verdad puedo ayudarla, a pesar de ser el mayor charlatán que existe...

Ella aguardó de nuevo un poco, pero esta vez con los ojos puestos en aquel rostro bonachón, mundano y envejecido, y de superficie tan lisa, aunque diese la impresión de estar tan rayado, arañado y cuarteado como el hielo duro de un estanque al final de un día de patinaje. ¡La cantidad de estrepitoso ejercicio que se había hecho en ese campo testimonial! La diferencia entre ambos, así confrontados, podía parecer aún mayor por la propia evidencia del parecido externo entre los dos, en tanto que criaturas de tan abundante materialidad: un ojo observador podía leer en Rosanna que cada gramo de su peso, desde las interioridades del alma a los sentidos externos, era realidad y sinceridad; mientras que, por lo mismo, hubiera notado en Davey que, al calor de la vida, tal como él la conocía, su identidad personal —salvo, quizá, algún pertinaz residuo mínimo— se había volatilizado en gratas espirales de vapor. A nuestra muchacha, sin embargo, en ese momento le interesaba menos la cantidad que la calidad de la sinceridad; podía conseguir el sucedáneo de la misma por arrobas, por toneladas, cada vez que decidía hacer tintinear su bolsillo a derecha o izquierda. Su disponibilidad efectiva, en cambio, equivalía a la chispa que una simple mujer pobre habría logrado avivar en la llama de la verdad. Lo que quedaba de buen fondo en

Davey podía compararse, pues, a un cabo de vela; pero, de no ser por éste, quizá ella se movería en completa oscuridad. Su breve e intenso afán fue recompensado al instante: la caballerosidad de su acompañante fue su cabo de vela, aún no del todo quemado. Eso bastaba, y con ello creyó ver el camino despejado.

—Si no confío en usted, no hay otra persona en el mundo en quien pueda hacerlo. Así que ha de saberlo todo y ha de ser bueno conmigo.

—¿Qué cosa horrible ha hecho usted? —le dijo él, tres minutos después de que hubiesen tomado asiento temporalmente en el banco.

—Pues, llegué al señor Betterman —dijo ella—, a pesar de todas las dificultades. Padre y él no se habían hablado durante años... Hace años tuvieron la más negra y fea de las diferencias. Y, al parecer, ambos daban crédito a las cosas más horribles respecto al otro. Sin embargo, me presenté a él en calidad de hija de mi padre; aunque creo que, al poco tiempo, me escuchó simplemente por el valor de lo que yo tenía que decirle.

—¿Y lo que usted tenía que decirle entonces —preguntó Davey mientras ella mantenía la mirada fija en el horizonte lejano— era que usted sentía un afectuoso interés hacia el señor Fielder?

—Puede ridiculizar mi interés tanto como quiera...

—Ah, querida —protestó Davey, en defensa propia—, no me prive usted de nada que me agrade saber.

—Había algo que ocurrió hace años... Un daño que quizá le hice, aunque de buena fe. Pensé que había encontrado el modo de enmendarlo, y creo que lo he logrado, mucho más allá de mis expectativas.

—¿De qué se preocupa entonces? —dijo Davey.

—De mi éxito —respondió ella, llanamente—. Él está aquí y yo lo he logrado.

—¿Que su tío rico lo quisiera..., él, que nunca antes lo había querido? ¿Eso es?

—Sí, entrometerme una vez más, por su bien, como me había



entrometido tiempo atrás. Cuando se es una entrometida, luego una no puede evitar darle vueltas al asunto –explicó con la mayor gravedad.

–Pero, mi querida señora, si fue por su bien... –improvisó Davey.

–Sí, salvo que tengo mis dudas sobre qué puede ser lo bueno para una persona. Ya es difícil saber –dijo Rosanna– lo que es bueno para una.

–En cuanto a eso –bromeó Davey–, no creo que, en mi caso, haya tenido yo jamás la menor duda. ¿Pero acaso lo importante no es que el viejo había reñido con él y usted ha traído la reconciliación?

Ella se paró a considerar aquella observación con los ojos puestos en la lejanía; como si, a la vez que la empujaba su natural impulso a la confianza, la refrenase su percepción del alcance de ésta.

–Bueno, en las menos palabras posibles, así fue. Él es hijo de una hermanastra, hija del padre del señor Betterman, de un segundo matrimonio que a éste, en su juventud, no le había gustado en absoluto. Ella empeoró su posición, más adelante, al casarse con un hombre, el padre de Graham, al que aquél también puso alguna objeción. Sí –resumió–, al parecer ha sido hombre difícil de complacer, pero ahora lo está compensando. Su cuñado no vivió lo bastante para sufrir por la objeción, y la hermana, la señora Fielder, ya viuda de escasos recursos, se fue a Europa con su hijo, entonces muy joven. Y fue allí, más tarde, durante los dos años que pasé en el extranjero con mi madre, donde los conocimos y tratamos. Mi querida madre y ella se profesaban un gran afecto, tuvieron una relación de lo más amistosa, y además teníamos en común la asociación comercial, aún existente, entre mi padre y el señor Betterman, aunque aquel hombre terrible (lo era entonces) no había hecho las paces con nuestra amiga. Sin embargo, fue mientras coincidimos con ella en Dresde cuando sucedió algo que provocó cierta reanudación del trato, por

correspondencia. Fue un asunto del que ella nos tuvo completamente al tanto, y por el que nos tomamos el máximo interés, porque también apreciábamos a la otra persona implicada. Se le había presentado la oportunidad de casarse de nuevo y ya casi se había decidido a aprovecharla; de lo cual, a pesar de que todo había surgido tan inesperadamente, tuvo noticia indirecta su inexorable hermano en Nueva York.

Davey Bradham, mientras encendía cigarrillos y ponía desde el primer momento la cajetilla a disposición de su acompañante, que supo apreciar inmediatamente el gesto, coronó esta ya encauzada relación con la pertinencia de un comentario:

—Que, como no podía ser de otro modo, se mostró todo lo desagradable que pudo. En general, odiaba a los maridos.

—Bueno, faltaba decir que él lo fue por muy poco tiempo. Perdió pronto a su mujer y no volvió a casarse; y perdería pronto también a los dos hijos que le nacieron. La segunda de esas muertes estaba aún reciente en la época de la que hablo, y supongo que algo tuvo que ver con su repentino acercamiento a sus parientes ausentes. Hizo saber a su hermana que estaba al tanto de sus intenciones y no las veía con buenos ojos, pero también que, si se libraba de su indigno extranjero y regresaba, junto con el chico, a él le alegraría ver qué podía hacer por ellos.

—¡Vaya situación! —dijo Davey, entre hermosas bocanadas—. ¿Su segunda elección, en Dresde, era un aventurero alemán?

—No, inglés, el señor Northover; y aventurero sólo en la medida en que todo enamorado lo es, supongo; a quien nosotras pudimos conocer y dar nuestra más extrema aprobación. No tenía nada que ver con Dresde, aparte de haber acudido allí para reunirse con ella. Se habían conocido en algún otro lugar, en Suiza o en el Tirol, y desde el primer momento se mostró atraído por ella y causó similar impresión en la otra parte. Ella contestó a su hermano que su exigencia era excesiva, a la vista de lo poco que ella le debía. A lo que él replicó que podía casarse con quien quisiera, pero que, si renunciaba al chico y lo mandaba a casa, donde él se

ocuparía de él y le abriría perspectivas que sería estúpido por parte de ella no apreciar, no había más que hablar: podía vivir su vida tan perversamente como quisiera. Esta crisis surgió durante el invierno que pasamos con ella... Fue muy cruel, y mi madre, como he dicho, gozaba de su plena confianza.

—Por supuesto —abundó Davey Bradham—; y usted gozaba de la de su madre.

Rosanna se recostó en el banco, con el cigarrillo entre sus dedos fuertes y redondeados. Se la veía ahora relajada en su asiento, mientras este capítulo de historia cubría el blando regazo espacial que tenía ante sus ojos, y el consuelo de haberlo soltado todo —aunque sin dejar de tenerlo todo bajo su control, ayudada de alguna manera por su amigo— resultaba cada vez más efectivo.

—Bueno, yo tenía entonces dieciséis años, y Gray catorce. Yo era enorme y horrible y empezaba entonces a gozar del privilegio (si es que era privilegio) de que, ya que resultaba ridículo tratar al monstruo en el que me había convertido como a un ser despreciable, habían de tratarme como a alguien importante. No era ni un ápice más tonta que ahora; de hecho, veía las cosas con mucha más claridad y sencillez y sabía siempre, mejor que ahora, lo que quería y lo que no. Gray y yo nos habíamos hecho muy buenos amigos... Si quiere usted pensar que fue mi “pasión primera” es usted libre de hacerlo, a no ser que prefiera considerarlo la quinta... Era un chiquillo encantador, más simpático que cualquier otro que yo hubiera conocido. No me llegaba más arriba del hombro y, para serle del todo sincera, le diré que recuerdo que una vez, en un juego con un grupo de niños que mi madre había reunido por Navidad, intenté divertirlos llevando a media docena de ellos, uno tras otro, a mis espaldas... Todo por tener el placer de llevarlo también a él, que me pareció un peso pluma comparado con casi todos los demás. Así de retozona era yo —(usted ya lo habrá sospechado), además de mañosa, lo que ya será más difícil de creer por su parte... El caso —continuó Rosanna— es que enseguida estuve al tanto de la situación de nuestro amigo, y que, cuando me hallaba a

solas con mi madre, no hablábamos de otra cosa. Lo raro, o lo seguro al menos, era que, aunque nos hubiera gustado que siguieran allí con nosotros, detestábamos verlos apremiados, aunque fuera por un pariente rico: también nosotras éramos ricas, aunque eso más bien nos desagradaba, y no le veíamos ninguna poesía a estar forradas... Nos caía bien el señor Northover, su devotísimo amigo, veíamos el aprecio que le tenían, incluso Graham, y el interés que él se tomaba por el chico, de quien pensábamos que una feliz asociación con aquél, ya que estaban los dos tan predispuestos a ello, sería una cosa magnífica. En resumen, nos entregamos las dos, me atrevería a decir que rozando la extravagancia, a la causa del señor Northover. Ella era una mujercita de lo más encantadora, tan bonita, tan sola, tan indecisa... y tan simpática; y nosotras comprendíamos muy bien que el amable inglés, con su excelente gusto y siendo un perfecto caballero, no pudiera menos que sentirse correspondido... Al señor Betterman no puede decirse que lo adorásemos. Entre mi padre y él empezaban a apuntar las diferencias que luego tuvieron tan mal final, y cuando vi por mí misma lo que sería la vida que Gray tenía por delante si se quedaba allí, con la boda de su madre y con la buena influencia que había de presidirla, y no la horrorosa rebatiña —expresándolo con suavidad— para la que estaba yo segura que pensaba educarlo su tío, me propuse espabilarme y ponerme a la obra (más allá, sin duda, de lo que me correspondía) y preguntarme qué podía realmente hacer para favorecer lo que me parecía más beneficioso y derrotar lo que suscitaba mis prejuicios más fuertes.

Se detuvo un instante, como si tuviese que reservar fuerzas para lo que venía después, mientras su acompañante se esforzaba en demostrarle, con la cabeza en posición retraída, como la de un hombre que bebe de un pitorro, lo poco que había decaído su atención.

—Veo, querida y grandiosa criatura, que ya entonces estaba usted al tanto de todo lo que iba a pasar; y sin saber aún de qué se trata, pongo el cuello por usted.

–Bien –dijo ella–, le estoy muy agradecida, y no debe usted fallarme, fíjese bien, ni por un instante. Pero entonces no necesitaba ningún apoyo, ni siquiera el de mi madre: me eché todo aquello sobre mis espaldas en cuanto se me presentó la ocasión.

–Usted dio un paso al frente y, por supuesto, zanjó la cuestión –Davey casi alardeaba del lujo que suponía su interés–. Lo que la movió, claramente, fue una de esas pasiones culminantes de la infancia.

–Entonces, ¿por qué no procuré, más bien, tenerlo donde el pobrecito alimentase mi propia llama? –espetó Rosanna–. ¿Por qué no hice que mi madre le dijese a la suya (ella habría dicho cualquier cosa en el mundo que yo deseara): “Cátese con toda tranquilidad, no desilusione a este encanto de hombre; mientras nosotras llevamos a Gray con su tío, que es lo que más le conviene, y que aprenda a ganar una fortuna, contando con el cariño y amistad de dos mujeres decentes como nosotras, y con que usted y su marido pueden venir a verlo cuando quieran y ver lo bien que va todo”...? ¿Por qué –repitió–, estando tan encaprichada como estaba, no hice eso?

Él la hizo esperar no poco:

–Precisamente porque estaba usted encaprichada. Porque cuando se está encaprichado se es sublime.

Ella había vuelto los ojos hacia él, para encarar su vistosa receptividad, pero no pudo hacerlo sin sonrojarse visiblemente.

–Rosanna Gaw –dijo el otro, abusando abiertamente–, es usted sublime ahora, todo lo sublime que puede y quiere ser. Le gustaba tanto su jovencito que fue realmente capaz de...

Lo dejó ahí, al ver que ella no completaba el sentido, pese a que la frase había quedado en suspenso. Pero prácticamente lo hizo al añadir:

–De lo que he sido capaz desde entonces, he ahí lo importante, es de sentir que influía sobre él; que, joven e influenciable como lo encontré, di un giro a su vida.

–Bueno –apostilló Davey–, ya no es tan joven, ni usted tampoco lo es, naturalmente; pero adivino, a pesar de todo, que le dará algunos más.

Y entonces, mirándole a la cara más abiertamente que antes, ella pareció preguntarle cómo podía estar tan seguro.

–Vaya, si yo mismo, pese a mi duro pellejo, resulto tan influenciable, ¿cómo va a resistirse lo más mínimo esa exquisita criatura formada en todas las sensibilidades que usted hizo por procurarle? Le debe todo lo que ha llegado a ser, así que ¿cómo puede decentemente no querer que usted sepa que lo sabe? Bien está lo que bien acaba: eso, al menos, preveo que querré decir cuando haya sabido más de lo de antes. Iba usted a contarme, en concreto, cómo consiguió usted su oportunidad.

Ella dio una chupada y después otra a su cigarrillo, dejando una vez más la mirada perdida y descansada; tras lo cual, a través del humo, recuperó su conciencia del pasado.

–Un domingo por la mañana fuimos juntos a la gran Galería... Hacía semanas que habíamos acordado que algún día me llevaría y me mostraría las cosas que más admiraba: todo lo contrario a lo que habría de ser mi táctica con él. ¡Cómo me superaba en inteligencia, y cuántas cosas sabía que yo ignoraba y todavía sigo sin saber...! –recalcó esto lo más que pudo–. Y lo hermoso, con todo, era que yo sabía que había maneras en las que yo podía ayudarlo... Eso sí que lo sabía, a pesar de todas las cosas que no sabía y se quedaron en carencias de las que creo que no me avergonzaba lo más mínimo: como no lo hago ahora, habiendo tantas cosas de las que avergonzarse. En cualquier caso, ese día me sentí más dispuesta que nunca para mi papel... Sí, caí entonces en la cuenta de que ése era mi papel; pues después de que viniera a buscarme al hotel y hubiéramos emprendido la marcha juntos, sabía yo que algo especial pasaba; que él, de pronto, había dejado de estar interesado en el pretexto de nuestra salida, pese a que la habíamos planeado como una gran ocasión desde mucho antes... Que su cabeza estaba en otra parte y que, de no haberme pro-

puesto no parecer que lo escudriñaba, podría haber leído sus tribulaciones en su cara. Odié que las tuviera, fueran cuales fueran... Aún recuerdo, como si hubiese sido ayer, cuánto las odié; y también cómo, al mismo tiempo, fingí no notar nada, mientras él intentaba no mostrar que él sí que lo notaba, y enseñarme, en las salas, lo que habíamos venido a ver... Lo que nos deparó media hora que todavía, se lo aseguro, me duele recordar vivamente como una pequeña y solemne farsa consciente. Lo que acabó con ella fue que, por fin, dejamos atrás todas aquellas maravillas, la famosa Madonna, el Correggio, los Veronés..., a las que él dedicó, con voz trémula, los comentarios pertinentes, y salimos a una pequeña sala dedicada a holandeses menores y otros maestros tardíos, cosas sin importancia y hacia las que no podíamos fingir que nos interesábamos, pero donde la luz alemana de un claro día de invierno entraba por alguna claraboya y jugaba con todo aquel abigarrado colorido y esos viejos dorados de un modo que, de pronto, me hizo decidirme.

“—Si quiere saberlo —le dije—, me importa un bledo todo lo que hemos visto desde que entramos. Sólo me importa lo que le preocupa a usted, que debe de ser muy grave, ya que veo, si me permite decirlo, que ha llorado en su casa.”

—No creo que se lo agradeciera —dijo la voz de la experiencia, en boca de Davey.

—No, ni lo intentó, y yo sabía que no lo haría; no hacía falta que me dijera cómo se siente un chico al recibir semejante acusación de una chica. Pero ahí estaba, en un diván pequeño, columpiando las piernas, con la cabeza (se había quitado el sombrero) reclinada contra el respaldo del asiento, y una mirada extrañísima en su cara sonrojada. Hubo un instante de dureza en su mirada y, entonces sí, me dije, estuvieron a punto de saltársele las lágrimas. No llegaron a asomar, sin embargo... Solamente le brillaron los ojos, como con fiebre; de lo que enseñuida deduje que no me había equivocado, sino que había hecho lo mejor que se podía hacer.

“-Si yo pudiera hacerle algún bien... -continué, dándome cuenta enseguida de que, para mi felicidad, eso era realmente lo que estaba haciendo.

”-Ella ha dejado la decisión en mis manos... Pensar, decidir y dejar zanjada la cuestión. Todo lo ha dejado en mis manos -dijo-, y ¿cómo puedo decidir sobre este asunto -preguntó- si ella me dice, y yo la creo, que hará exactamente lo que yo diga?

”-¿Quiere decir que su madre se casará con el señor Northover o lo dejará según lo que usted prefiera?”

Pero, por supuesto, yo sabía lo que él quería decir. Era una alegría para mí sentir que aquello se aclaraba, además del bien que ya le había hecho al obligarle a hablar. Vi que esto lo consolaba, por más que lo que vino a decir fue que aquello era demasiado espantoso para su joven inteligencia, para su joven saber..., para, literalmente, sus jóvenes nervios. Era como si me rogase que calificara aquello de verdaderamente cruel, mientras que lo que yo sentía, desde la primera palabra, era que lo saludaba como una verdadera bendición. No era demasiado para mis jóvenes nervios, por extraordinario -prosiguió- que pueda parecerle que yo quisiera asumir de golpe un cometido tan grandioso. Me pregunto ahora de dónde venía mi lucidez, pero mientras permanecí allí parada vi ciertas cosas a una luz bajo la cual, incluso con oportunidades aún mejores, no he vuelto a verlas desde entonces. Era como si lo asumiese todo, junto con su significado; y él, desplomado en su asiento y con los ojos clavados en mí, comprendió que, de alguna manera, yo tenía la inspiración que necesitaba.

-Mi querida niña, ahora sí que está usted inspirada -Davey Bradham le rindió este tributo-. Resulta demasiado espléndido oír algo así, en medio de nuestra codicia, nuestras ideas timoratas y nuestras pasiones del tres al cuarto. Suena usted como Brunilda en la ópera. ¡Nada menos que dictar su destino!

-Sí -dijo ella con gravedad-, y ya ve lo estupendo que me parece ahora. Yo tomé la decisión. Yo fui el destino -Rosanna dio una chupada a su cigarrillo-. Él se plegó al destino... Sobre todo,



porque quiso; y ya ve –continuó– lo estupidas que habían de ser todas y cada una de las cosas que han sucedido desde entonces.

–Usted hizo que ni se moviera de allí, como clavado –el señor Bradham completó el cuadro–. No tan clavado, en fin –añadió, comprensivamente–, que usted no sea capaz de manejarlo de nuevo a su antojo. En otras palabras: él hace lo que usted le manda.

–Puede que lo hiciera entonces, pero no sé qué habría hecho yo si se hubiese negado a hacerlo ahora. Porque ahora todo ha cambiado. Todos están muertos o muriéndose. Y creo –concluyó– que acerté entonces, que él ha vivido su vida y ha sido feliz.

–Ya veo. De lo contrario... –la mirada libre del acompañante fluctuó.

–También habría tenido que agradecerme, sí. Y, en el mejor de los casos, yo le habría salido bien cara.

–¿Se refiere a todo lo que el viejo tenía en mente más o menos desde el primer momento?

Davey la había cogido en falta; pero, al momento, sin replicar directamente, ella volvió a pisar terreno firme.

–Ya lo ve –dijo ella, para zanjar la cuestión.

–¡Oh, veo muchas cosas! Y si hay más de lo que salta a la vista, creo que también lo veo –declaró su amigo–. En cualquier caso, quiero verlo todo... Y tal como usted lo ha empezado. Pero lo que más ganas tengo de ver es a su queridísimo jovencito en persona.

–Bueno, si yo le hubiese temido a usted no le habría hablado. No creo que le haga daño –dijo Rosanna mientras volvían al paseo del acantilado.

–¿Hacerle daño? Seré su luz en la oscuridad... O la de usted, al menos, lo que es todavía mejor.

A esto, sin embargo, siempre cavilosa, no respondió ella nada, sino que se detuvo como agotada por el esfuerzo realizado y medio dispuesta, por tanto, a volver sobre sus pasos; posibilidad contra la que el otro protestó de inmediato:

–¿Insinúa que no viene con nosotros?

Ella se tomó un instante más para pensar; luego sus ojos fueron más allá de la gran extensión lisa tras la que las indescritibles excrecencias que formaban la “casita” de Gussy, vastas y floridas, acompañadas de toda su cohorte de protuberancias, frontispicios y pináculos, daban fe, aunque con confusos acentos, de su monstruosa identidad. El panorama, después de todo, pareció infundirle resolución.

—Y ahora, ¡a por Cissy! —dijo, sin arrugarse.

Media hora después, sin embargo, ella todavía tenía a esta joven dama ante ella en prolongada perspectiva y como satisfacción —o engorro— por llegar; gracias a que la señora Bradham tenía cuarenta invitados, o una cifra similar, aunque todos se presentaban como por casualidad, para el té, y a que ella misma quizá nunca se había percatado en tal medida de las reacciones de la encantadora muchacha a las consideraciones que todos los presentes sabían derivadas de las ideas de Gussy respecto a ella. Las ideas de Gussy respecto a ella, como respecto a todo lo existente, podían a veces hacer más por llenar un lugar sobre el que Gussy reinara que cualquier estruendo de voces de cualquier multitud congregada alrededor de esa dama: verdad que ahora podría parecer notable a Rosanna a la luz de las ocasionales sonrisas abiertas que le dedicaba Cissy, aunque siempre de lejos, a intervalos separados y a través de las barreras formadas por toda aquella gente más o menos eminente y brillante. La gran idea de la señora Bradham (notoriamente, la más desinteresada de la que se tenía noticia que Gussy hubiera albergado alguna vez con coherencia, a lo largo de una carrera rica en intenciones anunciadas y gloriosos designios) era que, al colocar y tener en exhibición, ante sus ojos, a la más adorable flor de las muchachas que una sociedad espléndida y segura de sí misma podía desear albergar, al mismo tiempo ella realzaría notablemente la dignidad del papel

social jugado por ella misma, y arrojaría el precioso objeto a un medio en el cual el cuidado de los objetos preciosos gozaba de suprema comprensión.

—Cuando ella hace tanto por mí, ¿qué no tendría que hacer yo por ella?

Cecilia Foy le había hecho esa precisión a Rosanna una y otra vez con toda claridad, poniendo de manifiesto su sentido del juego limpio y haciendo de su cultivo de ese ideal quizá no la menor de las complicaciones bajo las que la mayor de ambas jovencitas, tan formal en todo, se esforzaba en formarse una imagen justa de la otra. Cissy al principio se había dirigido a ella bajo ciertas restricciones, pero ése era el modo en el que todo el mundo se dirigía a la pobre y cavilosa Rosanna; sólo que, en el presente caso, la diferencia estribaba en que, mientras que en casi todos los demás, la apelación —o, más bien, la opinión que ésta le merecía— se veía de alguna manera ahogada por las posibilidades de error que la acompañaban, el interés de esta radiante víctima del favor de la señora Bradham se aliaba más claramente, en conjunto, con la mayor y más estrecha de las intimidades, no suscitando las preguntas que uno pudiera hacerse respecto a ella sino para descartarlas; por más que, una vez descartadas, ella volviese a suscitarlas.

Pocas veces, en todo caso, se le había suscitado a Rosanna una tan grande como cuando vio a la chica ganarse su sustento, como solía decirse, multiplicándose por cada una de las personas de la casa, en vez de permanecer tan libre y disponible como su absorbente amiga se había dignado a invitarle a seguir. A aquella observadora le resultó patente, hasta el último extremo —y, sin embargo, no como cosa nueva—, esa soltura de Gussy rayana en la insolencia, que nunca era mayor que cuando la idea que se hacía de alguna relación era lo menos acertada y lo menos cierta posible. En aquella ricachona capaz de permitirse todos los lujos, lo natural era no ser nunca más vulgar que cuando demostraba su estupidez respecto a la mejor manera de disfrutarlos y su determinación brutal, según lo enunciaba la voz interior de

Rosanna, de llevarlos hasta la degradación y la profanación. La señora Bradham se hubiese sentido profundamente ofendida –tan profundamente como podría una mujer carente de la menor profundidad– por cualquier imputación contraria a su modo de ver lo que sería apropiado y estupendo para su joven amiga; pero el celo y la admiración de Rosanna respecto a las posibilidades –por no decir las realidades– ante las que esta mirada permanecía completamente ciega, prestaban a la muchacha que tenía delante, en ocasiones, una condición de criatura sacrificada e incluso verdaderamente prostituida; y que también, habría que añadir, podía con frecuencia enajenarse la simpatía por extrañas y perversas concurrencias. Sin embargo, pensó Rosanna, Cissy no era objeto ahora de ninguna concurrencia, sino que tenía otras preocupaciones bien distintas a la consideración de lo que su anfitriona pudiera darle o tomar de ella. Era feliz –esto nuestra joven podía percibirlo a la perfección, en beneficio de su creciente interés–; tan feliz que, como había podido observarse ya repetidamente, se multiplicaba en virtud del mismo nerviosismo que eso le causaba, aparentando –por las cosas concretas que tenían que decirle, fragmentos concretos de conversación, casi todos de lo más brusco, arrancados aquí y allá, y que ellos no cejaban de intentar encajar, lográndolo la mayoría de las veces– estar a disposición de todos a la vez y, por eso mismo, y en el sentido tradicional de la palabra, tan bella, en su solicitud y humanidad, como los ojos pudieran desear. Con todo, lo que más recababa la atención de Rosanna, y no por primera vez (lo que hacía que todas sus observaciones anteriores resultasen ahora intensificadas), lo que más le llamaba la atención era la enorme familiaridad general, aquel tono de intimidad sin modular, como si exactamente un mismo lazo, de persona a persona, mantuviese unido al grupo entero y nadie tuviese nada que decir a nadie que no fuese de la incumbencia de todos.

Esto, lo sabía ella, era el aire y el sonido, el estado común, de la intimidad; y cada vez que lo había probado, se había quedado sin

saber si aquello la volvía más rabiosamente envidiosa o más descortésmente independiente. Le hubiera gustado ser íntima de uno o de otro, pero no de todos los miembros de una multitud; pero esa facultad, por lo visto, no le había sido concedida (porque ¿con quién la había ejercido? Ni siquiera con Cissy, pensaba ahora) y era terreno sobre el cual ella se sentía alternativamente desfallecer y recuperarse. El hecho, sin embargo, de que pudiera tener presente todo aquello mientras recibía saludos, aceptaba té y se quedaba sin saber qué decir ante aquellas formas de tratamiento tan hilarantes en su mayoría –o tan ingeniosas, como mínimo–, que le recordaban aún más su imposibilidad de ser alguna vez así de divertida, ese hecho, podría tomarse como muestra de que llevaba consigo todo un tesoro de sabiduría, y no de que anduviese buscando un lugar para enterrarlo. ¡Las cosas que allí se daban por sentadas! Aquello le había resultado evidente una y otra vez; y nunca en mayor medida que cuando Gussy Bradham, al cabo, se adueñó de ella, hasta el extremo de que ambas compartieron un banco en uno de los grandes porches en cuyas márgenes cubiertas de césped, al filo de ciertas extensiones de arcadas de diversas y más bien contradictorias modalidades arquitectónicas, una docena dispersa de parejas y tríos se movían sin perderse de vista. ¿Cómo iba él, el muchacho de la otra casa, a disfrutar con estas enormes convenciones...? Le asombró esta ocurrencia repentina; en la misma medida, en fin, en que le asombró que también Gussy suscitara esa clase de preguntas. A su modo, ella no dejaba nunca de suscitar preguntas. Rosanna, al menos, la veía casi siempre envuelta en una especie de inmodesto halo formado por éstas, la principal de las cuales era sin duda el asombro, nunca satisfecho, de que un círculo de supuestos placeres sociales pudiera seguir aguantándola. Era la primera vez, de hecho, que nuestra joven la veía como un peligro para sí misma. Si la sociedad, o lo que se entendía por tal, tenía que contar con ella y aceptaba esa carga, allá la sociedad; que, en general, aparentaba saber lo que le convenía. Pero ¿por qué tenía ella, Rosanna Gaw, que plegarse a

una complicación que ella no había contribuido jamás a provocar? Era, literalmente, como si esa obligación de contar con la otra se interpusiera entre ellas, y todas las condiciones que habían establecido a fuerza de distinciones, intensidades de separación y oposición, hubieran sido reemplazadas por la necesidad de otras nuevas, nuevas formas de contacto e intercambio, presuntas formas de trato, que habían de ser improvisadas ante nuevas verdades.

Así era, en fin, como funcionaba la imaginación de Rosanna, mientras se preguntaba si no podría haber algo de cierto en una idea que ella más de una vez, austeramente, había abrigado: la posibilidad de que la señora Bradham pudiera, en ocasiones, tenerle miedo. Si lo característico de esta dama era una asombrosa seguridad basada en la impunidad consentida, ¿cómo iba ella, una solterona fea y sosa, con una total incapacidad para el atrevimiento y un completo horror, en general, hacia la intromisión, a romper el hechizo? Especialmente, no habiendo otra persona en el mundo, ni una, a la que ella hubiese soñado siquiera desear infundirle miedo. Mucha era la incomodidad de la señorita Gaw por perder con su anfitriona la más común de las ventajas que quizá ella conocía: su costumbre de rehuir la relación de antipatía, no digamos de hostilidad, mediante la negación activa, para la ocasión, de cualquier clase de relación. ¿Qué había en Gussy que hacía imposible, a ojos de Rosanna, este vulgarísimo lujo? Le causaba siempre la impresión de que la miraba con un exceso de aplomo, una circunspecta perspicacia, que se traicionaba conscientemente; por más que ¿cómo saber si no era ésa la horrible naturaleza de las miradas que dirigía a todos? Lo que hubiese sido públicamente denunciado si una excesiva intimidad con ella no les impidiese ser sinceros. Con su asombrosa vitalidad y salud y aquella acerada seguridad en sí misma que nada tenía que ver con la simpatía, Gussy, pensaba al mismo tiempo la presente juez de sus actos, podría haber planteado como cuestión de pusilanimidad que alguien siquiera detectase lo que había de desagradable

en aquel radiante despliegue suyo de actividad. El único modo de acortar distancias con ella era ser uno más de la tropa que ella mangoneaba; en otras palabras, ser como todos los demás; y quizá uno podría, con esa condición, haber disfrutado, como obra de la naturaleza o del arte, ejemplo de una fuerza todopoderosa, sus alardes de aspecto y actitud, fuentes de resistencia al tiempo y al pensamiento, objetos no de belleza, por alguna obstinada razón, ni mucho menos de dignidad, sino de afirmación y aplicación en un grado extraordinario, de frío lucimiento directo y de un énfasis que era como los pisotones de unos pies planos y fuertes. Y si había de ser envidiada, sería desde la otra orilla de esas vastedades: de hecho, uno apenas podía envidiarle el prodigio de su “figura”, que, a los dieciocho años, era la de una mujer de cuarenta, y ahora, a los cuarenta, veía uno que era la de una muchacha de dieciocho años. Y esa condición de su persona no era humana, al sombrío parecer de la mujer más joven, sino que podía ser la de algún brillante insecto zumbador, un ser encorseado, de cabeza mínima pero con caperuza, el ojo fijo y desproporcionado y el ala rígida y transparente, sin olvidar sus hilos pegajosos. A pesar de lo cual, sin embargo, ella había atravesado todas las paredes y estaba en el centro mismo del más recóndito reducto de su anfitriona antes de que ésta la hubiese oído acercarse.

—Es encantador que usted haya logrado que hiciera lo que tenía que hacer... ¡Ese viejo terrible! Pero no sé si se da usted cuenta de lo interesante que se va a poner todo esto; si usted misma sabe lo maravilloso que es que él (el señor Fielder, quiero decir) haya encontrado una tremenda amiga en Cissy.

Rosanna aguardó, mirándola a la cara, notando sus extraordinarias perfecciones de línea, de elegancia, de preparativos, de las cuales no podía decirse si ponían al alcance de uno, como servida en bandeja, la clara verdad de su esencial ordinariez, o si la transmutaban a un elemento que podía agradar, que podía incluso fascinar, como testimonio de un esmero supremo. “En tanto que



anuncio de los más recientes descubrimientos sobre cómo ‘tratar’ cada pulgada de la superficie humana y dónde ‘conseguir’ cada pedazo del envoltorio de su persona –de lo realmente envuelto de ella–, logra un efecto en sí mismo sublime y, por tanto, absoluto en un mundo vacilante...” Hasta aquí fue consciente la señorita Gaw de contribuir a llenar, en beneficio propio, el intervalo antes de romper a hablar.

–No –dijo–, no sé nada de lo que todos ustedes suponen que saben.

Tras lo cual, sin embargo, con una súbita inspiración, un rápido quiebro del pensamiento, como si captase una alarma:

–Hace mucho que no veo al señor Fielder, y aún no lo he visto aquí –añadió–; pero, aunque tenía inmensas esperanzas de que viniera, y me alegro muchísimo de que lo haya hecho, lo que le deseo es que lo pase lo mejor que pueda; mucho mejor de lo que yo misma sabré ayudarle a hacerlo.

–Vaya, ¿no está usted contribuyendo a que le pase lo mejor que nunca podría pasarle, al haber despertado en su tío el sentido de la decencia? –demandó Gussy con su brillante rapidez–. Ni se le ocurra pensar, Rosanna –continuó, en un desarrollo poco menos que fantástico de ese aplomo–, ni se le ocurra pensar que va a ser usted capaz de esquivar ni una sola de las consecuencias de haber sido tan maravillosa. Él va a deberle todo, y llevará ese sentimiento hasta su culminación; de modo que no veo por qué usted no querría permitirselo (sería tan mezquino si no lo hiciera), o verse privada del mérito de un golpe tan afortunado. Cuando hago algo –Gussy siempre tenía a mano el ejemplo propio– quiero que se me reconozca; me gusta que me paguen, sin el menor recato, en forma de gloria adquirida. Sin embargo –concedió su delicadeza–, eso queda entre ustedes, y cómo va una a juzgar... Salvo para envidiarle tan adorable relación. Sólo quiero que sepa que aquí estamos, si es que necesita ayuda. Él se merece lo mejor que tengamos por aquí, y merece encontrarlo, ¿no cree?, antes de incurrir en algún error, por ignorancia... Los errores son

tan persistentes... Así que no sea desprendida, no lo sacrifique al temor de valerse de su ventaja. ¿Para qué sirven las ventajas de las que usted goza (y me refiero a todas ellas) sino para explotarlas al máximo? Ya verá, en fin, lo que dice Cissy... Ella tiene grandes ideas respecto a él. Quiero decir –dijo la señora Bradham, con una reserva en la que la expresión de la mirada fija de Rosanna pareció súbitamente reflejarse–, quiero decir que interesa mucho que ella tenga todas las claves.

Rosanna seguía mirándola. A los ojos de un observador, podría parecer incluso poseída, a su pesar, por algún potente hechizo. Era una sensación antigua, ya la había tenido muchas veces: cuando Gussy levantaba la cabeza y se lanzaba, como decía Davey, parecía que podría hacer lo que quisiera con su víctima; es decir, hasta a ella se lo parecía...; parecer que nunca se correspondió con una admisión por parte de la propia señorita Gaw. Más allá de la apariencia, en todo caso, iban acumulándose cosas a uno y otro lado, y Rosanna ciertamente conocía las del suyo. Con todo, fue con una especie de trémolo vocal demasiado débil en medio de un potente sonido orquestal como se oyó a sí misma repetir como un eco:

–¿Las claves...?

–Sí, es tan curioso que haya tantas... ¡Y todas reunidas aquí!

Rosanna sintió que se plegaba superficialmente a esta constatación de que todas las cosas del mundo pertinentes al caso estaban allí reunidas; e incluso antes de saber lo que venía después –porque estaba claro que algo venía después– tuvo conciencia, extrañamente, de una elección de algún modo relacionada con su actitud y dependiente de su mente, y todo como si sucediese en el momento más lúcido de su vida. A lo que vino a parar, con el presentimiento de fuerzas en juego con las que realmente ella nunca antes había tenido que contar, fue a la cuestión, que se guardó para sí, de si ella estaba mintiendo abiertamente respecto a aquella disposición a entregar sin reservas el objeto de su interés a todo aquel llamativo y expectante cúmulo de contactos y ocasio-

nes, o si en ese acto no tenía parte lo mejor de su sinceridad pasada. Más tarde llegó a recordar ese momento como si verdaderamente ella, según su intención y elección, hubiese “cumplido”; casi sintiendo el aliento de la experiencia del muchacho en su mejilla antes de saber en todos sus pormenores lo que aquello podría ser, y decidiendo allí y entonces tragarse todos los temores respecto al coste, fuera el que fuera, que cualquier cosa pudiera tener para ella. Tenía la extraordinaria sensación de hallarse en presencia de síntomas, síntomas de vida, de muerte, de peligro, de placer, de qué más... Pero eso era justo lo que, por contraste, arrojaba la sombra del ridículo sobre las pobres oscuridades de sus sentimientos, y zanjaba para ella la cuestión de si, cuando había declarado minutos antes que esperaba que todos ellos, por el placer que él pudiera encontrar en ello, se pondrían a su altura y, en la medida de lo posible, lo harían suyo, no habría hablado con falsa franqueza. Ya era raro, por otra parte, y una asombrosa señal del estado de su sensibilidad, que ella apreciase los síntomas desde tan lejos. ¿Cuál era el que estaba ya en el aire cuando la señora Bradham se dignó a contestar su pregunta?

Bueno, de todas formas lo supo al instante siguiente, y más extraordinaria que cualquier otra cosa fue la amplitud de su aprensión –que de algún modo rozó lo incalculable– ante la mención de cierto nombre por parte de Gussy. ¿No indicaba esto, sin embargo, lo poco que podía darse por extinta la intensidad de su propia relación particular con ese nombre, o al menos la viveza con la que ésta podía revivir en circunstancias en las que todo revivía en ella? “Haughty” Vint, con el que Cissy, al parecer, recién acababa de conversar en Nueva York, y que uno de estos días vendría a visitar a los Bradham, había proporcionado a la muchacha información –eso se transparentaba, por asombroso que pudiera parecer– sobre el pasado juvenil de Gray, toda ella sorprendentemente fundada en contactos estrechos e interesantísimos entre los dos, y de lo más insospechados por parte de Rosanna: hasta el punto de que las gotas transmitidas al respecto, apenas hubieron

caído de los labios de Gussy, se habían convertido en un torrente que inundaba la conciencia de nuestra amiga. A estos contactos sí que se les hubiera podido llamar “claves”, puesto que cada toque podía poner en marcha una vibración. El zumbido se extendió de inmediato, hasta extinguirse, como al apretar un botón... Si ella realmente, y sin la menor mezquindad, hubiese temido las complicaciones, podría estar ahora sentada contemplando lo que pasaría por ser una extravagancia, por la extravagancia de su propia relación con la fuente de las anécdotas de Cissy, que, en sus idas y venidas, no le había deparado a ella luz sobre otra cosa que no fuera él mismo, y más bien escasa, a juzgar por lo poco que a ella misma le había aprovechado en su día. Entre tanto, apenas había logrado reavivar en ella –aunque ahora, como hemos dicho, llegase a extremos de intensidad– la idea de que la invitación de Horton Vint, unos tres años antes, a que ella le concediese su mano en matrimonio había venido acompañada de impresiones no menos singulares, quizá, que las que nunca han caracterizado un caso similar en igual ausencia de manifestaciones externas. El único recuerdo que guardaba de él era que probablemente jamás ningún joven, en la despejada atmósfera social americana, había abordado a una muchacha a ese respecto con tan poco fundamento y, al mismo tiempo, había salvado de ese modo la situación en beneficio propio, o en el de lo que él habría llamado su dignidad, e incluso la de ella; con el resultado de haberla dejado con el misterio, qué demonios, de que ella todavía pudiera tirar de estas vagas y viejas confusiones y hacer sus propias cábalas, y hacerlas en vano, cuando no tenía nada mejor en que ocuparse. Todo había terminado entre ellos, descontado que no habían llegado a pelearse, ni siquiera a discutir; pero había recuerdos, recuerdos no extinguidos, desde el momento mismo en que un soplo nuevo podía avivarlos, como ahora. Él tenía entonces todo el aspecto –inconfundible– de creer absolutamente que ella podría aceptarlo si él se lo proponía con la suficiente claridad y dejaba que ella lo mirase lo suficiente; y lo asombroso es que ella,

a pesar de haber sido consciente de todo eso en su día, se resistía a ver verdadera fatuidad en él.

Le había quedado, considerando otros hechos, la idea de que ningún incidente de esa clase podía haber salido tan bien librado de cualquier sombra de vulgaridad. Lo había visto, pensaba, tal como él lo había pretendido, y pretendido con completa convicción: su intención había sido rendir tributo, el más elevado, a la inteligencia –que él daba por descontada, o al menos a la altura de la ocasión– que ella demostraría al reconocer en él un valor mayor, en conjunto (y realizado por la idoneidad general) que cualquier otro que alguna vez pudieran ofrecerle. Podía tomarlo o dejarlo, por supuesto, y ella lo veía a la luz de esa posición: no rogaba, no insistía, no afirmaba más que la voluntad y la capacidad de servir, limitándose a mostrarle su oportunidad, apelando a su juicio, alentando su escrutinio, aceptándolo sin sombra de ambigüedad ni, en lo que ella pudo apreciar, la menor vanidad que excediese a los hechos. Había sido todo de lo más extraño, y no lo fue menos el que, a pesar de no sentirse ni conmovida ni tentada, de ser perfectamente lúcida respecto a su posición y perfectamente inaccesible, en cierto modo llegó a admirarle, y hasta a disfrutar con él, cuando llegó el momento de frustrar sus esperanzas. Y lo que de verdad resultaba extraordinario era que probablemente él tenía razón: razón sobre su valía, razón sobre su rectitud –al menos, en su intención consciente–, razón incluso en su cálculo general del efecto, efecto que probablemente obraría sobre la mayoría de las mujeres; razón, finalmente, al juzgar que, de dar en el blanco, ése sería el único modo. Casi igual de extraordinario era que ni sombra de arrepentimiento, ni asomo de imaginación contristada, ni impulsos secundarios de pena o extrañeza, acompañasen su recuerdo de haberlo abandonado al frío consuelo de sus pensamientos. Si se había quedado corto, había sido en su verdad, y no en su error; la solidez de su demanda –en la medida en que su inteligencia, igualando la de ella, podía hacerla sólida– no había tenido nada que ver con su corrección. De modo que ella lo había

rechazado sin tenerle antipatía, a la vez que en ningún momento posterior fue consciente de haberse preocupado de lo que él hubiera podido sufrir. Tan ajena era a esa cuestión que ni siquiera hubiera podido decirse que pareciera indiferente; aunque con una vaga impresión –si es que podía hablarse de tal– de que sufrir no entraba en los sentimientos de él. Su aceptación del revés no podía ella describirla más que como inescrutablemente espléndida; inescrutable, quizá, porque ella no llegaba a sentir que aquello no había dejado nada entre ellos. Algo había, algo tenía que haber, aunque fuera la extrañeza, digamos, ante su actual y permanente visión retrospectiva de la fuerza con la que se habían rozado y separado. De alguna manera, no podía desprenderse de la idea de que el roce había sido más intenso que si se hubiesen amado, que habían llegado a estar más juntos que si se hubieran abrazado: tal era el extraño tenor de la brevísima intimidad entre los dos. ¿Llegaría algún hombre a mirarla, por pasión, como el señor Vint la había mirado movido por la razón? ¿Llegarían sus propios ojos alguna vez a visitar las profundidades de un hombre y escudriñarlas sin reparos de un modo que igualase esa aventura? Lo que literalmente hubieran podido decir no tenía importancia, en comparación, una vez que él dejó claras sus intenciones; por lo que el resto no fue quizá más que la silenciosa exhibición, por parte de él, de su personalidad –por llamarla de algún modo–, su honor, su presunción, su situación, su vida; y, por parte de ella, esa incapacidad de ceder ni una pulgada, y que le había hecho ver con mayor claridad aún con cuánta fuerza estas cosas le hacían mella. A pesar de toda esa fuerza, en verdad, el hecho que más podía haberle afectado, no digamos interesado, fue el menos aireado. No era a ella a quien correspondía ahora saber qué diferencia podría haber supuesto que él tratase a Gray Fielder; incontestablemente su relación, o la que tanto ella como Haughty pudieran echar en falta, relumbró de nuevo bajo una luz súbita.

–Me alegro tanto de que tenga buenos amigos aquí... Con uno tan inteligente como el señor Vint podemos estar tranquilos.

Todo eso se oyó Rosanna decir finalmente, y sin duda habría servido como asentimiento a lo que Gussy le había revelado, sin necesidad del apoyo adicional que le prestó la convergencia simultánea, en torno a ellas, de diversos participantes en la fiesta, en los que nuestra joven creyó justamente apreciar que habían adivinado, al ver reunidas a la anfitriona y a la invitada decisiva, que el asunto del día estaba allí servido, en manos de ambas. Rosanna se había levantado; no podía seguir sentada, en actitud de recibir... Luego se preguntaría con qué fría mirada de negación no habría comparecido, sin que hubiera el menor precedente, ante aquella desbandada interrogante, con la sensación de que ahora sí, si no tomaba precauciones, se quedaría sin nada de lo que le pertenecía en exclusividad. Y no porque no fueran –todo risas y relumbrones, todo ruido sin sentido y costosa futilidad– la gente más propensa a compartir, algunos simpatiquísimos y guapísimos, y de lo más imprecisos en su insistencia, y con una idea absurdamente mínima de qué era lo que los tenía en ascuas; sino que, de las tres o cuatro cosas que estaban sucediendo a la vez, tenía mucho que ver con su alarma el cosquilleo que provocaba en su corazón la posible pregunta subsiguiente de Gray: “¿Me ha hecho usted venir para vivir con esta gente?”

La ayudó muchísimo, también, verse a continuación en el acto de saludar, con expresión más sincera que la que, a su parecer, había usado hasta entonces, el paso definitivo de la señora Bradham a la acción en forma de “¡Lo quiero en casa para cenar ya mismo!”. Lo dijo con esa esforzada carcajada suya que representaba su principal concesión a la opinión general que se tenía sobre su nativa presteza, una presteza que ella misma estimaba, y hasta proclamaba, como una pasión por el servicio a la sociedad, y respecto a la cual había casi unánime acuerdo en que ella nunca conducía su rebaño tan bien como cuando rendía este teórico tributo a la simpatía. Antes de que Rosanna pudiera proferir palabra, a pesar de las ganas que tenía de hacerlo, la pregunta había sido asumida por aquella personita extremadamente bonita que

sus amigos, e incluso Rosanna, conocían como Minnie Undle, quien de inmediato hizo votos por la presencia del señor Fielder, además de la suya, esa misma noche. Ante un procedimiento tan acelerado como el que implicaba este voto, hasta Gussy pareció retraerse, aunque con una presta salvedad a favor de que el joven se presentara más bien al día siguiente, en el que también la señora Undle, ya que parecía tan impaciente, podía darse por invitada. La señora Undle aceptó de inmediato, aunque ya por entonces Rosanna había dado voz a su desafío:

—Pero ¿de verdad cree usted conocerlo hasta ese extremo?

Dejó que Gussy acusara el golpe, aun con la desventaja de que ahora había muchísimas personas dispuestas a reaccionar hasta la hilaridad ante la sola idea de que la familiaridad disfrutada por una y otra parte pudiera necesariamente atribuirse a estas intervenciones.

—¡Razón de más, si no lo conocemos! —contribuyó la señora Undle; mientras Gussy se abstenía de dar importancia a cualquier palabra de la señorita Gaw. Se abstuvo incluso a su manera, mediante un aún más firme ejemplo de su capacidad de rehacerse; un “Por supuesto, querida, cuento con usted para que lo traiga” que dejaba suficientemente claro su sistema.

—¿De verdad espera que venga mientras su tío se está muriendo? —saltaron con la mayor probidad los labios de Rosanna; de lo que acusó inmediato recibo, sin embargo, una voz que no era la de Gussy y que sonó con claridad antes de que Gussy pudiera hablar.

—No cabe la menor duda al respecto... Aunque nos estemos muriendo nosotros, o yo misma —fue lo que oyó Rosanna; con Cissy Foy, de repente en suprema exhibición, presentando el caso desde el lado más feliz, en luminosa y presta armonía con el inmediato interés de todos. Se arrió directamente a Rosanna, como si aún no hubiese habido tiempo de que mediase palabra entre ellas —pocas, de hecho, habían mediado—; con el resultado, para nuestra joven, de sentirse ayudada por aquel levisimo favor a



no sentirse en evidencia; o, lo que venía a ser lo mismo, a no sentirse de ningún modo. Era una sutil percepción que ya había tenido antes: cómo Cissy, en ocasiones, podía “acabar” con alguien, y esto, mediante el extraordinario y más o menos ambivalente procedimiento de ahogar a uno en su luz en el instante mismo de ofrecerla como guía. Ahogó a Gussy, ella era la única que podía, mientras Gussy consentía casi a gruñidos; ahogó a Minnie Undle, abarató todas las demás presencias, derramando miradas adorables, multiplicando felices roces, apoderándose de Rosanna y, al mismo tiempo, con la mano libre, despidiendo al resto de sus conocidos; de modo que, un minuto o dos más tarde —porque apenas llevó más—, la pareja quedó aislada, aún en algún lugar del porche, pero intensamente confrontadas y hablando a sus anchas, o de un modo que lo parecía por su indiferencia al hecho de que sus acompañantes, deslumbrados y llevados por el viento, se habían dispersado y dejado de contar, o a que ellas mismas se hubiesen dejado llevar por la corriente hasta donde deseaban, en la amplia y agraciada estela de la muchacha. La gracia de la muchacha era, a su modo, una fuerza tal que, en ocasiones anteriores, la señorita Gaw había tenido repetidamente sus dudas, incluso mientras la reconocía: porque ¿podía una criatura joven, de la que uno no acababa de fiarse, usar un arma tan afilada sólo con buen fin? La joven criatura, en cualquier caso, parecía ahora más que nunca mostrar sus cartas con vistas a algo con lo que había que contar y en lo que había que confiar; y con la mismísima Gussy Graham justo detrás de ellas, en posición de arrebatarse todo de sus propias manos, y sin que nadie se atreviese a tocar, ¿qué podía hacer uno sino sentirse distinguido por su manera de envolverte? La única brusquedad en lo ocurrido fue que, al hacer Cissy acto de presencia, la señora Bradham ejerció su gran función de animadora social mirándolas fijamente y retirándose a continuación, como obedeciendo a las conclusiones derivadas de ese acto. Podría considerarse un favorable rasgo de blandura por su parte el que, ante esta sugerencia concreta, pudiera enternecer-

se; o que, en otras palabras, Cissy aparentase ser la única realidad del mundo sobre la que ella tenía algo que podría llamarse imaginación. Se la imaginaba, se la imaginaba en ese mismo instante, viéndoselas con su voluminosa amiga; idea que, por parte de aquélla, se imponía en ese momento a todo lo demás.

Y no es que faltase materia en la que la chica pudiera ocupar su fantasía; pues nada podía haber más puro que el caudal con el que alimentaba la de Rosanna, como vertiéndolo de una jarra de cristal mientras repetía, agarrando a ésta de las dos manos y fijando en ella una mirada de admiración:

—Veo cómo se preocupa usted por él, lo veo, lo veo.

Y nuestra joven sentía cómo bastaba un toque de esta mano grácil para levantar el velo de su secreto (Cissy lograba convertirlo en un secreto por el hecho mismo de desvelarlo), y que esa patente exhibición la sonrojaba más aún de lo que Gussy había conseguido. Ante lo cual su acompañante inclinó un poco más el vaso de sus confidencias.

—Tiene gracia, y es asombroso, que hasta yo sepa algo. Pero lo sé, y le diré cómo. No ahora, que no tengo tiempo, pero sí en cuanto pueda; lo que la hará ver. Así que lo que ha de hacer, siendo usted quien es —dijo Cissy—, es preocuparse ahora más que nunca. Debe mantenerle lejos de nosotros, porque no somos lo bastante buenos, y usted sí; debe usted guiarse por lo que siente, y sentir exactamente lo que tiene derecho a sentir... ¡Ya le digo, lo sé, lo sé!

Era imposible, parecía ver Rosanna, que una cosita bella y generosa pudiera brillar con más belleza; así que ¿qué demonios podía una ocultarle? ¡Incomparablemente extraño el alegato que así resplandecía en las narices mismas del peligro!

—¿Quiere usted decir que conoce la historia del señor Fielder? ¿Por haber tratado a alguien que...?

—Eso es, sí. Gussy, a la que le he contado cómo conocí al señor Northover, se lo habrá dicho. Es curioso, maravilloso —prosiguió Cissy— y me muero de ganas de que hablemos de ello. Pero no es

a eso a lo que me refiero cuando hablo de lo que sé... Y de lo que no sabe usted, querida.

Rosanna no hubiera podido decir el motivo, pero había empezado a temblar y a intentar que no se le notara.

—¿Lo que no sé... sobre Gray Fielder? Vaya, es mucho —sonrió.

Cissy todavía sostenía sus manos; pero Cissy ahora estaba seria.

—No, no es que sea mucho... Salvo en la medida en que lo que quiero decir es suficiente. Y no se lo he dicho a Gussy. Es demasiado bueno para ella. Es demasiado bueno para cualquiera que no sea usted.

Rosanna esperaba, dándose cuenta, quizá, de que hacía alguna mueca.

—¿Se puede saber de qué está usted hablando, Cissy?

—De lo que oí de labios del señor Northover cuando lo conocimos, cuando lo tratamos hace tres años en Ragatz, donde habíamos llevado a mamá y donde estuvimos con él todo el tiempo de la cura. Nació una amistad entre él y yo y a menudo me hablaba de su hijastro... Que no estaba allí con él, estaba entonces en algún lugar de las montañas o en Italia, no recuerdo; pero al que pude ver que le tenía cariño. Hicimos muy buenas migas... Me pareció terriblemente encantador, y que le gustaba contarme cosas. Así que hablo de algo que él me dijo.

—¿Sobre mí? —dijo Rosanna con voz entrecortada.

—Sí, ahora veo que era sobre usted. Pero hasta hoy no lo había adivinado. De lo contrario, de lo contrario...

Y como bajo el peso del gran descubrimiento, Cissy titubeó. Pero había logrado que fuese ahora su amiga la deseosa.

—¿Quiere decir que, de lo contrario, me lo hubiera dicho antes?

—Sí, por supuesto. Y es un milagro que no lo hiciera. Y es también un milagro —dijo Cissy— que esa persona haya sido usted todo este tiempo. Claro que yo no tenía idea de que todo... todo lo que

ya ha sucedido, por lo que sé... fuera a suceder de un modo tan extraordinario. Verá, él nunca mencionó al señor Betterman. Ni mencionó a la amiga de Gray, de modo que, a pesar de la impresión que me causó, usted no ha sido identificada hasta hoy.

Inmensa era –pensó Rosanna, mientras la otra continuaba– la cantidad de cosas en que pensar que le había dado. No tenía por qué temer lo que vendría luego; podía incluso, en lo más hondo, contener felizmente el aliento, a la espera. Pero el interés la hizo demorarse un instante, como para refinar la intriga, en las sorpresas menores.

–¿Tan grande ha sido, pues, esa impresión, que usted lo llama “Gray”?

La muchacha, ante esto, le soltó las manos. Cruzó los brazos sobre su esbelta y joven persona; costumbre frecuente en ella, que resultaba de lo más “original”; rió, como sometiéndose a algún justo reproche por tomarse libertades.

–Oh, querida, era él quien lo hacía, ese encanto de hombre... Y se me acaba de ocurrir que usted también lo hace. Por supuesto, la impresión fue grande, y si el señor Northover y yo nos hubiésemos conocido más jóvenes no sé –dijo su risa– lo que hubiera sucedido. ¡No, jamás habré tenido mejor admirador, ni más inteligente! Tal como sucedieron las cosas, permanecemos fieles, secretamente fieles, a un hermoso recuerdo: al menos yo, aunque siempre en secreto (vea que no he hablado de ello hasta ahora), y quiero pensar que así ha sido la impresión en él. ¡Pero cómo la atormento! –dijo de pronto, en otro tono.

Rosanna, haciendo acopio de paciencia, sacudió lentamente la cabeza, con tristeza.

–No entiendo.

–No, claro que no... Y, sin embargo, no deja de ser hermoso. Fue sobre Gray... Una vez que hablábamos de él, como le he dicho que hacíamos con frecuencia. Y fue que él nunca miraría a nadie más.

Nuestra amiga apenas si pudo aparentar que preguntaba:

—¿A nadie más que a quién?

—¿A quién va a ser? ¡A usted! —sonrió Cissy—. A la chica que había amado cuando era un chiquillo. A la americana que, años antes, en Dresde, había hecho por él algo que no podría olvidar jamás.

—¿Y qué había hecho ella? —preguntó, mirándola fijamente.

—¡Eso no me lo dijo! Pero si usted no toma sus precauciones, como le digo —prosiguió Cissy—, quizá él lo haga... Quiero decir, el señor Fielder, en cuanto lo tengamos rodeado de un modo que yo, en su lugar, le aseguro, haría todo lo posible por impedir.

Rosanna miró a su alrededor como bajo una sensación repentina de debilidad, efecto de una tensión excesiva. Por absurdo que pareciera, estos últimos minutos casi podrían, por su extraño modo de actuar y por el terreno que cubrían, equivaler a muchos días. Un elegante banco del porche, de nuevo a su alcance, le ofreció apoyo, y ella se dejó caer sobre él como en busca de la reparación de la calma amenazada, con una necesidad que sólo ella podía medir. La necesidad era la de recuperar algún sentido de la perspectiva, ser capaz de reducir el más bien portentoso ataque de su joven amiga a condiciones, aunque sólo fuera de tiempo y espacio, que proporcionaran mayor comodidad para asimilarlo. Eso la ayudó de inmediato, y verdaderamente, a juzgar por el tono con el que sonrió al decirle a la otra:

—¿Está segura?

Cissy permanecía a la vista, resplandeciente, cambiando de posición, plegándose, por así decirlo, a la perspectiva (¿acaso tenía por qué temerla?), claramente pintada en brillante contradicción, mientras su mismo encanto, una vez más, al modo extraño en el que algunas veces operaba, parecía negar su sinceridad, a la vez que su franqueza lo hacía con su gravedad.

—¿Segura de qué? ¿Segura de que no me equivoco con usted?

Rosanna se tomó un minuto antes de hablar: eran muchas las cosas que actuaban en ella; pero cuando una sola se impuso a

las demás, haciendo retroceder a algunas de las otras, encontró, para exponerla, un tono grato a su propio oído. Este tono suponía, también para ella, un sustituto de la sinceridad, pero eso era exactamente lo que quería.

—Me importan un comino las anécdotas sobre mí; de las que no creo que sepa usted la verdad. Lo que le pregunto es si está segura de no ser usted quien le conviene. ¿Tan mala es? —dijo la señorita Gaw.

La muchacha, situada ante ella, la vio ahora, con las manos entrelazadas en alto, como una especie de ídolo sedente, un gran Buda encaramado a un altar.

—¡Oh, Rosanna, Rosanna...! —exhaló píamente y en tono admirativo.

Pero no era ese modo de tratarla lo que impediría que la señorita Gaw completase el curso elegido.

—Lamentaría muchísimo, en la medida en que pueda vanagloriarme de tener alguna influencia sobre él, que mi interferencia le impidiera extraer de este lugar las conclusiones que él quiera; interferir para que dé a algunos más importancia de la que realmente parecen tener.

—¿A mí? —sonrió Cissy.

—A cualquiera de ustedes... A la gente, en general y en particular, que frecuenta esta casa. No debemos temer de su interés, que puede ser meras ganas de divertirse, por saber lo que haya que saber respecto a nosotros.

—Oh, Rosanna, Rosanna —persistió la muchacha—, cómo lo adora; y qué perversas ganas me entran, por su culpa, pobre de mí, de verle.

Lo que siguió podría haber sido un reflejo en la superficie de ídolo de nuestra amiga:

—Es usted la mejor de nosotros, sin duda... Con mucho. Inmensamente espero que él le guste, ya que está tan extraordinariamente preparada. Es de suponer también que él tendrá su propio criterio.

Cissy continuó, arrebatada:

—¡Qué taimada es usted! Taimada, taimada, taimada.

Lo dijo mientras otra presencia, esta vez la de Davey Bradham, que tenía aspecto de andar buscándola con cierta urgencia, emergía de uno de los ventanales de la casa, justo al lado, para encontrar los ojos de Rosanna. Ella se alegró de tenerlo de vuelta, como si fuera a informarle. ¿Acaso no era él el mejor de ellos, y de ningún modo Cissy? Eso, al menos, podía leerse en la cara de ella mientras daba cuenta de la joven dama:

—Me cree taimada.

Lo que hizo que la chica, que no lo había visto, se volviese; pero con una inmediata confianza equivalente.

—Y ella, Davey, me cree muy buena. ¡A mí!

Davey sólo tenía ojos para Cissy, pero Rosanna parecía sentirlos en ella.

—Ya veo que han hecho buenas migas! —exclamó—. Pero ha venido su padre a buscarla —le dijo a Rosanna, que se había levantado.

—¿Padre ha venido andando? —estaba sorprendida.

—No, está ahí, en un coche, para llevarla a casa... Y demasiado nervioso para entrar.

La sorpresa de Rosanna no hizo sino aumentar.

—¿Ha sucedido algo...?

—Cosas asombrosas... Les he preguntado. El señor Betterman se ha levantado.

—¿De verdad está mejor? —entonces su perplejidad se amplió—. ¿Les ha preguntado, dice usted?

—Bueno, su enfermera, o lo que yo tomo por tal —dijo Davey—, viene con él; al parecer, para darle su experta opinión.

—¿De la recuperación de ese demonio? —gimió Cissy, en un aullido; y luego, ante la perplejidad de su amiga—: ¡Qué horror! —añadió.

—¿Qué enfermera, por favor? —preguntó Rosanna a Davey.

—¿Cuál va a ser? ¿No tiene él una enfermera? —Davey, como

siempre, no quería sino claridad—: sea como sea, ése es el trabajo que hace a su lado.

En lo cual hizo presa de inmediato el ingenio juvenil de Cissy.

—¡Es una de las del señor Betterman, dándose un paseíto para celebrar su recuperación! ¿Han oído alguna vez algo mejor?

Se había dirigido por igual a todos sus amigos, pero Rosanna, ante la fuerza de la sugerencia, se adelantó:

—Entonces es papá el que debe de estar enfermo —declaró la señorita Gaw, trasladándose rápidamente a la zona en la que tan incongruentemente aguardaba éste y deparándole a Davey la ocasión de apuntar una rápida moraleja en beneficio de Cissy, mientras la pareja iba en pos de ella:

—¡Si está tan disgustado que no se le puede dejar solo, que me cuelguen si no lo veo!

Pero lo asombroso fue el modo en el que Cissy lo veía también:

—¿Quiere usted decir que es porque no soporta la posibilidad de que el señor Betterman no se muera?

—Sí, mi pequeña ingenua... Tenía tantas ganas de verlo desaparecer.

—Bueno, ¿no es lo que todos deseamos?

—¡Sin la menor duda, perla de perspicacia! —espetó Davey mientras avanzaban—. Su mejoría será toda una decepción —añadió, compungido—, ¡aunque no matará a nadie más que al señor Gaw!

FIN DEL LIBRO PRIMERO



## LIBRO SEGUNDO

### 1

Lo que Graham opinaba de su propio caso y de todas las conveniencias necesarias, desde el momento de su llegada, era que debía ponerse sin reserva a la inmediata disposición de su tío, y ni siquiera la aparentemente inexcusable conversación matinal con el doctor Hatch y la señorita Mumby, entonces la enfermera jefe, logró aligerarle la inmensa prescripción de delicadeza. Lo que averiguó distaba mucho de ser desconcertante; el paciente, sabedor de su presencia, se había mostrado apaciguado, no agitado; el cese de la tensión de la espera había tenido un efecto benigno; había repetido una y otra vez a su cuidadora que ahora que “el chico” estaba allí todo iría mejor, y había preguntado también con suave reiteración si éste tenía cuanto necesitaba. Se disponía ahora a disfrutar, en la medida en que la tenían, la feliz garantía de que los acontecimientos habían tomado el rumbo adecuado: iba a descansar dos o tres horas y a dormir, si le era posible, mientras Graham, por su parte, se procuraba un remedio similar, después de la indulgencia plena en la que tendría lugar el encuentro. De lo que el “chico” —que tenía treinta y dos años de edad y ahora se sentía como si hubiese vivido una docena más en las últimas semanas— derivaba la excelente certeza de que estaba haciéndole un bien a su tío y que, de alguna forma, para no romper la armonía, él también sentiría los efectos de un favor equivalente. La invitación, la decisión de éste, había estado por supuesto presidi-

da por la idea de un prodigio de esta clase; pues el bien inminente y atento, para el cual uno no tenía más que abrir el corazón y la mano, siempre le había parecido tan ajeno a la sustancia de la vida que ahora, visto de cerca, no podía sino resultarle más prodigioso aún. Al mismo tiempo no había cosa que, por su carácter, temiese más que la tontería cariñosa, y se había impuesto desde el principio actuar en cada paso como si no tuviese en cuenta que se exponía a quedar en perfecto ridículo. Ciertamente que incluso un peligro como éste tenía su interés; para el proceso al que debía prestar su asentimiento no contaba con precedentes: pero su imaginación, gracias a Dios, se regía, en buena medida, por el principio de la curiosidad. Sin embargo, no se arrojaría al peligro, y se vanagloriaba de que, en cualquier caso, no reconocería sus síntomas demasiado tarde.

Lo que se decía a sí mismo en ese justo momento y lugar, de todos modos, era que probablemente se hubiera sentido más entusiasmado si aquello no le resultara tan divertido. Divertirse hasta ese extremo mientras su pariente más cercano, que probablemente albergaba, según le habían dicho, un buen deseo, yacía agonizante en alguna de las habitaciones inmediatas... Séale atribuida esta ligereza a nuestro joven sólo hasta que entendamos que su propensión a recrear las cosas era para él un modo de actuar perfectamente serio. Todo se desplegaba ante él, todo se dejaba abarcar por sus sentidos; y desde su desembarco en Nueva York la mañana inmediatamente anterior el despliegue había sido de una deliciosa violencia. Ni el menor aspecto ni el instante más breve le habían dejado de cautivar y de, por así decirlo, recompensarlo: si se había decidido a volver en busca de impresiones, de emociones, para recibir aquel aluvión de rasgos característicos, lo conseguido excedía con mucho lo soñado. También iba más allá de lo soñado el que todo lo que veía desde la ventana del cuarto que le habían asignado durante estas primeras horas lo llevaría a una sonrisa tal de éxtasis, y a tal consumo interno de su propia sonrisa, que la felicidad resultante quedaba convertida en una

sustancia que uno podía ponerse dulcemente bajo la lengua. Reconoció —he ahí el secreto: reconocía todo lo que miraba— y supo que, aun cuando, tiempo atrás, durante su ininterrumpida ausencia, sentía, y le gustaba sentir, el aire que lo había acariciado en sus orígenes, estas hirientes intensidades tan sobresalientes poblaban ya entonces el panorama. No era tanto que hubiese recordado lo presente como que había predicho lo inevitable, y la enorme necesidad implícita de que todo se mostrase tal como lo había encontrado parecía gritarle en el oído. Había traído consigo una buena intención, una de las mejores de las que era capaz, ¿y no estaba ya —se decía— en pleno funcionamiento? ¿No estaba recogiendo, en esa perfecta floración de novedad, el fruto de su designio, con la intención de dar por bienvenida la impresión, por extravagante que fuera, en vez de subestimarla en la anchura de un cabello? Ser inexperto no lo podía remediar; pero enajenado, hasta el punto de derretirse de nuevo bajo cualquier presión, que lo ahorcasen si no lo podía evitar: ¿acaso no se reducía todo a poner la cara bajo cualquier chaparrón de luz?

Ahí estaba la luz, en una neblina plateada, incluso mientras aceptaba el testimonio de su fresca habitación en penumbra, donde el aire tenía el tono que le prestaban los grandes postigos verdes cerrados. Era amplia y elegante, de una elegancia americana, que no se parecía a ninguna otra, y que era tan distinta incluso a cualquier ausencia de ella que él hubiera podido conocer, que algunos de sus términos y objetos materiales lo tenían en arrebatada contemplación. Habiendo deseado, intensamente incluso, que las cosas fuesen diferentes, que literalmente resplandeciesen en su contraste, no tendría la menor gracia que fueran sólo imperfectamente parecidas, ya que eso no implicaría de ningún modo carácter. Su carácter, si lo hubiera, podría residir en la coherencia de no tener ninguno...; nada más posible que esta deficiencia; pero habría tenido que renunciar a dejarse hechizar por esas tentativas de expresión que él había conocido en otros lugares, más o menos felizmente logradas. Esta clase concreta de

decepción le había sido claramente ahorrada: pues qué podía haber más interesante que notar, hasta ese punto, que la gama y escala mantenían la unión de todas sus partes, que cada objeto o efecto renegaba de sus conexiones, o de lo que él había sentido como tales durante toda su vida, y que su anhelada esperanza de un comienzo nuevo y de romper amarras vería colmada su medida. Había una manera americana de que una habitación fuese una habitación, una mesa una mesa, una silla una silla y un libro un libro... No digamos que un cuadro en la pared sea un cuadro, y un chorro de agua fría en el baño de una mañana calurosa una promesa de purificación... Experimentó en torno suyo, en definitiva, estas libertades en refrescante revuelta.

Por un tiempo aquello lo mantuvo hechizado. Se movía con pasos medidos y largas pausas, mirando entre los listones de los postigos, que accionó con suavidad por su punto de unión, y reviviendo, con una sutileza de sensación que era un placer ejercer, en las condiciones representadas por todo lo que se le hacía inmediatamente patente. No era sólo que el proceso de asimilación, a diferencia de cualquier otro en el que hubiera estado implicado hasta entonces, pudiera interrumpirse y acabar en desastre, si respiraba un poco más fuerte de lo necesario; sino que, a poco que su rendición fuera completa, el asimilado sería él... Lo que constituía una experiencia que no podía sino desear. A lo que se atuvo, en definitiva, fue a una delicadeza decente, a un temor de parecer, incluso ante sí mismo, que daba grandes cosas por supuestas. Esto, en sí mismo, resultaba restrictivo en cuanto a libertades; refrenaba las confianzas, enfriaba la inseguridad; porque, después de todo, ¿qué había hecho su tío sino hacer que le transmitiesen, al otro lado del mar, su mero deseo de que viniera? Había venido directamente, en consecuencia, pero sin que mediase ninguna explicación o recompensa explícita; había venido simplemente para evitar la posible fealdad de no venir. Generalmente adicto a evitar esa clase de cosas (a eso le parecía, con demasiada frecuencia, que se reducía la búsqueda de lo bello), hasta el

momento presente le había bastado esa razón, cuando era como si todas las razones, todas las suyas por lo menos, le hubiesen abandonado súbitamente, al efecto de verse rodeado sólo de las de los otros, de las que hasta entonces había permanecido ignorante, pero que de algún modo merodeaban por aquel lugar amplio y silencioso, de algún modo endurecían el borroso domingo de verano y centelleaban en la limpieza universal: toda una revelación, para él, de esa posible inmunidad en las cosas. Podían haberlo mandado a llamar simplemente para ser recibido con cajas destempladas y consolar la mente del anciano de la perversidad y futilidad de su pasado. Ninguna prenda, en cualquier caso, ningún indicio distinto a los preparativos materiales que lo habían precedido, le permitían abandonarse sin más al examen de perspectivas. Lo que sí tenía delante era una “gran” experiencia: incluso haber venido nada más que para ser despachado con una maldición hubiera sido una de las cosas más grandes que le habían sucedido hasta entonces. No la forma, por tanto, sino el hecho de la experiencia era lo que importaba; ¿y acaso ésta no se manifestaba en toda su intensidad en el mero hecho de pararse de vez en cuando tras la puerta cerrada de su habitación y sentir que, si aguzaba el oído lo suficiente, podía captar el empuje al otro lado?

El empuje al final se hizo inconfundible, apuntamos, en la forma de la señorita Mumby; quien, después de haber aporreado con suavidad, hizo acto de presencia para indicarle que seguramente deseaba ya el almuerzo y para presentársele, de nuevo y en grado supremo, como depositaria de la incorrección americana. La señorita Mumby era ancha, afable, familiar, y más resplandecientemente limpia que cualquier otro depósito que él hubiese conocido, fuese cual fuese su propósito; también la cantidad de cosas que daba por descontadas –si es que se trataba de eso, o tal vez el número de cosas de las que no dudaba y era incapaz de dudar– congregaban a su alrededor una especie de aura deslumbrante, un resplandor especial de desconexión. Vestía un hermoso vestido negro, a juego con no hubiera sabido decir qué

inmaculado aparato de delantal, puños y volantes; por más que sólo viniera a confirmarle la impresión que más le había saltado a la vista desde el momento de su llegada. Vio al momento que cualquier dificultad que encontrase al entrar en tratos con ella en un punto del, digamos, espacio social en el que nunca antes había entrado en tratos con personas como ella, no contaría ante la poderosa y perfecta manera que tenía ella de iniciar el trato. La genialidad de la señorita Mumby estribaba en su facultad de iniciar el trato, y en cuanto lo comprendió sintió también —ya lo había sentido en su primer encuentro— lo poco que sus borrosos y viejos postulados respecto a las personas “como ella” iban a servirle a partir de ahora. ¿Qué persona, de las conocidas durante las treinta horas que llevaba en suelo americano, era “como” cualquier otro interlocutor había aparentado o demostrado ser no importaba dónde, antes de que él entrase en aquellos tratos? ¿Qué persona no había llamado de inmediato su atención por su violento repudio del tipo —si es que su sensibilidad le permitía valerse de “tipos”—, hasta el punto de hacerle imposible, en tales casos, cualquier otra atribución? Podría haber visto en la señorita Mumby, estaba dispuesto a admitir, a una joven madre, quizá, una hermana, prima, amiga, una posible novia incluso, pues estos aspectos no dependían del tipo y alcanzaban una gama ilimitada; pero una “enfermera titulada” era una enfermera titulada, y eso era una categoría de las más evolucionadas... A pesar de lo cual, ¿qué categoría en el mundo podría haber levantado cabeza bajo el aura de la señorita Mumby?

Con todo, hubiera sido una prima simpática, una prima hermana, la más cercana que un hombre pudiera tener, en absoluto “lejana”, mientras ella proclamaba así la gozosa sencillez de todo y todos, la suya en especial, y le hacía rendirse de inmediato a su menor insinuación. Con ella no hubiera sabido mantener las distancias, y si esto se debía en parte a que él no sabía resistirse ante las enfermeras, al mismo tiempo lo que tanto le afectaba no era lo que en ella había de enfermera, sino la otra fuerza incalculable, de

la que no tenía experiencia y que, al parecer, era la de su familiaridad de tono y actitud. Había conocido, en verdad, mayor familiaridad, muchísimo mayor, pero sólo cuando mediaban ocasiones y apoyos de más fuste; mientras que, en el caso de la señorita Mumby, aquello parecía independiente de cualquier motivo, o de todos. Apenas hubiera sabido decir, en definitiva, mientras era conducido a la comida, en la que enseguida previó que ambos compartirían mesa, si aquello contribuía a alarmarlo o, más bien, lo envolvía en una sensación más tranquilizadora. En cualquier caso, su extrañeza primera había desaparecido; había olvidado ya el instante desperdiciado dos o tres horas antes en preguntarse, con su idea de haber conocido enfermeras que se enorgullecían de su título, si a su querido padrastro, por ejemplo, le hubieran agradado en sus últimos momentos los cuidados de una señorita. De los que él mismo disfrutaba entonces, en condiciones bien diferentes —es decir, con aquella mesa por medio, desnuda y limpia y siempre tan delicadamente surtida, en aquel comedor grande y oscuro y con algo de corriente—; de aquellos, en suma, bajo los que toda noción previa que hubiera podido tener caía y quedaba reducida a tintineante cristal hecho añicos a los pies de la señorita Mumby, esas cuestiones quedaban bien lejos; y sin duda habría seguido siendo así aunque hubiese dependido sólo del reclamo de la comida que les fue servida.

—Pienso hacer que le guste nuestra comida, así que más vale que empiece ya —anunció su acompañante; y a él le pareció al instante poco menos que delicioso que este elemento también tuviese parte, y con esa finura, en aquella armonía de elementos graciosamente exóticos que, con su bendición, obraba con él a su antojo.

—Sí —replicó ella, en respuesta a su exhibición del grado en el que lo que tenía delante tocaba en él una dulce tecla de la memoria—, sí, la comida es un lazo importante, es como el idioma, siempre entiendes el tuyo, mientras que en Europa yo tuve que aprender seis más.

La señorita Mumby había estado en Europa, y él pronto vio que no había lugar al que pudiera decirse que no había ido, o cosa que pudiera decirse que no había hecho... Uno sólo podía reparar en lo que ella no había llegado a convertirse; de modo que, mientras percibía estas cosas, por más que ella pudiera haber causado en Europa el mismo efecto que ahora causaba en él, veía en ella la pura negación de que aquélla la hubiese afectado, salvo quizá por contribuir a su poder de hacerle sentir a él lo poco que podía ponerse por encima de ella. Ella conocía todas las referencias de él, mientras que a él se le escapaban las de ella, lo que proporcionaba a ésta una tremenda ventaja..., o se la hubiera proporcionado, de no haber sido porque las primas no se aprovechan de esas cosas. Él, de todos modos, reconoció al momento que las muchísimas cosas que ella había tenido que aprender a entender allí no eran formas de habla, sino sistemas alimentarios; respecto a lo cual él se mostró de acuerdo en que el elemento nativo estaba igualmente arraigado en ambos soportes vitales. Lo que le dio a ella la oportunidad de observar que, en la asimilación de *su* cocina (la de él), en cualquiera de sus variedades, había empleado ella apenas menos esfuerzo que el que ahora admitía emplear en la de sus vocablos; de lo que de inmediato concluyó, como triunfo, que, ateniéndose al propio razonamiento del otro, fingir una afinidad con las cosas buenas que estaban comiendo y, sin embargo, no terminar de entrar en el otro terreno era como no estar en ningún sitio.

—La comprendo, vaya... Lo que parece mucho más de lo que usted hace conmigo —rió—; pero ¿de verdad mi compromiso se extiende a todo lo demás por haberme comprometido, en la medida que usted ve, sí, con los gofres y el sirope de arce, seguidos, en la misma escala, por melones y helado? Vea que en un caso no soy más que el receptor, y en el otro soy yo la fuente: ¿no se puede tener, a la callada, el paladar americano, sin emitir sonidos americanos?

Así se ponía exactamente al mismísimo nivel de la señorita



Mumby... Que se extendía, en su imaginación, sin quiebra, subida o bajada, *à parte de vue*; y así quedaba demostrado que las señoritas Mumby (pues era evidente que las habría a millares) pertenecían a la sociedad, o, lo que es lo mismo, no estaban fuera de ella, lo que daba a la sociedad dimensiones colosales. ¿Qué era, en fin, sino cosa de la mejor sociedad –quién lo diría, en cualquier parte–, el que su compañera hiciera la brillante observación de que, si algo tenía que ver con el sonido, eso era el paladar? Con lo que volvía a lo dicho: a su oportuna advertencia de que no iba a permitir que no le gustase todo.

–Pero si me gusta todo, todo, todo... –declaró él, con la boca llena de una frialdad y una suculencia tan sabrosas como endulzadas, tan suaves como sustanciales, y que eran a un mismo tiempo la revelación de un mundo y la consagración de un destino—. Me encanta todo, hasta regodearme; vea: me parece estar soñando, se lo aseguro, y sólo temo abrir los ojos.

–Bueno, no sé si quiero que se regodee; lo que no quiero es que tema... Aunque supongo que despertará bien pronto –continuó su anfitriona–, haga lo que haga. Abrirá los ojos a algunas de nuestras realidades... Sí, no le desearemos nada mejor, ¿verdad, doctor? –prosiguió, como si nada, la señorita Mumby al unírseles por un momento el amable médico que había recibido a nuestro joven, de parte de su tío, a su llegada, y que, tras dedicar otro rato al objeto de sus cuidados, lo había dejado en manos de la segunda enfermera y se disponía a atender otros asuntos.

–Le decía al señor Fielder que tiene que abrir los ojos a ciertas cosas de importancia –explicó ella al doctor Hatch, a quien se dirigió en un tono que chocó a Gray por ser el que él había oído a los médicos usar con las enfermeras, y no a las enfermeras con los médicos; lo que contribuyó, de paso, a su conciencia, ya definida, de que en ninguna parte había oído él que se perpetrase semejante manera de dirigirse todos a todos; y de que era evidente que había cuestiones relacionadas con aquella que aún tendrían que esperar. Era el momento oportuno de percibir, además,

que las mismas confianzas del doctor Hatch, que también tenían su propia nota singular de frescura, participaban de la coherencia que proclamaba todo aquello, por la que la forma misma del gran aparador, la “escuela” misma —que él aún no había logrado identificar— de los cuadros colgados a su alrededor, la apariencia y envoltura y aparentemente extraña identidad de los volúmenes selectos apretados en una estantería muy historiada que ocupaba el lugar de mayor dignidad del cuarto, le decían que considerase su situación tan segura como no era frecuente que lo fuese ninguna situación terrenal. Y, sin embargo, podía sentirlo, aunque no supiera lo que realmente significaba; y menos iba a saber, más tarde, lo sucedido, con la bendición del doctor Hatch, antes de salir de la casa al porche y a los “jardines” (así llamados pese a su limitado alcance) y entregarse a averiguaciones que ahora tenían licencia para ser directas.

Así le llegó el mensaje del doctor Hatch, su momentáneo y brillante y pintoresco acto de presencia en el porche, mientras relucientes extensiones se le abrían como invitando a alguna confianza extraordinaria, a algún vuelo de optimismo sin precedente, o insinuando claramente que sólo de él dependía subirse con decisión al carro solar, que a un gesto suyo bajaría al borde mismo de la galería, y marchar en tromba hacia una acrecentada intimidad con la que obviamente iba a ser la ocasión de su vida... Tal fue su lectura de los graciosos términos con los que aquel hombre afable le comunicó que su feliz llegada parecía haber llevado a su tío una perspectiva, una subida de tono, no alejada de esa clase de visión: tan alta era la marea de tranquilidad que había inundado el cuarto del enfermo, allá arriba, y tantos los bienes que claramente recaerían sobre el paciente después de recibirle en el momento más apropiado. Que sería el que el acertado parecer del propio señor Betterman eligiese: lo paladeaba ya en su lecho, y su sabor era completamente tranquilizador, y podía confiarse en que él —¿a qué otra cosa se aplicaban médico y enfermera?— sabría reconocer el momento psicológico nada más llegar y entonces,

para su completa felicidad, reclamaría a su visitante. La mera constancia de la presencia de éste le era tan grata, en suma –y, por lo mismo, también para el doctor Hatch, tal como éste último había manifestado–, que la consecuencia para Graham, lo grato para él, podría haberse comparado con algún tejido imponderable, aunque sensibilísimo, con abundantes oro y plata entretrejidados, echado como manto sobre sus hombros, mientras avanzaba. Gary nunca se había sentido rodeado por un envoltorio de esa clase; de modo que, al contemplar toda aquella claridad diáfana –que le parecía, para su diversión, más diáfana aún cuando la hallaba ocasional y agresivamente interrumpida por una edificación, que cuando no–, a lo que la comparaba interiormente, en términos fantásticos, era a una página en cuarto desplegada ante él, vasta y hermosa, nítidamente impresa y adornada con inesperadas viñetas, perteneciente a un tomo cuyas hojas serían pasadas ante él una a una, librándole de cualquier esfuerzo por su parte, como cuando se sentaba –lo que hacía con frecuencia– al piano y un ayudante situado junto a él le evitaba, página a página, que tocase la partitura.

¿Acaso estaba “tocando” una vez más, igual que había recurrido frecuentemente, a lo largo de toda su vida, a tocar en la postura aludida? Pregunta nacida del modo en el que la composición dio paso, de pronto, a la más vívida de las figuras ilustrativas: la del hombrecillo que encontró en una de sus vueltas al porche y que, pareciéndole al principio una especie de gnomo paciente y acechante, agazapado casi, el pulcro duende doméstico de alguna vieja leyenda germánica puesta en música y popularizada, estaba allí sentado y, desde las profundidades de una mecedora detenida, lo miraba de un modo que nada hasta entonces le había hecho preconcebir. Lo que era un detalle distinto de todo lo anterior, una partícula extraña, afilada, dura en medio de toda aquella blandura; y era lógico, también, por raro que parezca, que la pequeña fuerza del chocar de ambos no hiciera sino crecer cuando se percató, de inmediato, de que tenía ante él nada menos que

al prodigioso progenitor de Rosanna Gaw. Cómo no iba a ser él, el señor Gaw, al que nunca había visto, y de quien Rosanna le había hablado tan poco en los viejos tiempos. La madre de ella era la única que hablaba de él en aquellos días, y sólo a su propia madre, con quien él mismo había hablado no poco con posterioridad. Pero la intensidad de la certeza no le vino por inferencia directa, sino más bien de la más rebuscada de todas: del hecho de haber pensado siempre que ella requería alguna explicación, por extraña que fuera; y ahí estaba el requisito, hallado en una revelación de lo más oportuna. Ella había estado involucrada en algo, había salido de algo que íntimamente la apremiaba y, sin embargo, era completamente distinto a ella; y he aquí la diferencia, concentrada; y mostrándole también, con cada segundo que pasaba, su capacidad de apremio. Abel Gaw le pareció, a esta luz, intensamente descolorido, como exprimido por acción de una energía o necesidad interior, y animado, al mismo tiempo, por la convicción de que, si seguía allí sentado lo suficiente, y lo suficientemente callado, el joven procedente de Europa, al que se le sabía en aquel lugar, acabaría finalmente por satisfacer su curiosidad. El señor Gaw era la curiosidad en persona; de eso estuvo Gray completamente seguro al cabo de un minuto. De hecho, le parecía que nunca antes en su vida había visto la pasión de entrometerse tan desvergonzadamente en acción. Desvergonzadamente —recordó luego haberse explicado a sí mismo— porque su percepción del alcance de aquellos ojos penetrantes en aquella carita blanca, y de que no cedieran ni por un momento ante los suyos, le sugirieron, por más que no hubiera sabido decir hasta qué punto, el acto de escuchar tras la puerta de una habitación, tras el mismísimo ojo de la cerradura, combinado con el intento de hacerlo pasar por otra cosa al ser súbitamente detectado.

En cualquier caso, así juzgó nuestro especulativo amigo, ayudado por la impresión que le causó el siguiente detalle del caso, la extensión sin formalidades, sin sombra de formalidad, de la implacable mirada que mutuamente se dirigieron. El comienzo

de este intercambio por parte del anciano caballero de la mecedora, que durante largo tiempo no dio señal de moverse o hablar, no podía sino provocar en el rostro de Graham alguna resistencia al propósito declarado, y para el que estaba claro que no había ninguna disculpa inminente. En cuanto hubo reconocido que su presencia era objeto de la consideración del señor Gaw, más intensa de la que ésta pudiera haber gozado con anterioridad, ni siquiera brevemente, salvo si mediaba el ofrecimiento de alguna prenda o soborno, comprendió también que ninguna “formalidad” sobreviviría veinte segundos en estrecho contacto con el personaje; y que, si había sentido alguna vez curiosidad sobre lo que podría suceder cuando los modales son tan consecuentemente ignorados, no tardaría en ser iluminado al respecto.

El visitante, de cuya presencia allí el doctor Hatch y la señorita Mumby no parecían haberse percatado, continuó indiferente a todo, salvo a la oportunidad de la que gozaba y a la certeza de que Graham contribuiría a ella; certeza que, de hecho, era su ganancia. Es decir, la ganancia no podía faltar, a menos que Gray le diese la espalda y se alejase; lo que, por supuesto, era posible, pero haría recaer sobre Gray el peso del repudio de las formas: de modo que —sí, infaliblemente— en la misma medida en la que el joven, según su costumbre, tenía que ser cortés, triunfaría la quizá malsana satisfacción ante ello del señor Gaw. El joven ya había comprendido que no lograría mantener una mirada defensiva durante un tiempo suficiente cuando, acercándose más, pronunció sin la menor muestra de vacilación el nombre de su adversario. El señor Gaw, según Gray informaría luego a Rosanna, “apenas si logró encajar esto”; lo controlaba todo, salvo el carácter de su identidad, las indicaciones de su rostro, los gestos que lo traicionaban y que no lograba suprimir en la misma medida en que su adversario lograba leerlos. La figura allí presente no había alterado su postura más que por un casi imperceptible movimiento del ojo, mientras Graham se movía: se lo comía, sintió nuestro héroe, y de esta atención al bocado, continuamente lleva-

do a la boca, se derivaba lógicamente aquella inmovilidad. De nuevo, no se dignó reconocer por la más mínima señal la observación de Graham de que la ya antigua relación de éste con la señorita Gaw implicaba naturalmente una relación entre ellos dos: la señorita Gaw, su amigo apenas tardó un minuto en adivinar, no pintaba allí nada, como tampoco lo pintaban ninguno de los objetos o apariencias inmediatos a ellos; lo que importaba era algo mil veces más relevante y presente, algo que el silencio del intruso, en mayor medida de lo que pudieran haberlo hecho las palabras susurradas, albergaba la esperanza de dominar.

Graham guardaba, por tanto, en el convencimiento del anciano, un secreto de gran valor, pero que, si se forzaba un poco la ocasión, quedaría prácticamente a su servicio; a esta conclusión llegó, al menos, apenas transcurrido un instante; y durante todo ese tiempo, de la manera más absurda, sin que él mismo adivinase ni llegase a calibrar en lo más mínimo su propio secreto. El señor Gaw le hizo desearlo: es decir, desear, como preliminar o sustituto, adivinar en qué se había convertido éste, en el mejor y más deseable y más efectivo de los casos; ¿acaso no le gustaría poseer algo así, sólo para contrariar a este caballero? Bastante extraño fue el modo en el que cayó en la cuenta, como consecuencia de la negativa del padre a considerar cualquier conexión con la hija que él pudiera alegar; bastante extraño el modo en el que cayó en la cuenta, ante el primer acaloramiento que había experimentado desde su llegada, que a ese juego podían jugar dos, y que, si los intereses de Rosanna iban a quedar tan desairados, a su progenitor no habría de quedarle siquiera, entre ellos, el mínimo derecho de petición. “¡Querría saber, querría saber!”, comenzaría a explicar la joven, días después; sin ir más allá, sin embargo, pues por entonces Gray ya se había percatado, con ayuda de un todavía mayor aluvión de impresiones propias, de cuál era el verdadero deseo del señor Gaw.

Se centraba ese apetito en un único punto y, con hija o sin ella, en nada más: la cuestión de adónde podría llegar el “interés”

de Gray, a la luz de las intenciones de su tío; intenciones que, según la imaginación de Gaw, podían adivinarse en el acto, y en las pocas horas transcurridas, incluso por el sobrino de mente más rudimentaria. En la hora presente, mientras tanto, y a falta del milagro que sólo el contraescrutinio de nuestro amigo podría haber obrado, ocupaba esta joven inteligencia, y con no poca nitidez, el hecho mismo de habérsele revelado semejante actitud respecto al reflujó de la vida en su anfitrión; sobre el que recaían las apariencias de estar siendo, reloj en mano, impaciente y ofensivamente cronometrado. El mismo aire, en ese instante, tenía para Gray, como si algo bajo su lengua hubiese pasado repentinamente de lo dulce a lo apreciablemente ácido, el sabor de una difusa suposición respecto a los rudimentos de la mente. Más tarde situaría su despertar a las dimensiones generales de lo menos que podía pensar respecto a los negocios un joven que se precie lo suficiente, en el extraordinario comentario tácito del señor Gaw: “Oh, vamos, no puede engañarme: ¿acaso no sé que usted sabe lo que quiero saber? ¿Acaso no sé lo que supone para usted estar aquí desde las seis en punto de la mañana sin otra cosa que hacer más que enterarse?”.

Eso era: Gray tenía que haberse enterado del valor más o menos cierto que suponía para él la supuestamente próxima defunción de su tío, y tenía que ser capaz, si no de expresarlo en el acto en los únicos términos en los que cualquier clase de valor podría existir para este ricachón, sí al menos de una predisposición a una traición de la que el otro pudiera derivar algunas conclusiones. Sólo más tarde, de nuevo, nuestro joven llegaría a dominar esa lógica de lo concluyente, según se manifestaba en el señor Gaw. El objeto de la curiosidad de éste era dilucidar si estaban o no los dos ante un hecho realmente grande..., con todas las distinciones que la mentalidad de Gaw hacía entre dimensiones de esa clase, centrada como estaba, esencialmente, en una cuestión especial, todavía no reconocida por Gray. Más tarde tendría la palabra de su amiga como guía; cuando, a la extraordinaria luz

arrojada por las explicaciones de Rosanna, leyó con claridad lo que en el porche no había podido más que medio vislumbrar: la extraña verdad de la avidez del señor Gaw por saber en qué medida, en qué grado había irremediablemente arruinado, años atrás, a su antiguo socio. No lo sabía; y era curioso que, ni entonces ni después, gracias al modo en el que el señor Betterman había dispuesto las cosas, podría estar seguro. Pero lo que quería, lo que lo hacía nadar al acecho de un modo tan poco grato, para olisquear el menor indicio al respecto, era la confirmación de su creencia de que el paciente del doctor Hatch y la señorita Mumby nunca se había recuperado realmente de la herida de años atrás. Estaban atendiéndolo ahora por otro padecimiento completamente distinto, de los que, con la excepción de algún que otro respiro mínimo, no podían sino acabar con él; mientras que había dudas profundas, al menos en el sentir del señor Gaw, respecto a si el daño que suponía que su propio resentimiento había infligido, cuando la conveniencia y la ocasión se combinaron para inspirarle, podía ser aliviado por los cuidados más expertos o por la más sutil de las medicaciones. Estos misteriosos cálculos resultaron, por supuesto, impenetrables para Gray durante esos momentos en que lo vemos tan casi indescriptiblemente expuesto y, al mismo tiempo, reafirmado; pero el efecto de su cada vez más y más aguda impresión de que su acompañante había dado con la tecla fue que de pronto surgió en él una conciencia del conjunto, y que, en pocos segundos, se percató de una necesidad absolutamente contraria a cualquier trampa que pudieran tender a su franqueza. No habría sabido entonces explicar el porqué (como sí lograría expresarlo, y con viveza, a la luz de conocimientos venideros), pero sí que su callado interlocutor deseaba, de alguna manera, que la colaboración de ambos en la estimación de lo que su tío “valía”, estimación de la que un sobrino relativamente envanecido podría recibir una indicación fortuita, actuase en él como certeza y cambiase por completo el signo de su inclinación. Ese reconocimiento del elemento grato sobre el que había estado flotando se afirmó como si



estuviera en presencia misma de la pretensión personificada de afirmar justo lo contrario, de arrojar sobre él, en definitiva, una horrible contradicción; contradicción que, a continuación, se oyó a sí mismo rebatir felizmente, del modo más directo:

–Estoy seguro de que le alegrará saber que mi presencia parece estar haciéndole mucho bien a mi tío. Me dicen que soy el verdadero causante de su recuperación –y Graham dejó caer una sonrisa sobre el pequeño y blanquecino señor Gaw–. No desespero de que siga mejorando.

Ante esto, el señor Gaw articuló por primera vez:

–¿Mejor? –gimoteó extrañamente, como si sus mismos ojos pusieran en entredicho semejante ligereza.

–Pues sí. De la alegría. Y hasta me atrevería a decir que está –prosiguió Gray– tan contento como yo...

Su aplomo, sin embargo, había decaído un tanto en menos de un minuto; el efecto podría ir más allá, comprendió, de lo pretendido. El viejo había sido más que inoportuno, pero ahora, de pronto, parecía enfermo, y eso no lo deseaba nadie.

–¿Contento...? –fue capaz de repetir, pese a todo, mientras llamaba la atención de Gray el hecho de que jamás un sonido tan débil le había parecido tan tajante, o uno tan tajante así de débil–. ¿Contento de morirse...? –preguntó el señor Gaw por pura duda rutinaria.

–Mi querido señor –dijo Gray, prolongando todavía un poco más su desenvoltura, a pesar de todo–, mi querido señor, a mí no me parece que se esté muriendo...

–¡Bobadas! –espetó el señor Gaw bajo el énfasis de su mirada, dirigida por un instante, según Gray pudo ver a continuación, a un nuevo objeto de atención. Gray sintió, incluso antes de volverse a mirar, la compañía de la señorita Mumby, que, tras rodear la esquina de la casa, se había detenido como ante una insólita conjunción; que no se volvió menos insólita, además, por la instantánea apelación que le dirigió el señor Gaw:

–¿Cree usted, entonces, que no se va a...?

Tuvo que dejarlo ahí, pero la señorita Mumby aportó, con la más rotunda seguridad, lo que parecía faltar:

—¿Que no va a ponerse mejor? Bueno, esperamos que sí —declaró, para delicia de Graham. Lo que le ayudó a contribuir a su manera:

—La sorpresa del señor Gaw se refiere, más bien, a su aguante.

—Bueno, supongo que aguantará lo suyo —la señorita Mumby se congratuló en decir.

—Entonces, si no se va a morir, ¿a qué viene todo este jaleo? —quiso saber el señor Gaw.

—No hay ningún jaleo, salvo el que usted hace, al parecer —aseveró la señorita Mumby.

—Bueno, si usted lo dice...

Con esto se levantó, aunque con una viveza que, al parecer de Gray, no resultó del todo verdadera, y permaneció un instante en pie, mirando alternativamente a uno y al otro de sus acompañantes, mientras los ojos de nuestro joven, por su parte, formulaban una pregunta a la señorita Mumby; una pregunta que, articulada, hubiera sido de este tenor: “¿Qué demonios le pasa?”. No parecía haber manera de saber cómo se tomaría las cosas el señor Gaw... Que es lo que la señorita Mumby, al parecer, reflexionó también al respecto.

—De lo que sí estamos bastante seguros es de que no queremos que usted enferme también —declaró ella, con más alegría que aprensión; a lo que añadió, sin embargo, para cubrir todas las posibilidades—: Déjenos al señor Betterman a nosotros y cuídese de usted. Nunca hablamos de morir, y no permitiremos que usted lo haga... Sobre él o sobre cualquier otro, señor Gaw.

El caballero así interpelado se enderezó y se esfumó de un modo que parecía indicar que había captado, al instante, lo que la señorita Mumby quería decir; lo que él, con una asombrosa concentración de estudiada inexpresividad (estudiada, queremos decir, por lo que sus acompañantes dijeron luego haber notado), celebró haber apreciado con un diminuto, pero triunfal:

—¡Bueno, eso sí que está bien!

—No tan bien como para que yo no lo acompañe a su casa —respondió con autoridad la señorita Mumby; añadiendo, sin embargo, en beneficio de Graham, que había bajado para decirle que su tío estaba ya dispuesto—. Suba. Encontrará allí a la señorita Goodenough. Usted mismo verá —dijo ella— el buen color que tiene.

—Gracias. Será hermoso —respondió Gray con prontitud; pero con los ojos puestos en el señor Gaw, a quien de pronto, por alguna razón, no quería ver marcharse.

Lo que, de todos modos, determinó en el hombrecillo una sorprendida pregunta:

—¿De modo que no lo ha visto aún, a pesar de sus grandiosas noticias?

—No, pero las noticias —sonrió Gray— vienen de instancias más autorizadas que la mía. Además —continuó, después de esta alusión galante—, sé lo que haré por él.

—¡Oh, pasarán unos ratos estupendos! —aseguró valientemente la señorita Mumby, poniendo el brazo al servicio del anciano. Pero también reprendió a Graham—: No lo haga esperar, y haga caso de lo que le diga la señorita Goodenough. Y ahora, señor Gaw, hágame usted caso a mí —concluyó, mientras este objeto de su improvisada atención se plegaba a marchar junto a ella en dirección a la otra casa. Gray tenía sus dudas sobre él, pero tenía una inmensa confianza en la señorita Mumby, y se limitó a seguirlos con la mirada hasta verlos llegar juntos al césped, el señor Gaw independiente de todo apoyo, con algo en su conscientemente rígida y puede que dolorosamente fingida insignificancia, según podía observarse desde atrás, que justificaba a su protectora. Visto de esa manera, sí, era una persona tremendamente pequeña; y Gray, animado, inmensamente reafirmado y, en consecuencia, atento a sus propios asuntos, sintió la sacudida del alud de impresiones mientras avanzaba... Lo sacudía, aunque no parecía capaz de causar otro efecto que no fuera la risa.

Fuera o no por su apariencia, tan distinta de la del señor Gaw, la figura sostenida por almohadones en la habitación vasta y fresca, e iluminada de modo que el claro oeste, cada vez más hondo, parecía fluir hacia ella a través de un ancho ventanal, para realzar su efecto, impresionó a nuestro joven por lo voluminosa y expansiva, como de una dignidad blanda y hermosa; eso sí, similar al pariente de Rosanna, según le pareció al principio, en su disposición a mirar fijamente, más que a hablar. La señorita Goodenough se había demorado un tanto, por seguridad; pero luego lanzó, con un timbre de voz jamás usado ante los oídos de Gray en ningún cuarto de enfermo: “Bueno, supongo que no se liarán a puñetazos”, y los había dejado cara a cara, además de remover el aire con la libertad de su humor.

Permanecieron cara a cara entonces durante un intervalo de cuyo control directo, seamos justos, ella no se había responsabilizado; y eso, a pesar de que Gray recelaba que, al cabo de un minuto, ella podría, por un toque de su mano o la fuerza de su espíritu, empujarlo más allá de lo que él, de momento, había juzgado decente avanzar. Se había detenido a una cierta distancia de la gran cama; detenido, en verdad, por consideración y deferencia, o por el instinto de someterse antes que nada a un gesto de aprobación, o al menos de ánimo. El espacio, ni lo bastante grande para la renuencia ni lo bastante pequeño para el atrevimiento, lo mos-

tró dispuesto a obedecer cualquier señal que su tío hiciera. El señor Betterman le sorprendió, en medio de ese elocuente silencio contemplativo, menos por lo formidable que por lo humilde y conmovedoramente augusto. No lo había imaginado, cayó súbitamente en la cuenta, tan grande... Con la presencia de un ajado veterano de los negocios, una de esas reconocidas eminencias cuyas últimas palabras se espera que queden para la Historia. El rostro grande y hermoso, más recto que pesado, no estaba ni ensombrecido ni estragado, sino elegantemente sereno; el cabello plateado parecía ceñir la frente, alta y ancha, como con una banda de seda espléndida, mientras los ojos descansaban en Gray con un aire de conformidad más allá de toda confirmación, por mero efecto de la alegría o la relativa tristeza del consuelo.

—Ah, *le beau type, le beau type!* —fue durante estos instantes el comentario interior del visitante, que afloraba en una de las lenguas extrañas que la experiencia le había concedido emplear en privado, en tantísimos casos, para la apropiación de aspectos y apariencias. Fue más tarde cuando llegó a saber cómo su tío había sido capaz, dos o tres horas antes de verle, de presentar mejilla y barbilla al diestro oficio del barbero; hecho de lo más revelador, por turbias que fuesen las luces allí concurrentes. Lo que el paciente debía directamente a ese sacrificio, según el otro supo apreciar, era ese aspecto como de último refinamiento de los preparativos, ese indudable esplendor de lo inmaculado, que en verdad no suponía, cuando uno lo asimilaba, sino un firme reconocimiento de la propia dignidad del invitado. La grave belleza de aquella presencia personal, el vago anticipo como de algo que podría perdurar para ser conmemorado por su ejemplo, la gran habitación fragante y pura, bañada en el resplandor templado del final de la tarde, la lucidez, la tranquilidad y la seguridad generales del caso presente en su conjunto despertaron, en definitiva, en nuestro joven amigo, una extraordinaria sensación de que, igual que él era lo bastante importante para estar en exhibición, también estas peculiares perfecciones que salían a su

encuentro no eran sino otros tantos implícitos honores que se le rendían e indicadores del alto nivel al que había ascendido. En exhibición, sí, eso era, y más maravillosamente de lo que podría decirse: Gray estuvo seguro, al poco, de cuánta razón había tenido al mantener las distancias hasta entonces, en bien de cualquier significación que pudiera atribuírsele. Era tan evidente que su tío tenía tantos deseos de que él fuese de determinada manera, que no había riesgo alguno de excederse; y que, si él pudiera, allí y entonces, captarlo, no pediría sino que lo dejaran actuar, por decencia, según sus propias luces: igual que, apenas un poco antes, había acusado un despliegue similar de sugerencias por parte del señor Gaw, y todos estos estímulos, cada uno a su manera, lo arropaban con singular pertinencia, con aquella combinación de atributos tan palpables. El que los partícipes en la presente esperasen la expresión articulada, por ambas partes, de lo que más les concernía a ambos, fuese lo que fuese, prometía durar lo que había durado la tensión abajo, en el porche, y quizá se habría prolongado más aún si Gray no hubiera prorrumplido, desde donde estaba, en un grito de admiración —no había otra forma de llamarlo— que hizo disiparse en el aire cualquier temor de pasarse de la raya.

—Merece la pena venir de tan lejos, tío, si me permite que se lo diga; merece la pena la peregrinación para ver algo tan espléndido.

El anciano lo oyó, claramente, como en virtud de algún hondo proceso todavía activo; y luego, tras una pausa que no representaba, Gray estaba seguro, ningún fallo de percepción, sino sólo el amplio abrazo de una posibilidad de placer, hizo sonar bravamente su voz en respuesta:

—¿Está a la altura de lo que has visto?

Fue Gray más bien quien quedó por un momento perplejo, aunque sólo para dar paso a una renovada espontaneidad cuando hubo captado el sentido de la pregunta.

—Oh, está usted a la altura de todo... Lo que quiero decir, si

me lo permite, es que nada está a su altura. Quiero decir, si me lo permite –sonrió– que usted mismo, tío, me parece la mayor y más genuina expresión americana a la que puedo ser expuesto.

–Bueno –dijo el señor Betterman, de nuevo como con una atenta deliberación–, veo que me va a gustar oír tu modo de hablar. Eso –añadió con su blanda claridad, con un tono único para las muchas cosas que quería decir–, eso, creo, es más o menos lo que más me hacía desear que vinieras. Y para mirarte también. Me gusta mirarte directamente.

–Bien –rió armoniosamente Gray una vez más–, si eso basta para hacerle feliz... –permanecía parado, como en actitud de inspección, con una suelta torpeza y una soltura agradable, levantando la cabeza como para sacar el máximo partido de una estatura no grande–. Nunca he lamentado tanto no tener más que ofrecer.

Los finos ojos viejos desde la almohada continuaban asimilándolo; y el otro podía ver que se daba la circunstancia de que, por así decirlo, “aprobaba”; y aunque nunca había experimentado, en sus años, la extraordinaria o emocionante sensación de desaprobación (lo que quizá restase relieve a su felicidad), tenía todavía sitio para la emoción, para el inmediato estremecimiento y conmoción de verse coronado por el éxito. Gracias a Dios, se había librado de cualquier motivo de verdadera vergüenza, pero nunca había sentido en su frente la caricia o las cosquillas de los laureles. “¿Supone esto –podría haberse susurrado a sí mismo– un más que extraño cambio de perspectiva?”. Pero su tío, entre tanto, había hablado.

–Bueno, tengo todo lo que voy a querer de ti. Y debe de haber más cosas en ti de las que veo. Porque eres distinto –consideró el señor Betterman.

–¿Distinto de qué? –quiso saber Gray, de todo corazón.

El señor Betterman tardó un rato en contestar, pero pareció dar a entender que eso podía adivinarse:

–De lo que habrías sido si hubieses venido.

El joven estaba verdaderamente interesado.

—¿Si hubiese venido hace años? Bueno, tal vez —concedió, feliz—, yo mismo lo he pensado muchas veces. Sólo que, verá —rió—, también soy distinto de aquello... Quiero decir, de lo que era cuando no vine.

El señor Betterman consideró esto en silencio.

—Eres distinto en el sentido de que eres mayor... Y me parece bastante mayor de lo que suponía. Mejor, mejor —continuó aclarándose—. Eres la misma persona que no logré tentar, la misma persona que no pude... cuando lo intenté. Veo que lo eres, veo lo que eres.

—Ve usted mucho, señor, en tan escasos minutos —sonrió Gray.

—Cuando quiero ver... —el anciano suspiró con suficiente desahogo—. Te comprendo, te comprendo; aunque concedo que no veo cómo puedes entenderlo. Con todo —continuó—, hay cosas que tienes que contarme. Eres distinto a todo, y si tuviéramos tiempo para detalles me gustaría saber un poco cómo te has mantenido así. Temía que no resultarás quizá del todo la clase de cosa que yo quería pensar... No tenía más que lo que *ella* me dijo, ya sabes. Sin embargo —el señor Betterman concluyó, como con la satisfacción debida—, lo que ella dice me ha servido. Y quiero que ella sepa que no me siento engañado.

Si la curiosidad de Gray hubiera podido decirse que residía en alguna parte, hora tras hora, lo suficiente para ser detectada en el acto, la pregunta que la retenía hubiera sido quizá, antes que otra, la de si la señorita Gaw “aparecería”. Y ahora que lo hacía, sin embargo, de este modo tan discreto, no hubo extrañeza en el hecho de que su inmediata alegría no lograra arrancarle sino una exclamación; y el reciente interés de lo que ella le había escrito últimamente no era nada al lado del interés de que su persona se convirtiera en tema de conversación de su tío. Con lo cual, al mismo tiempo, lo que más grato le resultaba era hablar de ella él mismo.



—Si se refiere a Rosanna Gaw, sin duda comprenderá las tremendas ganas que tengo de verla.

El enfermo se demoró un poco, aunque no, quedó claro, por falta de comprensión:

—Ella tiene tremendas ganas de verte, Graham. Quizá lo sepas, por supuesto, por su modo de proceder.

Luego, de nuevo recapituló sus pensamientos y, poco después, rompió una vez más a hablar:

—Tuvo una buena idea, y la quiero por eso, pero me temo que la mía no ha sido, en la misma medida, reconocerle a ella todo el mérito. Yo también lo quería, y... Bueno, aquí estoy, consiguiéndolo de ti. Sí —continuó, los ojos sin apartarse del sobrino—, no podrías haberme dado más, aunque lo hubieses intentado a propósito, desde muy atrás. Pero no puedo decirte ni la mitad —exhaló un largo suspiro, estaba un poco exhausto—. Cuéntame tú. Cuéntame tú.

—Le estoy cansando, señor —dijo Gray.

—No por dejarme ver... Sólo me cansarías si no me dejaras.

Entonces por primera vez sus ojos miraron a su alrededor.

—¿No te han puesto un sitio para sentarte? Quizá supieran —sugirió, mientras Gray alcanzaba una silla—, quizá sabían cuánto deseaba verte. No parece haber nada que no sepan —espetó de nuevo, resignado.

Gray tenía su silla ante él, las manos en el respaldo ladeándola un poco.

—Son extraordinarios. Jamás he visto cosa igual. Me ayudan tremendamente —confesó, gozoso.

El señor Betterman, ante esto, pareció cavilar.

—¿Sí? ¿Has tenido problemas?

—Bueno —dijo Gray, todavía con su silla—, dice usted que soy distinto... , si es que se refiere a que soy extraño a lo que siento que me rodea. Pero si supiera usted lo raro que me parece todo —rió— comprendería que acepte protección.

—¿Raro? —sin mediar ofensa, su anfitrión estaba claramente interesado en el término.

—¡Bueno, “tremendo” entonces!

—¿Tan tremendo que necesitas protección?

—Bueno —explicó Gray, sacudiendo suavemente el respaldo de su silla—, cuando uno simplemente ve que nada de su experiencia anterior le sirve, y que uno no sabe nada de nada...

Ante esto, más que nunca, la mirada de su tío hizo por abarcarlo entero.

—De nada de lo de aquí... ¡No! Eso es, eso es —el anciano repitió blandamente—. Ése es el modo... Quiero decir, el modo en el que yo lo esperaba. Ella sabe que tú no sabes... ni quiere que sepas. Pero baja la silla —dijo; y a continuación, cuando Gray, obedeciendo instantánea y delicadamente, hubo colocado el preciado artículo con todas las precauciones en el sitio donde estaba antes—: Siéntate en la cama. Hay sitio.

—Sí —sonrió Gray, mientras hacía con toda consideración lo que se le decía—, a usted no se le ve en ningún sitio demasiado *à l'étroit*.

—Presumo —respondió el tío— que dominas el francés.

Gray admitió esa complicación.

—Bueno, cuando uno lo ha oído desde la cuna...

—¿Y también los otros idiomas?

Pareció preguntarse si, por su bien, no sería mejor renegar de ellos.

—Bah, un par de ellos. En esos países se te quedan con facilidad.

—Bueno, aquí no se te hubieran quedado con facilidad, y sospecho que ninguna otra cosa; me refiero a las cosas que cultivamos principalmente. Y no permitiré que me digas —dijo el señor Betterman— que si hubieses aprovechado aquella ocasión, quizá lo hubieran hecho. De eso no sabemos nada. Y, de todos modos, eso lo habría echado a perder. Me refiero a lo que eres.

—Ya —espetó Gray, en la cama, pero sin dejar caer todo su peso—, ya, lo que “soy”...

—Me refiero, no a lo que eres, sino a lo que no eres. No acepta-

ré otra cosa; quiero decir que no te aceptaré sino como quiero que seas –explicó su anfitrión–. Y quiero que seas así.

Con lo cual, mientras el joven mantenía los brazos cruzados y las manos recogidas, como para reducir la extensión y peso de su persona, intercambiaron, en la corta distancia a la que se encontraban, la mirada más persistente que se habían dirigido hasta entonces. Extraordinaria le parecía, en la gravedad de este pariente, su cada vez más honda impresión de algo hermoso y crecientemente claro; enteramente como si la ancha ventana y el mar limpio y silencioso y la sutilísima luz del ocaso hubiesen tenido todos, como auxilio y bendición, su palabra que aportar. Parecían combinarse sólo para exclamar al unísono: “¡Qué persona tan exquisita es tu tío!”. Esto es lo que, de momento, tuvo la sensación de recibir de ellos, y el tono de su réplica siguiente expresó el asentimiento que prestaba a todo aquello:

–¡Ojalá supiera qué es lo que más le gustaría...!

–Qué más da lo que a mí me gustaría... Límitate a contarme, a contarme –repitió su acompañante–. No puedes decir nada que no me agrade del todo; te desafío a hacerlo, aunque puede que no veas el porqué de esto. Te tengo... sin una falta. ¡Eso es! –resolló triunfalmente el señor Betterman.

A esas alturas, la sensación de Gray era la de ser examinado y evaluado como nunca antes en su vida, como si se hallara en exposición como “pieza” importante, como un objeto de valor tomado, para mejor estimación, de debajo del cristal de una vitrina. Nada podía hacerse salvo afrontar el hecho y notar, quizá, también una cierta tranquilidad por estar, como sentía, prácticamente limpio y en condiciones. Que ese momento tenía su significado, y que el significado podía ser grande para él, esto, por supuesto, iba surgiendo suavemente, poco a poco, de cada punto del círculo que lo rodeaba, y sin que su conciencia dejara de contribuir cada vez más, por momentos, a una libertad enaltecida y fantástica, una especie de simplificación sublime, en la cual nada parecía depender de él o haber dependido nunca de

ese modo. Se hallaba verdaderamente frente a luminosas inmensidades, y la hermosa presencia anciana de la que, un instante después, surgió una mano que buscaba la suya, daba fe, con el más callado de los gestos, tanto de la verdad de ambos como de la irrelevancia, no podía sentirla de otro modo, de la medida de ambos. Fría, pero no débil, fue para su atenta comprensión esta fuerza retentiva, a la que se sumó la potencia de lo que vino después:

—No es por mí, no es por mí... Me refiero a que seas como digo yo. ¿Qué importo yo ahora, salvo por el hecho de haberlo reconocido? No, Graham, tiene que ver con otra cosa.

¿Tenía que ver entonces con Rosanna? —tuvo Graham tiempo de preguntarse, e incluso de pensar qué gran cosa podría derivarse de ello, antes de que su tío espetase:

—Es por el mundo.

—¿El mundo? —en Gray de nuevo imperaba la vaguedad.

—Bueno, nuestro gran público.

—¡Oh, ese gran público de ustedes...!

La exclamación, el grito de alarma, aunque también de diversión ante una salida como ésa, animó por un instante el buen tacto de la mano fría.

—Así es como quiero oírte hablar. Así me dijo ella que lo harías... Quiero decir que eso sería lo natural en ti. Y ése es precisamente el motivo (el que sea el público terriblemente grande que es) por el que precisamos la diferencia que tú supondrás. Así que, como ves, estás destinado a nuestra gente.

Los ojos del pobre Graham se agrandaron:

—¿Yo supondré una diferencia para su gente?

Pero su tío continuó con serenidad:

—No creas que los conoces ya, o que sabes cómo son las cosas aquí. Puedes creerlo así y pensar que estás preparado. Pero no se sabe hasta que se tiene todo delante, frente a uno.

—¿Puedo preguntar, señor —sonrió Gray—, de qué está hablando?

Su anfitrión lo miró a los ojos, pero dejó correr la pregunta.

—Tú mismo lo verás bien pronto. No hagas caso de lo que digo. No es lo que te corresponde ahora... Ya está todo hecho. Sólo sé verdadero —dijo el señor Betterman—. Lo eres y, como he dicho, no puedes evitarlo.

Con lo que recayó de nuevo en una de sus benditas conclusiones:

—Con todo, tampoco te preocupes por el público.

—Oh —replicó Gray—, todos los grandes públicos son terribles.

—No, no, no aceptaré eso. Puede que lo sean, pero el problema que nos concierne es el nuestro... y algunas otras cosas también.

Gray sintió en el tacto de la mano un leve ascenso enfatizador del brazo, mientras la cabeza se movía un poco como para asomarse al mundo del que hablaban; lo que, para nuestro joven, sin embargo, se reducía a una mirada a toda la armonía y prosperidad exteriores, bañadas, tal como ahora se las veía, en el color del cielo encendido. Completamente absurdo que él se alineara contra estas cosas. Su anfitrión, de todos modos, siguió hasta llegar a donde quería y señalarlo:

—La enorme preponderancia del dinero. El dinero es la vida de todos ellos.

—Pero supongo que ni siquiera aquí lo tienen todos. Y, por cierto —rió libremente—, ¿no es algo bueno de tener?

—Muy bueno, sí —su tío se demoró en la inspección más larga hasta entonces—. Pero tú no sabes nada de él.

—No sobre grandes cantidades —admitió Gray, divertido.

—Quiero decir que nunca lo has tenido cerca. Se ve a la legua que ha sido así. Sabía que no podría ser... Y entonces ella me dijo que ella también lo sabía. Veo que eres un lienzo por pintar... Aquí nadie lo es, ni una sola criatura que yo haya tocado. Eso es lo que quería —prosiguió el anciano—, un perfecto lienzo sin pintar. No quiero decir que no haya tontos a montones, igual que los hay, y probablemente más grandes, de sinvergüenzas; salvo que casi siempre el sinvergüenza es el tonto más grande. Pero no

son espacios en blanco. Están llenos del veneno... sin otra maldita idea. Y ahora tú eres el lienzo por pintar que necesito, si me sigues, y no un completo asno.

–No sé si le sigo –rió Gray–, pero me siento muy halagado.

–¿Te has jugado alguna vez tres centavos en un negocio? –preguntó el señor Betterman en tono judicial.

Eso proporcionó a nuestro joven cierto margen de demora.

–Bueno, me temo que no puedo presumir de haber tenido ocasión de hacer muchos negocios. También se equivoca, señor –añadió–, en cuanto a que yo no sea un completo asno. Por favor, comprenda que soy un completo asno. No haya errores al respecto –confesó Gray en tono conmovedor.

–Sí, pero no en otra materia que no sean los negocios.

–Bueno, sin duda en materia de negocios más que en cualquier otra.

Aún los bondadosos ojos descansaban.

–Dime una cosa, distinta a ésta, para la que no poseas al menos alguna inteligencia.

–Señor, hay infinidad de cosas, y es extraño que uno tenga que demostrarlo... Aunque me llevaría tiempo. Pero reconozco que no hay cosa que comprenda menos y me guste menos que el misterio del “mercado” y los chanchullos.

–¡Detestas y aborreces los chanchullos! Eso es lo que quiero de ti, bendito seas –dijo el señor Betterman.

–¿Me pide esa declaración..? –consideró Gray–. Pero ¿cómo puedo saberlo, no lo ve, siendo como soy un lienzo por pintar y no habiendo tenido jamás tres centavos, como usted dice, que dedicar a transacciones comerciales?

–La gente que no las detesta siempre los encuentra para hacerlas, aunque la mayoría de las veces sea de una manera absurda y deshonestas. Tu caso –razonó el señor Betterman– es que no tienes ni pizca de la imaginación que requieren esa clase de intereses. Si la hubieses tenido –concluyó–, la hubieses sentido en ti aquella primera vez.

Gray lo siguió, como decía su pariente, lo bastante para hacer volver su memoria un momento sobre aquello.

—Sí, creo que mi imaginación, la poca que tengo, jugó entonces en su contra.

—Es decir, contra el negocio —dedujo fácilmente el anciano—. Yo era el negocio. En este mundo no he sido más que negocio. Aún en este momento soy negocio... porque no puedo ser otra cosa. Me refiero a que para eso tengo esta cabeza. Así que no pienses que puedes achacarme no haber pensado lo que hago para bien... Lo que hago, lo hago abominablemente bien —con lo que, por primera vez, cedió a una débil sonrisa—: No es asunto tuyo.

—¿Que no es asunto mío —objetó Gray con el mismo apasionamiento— sentirme más conmovido de lo que puedo expresar por sus atenciones... a la vez que, si me permite decirlo, bastante sorprendido por ellas?

Y entonces, mientras su anfitrión recibía esto sin responder, ocupado sólo en atiborrarse aún más de las firmes proporciones del otro, prosiguió, a pesar de ser consciente, al prestarle su voz, de la complacencia o fatuidad, del particular absurdo, que su pregunta parecía encarnar:

—¿Qué otra cosa puedo desear sino estar de acuerdo con usted en todo?

Su percepción por fin fue completa, la extraña comprensión de todo aquello saltó a sus ojos; de modo que, de no ser por su esfuerzo por hacer la situación lo más grata posible, sus párpados y sus jóvenes labios podrían haberse cerrado convulsivamente. Incluso para su propio oído “¿Y qué?” era la irónica réplica exigida; y se vio casi haciendo aspavientos para mostrar que hubiese entendido que otra persona hubiese cedido a la tentación de darla. Aquí, sin embargo, donde lo pertinente hubiera sido que la sonrisa de su tío se ampliase, una blandura más grave volvió a imponerse, ante la cual quedó sumido en una aún más embarazosa seguridad. Sintió como si no pudiese decir lo suficiente para abatir la fealdad de aquello... Y quizá incluso se le mostró la

belleza del hecho de que ninguna manifestación de los decentes podía aparentar no coincidir con la mismísima sinceridad de los codiciosos. “Estoy dispuesto a cualquier cosa, sí, mientras me lleve a una gran herencia”: no le importó que sus palabras pudieran sonar a eso cuando añadió, a continuación (¿pues qué otra cosa podía hacer sino fundirse en la benevolencia general?):

–Ojalá supiera qué es lo mejor que puedo hacer por usted.

–¿Hacer? No se trata de lo que hagas, sino de lo que seas.

Gray sondeó:

–¿Pero ambas cosas no van a parar a lo mismo?

–Bueno, en tu caso supongo que tendrá que ser así.

–Sí, señor –respondió Gray–, pero suponga que yo dijera: “No siga insistiéndome de ese modo”. –Entonces tuvo un acceso romántico que fue al mismo tiempo, al menos de momento, sincero–: No sabía que yo destacase tanto por mí mismo.

–Bueno, si no fuera así, eso sólo muestra aún más lo que eres –zanjó de inmediato el señor Betterman–. Muestra que tienes una clase de imaginación que no tiene nada que ver con la que tan perfectamente veo que no tienes. Y si no haces las cosas por ti –prosiguió–, las harás con más razón justo por lo que digo.

A lo que también añadió, mientras Graham permanecía boquiabierto en actitud de súplica:

–Las harás por todos los demás... Lo que equivale a ver que es imposible hacer lo que ellos hacen. En cuanto lo noten... Bueno, será lo que quiero. Lo sabemos, lo sabemos –aseveró una vez más, como si esto dejase zanjada la cuestión.

Cualquier ambigüedad en su “nosotros” se aclaró al instante; su intención era no haber aludido sino muy de cuando en cuando, a lo largo de toda esta escena, a Rosanna Gaw, pero ahora la aludía, y de nuevo aquello tenía para Gray una cantidad de referencias que era como una gran suma de artículos en una cuenta imperfectamente examinada. Con todo, aquello le hizo desear mayor claridad aún. Su alma entera, llegado este punto, se centró en la necesidad de no haber contribuido por alguna confusa con-



formidad a una extraña teoría sobre su futuro. No podía dejar de suponerla extraña, por mucho que a otros, en medio de sus insondables recursos y sus lujos o perversidades de dispendio, pudiera complacerles verla en términos simples, o basándose en suposiciones laxas y vagas. Pasara lo que pasara, no se ahogaría en vaguedades, y daba ahora las boqueadas y cabezadas de un hombre hundido en aguas demasiado profundas.

—En lo que quiero insistir —prorrumpió— es en que no debo dar mi conformidad a ninguna exageración en bien de la opinión sublime que usted o cualquier otro pueda tener sobre mí, sobre cualquier capacidad mía. Sobre mí no puede albergarse ninguna opinión sublime que se corresponda en lo más mínimo con la verdad; y bien miserable sería yo si, aquí y ahora, no le asegurase que no hay ni ha habido jamás constancia en el mundo de que yo sea capaz de nada.

Por un momento, podría haber supuesto que había causado en parte el efecto que naturalmente seguiría a una verdad así, presentada con la debida claridad: ¿acaso no lo miraba ahora su tío con una sombra de dureza añadida, antes de que sus ojos fijos se cerraran, sí, como bajo un peso al que por fin habían tenido que ceder? Se cerraron, y el pálido y anciano rostro estuvo durante un par de minutos tan quieto sin ellos, que una ligera inquietud le estremeció, y apenas transcurrió un instante antes de que un débil sonido, hacia el que hubo de volver la cabeza para encontrarle explicación, le alcanzase como respuesta a una llamada. La puerta de la habitación se había abierto suavemente y cerrado de nuevo tras la señorita Goodenough, que avanzó blandamente, pero con más gravedad, pensó Gray, que la que le había visto mostrar hasta entonces. Sin abandonar su puesto, y consciente de que seguía habiendo frescura en el énfasis manual del enfermo, buscó en ella con la mirada una opinión sobre el aspecto de éste, o sobre su propio proceder inmediato, mientras ese parecer, pendiente del señor Betterman, se demoraba un tanto onerosamente. La duda de Gray ante la inmovilidad que siguió a aquel esfuerzo

tan grandioso, y tan reacio a todo consejo en contra, le llevó a un amago de retirada, que le hizo saberse una vez más sometido a escrutinio, y de nuevo los viejos y hermosos ojos se fijaron en él.

—Me temo que lo he cansado —fue todo lo que pudo decirle a la enfermera, que procedió a tomarle el pulso a su paciente sin que éste soltara a su visitante. La mano de Gray seguía sujeta, pero los ojos de su pariente y sus siguientes palabras se dirigieron a la señorita Goodenough.

—Todo va bien. Incluso mejor de lo que le dije que iba a ir.

—Por supuesto que todo va bien. ¡No hay más que verlos juntos! —declaró ella.

—Quiero decir que lo tengo; que lo pongo en apuros —palabras que, sin embargo, eran las más intencionadamente serias que había pronunciado hasta entonces—, pero todo lo que hace para resistirse es apurarse como yo espero.

—Bah, no toleraremos ninguna resistencia —declaró sin rebozo la señorita Goodenough—. ¡No será porque a usted no le queden ganas de pelear! —respaldó ella definitivamente al señor Betterman.

Éste miró de arriba a abajo a su sobrino una vez más, como para tasarlo por última y abrumadora vez, añadiendo luego, en beneficio de la señorita Goodenough:

—Intentó algo hace un minuto para pararme los pies, pero ojalá hubiese oído usted cómo se expresó.

—Es un placer oírle... cuando se porta bien —rió ella, con un deje de impaciencia.

—Nunca se porta mejor que cuando quiere ser malo. ¡Ahí tiene usted, señor mío! —dijo el anciano—. Eres como el príncipe de un cuento de hadas; no tienes más que abrir la boca...

—¡Y caen perlas y diamantes! —completó la señorita Goodenough, para alivio de su paciente—. ¡Así que no lo intente con sapos y serpientes! —añadió, dirigiéndose a Gray. A lo que añadió, con mayor propiedad aún:

—Ahora debe irse.

–¿Ni un minutito más? –lo retuvo todavía el tío.

–Ni uno –decidió la señorita Goodenough.

–No es para hablar –explicó el anciano–. Me agrada mirarlo, nada más.

–También a mí –dijo la señorita Goodenough–, pero no siempre podemos hacer lo que nos gusta.

–Entonces, Graham... Recuérdalo. Te gustaría haberme convencido de que no sé lo que digo. Pero has de comprender que no lo has logrado.

Su mano se había soltado y Gray se levantó y dirigió su cara, ahora acalorada y un poco descompuesta, a uno y a otro.

–No pretendo comprender nada.

Eso hizo que su tío se volviera a la recién llegada.

–¿No es magnífico?

–Claro que es magnífico –dijo la señorita Goodenough–; pero lo ha agotado por completo.

–¿Te he agotado por completo? –preguntó con calma el señor Betterman.

Como verdaderamente extenuado, cada pulgar en un bolsillo de sus pantalones, el muchacho sonrió borrosamente.

–Creo que sí... Del todo.

–Bueno, dejemos que la señorita Mumby te cuide. ¿La espera aquí? –preguntó el tío a la colega de aquélla. Y luego, como ésta mostrase aquí su primera indecisión, demandó:

–¿No está en casa?

La señorita Goodenough había vacilado, pero como si se tratara de algo realmente importante para el amigo allí presente, concluyó responsablemente:

–Bueno, no... Sólo durante un rato –apeló a la indulgencia de Gray–. Ha tenido que irse con el señor Gaw.

–Vaya, ¿está enfermo el señor Gaw? –preguntó el señor Betterman con indiferencia.

–Lo sabremos cuando vuelva. Volverá enseguida –continuó ella, como para animar a Gray.

Él lo encajó con el debido interés:

–Seguro que lo hará, espero.

–No estés muy seguro –dijo juiciosamente su tío.

–Sólo la ha tomado en préstamo –suavizó la señorita Goode-nough, a la vez que alisaba la sábana del señor Betterman y con el mismo movimiento de cabeza empujaba a Gray hacia la puerta.

–No es la primera vez –replicó su paciente– que el señor Gaw toma prestado algo mío. El señor Gaw, Graham...

–¿Sí, señor? –dijo Gray con la puerta ya entornada y la mano en el pomo.

La elegante figura anciana sobre la almohada no encontraba las palabras; luego, entre un amago de suspiros, pareció dejar a un lado la cuestión definitivamente.

–Sí, el señor Gaw es un abismo.

Gray se vio súbitamente atento al comentario:

–Sí que lo es, un hombre raro.

–Un hombre raro, eso es –esta descripción sumaria bastaba ahora a la indiferencia lograda por el señor Betterman–. ¿Pero lo has visto?

–Sólo un instante.

–¿Y fue suficiente?

–Bueno, no lo sé –se rindió también Gray–. Todos ustedes son tan fieramente interesantes...

–Creo que Rosanna es un encanto –añadió la señorita Goode-nough, al parecer como atenuante, mientras abrigaba al otro.

–Oh, la señorita Gaw es harina de otro costal –encontró tiempo para replicar nuestro joven.

–Bueno, lo que quiero decir es que ella también es interesante, a su manera –espetó concienzudamente la señorita Goode-nough.

–Sí, él ya lo sabe todo sobre ella. No hay problema –exclamó el señor Betterman, en beneficio de su enfermera.

–Por supuesto, ya lo sé –respondió cándidamente la dama–. La señorita Mumby y yo no hemos tenido más remedio que dar-

nos cuenta. Supongo que querrá enviarle su amor –continuó dirigiéndose a Gray, sin mirarlo.

–¿A la señorita Mumby? –preguntó Gray, mientras su desconcierto general se agravaba por momentos.

–No, ella está bien segura de su afecto. A la señorita Gaw. ¿Acaso no quiere –preguntó ella a su paciente– enviar su amor a esa pobre muchacha deseosa?

–¿Deseosa? –replicó Gray, adelantándose a su tío.

La señorita Goodenough se contuvo apenas un momento.

–Bueno, yo lo estaría, en su lugar. Pero ya lo verá usted.

–En ese caso –dijo Gray a su anfitrión–, si Rosanna está en dificultades, debo acudir a su lado de inmediato.

Ante esto, el anciano se desahogó una vez más.

–No creo que esté en dificultades... No más que yo. Pero dile, dile...

–¿Sí, señor? –Gray tuvo que esperar de nuevo.

Pero la señorita Goodenough no estaba dispuesta a tolerar más de lo mismo.

–¡Dígale que estamos todo lo sanos que la vida permite...!

El ademán con el que acompañó esto pudo ser interpretado por Gray como su despedida definitiva.

Sin embargo, no emprendió de inmediato el camino en busca de su vieja amiga; cuestiones distintas a la de buscarla de inmediato zumbaron durante la siguiente media hora en sus oídos; intervalo que empleó en proseguir su meditativo deambular por los jardines de su tío. Paseaba y se detenía de nuevo y miraba hacia delante sin ver; iba y venía y se sentaba en los bancos y en los repechos rocosos y volvía a levantarse y a caminar de nuevo; encendía cigarrillos sólo para fumar la cuarta parte y luego tirarlos y encender otros. Y se decía que estaba enormemente conmovido; conmovido como nunca antes en su vida, pero que, por extraño que pudiera parecer, esa condición le disgustaba mucho menos que lo que le habría hecho suponer la mera amenaza. Con todo, no le gustó lo suficiente para decirse: “¡He aquí la felicidad!”..., como sin duda no habría dejado de suceder si el efecto sobre sus nervios hubiese sido realmente de la misma clase que las ventajas que debía entender que su entrevista con su tío le había prometido; esto es, si es que aún quedaba algo por entender. La idea que le dejó la escena, más que quedar fijada, se expandió hasta convertirse en la impresión de una de esas grandes e insistentes fortunas que no son de este atormentado mundo; anomalía que, con todos sus elementos conspirando juntos, se expresaba con belleza y dignidad dignas de una gran página del arte literario, musical o pictórico. La enorme gracia del

asunto, sin embargo, tendría que haberlo dejado, de algún modo, simplemente cautivado: eso, al menos, es lo que reflexionó mientras se demoraba allí, extrañado. Pero un exceso de armonía podría tener, aparentemente, el mismo efecto que un exceso de discordia, podría suponer en la práctica la negación de la idea de vida callada. Jamás había pedido silencio innoble: eso sí lo podía recordar con certeza; pero había algo en el tono con el que su tío garantizaba ciertas cosas, las que fueran, a la vez grandes y gratas, que parecía hacerlo cómplice de alguna presunción sin límites. ¿Acaso se había visto él alguna vez bajo una luz que hiciera parecer apropiado que lo grato fuera tan grande o lo grande tan grato? De pronto, al mirar el reloj y ver cuánto tiempo había pasado —¿tiempo ya, al parecer, de mantenerse más bien al margen y temblando?— se le ocurrió que lo último que se había propuesto en todo aquel asunto era asustarse, ya fuera en público o en privado; tras constatar lo cual volvió a apercibirse de la presencia de la señorita Mumby, que había salido de la casa con el aparente propósito de abordarlo y no estaba ya lejos. Un minuto después, se paraba ante él como si su destino dependiese más que nunca de ella, lo que no la hacía más reservada respecto al placer que aquello le causaba.

—Lo único que quiero que haga es que vaya a ver a la señorita Gaw.

—Es justo lo que me gustaría hacer, gracias. Y quizá tendría usted la bondad de indicarme el camino.

No estaba logrando su propósito de no asustarse... Cayó en la cuenta un poco más tarde; pues si esta extraordinaria mujer tenía tanto que ver con su destino, ¿qué representaban esas palabras, sino el impulso de aferrarse a ella y atenerse, como suele decirse, a lo mejor de ella? Su tío se había referido a Rosanna como protectora; ¿qué mejor prueba de esa verdad que el que él estuviese ahí en ese instante, agradecido incluso por el semblante de la persona que, al parecer, hablaba en nombre de aquélla? Todo lo cual resultaba efectivamente bastante extraño, pues venía a parar a su

impresión de asirse, en busca de inmediata luz contra la oscuridad sobrevvenida, a la estela de las faldas directoras, a la caridad de mujeres más o menos extrañas. La señorita Mumby inmediatamente se hizo cargo de él y, antes de que hubiesen ido mucho más lejos, ya se había enterado él de más cosas. Una de estas verdades, sin duda la más superficial, era que la señorita Gaw le proponía que cenase con ella sin más ceremonias; él mismo reconocía que, con la repentina enfermedad del padre, al parecer de gravedad, no era el momento de formalidades vanas. ¿No era raro, sin embargo, que la crisis le hubiese sugerido a la otra el deseo de compañía? Pues la gravedad de aquélla era tal que el médico, el mismísimo doctor Hatch, estaba ya allí en compañía de una enfermera, y éstos eran los dos pares de oídos que la señorita Mumby requería para informar de los síntomas que su experimentado ojo había advertido una hora antes. Con todo, resultó bastante interesante la explicación que proporcionó a Gray de lo que ella misma había percibido en el señor Gaw cuando se reunió con ambos bajo el techo del señor Betterman; sobre todo, cuando él mismo había hecho ya sus cábalas y conjeturas, impresionado como estaba ante el efecto sobre los nervios del pobre hombre del anuncio que hizo la recién llegada de que su principal paciente había mejorado. Al señor Gaw, según supo ahora nuestro joven, la noticia le había sentado más bien mal; pues, dado el estado de su corazón, cualquier conmoción podía suponer un agravamiento. Y de esa clase era la conmoción que la señorita Mumby, para su vivo pesar, le había suministrado, por más que ahora insistiese en que Gray reparase en el inmediato e inteligente proceder de su remordimiento. Sintiéndose responsable, enseguida se hizo cargo del extraordinario hombrecillo; con todas las precauciones, eso sí, para no alarmarlo; hasta el punto de que, ante la tajante negativa de éste a permitir que ella lo acompañara a su casa, y después de que él mismo hubiese detenido en la vía pública un coche libre que oportunamente se puso a tiro, los dos subieron al vehículo y ella no le quitó el ojo de encima hasta que, tras su deci-



dida escala en casa de la señora Bradham para buscar a su hija, fue efectivamente devuelto a su propia casa. Su hija, que vivía con los ojos puestos en las posibles recaídas de su padre, permanecía ahora vigilante a su lado, y era muy consciente –reconoció la señorita Mumby– de lo que aquella crisis significaba. En cuanto a la presencia de ánimo que aquélla había conservado en todo este asunto, ¿qué mejor prueba de ello que su oportuno acierto de hacer saber al invitado del señor Betterman su inmediata intención de ahorrarle toda demora?

–El que no quiera que usted se entretenga en arreglarse sólo puede deberse, supongo, a que quiere asegurarse de verle antes de que ocurra algo –afirmó sin reparos su consejera–, y si es capaz de aludir a una cena mientras el anciano caballero está... como está, eso demuestra que no está tan fuera de sí como para no caer en la cuenta de que usted, en cualquier caso, necesita cenar.

–¡Por lo que más quiera, no hable de cenar! –rogó Gray con cierta impaciencia, acusando la influencia de estas revelaciones–. Créame si le digo que, en medio de todos estos prodigios y portentos, no es lo que más me preocupa.

Habían cruzado la pequeña franja de carretera que separaba la cancela del señor Betterman de la de la residencia a la que se dirigían; y, ya en los jardines de ésta última, que se alzaba allí, entre borrosos boscajes, con un efecto de ventanas iluminadas precipitadamente y en gran número, la perspicacia de nuestro joven amigo comenzó a vibrar de inmediato en toda su intensidad.

–Mi singular tío (no me importa decírselo, ya que es usted tan amable conmigo) me ha hecho pensar en más cosas extraordinarias de las que me veo capaz de saber apreciar; y si, además, he de pensar que entre usted y yo hemos destruido otra vida valiosa, juzgue usted misma en qué disposición me veo ante lo que, en consecuencia, tenemos que afrontar.

–¿Cómo sabe usted que esa vida era tan valiosa? –espetó sorprendentemente la señorita Mumby; subordinando la pregunta,

sin embargo, antes de que el otro pudiera aventar su sorpresa, a otro cuestión más acuciante—: si ella me ha mandado a buscarlo es porque sabe lo que se hace, y porque yo también sé lo que me hago... De modo que, como yo también tenía muchísimas ganas de que usted viniera, imagino que yo misma hubiera ido a traerlo, por propia iniciativa. Sí, señor Fielder, su lugar está aquí, al lado de ella, en un momento como éste, y si no se ha dado ya cuenta, me alegro mucho de haberle ayudado.

Bajo esta encomienda, apenas unos minutos después, Gray se vio paseando a la luz de la lámpara del salón de los Gaw, igual que había hecho horas antes en la otra casa. La señorita Mumby lo había conducido a esta pieza directamente desde la terraza a la que, por el calor, permanecían abiertas una o dos puertas de cristal, y allí lo dejó, con el comentario de que, según iban las cosas en el piso de arriba, la amiga de ambos se reuniría con él enseguida.

Quizá porque juzgaba inevitable que los asuntos del piso de arriba, a pesar de la advertencia de su acompañante, lo asaltasen más bien en tropel en cuanto la señorita Gaw se presentase en la puerta, la relativa ausencia de ese efecto al hacer ella acto de presencia tuvo para él una fuerza —por más que no pasara de ser una mera impresión— superior a cualquier indicio de que ella pudiera acudir a él envuelta en un mar de dolor. Percibió claramente, cara a cara con ella, que lo que ella requería no eran alharacas, por consideradamente moduladas que pudieran ser, respecto a sus propios temores; no exhibía caras largas, no prestó atención a sombrías deferencias: se limitó a quedarse allí parada, tras cerrar la puerta con un empujón hacia atrás que no tuvo en cuenta las posibles resonancias en la casa silenciosa. Se limitó a quedarse allí parada, sonriendo desde la modesta extravagancia de su majestuosidad, sonriendo y sonriendo como él había visto hacer a las mujeres antes de romper a llorar. Luego recordaría cómo por un instante sintió que cualquier cosa que él pudiera decir o hacer la privaría de su resistencia a aquella presión interior que crecía en

su presencia, pero que ella lograría vencer más en su culminación que en su mera inminencia. Tras una aparición así, ¿quién no se hubiese extrañado de que él la invitase a batir palmas? También recordaría más tarde que esas manos, un instante después, estaban en las suyas, mientras él se veía sonriendo y diciendo al mismo tiempo: “Bueno, bueno, bueno, ¡cuántos prodigios, cuántas maravillas!”, y viendo que, aunque ella tenía más presencia de la que él había calculado, de algún modo era menor en tiempo; como si ella hubiera crecido y crecido y crecido, crecido de todas las maneras posibles salvo en la más natural, la de hacerse visiblemente más vieja. Tal rareza la convertía en una persona distinta, en mayor medida incluso que lo que sus muestras de no haberlo arrumbado tras alguna ruptura con su pasado común contribuían a que siguiera siendo la misma.

Estas percepciones no llevaron por supuesto sino segundos, aun con otra pisándoles los talones: la de que ella también lo encontraba –hasta derivar de ello una exquisita sensación de placer– enormemente distinto; aclaración alcanzada antes de que hubiesen hecho otra cosa que oscilar entre lo naturalmente “divertido” de reencontrarse como amigos de lo más sinceros, y el entendimiento, bastante diferente, de que ambos eran partes de una crisis. También quedaría en su recuerdo, por exagerado que parezca, que esa crisis, que durante tres o cuatro minutos se había alzado como una ola impulsada por su fuerza esencial, toleraba que permanecieran allí parados, entre palabras y acciones irrelevantes, casi como si fuera asunto exclusivamente de ellos y de nadie más, de nadie más importante, en uno y otro caso, que ellos mismos, por lo que parecían tocados por el ala del amor personal. Soltó él las manos de ella y luego, si recordaba bien, las tomó de nuevo en las suyas en repetida celebración, cruzó con ella los comentarios más vulgares, los más manidos y fáciles, ya que lo que importaba no era tanto hablar como ver, ver cada vez más: literalmente hablaron del viaje de él, de su llegada, de si lo había hecho bien o no y de si estaba o no cansado. Dijeron: “Siéntese

aquí” y “¿No estará más cómodo aquí?”... Dijeron: “Oh, estoy bien” y “Qué raro que esté ocurriendo de este modo”, antes incluso de que tremolara débilmente el sonido de una nota más profunda. Y esto ocurrió así porque la nota profunda, de un minuto a otro, fue ese agudo susurro con el que ella dijo encontrarlo rotundamente distinto de la idea que ella podría haberse formado. Ciertamente, no había hecho otra cosa que crecer, igual que ella; sólo que lo tenía ante ella vestido como convenía al caso, no despojado de esa gracia con la que él imaginaba que ella se veía en sus propios ojos, y con la convicción bien asentada, más allá de cualquier humor que pudiera haber cultivado, de que estaba tan predestinado a ella, tan hecho para ella, hiciera lo que hiciera y cualesquiera que fueran sus reacciones ante condiciones impredecibles, que aquello quizá lo abrumara, más que tranquilizarlo.

También podría parecer raro, si hubiera habido quien lo notara, que, incluso cuando las primeras vaguedades se hubieron desvanecido, lo que ella verdaderamente le facilitó hacer fue decirle que el “milagro”, aquello por lo que ella lo había empujado a venir, había sucedido... Lo dijo con esas palabras; y que había tenido lugar en condiciones demasiado exquisitas para ser creídas, y que ella debía considerarlo conmovido aún por el asombro que éstas le habían causado.

—Entonces ha sucedido, ha sucedido... Como yo sabía que no podía dejar de suceder en cuanto él lo viera.

Sonrojada, pero con el abanico desplegado de modo que poco más que sus ojos, con esa recordada manera suya de juntar los párpados para mirar de cerca, se dejaban ver por encima, levantó aún más sus altos hombros para enfatizar su éxito. Cuanto más la azoraba examinarlo sin reserva, más recurría al atenuante, tal como él lo percibía, de aquel parpadeo suyo, tan natural como útil; con el resultado, para su ventaja, de que ese delicado cerrar de ojos, ese delicado rasgo de su carota, no expresaba otra cosa que observación efectiva. Más bajo que ella en estatura (como lo eran, en fin, muchos otros hombres), él apenas

le llegaba un poco más arriba de la oreja, y durante la sombra de un instante se sintió literalmente privado de su condición de adulto: un chiquillo que, tras algunas averiguaciones, se deshacía en explicaciones ante la más imponente de las madres. Ya había tenido que explicarse ante el señor Betterman, en la medida en que no se había visto conturbada la resuelta sinceridad que había en él, y durante aquella media hora ya había hecho frente, en cierto modo, a lo inconmensurable; lo que no impedía ahora su rápida percepción de no haberse sentido jamás tan observado o acechado por el inexplorado infinito, tan sujeto a su acción... Pues los infinitos, según pudo comprobar mientras se hundía, aparentemente podían actuar, y lo hacían sin empequeñecerse por ello. Miró a su alrededor, sin llegar a enderezarse en el pequeño sofá de terciopelo rosa en el que se había dejado caer sin darse cuenta; de él dependía hacerse mayor, como todo a su alrededor se encargaba de sugerir con una expresiva sonrisa que atravesaba la sombra proyectada de nuevo por médicos y enfermeras... Y eso, naturalmente, era lo que uno querría hacer siempre; aunque no lograrlo, comprendió perfectamente al cabo de unos instantes, apenas supondría ninguna diferencia por parte de su amiga. ¿Cómo entender, si no, que ella pasase por alto su afirmación, dictada por su necesidad particular, de que haría cualquier cosa razonable que le pidiesen, pero que llegaba a dolerle el deseo de comprender...? Ella parpadeó ante ese dolor hasta colmarse de él, pero de momento no le aplicó otro bálsamo que el modo en el que pareció meditar con más honda seguridad aún, sin cambiar de lugar ni de postura, sobre la belleza del hecho consumado, de su propósito cumplido y su libertad ahora para no cuidarse —cuidarse, sí— más que de los posibles resultados. Podría entender que él no lo hiciera... Hasta entonces, al menos. Pero nada podía estar más en consonancia con el proceder de una madre benévola y todopoderosa que su modo de despachar aquello como una nimiedad. Lo atenuó un poco, quizá, y dejó entrar algo de luz en la oscura tibieza de su crecien-

te dominio de lo ya hecho, el hecho de que, cuando él dijo, como algo que había tenido diez veces al borde de los labios y ahora tenía que salir, “Siento como si un gran error estuviera ya en marcha cerca de mí, y quisiera pararlo a tiempo”, ella lo despachase con la casi grosera decisión de su “Usted ya no puede parar nada, Graham, pues su destino, o nuestra situación, lleva ya la velocidad acumulada de un aluvión que viene de lejos y no ha hecho más que crecer. Sería demasiado tarde, aunque quisiéramos; y ya ve lo poco que yo lo deseo. De modo que aquí estamos, como ve, para sacarle el mejor partido”.

—Cuando habla usted de mi destino —se permitió él responder, casi por diversión—, me hiela la sangre; suena mejor cuando dice “nuestra situación”, y que estamos juntos en ello; y le aseguro que no seré parte de nada, sea lo que sea, en lo que usted no esté totalmente a mi lado. De modo que ése es su lugar, pase lo que pase... Y al menos esto sí que me importa, sea cual sea el error: que me he aferrado a usted como nadie jamás lo había hecho antes en su vida, y que, sea cual sea el error, sea cual sea, usted tiene que ayudarme a superarlo.

—Bueno, asumí mi responsabilidad hace años, y hubo consecuencias —replicó ella—; y el otro día asumí ésta otra, y he aquí el resultado, y eso era lo que yo quería, y no me daba miedo, ni me lo da ahora..., como las lágrimas que derramé después de lo de Dresden.

Así de poco directa fue su respuesta a la protesta del otro, y lo que añadió tampoco la tuvo mucho más en cuenta:

—Casi había perdido esos viejos temores, poco a poco; pero una de las cosas que más deseaba el otro día era ver si, con usted aquí, no morirían del todo. Se han terminado, se han terminado —repitió—. Sabía que tres minutos con usted lo lograrían, y ya no queda ni sombra de ellos.

—No puedo más que alegrarme de que no tenga temores, y me horroriza saber, le aseguro —dijo—, que he sido alguna vez motivo de alguno. Pero hay que ver —rió abiertamente entonces—

lo que “tres minutos” conmigo parecen suponer para algunas personas...

Lo dejó ahí, limitándose a levantar los brazos de nuevo en actitud pasiva, la que había aceptado mantener en el otro lugar; más consciente, cada vez, de lo anómalo que era que ella mostrase, en aquel momento, una preocupación, y así de intensa, que no tuviera como objeto a su padre. Lo que quedó de manifiesto, más que nada, en su abrupta manera de decirle, sin percatarse de la afirmación que acababa de hacer (si es que aquello era una afirmación):

–Si la impresión que le ha causado su tío, y que tenga tan buen aspecto y sea tan capaz de hablar con usted, le hace pensar que tiene alguna posibilidad de reponerse y durar, quiero que sepa que está totalmente equivocado. Ha mejorado –continuó–, y el efecto puede continuar un día o dos más... Continuará, de hecho, hasta que ciertas cosas estén hechas. Pero entonces el parpadeo habrá cesado, porque él mismo lo querrá así. Se sentirá bien. La inspiración extraordinaria, la fuerza prestada, se habrán agotado... Se extinguirá y se apagará, pero sin dolor. En ningún momento ha habido mucho –dijo– y ahora estoy del todo segura de que no lo hay. Y no puede volver... Sólo la debilidad puede hacerlo. Es maravilloso –añadió ella, sorprendentemente–, así que ésta es nuestra situación.

Asimilar estas palabras era compartir con ella, de un modo que no sabía cómo expresar, unos fundamentos de realidad de lo más singulares y extraños; por lo que su discurso, rebosante como estaba de puntos incisivos, le dejó sin saber, por un instante, cuál de ellos lo era más. El que ella no diera mayor importancia a lo que él dijera, como si lo considerase una rosa pálida que acabase de olisquear, para arrojarla luego al montón de sus otras ternezas, ese otro montón que parecía haberle crecido en el cuarto de su tío, eso podía haberle llegado a lo más hondo, si no fuera porque otra cosa, no del todo borrada por lo que siguió, no aguijoneó su conciencia en grado sumo.

—Dice usted que ha mejorado... ¿Puedo preguntarle cuál ha sido el motivo de tan asombrosa mejoría?

Ella tuvo tan poco empacho como dificultad para decírselo.

—Eso: el haberme permitido acercarme a él. Eso es lo que lo ha cambiado todo.

Lo que, de alguna manera, era tan acorde con su propia realidad como todo lo demás; y ésa fue quizá la razón de que no pudiera responder más que con un “¡Ah, ya veo!” y repantigarse un poco bajo una sensación de hastío... Un hastío exclusivamente suyo.

De modo que, sin hastío por su parte, ella ni siquiera acusó el ajeno; algo en ella se remontó muy por encima de aquello cuando añadió, como si fuera lo más importante que ahora se le ocurría:

—Claro que ése fue el error de mi pobre padre.

Y luego, ante la mirada atónita de Gray:

—Quiero decir, la idea de que pueda recuperarse.

—¿El error de su padre es que pueda...?

Ella lo oyó como una pizca sorprendida por el malentendido; su pensamiento, como podría haber dicho un filósofo, estaba tan literalmente lejos de su padre, que tardó un instante en hacerle justicia a la pregunta.

—Oh, no. Me refiero a que pueda su tío. Lo que usted le contó, con ayuda de la señorita Mumby, fue lo que le hizo ver las cosas bajo una luz desfavorable.

—¿Tan desfavorable que el señor Gaw está en peligro? —esto era llamar las cosas por su nombre, sobre todo la que más le costaba afrontar—: ¿He estado yo detrás de todo eso?

Luego se preguntaría si ella efectivamente había llegado al extremo de deslizar una leve sonrisa ante la intensidad de su candidez respecto a ese punto, o si era la chocante falta de intensidad que se apreciaba en ella en todo lo tocante a aquel asunto lo que le había sugerido aquella imagen tan disonante. La respuesta de ella, de cualquier modo, tenía la eminencia de su simpleza:



—Que a usted mismo, con todas sus dudas, el señor Betterman le haya sorprendido era perfectamente natural... ¿Cómo, entonces, ha podido imaginar siquiera que mi padre le deseara la muerte?

Y luego, conforme Gray, tocado por la agudeza extrema de este eslabón de la cadena lógica, levantaba un poco la cabeza para recuperar el resuello, la suprema clarividencia de ella, que jugaba en interés suyo, brilló una vez más:

—Padre está enfermo. Ya antes había tenido rachas como ésta, pero nunca de la gravedad de ahora. Su estado ha sido crítico durante meses, pero una sola cosa lo ha mantenido con vida: el deseo de ver a su tío tan del otro lado que ya no pudiera haber dudas. Fue la apariencia de duda tan repentina de esta tarde lo que le causó el ataque. Saber por usted —procedió a explicar, sin el menor prejuicio— que era posible que el señor Betterman reviviese, y que, en su propio estado, tan imprevisible, tendría que esperar, fue más de lo que padre podía soportar.

—Así que fui yo quien le asestó el golpe...

Pero era como si a ella apenas le importase siquiera dejar eso claro.

—Ya ve: no quiere vivir después de eso.

—¿Después de saber que estaba equivocado?

Ella mostró una ligera impaciencia.

—En realidad no lo está... Pues lo que le digo de su tío es cierto. Y él lo sabe, le he dado mi palabra.

Gray no encontraba el modo de ver claro en la claridad de ella.

—¿Su palabra de que la mejoría de mi tío es sólo momentánea?

—Exacto. ¿No cree que dársela —preguntó Rosanna— ha sido un encantador detalle filial?

Una vez más, aquello era más de lo que Gray podía asimilar, pero sus tragaderas crecían:

—¿Quiere decir que le prometió, por su bien, que mi tío no va a durar?

Las proporciones que aquello tomaba en boca de él, durante el instante en que ella lo miró, podrían haberle resultado incluso gratas.

—Sí, como un soborno, para compensarle por su paciencia.

—Y, entonces, ¿por qué no funciona el soborno?

—Porque llega demasiado tarde. Resulta asombroso —prosiguió— que, sintiéndose así, pudiera ir en coche a casa de los Bradham. La señorita Mumby lo comprendió perfectamente, y tenía razón: el daño estaba hecho. Y ahí lo tiene.

Verdaderamente ponía ella, para el asunto en cuestión, los tonos más sorprendentes.

—¿Quiere decir, entonces, literalmente —dijo Gray—, que mientras está usted sentada aquí, conmigo, él está muriéndose..., muriéndose por mi falta de sentido común?

—A usted no le falta el sentido común —hablaba como si ése fuera el punto en cuestión—. Lo tiene, y del más exquisito, y más vale que comprenda mejor pronto que tarde —continuó— que nunca se verá libre de no tener, en cada ocasión de su vida, que contar con él y pagar por él.

—¡Vaya! —fue todo lo que su ingenio pudo aducir ante esta acusación; pero ella se había levantado mientras hablaba y, comentando que había otro asunto, se había acercado a un mueble situado a cierta distancia, donde pareció que sacaba algo de un cajón que se abrió con un chasquido seco. Cuando volvió junto a él llevaba ese objeto en la mano, y Gray reconoció en él un sobre rectangular, con destinatario, abundantemente sellado en negro y que contenía, al parecer, una carta voluminosa. Mientras ella lo tenía en su mano, él notó que el sello estaba intacto. Luego ella abundó, no en el desconcierto que le acababa de causar, sino en los contritos comentarios que él le había hecho un minuto antes.

—No va a morirse por nada que usted haya dicho o hecho, o por las palabras o hechos de nadie. Va a morirse por veinte millones.

—¿Veinte millones? —había una especie de enormidad en la misma falta de pompa con que lo dijo, y Gray se sintió como si hubiera caído de pronto, desde la altura de su simpleza, a un pozo de familiaridades con cantidades inconcebibles; y para salir de esas profundidades resopló y chapoteó, siendo la de familiaridad una de las más extrañas de todas las relaciones posibles—. ¿A eso es a lo que se refieren aquí cuando hablan de dinero?

—A eso nos referimos —dijo Rosanna— cuando hablamos de cualquier cosa. ¿Acaso hablamos de otra cosa que no sea dinero? De todos modos, se está muriendo —explicó— por haber deseado tener que ver con el dinero a esos niveles. Tener que ver con el dinero consiste, como sabe, en las cosas que uno hace por él; que son, en su mayoría, horribles, y eventualmente tienen toda clase de consecuencias. Mediante estas consecuencias, se paga por lo que se ha hecho, y mi padre lleva mucho tiempo pagando.

Luego añadió, de pronto, como para abreviar y para aminorar la fea verdad:

—El efecto ha sido el de secar su vida.

Con esto, los ojos de ella miraron a otra parte por primera vez, como en busca de algo que no estaba exactamente delante, y fue con una nota ligera con lo que, al cabo de un instante, concluyó:

—Al final, no le ha quedado nada con lo que pagar.

A Gray, al menos, por muchos preliminares que se hubiera perdido, no pudo ella rebajarle el interés:

—¿El señor Gaw dejará entonces veinte millones...?

—Ya los ha dejado..., quiero decir, que ya ha hecho testamento; como su tío, según me consta, ha hecho ya el suyo.

Algo visiblemente se le había ocurrido, en relación, al parecer, con el paquete que había tomado del cajón. Miró a uno y otro lado: en el lugar, que de alguna manera estaba a la vez vacío y repleto, había diversos objetos de una costosa insignificancia; ninguno de los cuales hasta ahora, supuso él, le habían merecido a ella la consideración de objetos humanamente utilizables. Brotó la idea de uso humano, seguida de la de selección, y ella incon-

fundiblemente no hizo sino preguntarse cuál le vendría mejor, mientras completaba la declaración en la que tan llamativamente se había embarcado:

–Me ha dejado toda su fortuna.

Luego, sosteniendo el artículo del que, de inmediato, con decisión, procedió a adueñarse, preguntó irrelevantemente:

–¿Podría usted soportar una cosa como ésta?

Había puesto sus ojos, a su manera vergonzosa, en algo que aparentemente se adaptaba a sus inexplicados fines, y se había vuelto a separar de él para comprobar la identidad del objeto, no sin antes tomar de una mesa una caja japonesa lacada y volverla a dejar en su sitio, insatisfecha. De este modo, estuvo dando vueltas durante un tiempo a una cierta distancia, dándole ocasión al otro para iniciar su propio turno de libre observación; probó sucesivamente, llevándoselas a los ojos, diversas naderías talladas o recamadas, un librito de papel secante cubierto de botones de malaquita, una caja de plata, lisa, más o menos circular y bellamente orlada, una petaca de oro de dimensiones absurdas, cuya tapa trasteó por un momento... Éste fue el objeto con el que incomprensiblemente lo había retado.

–Quizá la soportaría mejor si consumiera cigarros.

–¿No fuma usted? –casi gimió ella.

–Nunca cigarros. A veces, pipas; pero la mayoría de las veces, gracias a Dios, cigarrillos.

–Gracias al cielo, entonces –y, devuelta la petaca dorada a la mesa, donde ella había dejado un momento antes su misiva, se dirigió, desechando sus dudas, a la repisa de la chimenea, y, abriendo en ella el menos llamativo de los receptáculos que había tocado hasta entonces, se volvió al instante con un manojo de cigarrillos en la mano y un acento hasta entonces no usado:

–Es usted una bendición, Gray. Yo no voy a ninguna parte sin uno.

Había cerillas a mano, y ella había encendido una y la había llevado a los labios de él, al cigarrillo que él pasivamente había reci-

bido, y encendió luego el suyo con la misma, antes casi de que él pudiera volver a asombrarse de lo extraño de aquella transición. Un humo ligero los envolvió mientras ella volvía a su mesa; avivó ante él, con cada bocanada, el prodigio de un altar doméstico bendecido en ese preciso momento por la acción de esa llama particular. Que, según le pareció, casi volvía distinta a Rosanna: ¿no había un recién ganado aplomo en el tono con el que, con la carta sellada todavía en la mesa, ella volvió a ese adminículo del bolsillo del rico, cuyo cierre accionaba una y otra vez? Qué cosas tan raras, pensó Gray, tenían los ricos... Y, podría incluso haber añadido mentalmente, qué cosas tan raras hacían, cuando ella explicó, en una manera que lo confundió aún más:

—No me refiero a sus cigarros, ya que no los consume; pero deseo que tenga, de mi mano, algo en lo que guardar, con las debidas consideraciones, una forma de tributo que ha estado aguardándole aquí durante las últimas cuarenta y ocho horas, y que, se me ocurre, cabría perfectamente en este ridículo adorno casero, que podría cobijarlo hasta que usted tenga a bien requerirlo.

Procedió a recuperar el paquete y a meterlo en la caja, cuya forma, a escala mayor, correspondía justo a la de aquel, y luego, encajando una vez más la tapa, agitó el continente y el contenido con tanta fuerza como podría haber agitado un tarro de medicina.

—De modo que... aquí lo tiene; y es que no quería soltarle la carta sin más.

—¿Puedo saber qué es esa carta? —preguntó Gray, que había seguido aquellos movimientos con interés.

—Cómo no. ¿No lo he mencionado? Aquí están puestas a buen recaudo —dijo, con un gesto que hacía que las lisas superficies protectoras destellaran aún más ante él— las últimas líneas (y parece que son muchas) que, si no me equivoco, habrá trazado la mano de mi padre. Las escribió, por considerar que le interesaban, cuando se enteró de su llegada a Nueva York, y, una vez selladas y puestas a su nombre, me las dio ayer para que me hiciese

cargo de ellas y se las entregase a usted. Las guardé con ese propósito y, hace una hora, mientras volvíamos de casa de la señora Bradham, me recordó mi cometido. Antes de pedirle a la señorita Mumby que le dijera que deseaba verle, trasladé la carta de su escondite en mi cuarto al armario del que la saqué para usted hace un momento. Me esmero en cumplir, como ve, el encargo de mi padre. No sé qué le ha escrito, y mi único deseo es que reciba sus palabras. Y también quiero –prosiguió– hacer con ellas esta pequeña ceremonia. Quiero –y bajó los ojos sobre aquella extravagante suntuosidad, frotándola con su pañuelo de bolsillo– hacer lo que el alcalde de Londres hace, ¿no es cierto?, cuando otorga la ciudadanía de honor: ofrecérselas en un valioso cofre en el que puedan permanecer siempre. Lo que quiero, en resumen –concluyó–, es guardárselas lo más bellamente posible.

Gray iba de asombro en asombro.

–¿No es entonces algo que usted crea que yo deba abrir de inmediato?

–Me da igual si no lo abre en su vida. Pero veo que a usted no le gusta esta cosa vulgar.

Dicho lo cual, tras abrir el receptáculo y sacar de él el objeto de su atención, de un empujón devolvió la bagatela de antes al lugar que ocupaba sobre el tapete de brocado. El gran sello negro, al sufrir este trato particular, pareció un ojo sombrío que mirase fijamente a nuestro joven.

–¿Hay alguna objeción en que le eche una mirada a la carta ahora?

Y añadió, después de cogerla y estar a punto y dar muestras de que, por el mero tacto y la proximidad visual, su libre arbitrio respecto a ella había disminuido, en vez de aumentar:

–¿Me va a causar algún mal?

–Averígüelo usted mismo.

–¿Rompo el sello?

–¿No está hecho para romperse? –preguntó ella con un deje de impaciencia.

Él notó la impaciencia, que traslucía su nerviosismo, pero vio al mismo tiempo que el interés de ella en el contenido, fuera lo que fuera, era mínimo, y que sufría por tener que ceder al suyo.

–Si no hace falta responder esta noche...

–No tiene que responder nunca.

–Bueno, entonces puede esperar. Pero tiene razón: no debe quedarse esperando en mi bolsillo.

Eso la complació.

–Como digo, debe tener un lugar propio.

Él se paró a pensar en eso.

–¿Quiere decir que, cuando la lea, todavía querré conservarla?

Ella tenía otra vez en la mano el gran abanico que colgaba de una cadenita de su cinturón y, haciéndolo fulgar al abrirlo, lo cerró de nuevo rápidamente, en un movimiento que pareció calmarla.

–Lo que quiero decir es que mi padre le ha escrito a usted al final de sus días, y que eso es todo lo que sé al respecto.

–¿No le hizo preguntas?

–¿Sobre el motivo que le impulsaba a escribir? Por nada en el mundo –dijo Rosanna– le habría preguntado. Hace mucho que no lo hacemos, ni él ni yo... Por lo menos, cuando la pregunta viene al caso.

–Gracias entonces –sonrió Gray– por contestar la mía.

Miró a su alrededor en busca de cualquier cosa que pudiera serles útil, y de repente tuvo una idea.

–¡Claro, la torre de marfil!

Y mientras los ojos de ella estaban pendientes de él:

–Esa hermosa antigualla de encima del escritorio... ¡Lo mismo hasta es antigua de verdad!

Le había bastado una mirada para saber que ese objeto era lo que buscaban y, tras confirmar la idea con un examen más cercano, había alargado la mano para bajarla.

–Ahí la tenía usted, esperándole. ¿No es una torre de marfil? ¿Acaso vivir en una torre de marfil no significa el más distinguido

de los retiros? Todavía no quiero instalarme en una... Aunque siempre he pensado que es algo que me gustaría hacer; pero mientras me familiarizo con lo que ustedes me tienen reservado, es agradable pensar en una retirada al misterio.

Tal fue la fantasía que desarrolló mientras colocaba con delicadeza su afortunado hallazgo en la tapa cerrada y pulida del piano de cola, cuya singular superficie reflejaba la palidez del marfil, y lo ponía al alcance de su compañera. Con bienintencionada presunción, el objeto de estas atenciones bien podía pasar, a su reducida escala, por una construcción de muros blancos, muy alta en proporción a sus otras dimensiones, y con la cabeza alzada en medio de su altiva redondez como si pudiera ondear en ella una bandera en miniatura. Era el producto notable de una paciencia oriental, probablemente india, y de un periodo en el que la paciencia aplicada a tales causas estaba en su apogeo; gracias a lo cual Gray, que amaba la artesanía antigua y había visto muchísima en su vida, había reconocido de una mirada la única pieza interesante de la habitación. Realmente consistía en un armarito fácil de mover por su tamaño, asentado en una base circular del mismo material y equipado con una puerta curva que, al abrirse en dos al girar una diminuta llave de oro, mostraba una pila de cajoncitos superpuestos que disminuían en profundidad conforme ascendían, de modo que el de arriba del todo era el de menor capacidad. El elevado mérito del objeto residía en la fina labor que requería construirlo y mantenerlo perfectamente circular; efecto logrado por el perfecto encaje, al parecer mediante diminutos remaches dorados, de numerosas plaquitas curvas de la preciada sustancia, cada una de las cuales, incluyendo las dos hojas de la puerta exquisitamente convexa, contribuía a la habilidosa y total redondez. Los cajones interiores corrían, por supuesto, sobre lados rectos, pero también tenían los pequeños frontales curvos, hechos de las mismas placas ajustadas. El conjunto, la infinita finura que exhibía, resultaba un prodigioso derroche de ingenio, y Rosanna, declarándose estúpida por no haberse ade-



lantado a su amigo, rindió tributo, bajo el énfasis admirativo de éste, a la más escogida de sus propiedades. De cómo se habían hecho con la pieza ella y su ahorrativo padre, no pudo ella acordarse de inmediato: cuando alquilaron la casa de Newport por aquellas pocas semanas, sus instrucciones fueron vagas: que un surtido de chismes de Nueva York se dispersara por cuantas habitaciones fuera posible, para mitigar la desolación; y, ocupada desde entonces en otros asuntos, ella había dado por cumplido el efecto deseado. El estado de su padre había impedido la presencia de huéspedes temporales, y, con la llegada de Gray en mente, ella apenas había reparado en cuestiones de menor importancia.

—Usted entiende de estas cosas, claro. Y yo lo sabía.

Tales fueron las palabras con las que ella asintió a la elección de la torre de marfil por parte del otro, y con las que éste dio por sentado, mientras lo hacía deslizarse a plena satisfacción, que el cajón menos hondo sería el que serviría para poner el documento a dormir. Así que lo puso dentro, regocijándose ante el preciso ajuste del cajón, cuidando de que las dos hojas de la puerta protectora se juntasen, girando la llavecilla de oro en la cerradura y, finalmente, con permiso de su amiga, prendiendo la llave a una anilla de plata que llevaba en el bolsillo y reunía en manojo muchas otras.

Con esta cuestión resuelta, inmediatamente pareció, con un efecto desproporcionado a la causa, que un gran espacio se despejaba ante ellos: sobre ese espacio se miraron el uno al otro como si se hubieran hecho más íntimos; como si ahora, en el aire libre, volvieran a asomar las enormidades mencionadas. Todo lo cual quedó expresado en las siguientes palabras de Gray:

—¿Puedo preguntarle, a propósito de algo que acaba de decir, si mi tío hizo algo por dejarme dinero antes de que pudiera plantearse nuestro encuentro? Porque si lo hizo, ¿sabe usted?, aún lo entiendo menos. Que quisiera verme, si pensaba en mí, eso, por supuesto, lo puedo entender; pero que no esperase hasta verme es lo que me resulta extraordinario.

Si ella le hizo pensar que demoraba un tanto su respuesta, no fue, como pudo comprobar de inmediato, porque no estuviera completamente segura de lo que iba a decir:

–Es que ya le había visto.

–¿De niño, quiere decir?

–No... Con tanto tiempo por medio, eso no contaba –y se permitió otra pausa, y también otro acto de certeza–: le había visto en el gran hecho que le concierne.

–¿Puede saberse a qué se refiere con esas palabras?

–Vaya, a que es usted más ajeno a todo, al aire mismo que él ha respirado toda su vida y que en estos últimos años cada vez lo ponía más enfermo, que cualquier otra persona sobre la que tuviera algún grado de dominio y de la que pudiera echar mano.

Estaba parado ante ella, las manos en los bolsillos: la podía estudiar ahora igual que ella lo había estudiado a él.

–¡Hasta qué punto, Rosanna, no habrá usted dado la cara por mí!

Ella recibió su escrutinio con los párpados más cerrados aún.

–Se lo expliqué todo, hablé a su favor con toda la firmeza que se puede poner al hablar de otro. Pero de eso no debe usted deducir –sonrió, con una pizca de incomodidad– que he puesto veinte millones a su alcance, ni nada que se le parezca. Le habrá dejado, estoy convencida, todo lo que tiene; pero no tiene nada que se parezca a eso. Hasta ahí, es todo lo que puedo asegurar, sin más detalles. Ni mi padre lo sabe –añadió–; a pesar de que durante mucho tiempo eso ha sido lo que más ha ansiado saber, el principal motivo por el que se sentaba ahí, durante todas estas semanas, al acecho de la ocasión de enterarse. Me refiero a la verdad de los asuntos del señor Betterman.

Gray sintió cierto grado de alivio ante aquella nota restrictiva sobre sus expectativas, lo que podría haberse confundido a todas luces con una involuntaria manifestación de alegría ante las proporciones de éstas. El mismo aire, por obra de Rosanna, se oscurecía con números; pero lo que ella acababa de admitir abría una

rendija de luz. A esta luz, que era también la de la alusión que hizo ella al insaciado apetito del señor Gaw, volvió a él el recuerdo de la presencia de este caballero en la otra casa, y al cabo dijo:

—Ya veo, ya veo. Intentó sacarme algo.

—¡Pobre padre! —respondió ella; pero sin tiempo para más preguntas, ya que, mientras hablaba, la puerta de la habitación se abrió y apareció el doctor Hatch. Se detuvo con portentosa suavidad donde estaba e hizo frente a la mirada de Rosanna. La sostuvo unos segundos, y el efecto fue como pulsar en ella, según todas las apariencias, el mismo resorte que acababa de tocar nuestro joven.

—Pobre, pobre padre —repitió ella, pero como si a él le llegara de muy lejos. Ella había comprendido lo sucedido, pero no enseguida ni sin esfuerzo lo que aquello requería de ella; por lo que su informante tuvo que añadir, a continuación:

—¿No sube usted?

A lo que ella respondió, observada por Gray:

—Si quiere esperar aquí...

Dicho lo cual, sin volverse a mirar a ninguno, y mientras el médico mantenía la puerta abierta, salió, y entonces éste cerró la puerta a su paso y transfirió su mirada a Gray. Que no tuvo que preguntar nada, tan nítidamente manifestaron las manos levantadas y vueltas a dejar caer que todo había terminado. Lo que, a pesar de todo, sobresaltó a nuestro joven, que tuvo con su acompañante un momento de mudo intercambio.

—¿Ha muerto mientras yo la entretenía aquí?

El doctor Hatch se limitó a objetar:

—La entretenía porque ella le había mandado buscar para hablarle.

—Sí, lo sé. Pero es de lo más extraordinario.

—Es usted el que parece volver extraordinaria a la gente. Lo hizo con su tío, ya sabe...

—Sí, ya. ¿Acaso no lo he mejorado? —preguntó Gray.

El médico de nuevo dudó por un instante.

–Sí, si se refiere a que ahora debe de estar descansando de verdad. Pero vuelvo a su lado.

–Iré con usted, por supuesto –dijo Gray, buscando su sombrero. Cuando lo encontró, recordó incongruentemente:

–¡Ella me ha invitado a cenar!

Lo que poco menos que divirtió al médico:

–Inspira usted esfuerzos dignos de mención.

–Bueno, soy incapaz de hacerlos –lo que ahora resultaba de lo más extraño–: no puedo quedarme a cenar.

–Vayámonos entonces.

Ante lo cual, sin embargo, el doctor Hatch no se mostró excesivamente preocupado por dirigir su atención, en ese mismo instante, a otra cosa:

–¡Espléndida pieza! –exclamó ante la torre de marfil.

–Sí que es espléndida –dijo Gray, sintiendo que su belleza era de nuevo la nota más brillante en tanta extrañeza; pero acusando a la vez un pellizco de responsabilidad hacia ella–: la señorita Gaw me la ha regalado.

–¿Ya? ¡Obra usted milagros! –y el buen médico casi rozó de nuevo la alegría–: ¡Va a llevársela?

Gray hizo una pausa ante su adquisición, que ya parecía guardar, desde ese mismo instante, un secreto de mayor peso.

–No, volveré por ella –dijo luego, mientras salían por la puerta cristalera que daba al jardín, la misma por la que le había hecho entrar la señorita Mumby.

## LIBRO TERCERO

### 1

—¿Por qué ni siquiera lo he visto aún? —hubo de confesar Cissy a su amigo, el amigo de la señora Bradham, el amigo de todo el mundo, incluso ya, casualmente, el de Graham Fielder.

El receptor de esta confidencia había venido ese día en coche de Boston, tras una parada allí por obligaciones de negocios y bajo el peso de un calor intolerable, pero había llegado a Newport a tiempo para el té, un baño, una muda rápida y una aún más rápida impresión de bendito descanso, proporcionado por el aire sano y por otros variados motivos. Se había presentado de nuevo, en el rato que le quedó entre el cumplimiento de estos ritos y la más formal hora de vestirse, para buscar sin disimulo a nuestra jovencita, que había dejado tantas señas de su paradero que él no desperdició más que unos pocos pasos en seleccionar el sendero que atravesaba el prado más extenso y la masa de rocas costeras que le servía de límite. Habiendo venido con la intención de pasar con los Bradham tantos o tan pocos días como dictaran las circunstancias según se presentaran, este héroe, Horton Vint, se había dejado caer en una de esas horas de brillante bullicio que lo mismo podían mostrarlo como pez en el agua, si decidía dar esa impresión, que requerir de inmediato su perfecta aptitud para la retirada astuta y el contraataque inadvertido. Pero la animación había decaído ya en ese momento y la concurrencia se había dispersado, al menos en la zona que se extendía ante él: el campo de

tenis era un vacío aterciopelado, la brisa vespertina traía suaves naderías...; todo lo cual proporcionaba mayor holgura a Horton. Cissy, desde abajo, desde su cala encantadoramente fresca, estaba atenta para dar señales de su presencia, y volvieron a encontrarse en la arena clara y firme donde las olas somnolientas apenas reincidían, con confianzas que el lugar apartado favorecía felizmente. La sensación de que su espera había sido apreciada y premiada prestó gracia a los brazos abiertos de ella cuando aquel joven –todavía había quien lo llamaba así– derecho, delgado, activo, descansado y, como ella, excesivamente arreglado para la temperatura que hacía, se recortó por vez primera contra el cielo. Apenas necesitó unos cuantos pasos y zancadas más de fácil bajada para caer en aquel gesto de bienvenida con el fortísimo énfasis debido. Fue como si se vieran en un terreno tan preparado ya, que ninguna duda, por ambas partes, podía restar calor al reencontro o embotar la confianza. No tuvieron que hacer aclaraciones, que esquivar peligro alguno. Observándolos disfrutar de esas libertades, uno podría preguntarse qué infalible tacto les había llevado a dominar, en su relación, aquellas perfectas reciprocidades de trato. Sin duda llegaría uno a la conclusión de que en ellas se sentían a sus anchas.

–Con una docena de personas en la casa, esto sí que es suerte –espetó Horton, apreciativamente; pero cuando ambos hubieron despachado a los otros visitantes en un minuto o dos, como muñecos que se desploman en cuanto uno deja de apretarles la barriga, saltó él a preguntar por Gray Fielder y mostrarse sinceramente interesado por las noticias que Cissy tuviera de él. Estas noticias, la muerte del señor Betterman aquella mañana, bastaban para explicar su imposibilidad de exponer una impresión de primerísima mano: el sobrino y heredero de aquel magnate, el que le había dedicado en los últimos días los más íntimos y atentos cuidados, no había sido visto aún, a su entender, por nadie más que el bueno de Davey... Sin contar, claro, a Rosanna Gaw, de cuya propia pérdida naturalmente Horton también estaba informado,

y quien había posibilitado, entendía ella, que el amigo común fuera a ver a Graham.

—¿Así que Davey ha ido a ver a Graham? —se interesó Horton por preguntar, mientras estaban sentados juntos en un gastado escalón rústico—. ¿Con qué propósito, si es que se lo ha dicho?

—Como si su propósito —replicó Cissy— no fuera justo lo que no habrá querido decirme... De lo que sí me habló ayer por la mañana, y yo le dije que sería hermoso por su parte, fue de que quería saber, si nuestro amigo podía recibirlo, si había alguna cosa que pudiera hacer por él, en caso de que necesitase el apoyo de un hombre. Porque Rosanna, la pobre, se piense lo que se piense —dijo la chica— no es exactamente un hombre.

Horton estaba profundamente interesado; sus manos, un poco detrás de él, descansaban, como puntales de su ligera inclinación hacia atrás, en la piedra apropiada; sus piernas, extendidas ante él, le permitían afianzar un tanto sus talones en el suelo, mientras sus ojos, fijos en la franja de mar que se divisaba desde aquel retiro rocoso, dejaban ver una mirada firme y vívida. Fina de líneas y proporciones era su hermosa cara; lo que podía también decirse, punto más o menos, de su figura enjuta, ligera y alargada, aunque también afilada y redondeada. Sus rasgos, de un modo que les era característico, proclamaban una energía y componían un conjunto que su expresión parecía desaprobador, o hacia el que, al menos, se mostraba indiferente, lo que tenía el efecto de atenuarlo: como si hubiese sido consciente de que su nariz, con su muy airosa y potentísima curvatura (un gran acierto en sí), era demasiado audaz y grande para sus amistades; que su boca reclamaba, o al menos afirmaba, más de lo que él estaba dispuesto a respaldar; que su barbilla y mandíbula le daban una importancia demasiado falta, quizá, de tacto; y que sus finos ojos, sobre todo, que semejabán muestras escogidas de esa piedra más o menos preciosa llamada aguamarina, estaban demasiado dispuestos a oscurecerse con la fuerza de una mirada directa; por lo que la manera correcta de tratar este exceso de recursos terminó por ser, en su caso, la opuesta:

el cultivo de todas las señales y garantías de que cualquiera podría tomarse libertades con él. Parecía andar continuamente diciendo que él no era, ni temperamental ni socialmente, lo que su propio estilo exagerado anunciaba, y que una constitución huesuda, por ejemplo, lo más diferente posible de la que por desgracia tenía que lucir, no hubiera estado menos en consonancia con su verdadera naturaleza que lo que, según procuraba mostrar, lo estaba con su conducta. Su boca rígida ostentaba, para visible alivio propio y admiración de la mayoría de los espectadores, un hermoso bigote atenuante; sus ojos vagaban y se aventuraban como asustados de su fijeza al mirar; su sonrisa y su risa hacían lo que fuera, podía casi adivinarse, por no ceder el terreno a nada menos grato; su barbilla se te imponía con una gracia casi equivalente a la pretensión, por absurda que pueda parecer, de que no hacía sino retroceder. Así se formaba uno la impresión (en el caso de que la imaginación de uno se avivase en su presencia) de que quizá prefiriese ser tan informe e inacabado como hacían por mostrarse tantos otros hombres monstruosos de los que pueblan estos climas, y no estar destinado a lucir una serie de rasgos acentuados que, por falta de sentido tras ellos, no podrían corresponder más que a una serie de carencias. El sentido que había tras la fachada de Horton Vint no guardaba relación alguna, según proclamaba sin cesar, con el hecho, en sí mismo importante, de ser guapo; lo que, ya de por sí, tenía un sentido humanamente sencillo y libre, que contribuía al aplomo de su persona en todo lo que pudiera derivarse del don de la oportunidad en un mundo gozoso, y cuya feliz apariencia era confirmada por la caprichosa y bastante irónica vuelta que la sociedad en la que se movía había dado a su nombre. Jamás podría haberse pronunciado y escrito “Haughty”<sup>1</sup> si, más allá de azares superficiales, no se hubiesen rea-

---

<sup>1</sup> Puede entenderse como el diminutivo fonético naturalmente aplicable al nombre “Horton”; pero el caso es que la palabra, en inglés, significa “altivo, arrogante, presumido”. (*N. del T.*)



firmado su encantadora e inteligente humildad y su sociabilidad. Vivía en una atmósfera de chiste, pero una atmósfera en la que los chistes malos no hacían gracia; y no podía haber chiste peor que considerar el mote como verdadero.

Bien poco de chiste había, en fin, en lo que dijo en respuesta al recién referido comentario de Cissy:

—Rosanna probablemente tiene lo bastante de hombre para serlo mucho más que Davey. Sin embargo —continuó— estamos de acuerdo, ¿verdad?, en que habrían hecho falta millones de hombres para manejar a Gussy. Un Davey más o menos, o con una pizca más o menos del principio contrario, no hubiera supuesto diferencia alguna al respecto.

Lo que, de todos modos —sugirió— no tenía el más mínimo interés para ellos, comparado con la diversión que aparentemente añadía la llegada del bueno de Gray. Lo que, francamente, a él, Horton, le parecía lo más gracioso que podría haber ocurrido... y en un momento en el que, si no hubiera sido porque, para variar, la misma Cissy estaba allí para confortarlo, no había maldita la cosa que tuviera el menor interés.

—Jamás me hubiera parecido posible ese cambio en el viejo —mencionó—, y aunque Fielder debe de ser un tipo de lo más simpático, que a usted le gustará y encontrará encantador, admito que no imaginaba que fuera a presentarse de este modo tan tremendo. Allá, nada más que con sus gustos y sus intereses artísticos o literarios o lo que sean..., quiero decir, con su abundancia de recursos intelectuales y su falta de otros..., estaba bien, según mi impresión última, y me gustaba tanto por su decorosa vida como por el hecho de que yo mismo le cayese, créame, todo lo extraordinariamente bien que podía dejar traslucir. Lo que esta situación aparentemente significa, sin embargo, es que de pronto cae sobre él verdadera luz, una gran luz cegadora y visible de lejos; lo que es una cosa muy distinta. No puede por menos que significar un montón de cosas singulares; o, al menos, uno tiene derecho a preguntarse si cabe esa posibilidad.

Y a Horton podría habersele dejado, durante un minuto de silencio, con su consideración de algunas de esas luminosas posibilidades; momento que Cissy Foy aprovechó para fomentar la unión de ambos acompasando visiblemente su respiración con la de él, de un modo que decía más de su interés que cualquier comentario que pudiera haber interpolado. Era evidente que habían dejado muy atrás cualquier fase de su asociación en la que la capacidad de interesarse por lo que el otro pudiera añadir a lo que se traían entre manos dependiese de demostraciones verbales. De hecho, tampoco dependía de demostraciones de ninguna otra clase, tales como, por ejemplo, ojos escrutadores: ella no tenía que mirar a su amigo para seguirlo; se limitaba a mirar esas mismas lejanías en las que se perdía la mirada de él, y así, yendo allá tras sus talones, era como lo seguía. Y era muy posible que la imaginación de su acompañante, cuando habló de nuevo, se hubiese desplazado ya muy lejos.

—Lo que me asalta es la duda de si semejante cambio de fortuna no lo echará a perder... Con lo bien que estaba y lo simpático que era... Recuerdo que casi llegaba a exasperarme su apariencia de no tener necesidades, o tener sólo aquéllas que podían satisfacerse simplemente estando allí, y no eran las que tenía yo (al menos, en un grado que me compensase de la no satisfacción de las otras). Supongo —siguió Horton— que todo se debía a que, al no tener ninguno de los dos nada digno de mención en los bolsillos, ni perspectivas de tenerlo, él se conformaba porque, casualmente, lo que más le gustaba eran los placeres que no eran caros. Yo, por mi parte, rabiaba por mi incapacidad de afrontar o practicar el gasto, que me parecía bueno y feliz por sí mismo, lo que más merecía la pena; y, ya que lo mencionamos, me lo parece todavía. “*La lecture et le promenade*”, que el viejo Roulet, nuestro *pasteur* en Neuchâtel, nos imponía como los gozos más altos, realmente parecían agrandar a Gray por lo que Roulet veía o fingía ver en ellos; siempre que se les pudiera añadir cuadros, y música, y conversación, lo que por supuesto implicaba gente agradable... Y todas

estas cosas podía procurárselas con sus propios medios, dispuesto como estaba a hacer todos sus viajes a pie (igual que yo, entonces, quería hacer todos los míos a caballo), y a ir a la ópera o al teatro en las localidades de un chelín, si no podía ir a los palcos. Yo detestaba tanto todo lo que no fueran palcos, siempre palcos en todas las facetas de la vida, que, si no podía disfrutarlas de esa manera, prefería no tenerlas. De modo que, cuando lo pienso, se me ocurre que debía de caerme bastante bien, puesto que no me entraron ganas de matarlo... Pues no recuerdo haberme permitido en ningún momento amenazas u otras agresiones. Lo que quizá se deba a que me daba cuenta de que, de una manera más bien extravagante, él me apreciaba, y no me extrañaría que siguiera haciéndolo. Al mismo tiempo, si me hubiese parecido reprehensible más allá de cierto punto, sus demostraciones de que me consideraba una maravilla no hubieran sido, creo —reflexionó el joven—, sino un agravio más. Sea como sea, debo decir que no tomaré a mal ninguna consideración que quiera prestarme ahora... Si él no sabe mantenerse en su papel, yo sí sabré mantenerme en el mío. El sueño de mi vida, si quiere saberlo todo, querida, el sueño de mi vida ha sido ser admirado, admirado de verdad, admirado con todo lo que posea, por un hombre inmensamente rico. Ser admirado por una mujer rica no es lo mismo...; aunque, como usted sabe, lo he intentado también, y también he fallado... Me refiero a que estén dispuestas a hacerlo con todo lo que tienen... Sólo lo he conseguido con las pobres, ¿verdad?, y hace tiempo que hemos tenido que reconocer, ¿o no?, lo poco que eso nos ha servido.

Así continuó Horton; así, como incitado o llevado por una irresistible y grata inspiración, en aquella blanda placidez y en aquel rincón resguardado, ante la pequeña marea salada que se demoraba como si quisiera escuchar, jugaba con cosas antiguas y nuevas, con hechos y posibilidades, encaramado a antiguallas que no pedían más que se hablase de ellas para revivir y multiplicarse.

—Hay una cosa, de todos modos, que antes me dejo ahorcar que permitir —concluyó—: que me ahorquen si lo que nosotros

hagamos por él, con mi consentimiento al menos, le enajena sus viejos conocidos, sin prestarle inspiración para los nuevos. Si puedo evitarlo, no llegaré a ser tan bestialmente vulgar como todos nosotros.

Lo dijo en tono sincero, pero provocó en Cissy una especie de presto aullido de dolor:

—No, no, no, qué monstruosa idea, Haughty, que él pudiera...

Lo que tuvo un efecto inmediato, e incluso llamativo: le hizo volverse de inmediato para mirarla y ofrecerle su levísima, gratísima risa, en la que había menos estridencia varonil que en cualquier otro sonido masculino de esa clase. También le hizo cambiar de postura, y buscar asiento lo suficientemente cerca de ella para rodearla con su brazo y estrecharla, pegando la mejilla por un instante, con las debidas precauciones, contra su pelo.

—Eso es muy encantador, por su parte. Seguro que lograremos hacer algo. ¿Está usted pensando en lo que ese amigo suyo de allá, *dans le monde*, el padrastro, el señor Wendover, le contó sobre él, con todos esos aspavientos?

—Pues sí —dijo Cissy, en lúcida rendición y como si esta verdad fuera de una vulgaridad que la hiciera sonrojar—. ¿No sabe usted que me enamoré del señor Northover, cuyo nombre ha pronunciado usted mal, hasta el punto de que le he sido fiel siempre, mientras que jamás he estado enamorada de usted, ni lo estaré de Gray, por mucho que lo desee, o incluso aunque usted me empujase a ello? Por lo mismo, tampoco me enamoraré de ningún otro. Lo que es inconcebible —explicó— es que alguien de quien ese encanto de hombre tuvo a bien hablar como me habló de su hijastro sea capaz de algo mínimamente desagradable.

—Ya veo, ya veo.

Eso hizo que Horton, por alguna razón, la estrechase con más fuerza aún; aunque no como si las palabras de ella lo animasen a confianzas afectuosas. Era característico del trato de esta pareja el que, por muchos pasos que les quedara dar hacia un mayor afecto mutuo, y, por lo mismo, en ocasiones, hacia el consiguiente rego-

cijo, no daban por desperdiciados ninguna causa y efecto de esa clase: habían desechado ya, por su propio interés, todo posible error y vano fantaseo, todo arranque en falso y toda falsa aspiración, todo fallo en su unanimidad.

—Bueno, si es tan decente, entonces, por no decir superior —prosiguió Haughty—, ¿no le convendría más a usted, y le simplificaría mucho las cosas, enamorarse, estar enamorada de él? A mí, como sabe, eso me convendría más que lo contrario; pues lo que sigue turbando la paz de mi espíritu es la impresión que causó en usted el difunto Northover. Sé, y no sé decirle el porqué —explícó—, que nunca voy a estar celoso de Gray, y probablemente ni siquiera le tendré envidia; de modo que ahí tiene su oportunidad... Aprovechéla. Téngale todo el cariño que quiera, querida, y Dios hará que él se lo tenga a usted. Asegúrese tan sólo de que lo hace por él... Y por usted misma; a la vez que se percata de sus posibilidades, *de part et d'autre*, mientras se aproxima a ellas.

—¿Para asegurarme, quiere decir —preguntó Cissy—, de que no le aprecio por su dinero?

Aguardó un momento y, si ella, inmediatamente después de sus palabras, no hubiera suspirado: “¡Dios mío, Dios mío!”, en un tono completamente distinto —es decir, mucho más serio—, hubiera quizá parecido que, por una vez, de higos a brevas, ella había puesto en la mente del otro una idea que él no podía albergar. No podía albergar la idea de que tuviese la más mínima importancia el que ella se precaviera del modo mencionado, e inmediatamente después quedó sobreentendido que era imposible que ella hubiese llegado a desvariar hasta el extremo de pretender sugerir semejante cosa. Con suficiente rapidez afirmó que prefería que ella no fundara tan servilmente su interés por Gray en la autoridad de otro hombre..., dada la extraordinaria circunstancia de que ese otro hombre la tenía sometida a un hechizo que ni el tiempo ni la muerte habían logrado apenas mitigar. Sí, estaba claro que había algo en el difunto Northover que a uno le preocuparía que ella estuviese siempre sacándoselo a relucir. Ahí estaba, expuesta a los celos: los celos que él tenía del excéntrico fantasma de Northover; si es que la excéntrica no era ella, con su espíritu aparentemente sometido a encantos sexagenarios. Él podía cuidar de ella, junto con Gray; estaban completamente de acuerdo en lo concerniente a Gray. Lo que verdaderamente podía distanciarlos, si ella persistía, sería que él quedara expuesto a ser comparado con el recuerdo de un inglés rococó con el que no

había manera de combatir. Y esa extravagante fantasía, al cabo de un minuto, había proporcionado suficientes testimonios de que el aire que compartían había vuelto a despejarse en cuanto volvieron a sentirse juntos de nuevo y supieron, una vez más, lo que tal cosa suponía; todo, bajo la sublime tangibilidad de las pruebas. Esa renovada conciencia quizá no aliviase en nada sus dificultades como tales, pero bastó para suscitar el interés, la diversión, la inmediata inspiración de hacerles frente: pues eso presuponía el elemento de ponerse también frente al otro, y de saber, y cada vez como si nunca antes lo hubiesen sabido, que aquello tenía una belleza absoluta. Jamás, sin la menor duda, había tenido tanta como ahora, incluso cuando la libertad de ambos al respecto los había conducido rápidamente, ante el asombro de Cissy, a considerar si una feliz relación con el amigo común de ambos (sin haberlo visto jamás, ya lo era también de ella) no incluiría la obligación de contar con alguna inevitable exigencia, algún sentimiento natural, que Rosanna pudiera alegar o disfrutar, por no mencionar el efecto que tendría sobre Graham que esa muchacha se interesase por él y fuese la destinataria de semejante fortuna.

—Además, ¿quién pretenderá negar —preguntó la chica con la mayor seriedad— que Rosanna posee, por sí misma, un atractivo extraordinario?

—¿De verdad piensa que ella tiene un atractivo extraordinario?

—Por supuesto. Y también usted lo piensa, no sea absurdo. ¡Es, simplemente, espléndida! —explicó Cissy—, a su original manera, que no admite ni sombra de comparación con nada que posea ninguna otra mujer de aquí (excepto yo, quizá, un poco); lo que, por lo que sabemos, constituye un lujo enteramente al servicio de Graham.

Cissy no necesitó más que una sola mirada para continuar:

—No me extrañaría lo más mínimo que ya estuvieran prometidos.

—No creo que haya ni la más mínima posibilidad —dijo Haughty—, y afirmo que si esta clase de temor es su único obs-

táculo, puede estar usted bien tranquila. No sólo lo veo –prosiguió–, sino que sé por qué lo veo.

Cissy esperó.

–¿Considera que, porque ella rechazó a Horton Vint, renunciará por completo al matrimonio?

–Creo que eso arroja alguna luz –sonrió este caballero–, aunque no todo se debe a mí. Ella me dio calabazas, hace dos años, como no volverán a dárme las en mi vida, y aunque me haya resignado a ver los hechos de este modo, la experiencia no deja de parecerme una humillación servida a un hombre de la mejor forma que pudiera desear. Así fue, así sigue siéndolo cuando la revivo; así quedará, para consuelo mío... Quiero decir, que jamás la tendré peor. He tenido mi dosis –comparó– de ese negro licor, y guardo la botella vacía en el armario.

–Y, sin embargo, da a entender que, de todas maneras, se alegra? –Cissy de momento no sabía adónde quería ir a parar el otro.

–Bueno, todo me pasó de una vez; y que todo eso haya pasado es lo que tengo ganado; quiero decir, que eso me permite tranquilizarla ahora como lo estoy haciendo. Pasé unos minutos maravillosos con ella; no duró mucho –rió Haughty–. Siendo tan horriblemente inteligentes como éramos, esos pocos minutos bastaron para que lo viésemos claro; y lo que comprendí para mí se queda. Lo que ella hiciera, es asunto suyo, y que ella pudiera actuar de ese modo con tanta perfección, sin dejarme ni un resquicio de duda, es lo que, como le digo, me tendrá siempre boquiabierto. Puedo preguntarme, si lo desea –prosiguió–, por qué tiene que importarme tanto, si incluso entonces veía que ella no iba a aceptar a otro de ninguna de las maneras; y, si me lo pide usted, le contestaré que no me hacía falta llegar a tanto para que aquello me doliera. Dolía por sí mismo. A lo que voy, sin embargo –concluyó Horton– es a que puedo al menos hacerle el favor de decirle que estoy completamente seguro de que Gray no tiene ni una posibilidad. Ella está en la temible posición (por supuesto,



ahora más que nunca) de no poder creer que la amen por sí misma.

—¿Quiere decir, porque usted no pudo convencerla de eso? —preguntó Cissy, después de asimilar lo dicho.

—No, no es eso, ni siquiera lo intenté. No la abordé (era terriblemente superior a mí, como sabe) en esos términos. Ahí —dijo Horton— es donde duele. Los términos eran sólo los de mi propia capacidad, mi capacidad de servirla en todos los respectos, con todas las aptitudes que yo pudiera poseer y viera que ella veía que yo poseía (de alguna manera, logré hacerle comprender eso) sin pasar nada por alto. No me hubiera importado que me hubiera dejado por imposible, por la más negra de las imposibilidades, si hubiese obrado bajo alguna ilusión; pero verdaderamente creía en mí como algo valioso, con un valor de primera... En eso salí bien parado, sin la menor duda. Y, con todo, lo que ella me vino a decir fue: “¡Qué burro eres!”.

En repuesta a esto, sin embargo, su abrazo no obtuvo más que una vibración de cabeza de ella, y ni siquiera un estremecimiento ante aquel dolor tan vivamente descrito.

—Lo que vino a decir es que ya estaba enamorada del señor Graham, y usted no hubiera gozado de mejor oportunidad por mucha pasión propia que hubiera puesto. Si yo creyera que ella no le admiraba —dijo Cissy—, no sería en absoluto capaz de vérmelas con ella: sería muy estúpido por su parte... Quiero decir, dejando a un lado el hecho de no aceptarlo a usted: una mujer no puede aceptar a todos los hombres que admira. Supongo que no tendrá inconveniente en aceptar —continuó— que ella admire al señor Graham lo suficiente para explicarlo todo; especialmente, porque eso explica que haya actuado con tan extraordinario éxito en beneficio de él. ¿No le supone eso —preguntó— ser admirado por veinte millones, más lo que supondrá para su bolsillo la suma salvada en el último momento, sin tiempo que perder, por la reconciliación que ella le ha procurado con su tío? No sabemos a cuánto ascenderá esa bendita suma...

—No, pero lo sabremos, más o menos —terminó Horton la frase—. Sin exagerar, por supuesto, será algo interesante, aunque no estemos hablando, no me cabe la menor duda, más que de sumas modestas... Las cuentas del viejo Betterman (hay gente que lo sabe, y yo he hablado con ellos) no admiten ni sombra de comparación con las de Gaw. No obstante, eso no tiene nada que ver: lo único que importa (y reconozco, especulación por especulación, que nuestra asociación en este asunto supone una diversión de más fuste que la que hemos logrado en otros asuntos), lo único que importa es que, cuando vea usted a Gray, no tenga prisa en figurárselo un provocador de pasiones insaciables. Ese insidioso Northover suyo, como dice usted, la ha preparado, pero espere a ver si la realidad se corresponde con los hechos.

—Ese insidioso Northover mío —sacó a colación Cissy— me enseñó una fotografía; el pobre era lo bastante *naïf* para hacer cosas así. De hecho, me regaló unas cuantas, incluyendo una suya. También le debo dos o tres recuerdos más, todos los cuales he conservado.

—¿Y qué pretendía el viejo corruptor de su juventud? —Horton pareció preguntarse sinceramente—. Si es que usted no dejó todo aquello reducido a simple parloteo de viejo encaprichado.

—Bueno, están las fotografías y las cosas que puedo enseñar —respondió ella, sin rebozo—, aunque no las tengo aquí. Están guardadas en Nueva York. En su retrato está guapísimo.

—¿Se refiere al del señor Northover?

—El suyo también es bonito. Pero me refiero al del señor Fielder... En su tierna edad de entonces. Lo recuerdo —dijo Cissy— como una cara muy, muy agradable.

Haughty se permitió un acto de memoria, que al instante concluyó con un meneo de cabeza.

—No destaca por su aspecto; pero, pensando lo mejor posible de su agradable cara, en el caso de que destaque por esa cualidad... ¿ve usted a Rosanna tan arrebatada como para beber los vientos por él?

Cissy sopesó la pregunta.

—Hemos visto ya lo que ella es capaz de hacer, llevada por el arrebató.

—Ha tenido otras razones, independientes de una pasión alocada. Y recuerde —adujo, a continuación—, si es que le atribuye esa clase de sensibilidad en alto grado, lo resistente que se mostró a mis propios atractivos físicos; que, me permito declarar sin ambages, hacen sombra al más brillante que pueda usted descubrir en Gray.

De nuevo su compañera meditó.

—Reconozco que es usted deslumbradoramente guapo, pero ¿es usted, querido (por su aspecto, me refiero) igual de *interesante*?

La pregunta fue tan sincera que no pudo menos que ser recibida en el mismo espíritu.

—¿No me encontró usted así desde el primer instante en que me miró?

—No estamos hablando de mí —replicó ella—, sino de personas que han resultado ser sujetos menos predestinados y víctimas menos rendidas. ¿Qué aspecto —prosiguió ella, sin interrupción— tiene Gray, en cualquier caso? Para empezar, ¿es negro, o blanco, o mitad y mitad? ¿Es pequeño o grande o ni una cosa ni otra? ¿Es gordo o delgado o “peso medio”? De la gente siempre pueden decirse todas estas cosas, por más que falte siempre quien las diga. Ni siquiera el señor Northover, ahora que caigo en la cuenta, mencionó jamás su tamaño.

—Bueno, usted sí que lo haría —replicó Horton, amablemente, dejando entrever que esa llamada de atención despertaba en él ciertas remembranzas—. En cuanto a lo de negro... Negros son sus cabellos, lacios y abundantes, y, a mi entender, pasan más bien por ser lustrosos y *soignés*... Los cabellos de un niño bueno que nunca jugaba a cosas que lo despeinasen... No es más que de mediana estatura; muy, muy mediana —calculó—, lo que probablemente viene a parar en que es más bien bajo. Pero no tiene ni

joba ni cojera ni ninguna deformidad física de ninguna clase. Lo que sí tiene es esa especie de agilidad fútil y volátil de los hombres menudos, y también de los que son nerviosos, activos y dispuestos; dispuestos, quiero decir, a cualquier cosa que interese y mueva a la conversación, siempre que el asunto no sea demasiado grande para él... Y ya que he mencionado a los “activos”, me pregunto –recalcó– a qué demonios viene esa actividad.

La chica bebió estas impresiones y quedó con ganas de más.

–¿Y qué me dice en cuanto a ojos y demás?

–Sí, claro –meditó Horton–, montones y montones de ojos, aunque no haya mucho de lo demás. Buenos ojos, finos ojos... Todo lo que usted pueda desear en cuestión de ojos.

–Entonces no pueden ser “negros”. Nunca me han gustado negros –dijo ella–, en ninguna circunstancia: sus ojos (de un azul grisáceo, o de un gris azulado, como quiera llamarlos, y, con diferencia, los más encantadores del mundo, salvando esos gloriosos ojos verdes que tiene usted), sus extraordinarios ojos, y no otra cosa, son los que habrán obrado el efecto. Y se habrán bastado para ello, de modo que –continuó–, con tal de que no tenga la tez colorada (y le desafío a que la tenga), sus demás rasgos no tienen excesiva importancia; lo que no implica que los tenga vulgares o corrientes... De hecho, en la fotografía no los tiene. Y ¿qué son las fotografías, pobrecitas, sino la verdad de la vida?

–No tiene la tez colorada –Haughty pudo aseverar–, tengo idea de que es más bien de un tostado limpio y pálido, muy pálido; y entre sus costumbres –aseguró– no figura la de sofocarse o sonrojarse. Lo que recuerdo, a medias, respecto a sus rasgos, es que sus dientes, afortunadamente buenos, por lo que se ve, son demasiado pequeños y rectos para un hombre, por lo que hacen que su sonrisa sea un tanto...

–Un tanto irresistible –interrumpió Cissy–, por responder, en su encanto, al hermoso modelo latino; extremadamente parecido a los míos, tenga la bondad de fijarse en ellos por una vez en su vida, y no como esos colmillos que suelen tener los anglosajo-

nes... Como ve, no hace usted más que describir –añadió– al ser más maravilloso que una pudiera desear ver.

–No soy yo quien lo está describiendo... Es usted, querida, y del modo más delicioso.

De modo que, en consonancia con esto último, él mismo hizo la pregunta:

–¿Y qué hay, por cierto, en cuestión de bigotes? ¿Gasta o no? Me extraña no recordarlo, pero ¿qué dice la fotografía?

–Sí que es raro que yo tampoco lo recuerde –meditó Cissy por un momento. Se rindió, avergonzada–: ¡Créame que no recuerdo si la fotografía es *mostachue* o no!

–No lo será mucho, entonces –adujo Horton a tan interesante cuestión.

–No –intentó concluir Cissy–, la fotografía no puede ser muy *mostachue*.

–Sus bigotes, en fin, si es que los gasta, no serán prodigiosos; de lo contrario, uno no hubiera podido dejar de reparar en ellos, ¿o sí?

–Por supuesto, no hay quien pueda evitar fijarse en los de usted. Por tanto, los de Gray, en caso de que los tenga, han de ser muy inferiores. Y, con todo, no estará afeitado como un ratero... O –amplió– como la gente de aquí; porque no lo admito sin nada, como no lo admitiría con algo “prodigioso”, como usted dice; lo que es peor que nada. Cuando digo que no lo admitiré sin nada –explicó– quiero decir que no lo quiero sujeto a esa ley americana, estúpidamente aplicada, que dicta que la cara de todo hombre, sin excepción, ha de estar rasurada y lisa, *glabre*, como la de un pez, que es a lo que se parecen muchos. No lo quiero así –dijo– porque no lo quiero tan ridículamente gregario y sin el sentido de las diferencias entre las cosas, de sus relaciones e idoneidades, que tales exhibiciones hacen que una eche en falta. Si resulta gregario, de ese tenor, debemos desechar nuestra idea (es decir, deberá usted renunciar a la suya) de que yo me prepare para arrancarlo de los brazos de Rosanna. Para eso, debo creer en

él –prosiguió–, debo verlo por mí misma. Creer en mí, o incluso creer en usted, en comparación, no es más que un detalle. No lo quiero erizado de horribles marcas demagógicas. Sobre esas bases no podré actuar.

Era como si lo que ella decía tuviera para él el interés, a la vez, de la más íntima y la más amplia de las aplicaciones; como si ella fuese la única en el mundo que pudiera conmoverlo de esos modos tan exquisitos, la única que podía divertirlo, e incluso instruirlo, con un son como aquel.

–Lo de “erizado” parece especialmente apropiado al caso, si todo se reduce a su bigote. Sin embargo –añadió Haughty–, no debemos permitir que la curiosidad haga estragos en nosotros: recordemos que Davey, según me dice usted, lo habrá visto ya y zanjará la cuestión en cuanto lo veamos en la cena. De paso, zanjará la de la hechicería que, según la teoría de usted, ha embrujado la sensibilidad de la pobre Rosanna, trayéndola a mal traer y otorgando tal poder a ciertos elementos especiales de la “personalidad” de nuestro amigo, que era imposible no relacionar este asunto con la brillante posición de éste.

Horton, mirando su reloj, se había levantado mientras hablaba; lo que al momento hizo también Cissy, ante este recordatorio del paso de sus preciados minutos. Con todo, le quedaba una cosa por decir; y lo hizo al afirmar que el punto que habían estado discutiendo no podía ser, por sí mismo, la fuerza que en un primer momento había impulsado a actuar a la joven de la que hablaban, pues lo que era seguro es que Gray no tendría bigote ni nada por el estilo cuando era niño, y Rosanna, entendía ella, no lo había vuelto a ver desde tan tierna edad. Cláusula a la que Haughty no llegó a prestar pleno asentimiento, pues el que hubo quedó súbitamente fundido en el gemido de “Vaya, si está aquí” y la inmediata efusión de brazos hacia el anfitrión de ambos, Bradham, que venía ya vestido para la cena, con chaleco blanco y flor en la solapa, robusto y derecho sobre un saliente que le permitía abarcarlos. Quien, en cuanto fue detectado en esa posición, explicó su presencia anunciando que Gussy lo había enviado a preguntar si irían a cenar. Era prácticamente un ultimátum a Cissy, y como tal lo entendió la chica, para que dedicara al menos diez minutos a vestirse como era debido; a pesar del cual, se atrevió a desafiar a Davey con otro pretexto, que hizo que aquel vistoso buen hombre, que esplendía con todos los efectos del baño y todos los recursos del aseo personal, en menos de dos minutos hubiese vuelto sobre sus charolados pasos con una presteza que hacía a sus acompañantes reos de la más des-

vergonzada pereza. Ella tuvo tiempo de articular, en beneficio de Horton y con la claridad precisa, que aquél debía de haberlos visto, y Horton fue igual de rápido en encontrar el tono adecuado y el ingenio adecuado para este único comentario tranquilizador: “El bueno de Davey...”. Como ocupantes de un lugar apartado que ellos se habían limitado a no dejar sin ocupar, recibieron sin rebozo al visitante, adelantándose a cualquier impulso que éste pudiera haber tenido de derramar comentarios jocosos sobre esa soledad buscada, si es que tal cosa podía esperarse de tan cumplido hombre de mundo, y saliéndole al paso con la instantánea curiosidad estratégica de la más joven de los invitados.

—¿Lo tiene o no, por favor, tiene o no tiene bigote? —rogó ella, como si de ello dependiera el destino de imperios.

—He estado contándole —explicó Horton— todo lo que recuerdo de Gray Fielder, pero ella se niega a hacerme el menor caso si primero no le doy seguridades sobre ese punto. Y como deseo enormemente que ella lo aprecie, véanos a los dos pendientes de los labios de usted; o, si lo prefiere, de los de él.

La flor de la solapa de Davey les abría un denso pero totalmente impenetrable jardín de posibilidades; del cual, mientras los miraba a la cara, les permitió arrancar por sí mismos cualquier bella flor que ellos desearan lo suficiente. Asombroso fue, durante unos instantes, entre estos flagrantes personajes mundanos, el intercambio de elegantes reconocimientos. Quizá habría sido difícil decir qué era más evidente: si Haughty y Cissy confiaban más en la inteligencia o en la indiferencia del otro; o si él aplaudía o pasaba por alto la elevada perfección de la confianza de éstos. Lo que podía atestiguar, a todos los efectos...

\* \* \*

[Aquí hay una laguna en el manuscrito, con la siguiente nota del autor: “Es la seguridad de los otros dos respecto a él lo que queda atestiguado; pero no debo extenderme de ninguna manera



sobre esto o sobre nada más en este punto, sólo poner en boca de Davey alguna respuesta no comprometedora a la pregunta que le ha sido dirigida, que mantenga el misterio o ambigüedad o intriga respecto a Gray, el bigote y todo lo demás, para enlazar con lo que sigue. Lo importante es —así lo recuerdo, y en esencia no hace falta más— que él alega que no se acuerda, que no se fijó; y que por tanto, por raro que parezca, no sabe qué decir. Se me ocurrirá en cuanto ponga manos a la obra. Se ve que Davey juega con ellos”.]

\* \* \*

—Ah, entonces es tan “raro” como yo pensaba... A pesar de la perversa teoría de Haughty según la cual habrá de parecernos lo más soso entre los sosos.

Podría haber sido esa perversa teoría de Haughty lo que Davey se sintió impulsado a contemplar con ojos tan abiertos...; si no hubiera sido porque lo que miraba con tanta atención era la chica.

—¡Qué maravillosa y alegre es usted!

—Sí que es maravillosa y alegre —dijo Horton... y al menos eso sí se oyó con claridad.

—En cuanto a usted, muchacho, no intentaré siquiera decir lo que es —espetó Davey, en respuesta a lo anterior—; pues no acepto que lo que ella ha dicho ser la opinión que a usted le merece Gray arroje la más mínima luz sobre el asunto.

—¿Quiere decir, sobre el juicio que le merece a él el señor Fielder —demandó Cissy con toda seriedad— o sobre la evidentemente horrorosa opinión que le merece a usted su carácter oscuro?

—Haughty sabe que, en mis ratos libres, y mientras haya viento que silbe en ellas, me pierdo en esas oscuridades como si en ellas fuera a vérmelas con las emociones del Fôret de Bondy.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> La expresión *une forêt de Bondy* se aplica a cualquier lugar de mala reputación frecuentado por gente peligrosa o poco recomendable. Se refiere al bosque y pueblo de Bondy, donde fue asesinado Childerico II, rey de Austrasia, nieto de Dagoberto. Este bosque era entonces una madriguera de bandidos. (*N. del T.*)

Bien sabe él que no conozco mayor placer para la imaginación que ese modo de interesarme por él, siempre que tenga tiempo y valor para ello. Con todo, sírvame ahora todo esto para darles prisa –prosiguió Davey– y decir que, por supuesto, he disfrutado de un impresionante cuarto de hora tenido con nuestro afortunado amigo... Del que todo el mundo querrá saber, así que debo reservarme hasta que nos sentemos. Pero lo mejor, después de todo, es para usted, Haughty –añadió–, y mejor que sepa ya que él desea verle a usted en particular. Se alegrará de verle en cuanto...

Pero Horton lo había comprendido perfectamente.

–Por supuesto, mi querido amigo, sé que quiere verme a mí en particular. Desde que llegó no me dejado de decírmelo en sus cartas.

–¡Miserable! ¿Ha tenido cartas suyas –repitió extravagantemente Cissy al instante–, le ha escrito sobre esto y aquello y no me lo ha dicho?

–No me ha escrito sobre esto y aquello –Horton dirigió su respuesta solamente a Davey–, pero me ha escrito con tal confianza y amistad que he estado preguntándome si no debería hacerle una visita esta misma noche.

–Gussy, por supuesto, se complacerá en excusarle por ese motivo –contestó Davey–, aunque yo no le aconsejaría que se lo pregunte, si es que no quiere que ella insista en acompañarle. Vaya solo, sin decir nada, y en la feliz seguridad de hacerle bien.

Fue en Cissy donde Davey, por su parte, fijó su mirada al hablar; y, por lo mismo, al universo mundo, pendiente de ellos desde el seno del abismo, podría haber ido dirigida la franca reacción que articularon los labios de Horton ante las palabras de su anfitrión.

–Por las potencias del universo, habrá que ver el bien que yo puedo hacer...

Sobre este punto Davey Bradham y Cissy Foy intercambiaron por un instante una considerable sonrisa; y quizá fuera la de él lo

que arrancó a la muchacha una nueva expresión del entendimiento que había entre ambos.

—Resulta encantador que eche tanto de menos a Haughty... Y qué bien que Haughty pueda salir corriendo a verle...

A lo que añadió, en otro tono:

—Se sobreentiende, claro, que Rosanna estaba con él.

Ante esto, Davey no hizo sino seguir mostrando su más radiante sonrisa; lo que proporcionó a Horton, tras un instante de dilación, tiempo para contribuir a la mejor comprensión del otro:

—Ella ni siquiera asume, por más que he tratado de hacérselo entender, que, si Rosanna hubiese estado allí, él no podría haber pronunciado mi nombre.

Lo que, sin embargo, no causó en Davey otra reacción que la de manotear en gesto de burla, seguida de una vuelta a su apremio para que llegasen al jardín.

—¡Amigo mío, Rosanna pronuncia su nombre con toda la fuerza de sus pulmones!

Horton, echando hacia atrás la cabeza ante la reconfortante noticia, rompió a reír de gozo.

—¡Buen pretexto, entonces, para que yo pronuncie el suyo! Lo rugiré a los cuatro vientos y todo irá bien. Pero de lo que hablábamos —dijo— era de si Gray me había nombrado a mí.

Miró primero a uno de sus amigos y luego al otro, congregándolos así en el interés de la cuestión que venía después:

—Apuesto lo que sea a que de ninguna de las maneras le menciona mi nombre a la señorita Gaw.

—¿Qué prueba eso? —preguntó Davey, completamente seguro al respecto y abriendo camino entre las rocas.

—Para empezar, cuánto se preocupa por ella —dijo Cissy, que iba justo detrás—. Y, en segundo lugar, que van diez a uno a que Haughty la encuentra allí.

—No me importa lo más mínimo —apencó Horton, para no quedarse atrás—. No me importa más que la diversión, la bendita diversión... —lo que, una vez más, quedó encomendado, ya

alcanzado el borde del acantilado, a los blandos elementos concurrentes.

—¡Oh, el trato que el pobre chico va a soportar de todos nosotros!

A esa cuestión Davey, más bien falto de resuello cuando alcanzaron de nuevo el jardín, con la casa a la vista, no pudo dedicar entonces más que esas palabras ligeras. Más tajante fue al afirmar inmediatamente después ante Cissy que la presencia de Rosanna en la otra casa esa noche era tan improbable como lo fue en el momento de su otra visita, y que, como las enfermeras y demás intrusos parecían haberse dispersado, no habría nadie que interfiriese en el recibimiento que Gray prodigaría a su amigo. La atención con que la chica oyó esto les hizo detenerse una vez más, mientras ella exclamaba, sorprendida:

—¿Quiere decir que no hay nadie allí para velar al muerto...?

Eso atrajo momentáneamente la atención del señor Bradham, mientras Horton, un tanto separado ahora de los otros y dándoles la espalda, parecía, tanto si la pregunta había alcanzado sus oídos como si no, absorto en algo que también le había hecho detenerse y le hacía ahora permanecer parado y bajar los ojos para pensar.

—Bueno, supongo que el sobrino puede considerarse una especie de velador —se vio Davey en el trance de decir con decente vaguedad.

Pero eso contentó a Cissy incluso menos que si la cuestión le hubiese importado de verdad. Aparentó insistir, aunque sin quitar los ojos, mientras tanto, de la pensativa espalda de Haughty:

—Entonces, si está en la habitación, cuando salga a ver a la gente...

La misma caída de la frase parecía expresar la situación en la que el pobre difunto quedaría en tal caso; de la cual, sin embargo, su anfitrión declinó ser responsable.

—No creo que salga a ver a muchos.

—En cualquier caso, a usted sí salió a verle... —la conciencia de

lo que estaba diciendo la contuvo de un modo más que evidente, y lo que le llegó a Horton, a la escasa distancia a la que éste se encontraba, fue, quizá, lo que lo decidió a separarse de los otros sin más y volver solo a la casa—: No puede decirse que tengamos imaginación para vestir estas clases de situaciones. Ni siquiera la debida decencia, ¿verdad? —aventuró Cissy, al observar la retirada de Haughty—. Quisiera imaginarlo en un catafalco, con grandes colgaduras... Quisiera imaginarlo entre altos cirios en medio de la habitación oscurecida, y con turnos de dolientes, hermanas de la caridad y demás, rodeando la ceremonia y pasando las cuentas del rosario.

La amplia paciencia de Davey sufrió un receso.

—La ceremonia, mi querida niña, no es cosa mía, sino de ellos; aunque cuando se entrega usted a esas fantasías sobre “él”, no puedo sino preguntarme a quién se refiere.

—¿A quién...? —preguntó, como si no hubiese entendido la dificultad.

—Sí, al muerto o al vivo.

Habían reanudado la marcha. Horton, con paso más vivo, había desaparecido ya; y ella, antes de contestar, recorrió con la mirada la hermosa fachada del caserón, más pálida ahora a la luz del ocaso, pero con las ventanas superiores encendiéndose aquí y allá con destellos propios de la hora de arreglarse, como elegantes toques de pintura rosa en un rostro maquillado para la noche.

—Me temo que mi preocupación por el muerto sólo se debe a que es el vivo quien reclama mi atención. No quiero que eso lleve a gustarle...

—¿Gustarle? —Davey volvía a perderse—. ¿A qué demonios se refiere?

—A toda esa fealdad y desnudez, a esa pobreza de formas...

Aquí, el otro no pudo contestarle más que con burlas.

—Ni se me había pasado por la cabeza relacionar al difunto con la idea de pobreza.

—El lugar, de cualquier forma, debe de ser espantoso —dijo

ella— y las condiciones, miserables... para que él ande ahí, rondando a solas. Se me ocurre —arriesgó— que si Rosanna no está allí, como usted dice, debería estar... Y que yo, en su lugar, sentiría que lo mínimo que podría hacer es ir a su casa y velar con él.

Lo que, al parecer, encendió en Davey un buen número de luces; que, a pesar de brillar todas al unísono, admitían distinciones.

—Quizá convenga recordar que también ella acaba de sufrir una grave pérdida... Y que debe pensar, antes que nada, en sus obligaciones hacia su propio difunto. En eso pensaba cuando mencionaba usted, hace un rato, la posibilidad de que Haughty la encontrara allí.

—Muy cierto —era costumbre de Cissy, al ser tocada, divertirse jugando con el proyectil—; sí que es extraordinario que estos viejos ricachones abotargados, que alguna vez tuvieron tanta relación, se hayan extinguido casi a la vez. Lo que, en definitiva, viene a suponer —continuó— que el señor Gray quizá esté (es más, debería estar) en la otra casa, dándole a ella sus condolencias. En fin, allá ellos. Lo que de verdad me importa es que él tenga tanto interés como usted dice en ver a Haughty. Me encanta —dijo— que tenga interés en Haughty.

—Me alegro de que eso la satisfaga —respondió Davey—, porque he estado a punto de sugerir que, dado el sentimiento que acaba usted de manifestar hacia su dolor, quizá creyera que debía acudir de inmediato a su lado.

—Eso habría sido una ayuda por su parte... Pero me doy por satisfecha, querido Davey —sonrió—. Todos queremos a Haughty. Pero —añadió, al instante—, queda esta cuestión: ¿dijo el señor Graham, por casualidad, mientras estaba usted allí, una palabra sobre alguien que pudiera ser yo?

—Bueno... La verdad es que no. Nuestra conversación no tomó esos derroteros. Eso me hubiera resultado —Davey tuvo la audacia y la franqueza de añadir— un tanto inesperado.

—Ya veo —correspondió Cissy—. Pero eso es poco, creo, porque

usted no sabe... –era más, en fin, de lo que podía decirle con un suspiro.

–¿Que no sé, a estas alturas, querida, con todo lo que he vivido –aportó él, de todas maneras– lo que una muchacha americana da siempre por supuesto, y de un modo tan sublime?

Ella seguía mirándolo con una intensidad que no era tanto la de la compasión como la de la herida consciente.

–Mi queridísimo Davey, *il n'y a que vous* para no saber, a estas alturas, como usted dice, que es notorio que no tengo nada que ver con la clase de criatura que menciona. Detesto –dijo, con la más genuina gentileza– a las muchachas americanas.

Él siguió mirándola a la cara un poco más, como para abarcar toda su incongruencia; luego emitió, aparte, un suspiro que lo mismo podría haber significado, según ella quisiera entender, que estaba equivocado o que estaba hartado ya.

–Bueno, por supuesto, la honra no responder a ese tipo. Pero –se apresuró a enmendar– todos estamos indeciblemente corrompidos.

–Si eso fuera verdad, bonito panorama el que se le presenta al señor Fielder –espetó prudentemente ella.

–¿Acaso, como juez del caso, afirmaría usted que no lo es?

–Como juez, no sé, pero sí como víctima. No digo que no hagamos todo lo posible por estarlo –añadió–; pero somos todavía tan, tan inocentes...

–Entonces –ofreció Davey–, quizá el señor Fielder nos ayude; si es que, por la escala que utiliza usted, no resulta peor que nosotros.

–Cuanto peor sea, mejor; porque, en mi opinión –dijo ella–, no es posible que no lo sepa...

–¿Quiere decir que no sepa –se asombró blandamente Davey– lo equivocados que estamos por tener razón?

–No hay nada de lo que no sepa más que todos nosotros juntos –dijo ella volviéndose, mientras se marchaba a toda prisa a vestirse.

Horton Vint, tras ser recibido esa noche en casa del difunto señor Betterman, paseó por la habitación a la que fue conducido y esperó allí al amigo de sus años mozos de un modo muy parecido a como vimos a ese mismo amigo esperar en la inminencia de una crisis extraordinaria. Igual de acusada podría ser la sensación de crisis que ahora tenía Horton. Estuvo solo durante unos minutos, durante los cuales cambió de posición y dio vueltas y se permitió vagos y amplios movimientos y miradas vacías a objetos incongruentes—pues el lugar era tan espacioso como densamente provisto—, igual que, ante ese mismo panorama, los nervios y la imaginación de Gray Fielder habían buscado y encontrado consuelo en la hora de mayor inquietud que había vivido hasta entonces. También Haughty—así, al menos, hemos de suponerlo, en bien de nuestro interés— tenía imaginación y nervios, y tenía, a su manera, tanta materia de reflexión como lo que nos hemos permitido atribuir al sobrino del agonizante señor Betterman. Ya nadie agonizaba: todo eso había terminado, o habría de terminar, con el funeral; en cuanto al sobrino, era de suponer que estaba vivo y afrontando las grandiosas consecuencias (incluidos los preparativos para las exequias) con una intensidad que superaba toda experiencia anterior. De hecho, Horton supo asumir el aire de ser consciente de todo esto cuando Gray avanzó hacia él tendiéndole ambas manos. Le fue imposible no percibir la agitación



que embargaba a la joven figura de negro que se le presentaba de ese modo, a pesar de que pronto fue inconfundiblemente invitado a notar que su visita y presencia tenían mucho que ver con esa agitación.

Gray vestía riguroso luto, lo que hacía que su cara pareciera pálida en comparación con el aspecto de la misma que recordaba su amigo; que, más tarde, hemos de mencionar, habría de describirse a Cissy Foy, en tales condiciones (incluyendo la atmósfera de aquella gran habitación palaciega en penumbra), como una especie de “Hamlet feliz”. Pues tan feliz se declaró nuestro muchacho de ver a su visitante; y hasta tal punto, según su propio testimonio, consideraba que lo más interesante que le había acaecido o le había deparado lo que iba de semana era su reencuentro con este personaje y sus correspondientes rasgos de aspecto y tono, que la intensidad de su afirmación forzosamente, y tras no poca demora, hubo de retraerse un tanto ante la insoslayable evidencia de que se reunían casi en presencia de la muerte. ¿Fue Horton el que la sacó a relucir, en un decoroso intento de poner la cara larga o expresar su temor de haber respondido con indebida prisa al mensaje que le llevó Davey? Digamos que pudo ser así, dado que, poco después, fue Horton, y no Gray, quien aparentemente dio en insinuar una timidez sin duda alguna momentánea y determinada por la efusiva bienvenida de su amigo, pero tan incongruente como el hecho de que lo que corría el riesgo de resultar grosero no era tanto su propia actitud y el gozo que traslucía, como estas mismas demostraciones por parte del afortunado heredero del anciano insepulto que aguardaba en algún lugar del piso superior. Lo único que pudo apreciar, al cabo de unos instantes, fue que Gray iba a mostrarse ingenuo, admirable y espléndidamente ingenuo, podría decirse, en su estimación y comparación de los diversos peligros posibles. Pero esa ingenuidad de las personas tremendamente educadas, tremendamente “cultivadas” y cosmopolitas, como Horton las hubiera llamado, especialmente si tales personas eran de naturaleza extra-refinada y ultra-perceptiva, era

cosa bien distinta del crudo candor de las personas del montón; y la consecuencia de tales percepciones y reflexiones, en definitiva, no pudo ser otra que su inmediato reconocimiento de que aquel receptor de “excepcionales ventajas” que ahora se le revelaba en toda su amplitud le mostraba una flexibilidad de énfasis que facilitaba la suspensión de toda observación o juicio. En detrimento de la decencia de Gray, en todos sus matices, no podían actuar más que las dudas suscitadas por los prejuicios de un invitado; de modo que, en cuanto esa incomodidad quedó despejada, en cuanto la agilidad mental de Horton percibió que él y sus tradiciones, sus susceptibilidades, y hasta (por extraño que resultase) sus propias ingenuidades y estupideces estaban siendo superflua-mente pasadas por alto y disculpadas, y que eso, eso sólo, era lo único que importaba, pudo entregarse sin reservas a la alegría, tal como le fue ofrecida, que ambos compartían. Y hasta es posible que le pareciera hermoso que su amigo fuera tan considerada-mente feliz por su causa, que el espíritu de esa alegría pudiera equipararse completamente a cualquier otra sensación digna de ser tenida en cuenta en una estimación basada en demostraciones de esa clase; por lo que haremos notar que un azoramiento conti-nuado hubiera supuesto para nuestro bravo visitante —o, en otras palabras, para las profundidades de su espíritu— una oscura fuen-te de confusión.

Lo que visiblemente ocurrió, por tanto, fue que Graham pri-mero le pareció exultante y luego contrito, a lo que se sumaba la reflexión de que, para no contribuir a la vergüenza subsiguiente, él no debía mostrarse abiertamente cómplice de un júbilo sin matices. Luego, la simple percepción de que su camarada reen-contrado le hacía depositario de una confianza sin límites, en la que podrían haber acompasado sus respiraciones, bien hubiera podido eclipsar todo lo demás si su propia conciencia individual no se hubiese sentido un tanto preocupada, quizá, por la propia intensidad de tanta franqueza. Franco, por no ser menos en gene-rosidad, es lo menos que hubiera querido mostrarse; y, para

demonstrarlo, podemos imaginarlo insistiendo, hasta los más felices extremos y por su propio bien, en aquellos aspectos de la relación mutua cuya acción no arrojaba sombra alguna. En cinco minutos habían recorrido mucho terreno. Aunque sin ir más allá, hemos de decir, del que abarcaba, sin agotarlo, lo que Gray llamó una petición de elemental auxilio humano. Pues la situación en la que estaba era tal, según aseguró a su amigo, que en todos aquellos días no había podido hacer otra cosa que poner ojos de asombro. No es que pensara que el propósito de su tío fuera hacer de él un idiota, pero tal amenazaba ser el efecto práctico del extraordinario proceder de su querido pariente.

—Verás —explicó, expresándolo en un tono casi lastimoso—, al parecer me ha dejado una fortuna monstruosa. Me refiero —ante su gesto, Haughty aún se contuvo un poco— a una cantidad de dinero verdaderamente tremenda.

El tono con el que lo dijo tuvo el efecto de provocar en Haughty un ataque de risa rápidamente reprimido —o limitado, al menos, en su intención, a un decente regocijo.

—¿"Al parecer", amigo mío? ¿Quieres decir que el testamento ofrece alguna ambigüedad?

Gray justificó su pretensión de vaguedad tomándose, sin apartar sus animados ojos de su visitante, unos instantes para sopesar una expresión tan técnica.

—No... Ambigüedad, ninguna. El señor Crick me dice que jamás, en toda su experiencia, ha visto tal cantidad de propiedades despachadas en términos tan escasos, sencillos y claros. Al parecer, se trata de una verdadera obra maestra de testamento.

—¿Qué problema hay entonces? —sonrió Horton—. O, mejor, ¿qué problema tienes? Siendo tan listo, tan inteligente como eres.

—Oh, no, no tengo ni pizca de listo —protestó Gray, bastante exaltado en su seriedad—. No tengo ni chispa de esa inteligencia que entre vosotros pasa por rudimentaria. ¡Qué derroche el vuestro, Haughty —exclamó, dando una nota aún más alta—, qué derroche, qué puro derroche el vuestro!

La belleza del tono con el que lo dijo, la condenada fuerza de su misma claridad, pudo ser lo que hizo que el mismísimo Horton se quedase pasmado por un instante, con un pasmo como el que Gray acababa de atribuir a su propia inteligencia. Se habían sentado ya, obedeciendo a la hospitalidad ofrecida y aceptada; aunque sin servirse nada bebible o fumable, para no profanar la situación. Pero la inquietud latente en la misma había salido ya a relucir, y al cabo de unos instantes quizá no hubiéramos sabido decir quién había forzado a obrar a quién, si el anfitrión al invitado o el invitado al anfitrión. En cualquier caso, con los aires de destacado elemento social que Horton Vint asumía en todas partes, haría falta –sobre todo, si mediaba algún elemento de amplitud espacial o ambiente suntuoso– presentar una actitud abiertamente combativa para dejar las implicaciones de su presencia reducidas a un derecho de segundo orden. Siempre era el amo potencial; o, en términos cuantitativos, el dueño: hasta ese punto podía pensarse, la mayoría de las veces, que era él quien te ofrecía el disfrute de cualquier cosa elegante que le rodease; dependiendo siempre de la escala en que tales cuestiones se plantearan y al más mínimo atisbo de cómo las acusara el otro, que era lo más parecido a ponerse el otro a su nivel. Sin duda, todo aquello nacía de que su relación con las cosas caras dependía en gran medida de su propia apariencia, por más que pudiera decirse que ésta suponía una contravención de esa modernísima ley que dicta que el personaje menos congruente con el esplendor del escenario es el personaje al que le faltan datos...

Daba la impresión, en fin, de que Horton estaba dispuesto a recabar más datos que los que podamos detallar aquí durante los paseos a los que caprichosamente se entregó tras su primera parada y la demostración práctica de las dimensiones del lugar que le proporcionaron las sugerentes evoluciones del propio Gray. Era como si estas hubiesen llegado, en su imperfecta expresión, a donde la emoción del muchacho estaba ya más decididamente a punto de llegar: a la expresión directa de que, si Horton,

por pura amistad (no digamos fidelidad), alardeaba de sus ganas de saber, esta disposición no era nada al lado del saber que aparentemente estaba a punto de empaparlo. Allí estaban los dos, parados brevemente por segunda vez, mientras todo lo bueno del mundo que él pudiera imaginar o desear se ajustaba a la forma radiante de esos preciosos saberes a los que, por pura deferencia, debía someterse. Como motivo de inspiración, baste imaginar con qué agudeza percibiría, durante aquellos minutos, las beneficiosas posibilidades que se le ofrecían; o el refinamiento de placer con que vería cómo la ocasión que se le presentaba vendría investida de la dignidad y gracia con que desinteresadamente consentía en “saber”; ya que, evidentemente, cuanto más cosas supiera –aunque éstas no se refirieran, al parecer, más que al heredero del señor Betterman– con más claridad le parecería todo aquello un camino señalado. Asombroso fue, pues, el escaso margen en el que sintió que la gran ola puesta en marcha por el mudo magnate se le venía encima desde el rostro de Gray, desde la voz de Gray o el contacto de las manos que éste había puesto, en señal de ruego y afirmación, sobre sus hombros; la que luego, al retirarse, al resbalar cálidamente sobre su cuerpo, dejaba al descubierto, bajo una luz más que intensa en medio del panorama despejado, algo parecido a todo su futuro; extraordinariamente parecido, sí, según supo reconocer, después de hacer acopio de firmeza, tras su simultánea convicción, cada vez más profunda, de que estaba haciendo algo más que responder a la necesidad creciente que su amigo tenía de él; que estaba haciendo crecer allí mismo, hasta la exuberancia, bajo las narices de su amigo, todos los valores que se sustentaban en esta necesidad.

–Bueno, no diré que no me alegra que me tomes por algo más que un puro adorno; que me alegro, quiero decir, de que veas algunos campos en los que uno pueda quizá serte útil, además de desearlo. Sólo que habría que advertirte, con toda honradez –prosiguió–, que personas con ganas de ayudarte surgirán a tu alrededor como setas, y que podrás tomar y escoger mejor que un rey

en su trono. Por tanto, muchacho –dijo Haugthy–, no exageres mi modesta valía.

Gray, aunque ya había retirado sus manos de él, aún pudo dirigirle una dura mirada; tan dura, quizá, que, con imaginación, hubiera bastado un instante más para que sintiera que había llegado demasiado hondo. Sin embargo, no llegó a sentirlo, pues lo único que se dijo a continuación fue:

–Lo que quiero de ti, sobre todo, es exactamente que seas tú quien tome y escoja.

Y en esos términos se mantenía el caso cuando Graham añadió:

–Verás: mi problema es la “gente”; les tengo un miedo mortal y, por lo mismo, estoy completamente seguro de que miedo es lo último que tú sentirías. Y si te necesito por mi propio bien, más aún te necesito por el de los otros... Como podrás deducir, te he dado un hueso duro de roer.

–El que seas precisamente tú quien tiene un miedo mortal de la gente –respondió Haugthy– me coge de nuevas, lo confieso. Más bien te recordaba, por el contrario, notablemente y, ¿cómo decíamos entonces?, crítico-analíticamente interesado en los demás.

–Ésa es la cuestión: lo mucho que me interesan. ¿No te das cuenta –preguntó– de que lo que temo es, precisamente, lo que eso complica las cosas?

–¿Y tu temor te lleva a procurar que otro cargue con el muerto? –y Haugthy miró a todos lados como si, después de todo, le apeteciera un cigarrillo. Esa incomodidad, sin embargo, le pasó inadvertida a su amigo.

–Quiero descargar sobre tus benditas espaldas, Vinty, cuanto me permitas. Cuando hayas considerado mi caso más despacio, mis razones te parecerán tan evidentes que estoy convencido de que sabrás ser paciente con ellas.

–¿Crees, entonces, que yo no tengo mis intereses? ¿Quieres decir que tengo una mente tan abierta y un corazón tan duro y

tanta fama de no haber hecho jamás nada útil, ni siquiera por mí, que te parezco la persona apropiada para ahorrarte las dificultades y asegurarte el disfrute?

Tal fue la pregunta que Horton formuló a continuación. Y antes de que Gray pudiera contestar, añadió:

–Verás: mi problema, para mí, es que también yo, por naturaleza, soy una persona excesivamente interesada.

–Sí –encajó Gray–, pero te gusta, lo llevas bien, lo disfrutas inmensamente y ese hecho no te asusta lo más mínimo. Sales airoso del trance sin que te suponga coste alguno.

–¿No te supone nada –Horton se limitó a proseguir– el que tú puedas ser objeto de mi interés?

Los ojos de Gray lo sondearon nuevamente.

–¿De verdad? ¿Y no te aburre? –pero con todas las cosas que, incluso en el peor de los casos, tenía que dar por supuestas, no esperó la respuesta tranquilizadora–. La pena que sentirás por mí te retorcerá el corazón. Me ayudarás por pura compasión.

–Bueno –respondió Horton, sin llegar a contener la natural complacencia de responder–, ¿no sería absurdo por mi parte creer que compadecerte, si es que de eso se trata, no resultará fascinante, por antinatural? Posees todos los dones personales, físicos, materiales y morales; en otras palabras: eres brillante, inmensamente rico, notablemente guapo e increíblemente bueno. Y, sin embargo, insistes en presentar tu situación como capaz de cortar la dura flor de la envidia antes de que florezca. Merecería la pena estudiar qué te pasa para que vengas con ésas... Aunque eso ponga a prueba, por su perversidad o por su estupidez, la filosofía práctica de uno. Cuando te presioné, hace unos minutos, para que me dijeras la razón de que no encarases el futuro con confianza, la razón que adujiste fue tu falta de educación y seso. Pero te ruego que entiendas –añadió Horton– que no tengo tiempo que perder con sofisterías que no sean, como mínimo, verosímiles.

Hizo una pausa, las manos en los bolsillos, la cabeza echada hacia atrás de una manera poco menos que extravagante, para

que su mirada escrutadora pudiera oportunamente parecer que descendía de una altura más bien destinada a poner de manifiesto la comparativamente pequeña estatura de Gray. Los ojos de éste, sin embargo, se mantuvieron despreocupadamente levantados; hasta el punto, en fin, de que, al alargarse este intercambio, la elegante ironía del más corpulento se matizó visiblemente en una curiosidad aún más elegante y más abiertamente amable. El pobre Gray, con la cara crispada y una inquietud sólo a medias controlada, respiraba rápido y fuerte, como obedeciendo a una presión interior; y luego, renunciando a elegir entre lo mucho que había que decir, meneó la cabeza despacio y repetidamente, de un modo que no invitaba a bromas.

—Mi querido muchacho —dijo su amigo, más que impresionado—, te lo tomas muy a pecho.

Lo que hizo que Graham le diera la espalda y anduviese de un lado a otro con indecisa impaciencia, sin dejar de resollar y dudar en busca de otra expresión, y luego se acercara de nuevo, como movido por un impulso ciego, a la gran chimenea, alargase la mano hacia una caja que hacía barruntar la presencia de cigarrillos y, acto seguido, la tendiese sin mediar palabra a su visitante. Los parabienes con los que éste acogió ese acto, y su inmediata apropiación de ese desahogo, fueron también mudos. De paso, antes de que el propio Gray las echara en falta, encontró cerillas y tuvo lumbre dispuesta, de la que también se sirvió nuestro joven, antes de que la petaca volviese a su estante. De nuevo, a un testigo oculto de la escena —que es, por supuesto, lo que ustedes están invitados a ser— podría haberle resultado extraño el intervalo de silencio que la caracterizó durante varios minutos. Horton, verdaderamente conmovido ahora (lo que tuvo las agradables consecuencias que acabamos de ver), permanecía inconfundiblemente atento al anuncio de algo a todas luces más importante que cualquier cosa que su imaginación, incluso en su mejor momento, pudiese proporcionarle; y que, no menos concebiblemente, pertenecería a esa clase de cosas para las que él mismo carecía de seña-



les, reales o posibles. Esperó mientras infligían al lugar, por fin, aquel inevitable y modesto acto de violencia; que fue lo bastante prolongado para hacerle decir, finalmente:

–¿Me das tu palabra de honor de que no te gusta lo que te ha sucedido?

Esto le despejó a Gray el camino de la expresión posible.

–Claro que me gusta; es decir, lo intento. Lo intento día tras día, con todo el esfuerzo que un hombre decente podría dedicar a intentar algo. Y, a pesar de eso, sigo siendo, ¿no lo ves?, un gusano miserable.

–Por Dios, por Dios –dijo Horton, mirándole fijamente–, ¡que necesites llegar a esas honduras para apreciar la situación! ¿Acaso eres de los que se apuntan a una cosa así como quien se apunta a la luz eléctrica o al teléfono, y luego, a mitad de camino, se da cuenta de que no puede afrontar el gasto y necesita la colaboración del vecino?

–¡Eso es, Vinty, y el vecino eres tú! –Gray acogió la analogía con júbilo–. No puedo afrontar el gasto y, sin embargo, ni por un momento he negado que disfrutaría inmensamente con esa comodidad. Quiero –aseveró– que me guste mi suerte. Quiero apuntarme a ella, como usted dice, con todas las capacidades que pueda tener para ello. Quiero creer en mis capacidades, quiero cultivarlas y desarrollarlas, te lo juro. Me he obligado a sentir que, de lo contrario, seré una criatura vil, el más gusano de los gusanos, como te digo, digno solamente de sentir vergüenza. Y ahí es donde entras tú. Me ayudarás a desarrollarme. Quiero decir, a desarrollar mis capacidades –explicó, con asombroso candor.

Horton, no es de extrañar, era ahora la fe en persona; por más que, con ayuda de los cigarrillos, estaba de nuevo a punto de echarse a reír.

–Tus capacidades, ya veo. No tanto tus propiedades.

–Bueno –sopesó Gray–, ¿acaso mis propiedades no valdrán lo que valgan mis capacidades? –hablaba realmente como por el placer de ver con mucha claridad y muy lejos–. Nada serán si no me

gustan; es decir, si no las comprendo, ¿no lo ves?, lo suficiente para hacer que cuenten. Sí, sí, no me malinterpretes –insistió casi febrilmente–: no es que quiera hacerlas valer todo lo que valen, y exprimir las hasta extraer de ellas la última gota de interés, placer o experiencia (llámalo como quieras) que esa riqueza pueda deparar. Sabré mantenerme a su altura, al máximo, con todas las artes y medios y tretas útiles de las que pueda valerme. Ya lo verás. Desafío –continuó, con singular calor– cualquier sospecha o duda. Pero insisto –tuvo que añadir– en que es de ti de quien, esencialmente, dependo más.

Horton lo miró larga y francamente; era más que posible que este receptor de ruegos se sintiera, de momento, tan cohibido ante las diversas exigencias de respuesta como Gray se había mostrado un poco antes. Pero el viento lo mismo podía serle favorable al uno que al otro, y la gran verdad de lo que Horton mejor comprendía quedó manifiesta en cuanto terminó de decir:

–La respuesta a tu queja, mi encantador y pobre amigo, o al menos la respuesta a tu necesidad y apuro y solución, es una esposa con quien casarte cuanto antes. Quiero decir, por supuesto, una que sea digna de cariño. He ahí la ayuda y los recursos que pides, he ahí las fuentes del éxito, en bien de tu fortuna y de toda la experiencia y disfrute de la misma, y que no encontrarás en ninguna otra parte. ¿Acaso no llevas ya la marca del matrimonio? ¿Qué otra cosa son tus observaciones, sino un clamor más o menos inteligente al respecto?

Como ya hemos dicho, la pregunta resultó triunfante en luz y soltura; y, sin embargo, no hizo más que llenar el aire, mientras duró, y desinflarse de inmediato ante el total asentimiento de Gray.

–Sí, ya he pensado en eso... Pero no responde en absoluto a mi caso.

Si entre sus capacidades figuraba la de infligir decepción a su amigo, eso era lo que estaba haciendo ahora.

Horton, sin embargo, no se sofocó.

—¿Quieres decir que no deseas en absoluto una esposa..., aunque no sea más que, digamos, por tus apuros? ¿O para que éstos, en fin, se conviertan en bendiciones?

—Bueno —aquí Gray sí fue rápido y claro—, a ese respecto procuro reprimir, en lo posible, cualquier necesidad *a priori* o puramente teórica. Contemplo la posibilidad de mi matrimonio como efecto; quiero decir que, por alguna razón, no lo veo en absoluto como causa. Causa, esto es —concluyó fácilmente—, de que yo consiga enderezar otros asuntos. Bajo ciertas condiciones, puede que sea el mayor acierto de todos; pero quiero estar seguro de las condiciones.

—La primera de las cuales, a mi entender, es —aquello, por demasiado lógico, no podía quedar sin que Haughty buscase sus correspondencias— que te enamores tan tremendamente que no puedas remediarlo.

Graham se limitó a seguir la discusión. Aquí fue todo inteligencia:

—Enamorarse tremendamente... ¡Así habláis de esas cosas los *grands amoureux*!

—¿De dónde sacas, amigo mío —preguntó Horton—, que yo sea un *grand amoureux*?

Bueno, Gray no tuvo más que consultar los recuerdos de los días juveniles que compartieron. Bajo presión, vino la admisión de que era posible que se hubiese dejado llevar por las apariencias.

—De cualquier modo, las mujeres te perseguían... De ahí mi parecer de que ellas deben de abundar en tu vida.

—Abundan en la vida de cualquier hombre que tenga una puerta o una ventana por la que entrar. Pero hablábamos de ti —dijo Haughty—; más exactamente, de las que tú tendrás que dejar abiertas o cerradas en la inmensa fachada que presentarás a partir de ahora.

Quizá a nuestro joven el otro le pareció más inconsecuente que otra cosa.

—¿Que yo presentaré una fachada inmensa? —a juzgar por el tono de sorpresa, por no llamarlo de otro modo, era la primera vez que Gray caía en la cuenta. Pero Horton apenas vaciló:

—Si no te lo parece, es que tienes extrañas ideas.

—No la veo, ni grande ni chica. Niego —observó— tener fachada. Y, si no la tengo, tampoco he de tener ventanas o puertas.

—Ya las tienes, cincuenta en línea —Haughty no tuvo empacho en afirmar—, y no es que la tengas o no, sino que *eres* una fachada, que se extiende una milla a derecha e izquierda. ¿Cómo no vas a serlo, si no hago otra cosa que pasear de un lado a otro delante de ti?

—Bah, eres tú quien camina de un lado a otro y crea las cosas junto a las que pasa; y, por supuesto, puedes comportarte, si quieres, como uno de esos gigantones de uniforme a la puerta de las tiendas, que indican la entrada o la salida a las clientas... De hecho —prosiguió— no me veo en absoluto como uno de los verdaderamente grandes, de los que pueden anunciarse como tales. Todos vosotros parecéis tan odiosamente ricos que no temo salirme de la norma; incluso me he asegurado fehacientemente de que, en vuestra escala, lo mío es más bien moderado... E incluso si fuera algo más grande —reunió fuerzas— mi modo de acusarlo dependería sólo de mí. Se pueden tener recursos y no ir pregonándolo... Por lo mismo, si uno es decente, no tiene por qué ocupar más sitio del que convenga a su gusto. Que me ahorquen si consiento en ocupar una pulgada más de lo que convenga al mío. Y aunque no esté entre los más forrados, sí tengo medios para pasar inadvertido. Entre nosotros, los adinerados, no todo el mundo es un monstruo en exhibición.

En prueba de lo cual añadió:

—Conozco a personas que no lo son.

Horton prestó a las “personas que conocía” su amigo la misma consideración divertida que a éste.

—Por supuesto, puedes cavar el hoyo más grande jamás cavado (el trabajo de pala es caro, pero a ti no te faltarán recursos) y meter-

te en él y sentarte en el fondo. Sólo que, entonces, la atracción será el hoyo, y nos agolparemos a millares alrededor de su borde.

Gray se detuvo por un instante y bajó los ojos, luego miró a su amigo a la cara como con un ligero esfuerzo.

—¿Conoces a Rosanna Gaw? —y añadió, mientras Horton, por razones propias, no lograba responder inmediatamente—: Ha heredado millones...

—Veintidós y un pico —espetó Haughty—. ¿Y supones que, como la Verdad, está agazapada al fondo de un pozo? —preguntó, aún más divertido.

Gray tuvo un gesto brusco.

—Si hay una persona en el mundo a la que yo no consideraría una fachada...

—¿Que no la consideras una fachada? —le pisó Haughty. Y añadió, como por compasión—: Pobre, pobre amigo mío...

—Ella detesta exhibirse; detesta llamar la atención; detesta toda publicidad —se emocionó Gray.

Horton fue a la chimenea en busca de otro cigarrillo, y hubo algo en la calma con que lo hizo que obligó a su amigo, incluso mientras le procuraba lumbre, a aguardar en silencio sus palabras.

—Es más que eso —esto se dijo en un tono más bien seco—. Detesta cada dólar que posee.

La opinión que Gray tenía al respecto, por firme que pudiera ser, no pudo menos que asombrarse ante esta extravagante afirmación; sin dejar de apreciar, sin embargo, al pensarlo mejor, lo que podía encerrar.

—Entonces, ya que lo mío no es más que una topera, comparado con la montaña que ella posee, con más razón puedo emular su retraimiento.

—¿Lo que tienes es una topera? —se interesó Horton en preguntar.

Gray mostró una sombra de culpabilidad, pero miró a su juez a la cara.

—Bueno... Eso calculo.

Ante esto, el juez perdió la paciencia.

—¿Debo entender, por tanto, que estás empeñado en cultivar la imprecisión y regarla con tus propias lágrimas?

—Sí —el culpable, al menos, fue sincero—. Tú lo has dicho. Y quiero que me lo permitas. Permítemelo.

—Parece más de lo que hace la señorita Gaw.

—Sí —consideró Gray de nuevo—. Ella sí parece saber más o menos lo que tiene, y me dice que ni por asomo puedo aspirar a acercarme.

—¡Muy abrumador por su parte! —rió su amigo—. Hacéis lo que se dice “una buena pareja”, y seguro que os ayudaréis mucho el uno al otro... Y el hecho de que ella lo “deteste” (nosotros lo sabemos todo sobre ese asunto) es justo lo que le proporciona una fachada tan amplia como la del Capitolio de Washington... De modo que tu comparación no vale mucho; aunque confieso que algo sí que ayudaría —prosiguió Horton— si también “pareciera” (son sus palabras) que has formulado una o dos de las preguntas que, presumo, se te habrán ocurrido.

—¿Me preguntas si se las he hecho al señor Crick?

—Pues... sí, si no tienes a otro, y ya que, al parecer, no te has dignado a mirar el testamento.

Ante esto, algo parecido a un rayo de esperanza se encendió en el rostro de Gray:

—¿Te dignarías mirarlo, Vinty?

La pregunta proporcionó un respiro a Horton.

—¿Quieres decir, mirarlo ahora?

—Bueno, cuando quieras. Creo —dijo Gray— que debe de estar en la casa.

—¿Ni siquiera de eso estás seguro? —gimió su compañero.

—Sé que hay dos —dijo nuestro joven, sonrojado—. No dos distintos, sino copias del mismo —explicó—, una de las cuales debe de estar en manos del señor Crick.

—Y la otra —Horton juntó las piezas— es la que te ofreces a enseñarme.

—A no ser que, a no ser que... —y Gray, mirando a su alrededor, recordó—. A no ser que ésa... —con los ojos puestos en los de su amigo, dudaba abiertamente.

—A no ser que ésa se haya perdido —Horton sugirió tiernamente— y no puedas mostrármela, después de todo.

—No, pero puede que esté arriba, arriba... —siguió cavilando Gray—. Estará —cayó en la cuenta entonces— donde es mejor que no lo molestemos de momento.

Ese reconocimiento suyo, sin embargo, fue aparentemente ignorado por los ágiles reflejos de Horton:

—¿Está en la habitación de tu tío?

—En la habitación —asintió Gray— donde yace muerto mientras nosotros charlamos.

El tono en el que lo dijo bastó para imponer una pausa. Y la conformidad de Horton fue tal, y tan inmediata, que, después de callar una vez más, expresó la intensidad de ésta midiendo media habitación con sus pasos.

—No puedo aconsejarte sin los datos que no puedes proporcionarme —dijo, al volver— pero tampoco te invito a ir y revolverlo todo con el difunto de cuerpo presente.

Quizá lo hubiera dicho con la más leve de las ironías; de no ser porque, a estas alturas y entre estos amigos, a la ironía (me refiero a la que iba del más tranquilo, en términos generales, al otro), sometida a un análisis completamente exhaustivo, empezaba a faltarle oxígeno para prosperar en semejante medio. De hecho, es posible que Gray, por lo que dejaron ver sus siguientes palabras, la hubiese juzgado apenas distinguible.

—No hacemos más que hablar y hablar mientras él yace muerto —lo afrontaban con toda la serenidad del mundo—. Pero lo extraordinario es que el hecho de haber logrado sentirme cómodo en esta situación (y, por lo mismo, haber hecho que tú lo estés también) es justo lo que el buen hombre me insistió que hiciera. No tengo ni sombra de duda, y no creo que llegue a tenerla, de no estar haciendo lo que él quería de mí; porque lo que quería de mí —continuó nuestro particular amigo— es... bueno, bastante poco convencional. A él le gustaba que yo fuese esa clase de idiota bienintencionado que has podido comprobar fehacientemente que soy. Le advertí, sincera y apasionadamente le advertí que no valgo, en absoluto, para emplear, cuidar e incluso comprender de la manera más rudimentaria una fortuna; y eso fue justo lo que más pareció decidirle. Me quería carente, hasta el último extremo, no sólo de una mente financiera, sino incluso de cualquier clase de germen, por mínimo que fuera, de sentido monetario... hasta rayar en la incapacidad absoluta, en la alegría (suya o mía) de no saber contar hasta diez con los dedos. Satisfecho de los límites de mi aritmética, murió como un bendito.

Horton aplicó a esto su entendimiento, en su papel de completa lucidez:

—¿No sabes contar hasta diez?



—No del todo —sonrió nuestro joven—. Sin embargo, puede que ahora, con mayor inspiración, llegue al final.

Su invitado puso cara de no entender cómo alguien podía haberlo dudado a esas alturas. Pero no dejaba de ser algo extraordinario.

—¿Y cómo es que tu falta de aritmética no ha redundado en falta de orden? A no ser que me equivoque, y seas de éstos a los que lo mismo les da ocho que ochenta...

—Bueno, yo era más bien de los que no pasan de ocho... ¡A ochenta no llegué jamás! Jamás he tenido la más mínima regla o método; pero es la clase de cosas que uno puede más o menos ocultar... A los demás, claro, no a mí mismo, que siempre me he avergonzado de ello, en vano. El desorden del que soy culpable no ha sido tanto la extravagancia, como uno mucho más innoble: esa frugalidad dispendiosa que no supone ahorro, sino simple abstención, y con la que ni se disfruta de las cosas en sí mismas, ni se disfruta de su horrenda equivalencia en calderilla acumulada. Contar, no he tenido que contar mucho: los dedos de una mano me bastan para mis cuatro o cinco posesiones; y si me han cuadrado las cuentas, no ha sido por no haberme tomado libertades con mis recursos, sino por no tomarme ninguna con mi comprensión de los mismos. Por miedo a contar mal, y por odio al acto mismo del cálculo numérico, y a la humillación de tener que dejarlo a pocos pasos del comienzo, jamás he contado; y eso, ya ves, es lo que me ha salvado. Ése ha sido mi desorden. Que, estarás de acuerdo, es el más penoso de todos.

Horton de nuevo se apartó de él, pero esta vez despacio, no con impaciencia, sino más bien con algo parecido a la preocupación de un copero cuyo recipiente ha sido llenado hasta el borde y debe llevarlo a cierta distancia con mano firme. Este cuidado pudo llevarle uno o dos minutos; al cabo de los cuales, sin embargo, Gray lo vio detenerse, con aparente gesto de admiración, ante un alto *bahut* francés taraceado y con refuerzos de latón; lo que,

al cabo, tuvo el efecto de romper bruscamente el hilo de su conversación.

—Al menos, tienes aquí algunas cosas que disfrutar y que deberías saber conservar; aunque no me refiero tanto —explicó— a este valioso mueble como al interesante objeto encaramado encima.

—Ah, la torre de marfil... Sí, ¿a que es una pieza de primera, merecedora de su bonito nombre?

Vinty, de momento, perseveró en su admiración, poseedor, como podía verse, de suficientes luces para juzgar por sí mismo.

—Parece ser el único tesoro de tu tío, pues todo lo demás es de un nuevo... Y no es tan pequeño —rió—, que no puedas meterte dentro y cerrar la puerta cuando quieras librarte de nosotros. Si es el símbolo de alguna clase de retiro en el que tengas puestos los ojos, te felicito; no sé lo que daría por disponer de una torre de marfil.

—Bueno, no puedo pedirte que compartas la mía —respondió Gray—. Para que la situación tenga sentido, pienso, uno debe permanecer en su torre de marfil a solas. Y debo decir —añadió, tras una duda— que la mía es el único de los objetos que me rodean aquí que no debo a mi tío: ha sido puesto a mi disposición, de la manera más hermosa, por Rosanna Gaw.

—Vaya, eso aumenta el interés; por más que, para asombro nuestro, pudiera sospecharse que da a entender que ésa es la clase de objeto dentro del cual quisiera ella arrojarte. Espero que no sea ése el caso, de todas formas. ¿Así que ella regenta torres de marfil, toda una selecta colección? —continuó alegremente Horton—; es decir, que tiene una fila de ellas, listas para ser ocupadas, y de inquilinos a juego, dispuestos a encaramarse a cada una de ellas y hacer señales a lo largo de la hilera, de remate a remate... Porque —y, apartando la vista de su objeto de contemplación para mirar a todas partes, construyó su imagen como si la clase de objeto representado por ella se hubiese alzado en el aire— acabas de proporcionarme, ya ves, la fórmula misma de esa dama: encaramada en una torre de marfil. Que me cuelguen si eso no es una

insinuación para que tú, sí, tú, te subas a otra igual, supongo que alegando el mismo estímulo que ella ha juzgado suficiente en su caso.

Así fue como, súbitamente más brillante que nunca (en opinión de Graham, como era de suponer), su amigo se detuvo de nuevo cerca de él... Se detuvo poco menos que irradiando inventiva en respuesta a la situación. Y hubiera llamado destacadamente la atención, sobre todo en instantes como éste, cómo el silencio general que había cuajado en torno a ellos alimentaba y hacía crecer cada vez más la delicada flor de la inferencia. Siguiendo muy de cerca a la pareja desde el primer momento y partiendo, quizá, de la idea de que esta forma de inteligencia presentaba su mayor delicadeza en Gray Fielder, a estas alturas uno, me atrevería a decir, hubiera llegado ya, con más o menos resquemor, a paladear sus posibilidades en el otro curioso personaje objeto de nuestra atención. ¿Cómo, si no era forzando al máximo su elástica imaginación, iba Haughty a verse, si no, en el trance de plantear elegantemente cierta cuestión a su compañero?

—Por Dios, ¿caso no te expresas con la mayor claridad respecto a las cosas que estás intentando transmitirme cuando te muestras en esas alturas, tras tu parapeto, limitándote a hacer una graciosa reverencia y a gritar para que se te oiga aquí abajo, en tu puerta, donde yo monto guardia en medio del polvo y la oscuridad? Por fin lo entiendo —con los pulgares en los ojales del chaleco, media su idea, como si la cara de Gray la reflejase cumplidamente—: quieres que yo asuma todas las dificultades por ti, simplemente para poder tú disfrutar de la parte divertida. Y, a la vez, para que las cosas tengan para ti su punto ideal de sencillez, quieres que te haga creer, para tranquilidad de tu conciencia, que la diversión no estará tan entreverada de dificultades como para no poder tomarla, si cumplo mi papel, como venga. Muy inteligente por tu parte —añadió—. Pero lo que no veo por ninguna parte, no sé si me comprendes, es dónde está mi diversión.

—No sé si podré aclarártelo —respondió Gray— sin hacerte

entender primero en qué consiste, en parte, la mía; o, lo que es lo mismo, sin que yo mismo entienda primero, quizá, a qué se parece la mía, por rara que sea.

Su compañero también se mostraba cada vez más dispuesto a aventurar conclusiones divertidas:

—Lo único raro en ti son esas distinciones que, en estas condiciones, y de no ser por mis impertinencias, me causarían escalofríos.

Mientras Horton hablaba, Gray se había acercado al gran *meuble* francés con algún propósito respecto al mismo o a lo que sostenía; lo que los ojos de Horton captaron con justa extrañeza, que repercutió en el tono exagerado de su siguiente observación:

—Con todo, hay afirmaciones que uno no repite constantemente; es tan impropio de mí, pienso, negarte cualquier favor que esté en mi mano hacerte, aunque sea torpemente, que si confías lo suficiente en mí para considerarme el agente de tus placeres, hasta de los menos confesables, me verás sirviéndotelos antes incluso de que puedas arrepentirte, horrorizado.

—Por supuesto, pretendo que cualquier cosa que te pida sea en tu propio y vivísimo interés, por sí misma, independientemente de mi relación con ella. Si lo entiendes de ese modo, tanto mejor —prosiguió Gray, parado ahora ante el *bahut* grande, con ambas manos alzadas y apoyadas en la tapa de mármol. Esto alzó su cara casi a la altura de la base de su encaramado tesoro; con lo que tenía los ojos fijos en la torre de marfil, sin tocarla aún. Se limitó a seguir hablando, aunque con el pensamiento casi dominado, mientras daba voz a lo que le quedaba por decir, por la nueva pre-ocupación:

—Renunciaré a cualquier bien, sea de la clase que sea, que no te suponga algún bien equivalente o, ¿cómo dijiste?, proporcionado. Te ofrezco un porcentaje, si es que se dice así, de cualquier bendito beneficio que venga de ti en forma de sensación de seguridad.

Gray movió entonces las manos, tendiéndolas, en muestra de un aprecio más decantado, hacia cada una de las suaves placas

laterales del alto receptáculo, contra las que frotó un dedo o dos a modo de caricia. Mientras, consecuentemente, le daba la espalda a Horton, su atención estaba dividida entre la que prestaba a éste, cada vez mayor, y la dirigida a esa otra más palpable belleza.

—¿No es como si asegurase mi vida, es decir, mi conciencia moral, y te hiciera beneficiario? O más bien intermediario, tomándote como agente o actuario (¿se dice así?) del seguro, a quien pago una bonita gratificación por la certeza de que, a mi muerte, haya crédito por una suma suficiente para pagar mis deudas y enterrarme.

—¿Que me propones, a mí, una bonita gratificación? Permíteme —rió Horton— que me ponga a dar saltos.

—Sí, y serás tú mismo quien la fije.

Pero Gray estaba ahora completamente apartado, ocupado sólo en abrir las puertas de marfil con dedos ligeros y recorrer luego con éstos, ya en señal de vacilación o para someterlos a un más intenso escrutinio, la fila de cajones que quedó a la vista. Sus dedos descansaron un momento en el más alto; y, sin apenas más demora, lo abrieron, con lo que les fue posible trastear dentro y apoderarse de un artículo que contenía. Con este artículo en la mano volvió la cara y miró a su alrededor, mientras lo volvía del revés y posaba sobre él sus ojos y los dirigía luego hacia su visitante, que reconoció en el objeto una carta abultada, al parecer con las señas debidamente puestas, pero sin franquear y sin abrir aún.

—El “distinguido retiro”, como ve, tiene su inquilino.

—¿El que llamas “su inquilino” es el autor de esas páginas, a todas luces numerosas? A no ser que quieras decir —preguntó Horton— que guardas en fajos lacrados las cartas de amor que te han dirigido, y piensas que ese delicioso receptáculo es el lugar apropiado para guardarlos. ¿Hay un fajo en cada cajón, y los sacas de este modo para recordar, cariñosamente, que los tienes, y que no estaría de más, por mi parte, que me diese por enterado de que me has puesto tus conquistas, y la vieja y delicada fragancia que desprenden, bajo mis narices?

Nuestro joven, ante estas palabras, no hizo sino volver a considerar el curioso objeto de su propiedad, fijándose primero en lo escrito y luego en el sello, grande y firme.

—No tengo ni la menor idea de lo que es, y no me importa decirte que siento tanta curiosidad como repulsión al respecto.

Horton sopesó también esta ambigüedad, pero manteniendo su discreta distancia y no mostrando más interés por hacerse con el objeto que el que su amigo mostraba por entregarlo.

—¿Recuerdas a mí para que te ayude a decidirte en uno u otro sentido?

El pobre Gray, todavía debatiéndose y palpando con los dedos, vaciló largamente.

—No, no creo que quiera decidirme —con lo que se expuso a nuevas críticas—: Lo que me gusta, Vinty, y mucho, es dejarme llevar...

Por un momento, Vinty pareció prestar la atención solicitada a la cuantía indicada, pero sin hacer otra cosa al respecto que lo que supuso su siguiente afirmación:

—¿Por qué sacas a relucir entonces la cuestión? Que, al parecer, tanto me beneficia.

—Porque, en primer lugar, te percataste de su escondite; y, segundo, porque me agrada contarte cosas.

Es más que posible que esto contribuyera a hacer más marcada aún la nota forzada que había en la sonrisa de Vinty.

—¡Pero, hombre del demonio, lo que estás haciendo es justo lo contrario! Llevo media hora aquí contigo y no me has dicho prácticamente nada.

Graham, muy serio, se detuvo un minuto a mirarle con dureza; logrando de paso, al parecer, no tomar sus palabras como un reproche, sino como una información de la máxima relevancia, que dejaba inmediatamente sin efecto cualquier otra cuestión menos importante. Devolvió, pues, el objeto de menor importancia que ahora le ocupaba al cajoncito abierto, lo depositó dentro otra vez, empujó el cajón y cerró las puertas del armarito. Ese acto

zanjaba la cuestión de la carta, pero, según todas las trazas, daba paso a una afirmación todo lo concreta que Horton hubiera podido soñar:

–Es un legado del señor Gaw.

–¿Un legado –se preguntó Horton– en billetes de banco?

–No, es una carta que me dirigió justo antes de su muerte y que me ha sido entregada por su hija, a quien él la confió, y no creo que contenga dinero. Al parecer, por aquel entonces no le cabía la menor duda de que yo venía por el dinero... Aun en el caso contrario, no hubiera tenido el menor motivo para dejarme nada.

El visible interés de Horton no fue óbice para no demorar un tanto su expresión:

–Lo deja a la gran Rosanna.

Ante esto, Graham abrió mucho los ojos, y luego se sonrojó cuando afloró el mayor de todos los sentidos que aquello pudiera tener.

–¿Supones, quizá, que expresa un deseo...? –Y añadió, al callarse Horton lo que suponía–: ¿El deseo de que me anime a pedirle la mano a su hija?

–¿No se te había ocurrido antes? –preguntó Horton–, ¿y no deduces el alcance de la invitación del hecho de haber recibido el documento de manos de Rosanna? ¡Mi extraordinario amigo –continuó alegremente–, no dejas de darme todas las oportunidades de “ayudarte” que yo pudiera desear!

Graham, a pesar de lo atinado de la ocurrencia, apenas se tomó un instante para pensar:

–Sé, por la misma señorita Gaw, que ella no tiene la menor idea de lo que contiene la carta, como tampoco tiene el menor deseo de que la abra en estos momentos.

–Bueno, ¿no te parece que esa actitud suya apunta, más bien, a una sospecha? –fue la aguda réplica de su invitado–. Realmente, lo último que cabría esperar de ella en un caso así es que pareciera que deseaba guiar tu mano. Pues eso vuelve su posición (con exquisita piedad filial, ya ve) extraordinariamente delicada.

Gray puso cara de pensar que no podía afectarle ningún ejercicio de sofistería, por rápido o por encantador que pudiera ser.

—¿Por qué iba a desear el señor Gaw que yo me casara con su hija?

Horton de nuevo se tomó su tiempo para responder.

—¿Y por qué tienes miedo de cerciorarte de sus intenciones, tanto que ni siquiera te atreves a echarle una miradita a lo que ha escrito?

—¿Miedo? ¿Miedo yo? —Gray habló con cierto evidente deje esperanzado, como si incluso eso fuese mejor que dejarse llevar.

—Bueno, acabas de encarar el asunto en cuestión como si fuera algún bicho peligroso, de los que muerden o arañan, y del que no pudieras fiarte.

—Sin embargo, fíjate en lo cerca que lo tengo.

—Sí, dentro de una jaula, para la que supongo que tienes llave.

—Sí que la tengo, una preciosa llavecita dorada —con lo que cambió de tercio; sin dejar de exponerse a nuevas críticas, al afirmar—: Le profesaba un odio terrible.

Horton aparentó extrañarse:

—¿Tu tío odiaba al viejo Gaw?

—No, no creo que se tomase la molestia. Hablo de lo que sentía el propio señor Gaw. Le tenía una antipatía mortal a su viejo socio, al hombre que yace muerto en el piso de arriba... Y yo, a pesar de la consideración que le debo a mi tío, guardo ese memorial de agravios.

—¿Cómo sabe que lo odiaba —preguntó Horton—, o que su carta es un memorial de agravios, sin haberla leído?

—Bueno, no es que lo crea; quiero decir, que no creo que pueda ser otra cosa. De qué, si no, iba a escribirme —añadió—. Tengo mi propia impresión.

—¿Del viejo Gaw? ¿Lo vio, entonces?

—Lo vi ahí afuera, en ese porche, donde rondaba de la manera más extraordinaria unas horas antes de su muerte. Fueron



sólo unos minutos –dijo Gray–, pero fueron minutos que jamás olvidaré.

El interés de Horton, sin dejar de ser intensísimo, no estaba exento de perplejidad.

–¿Quieres decir que fue capaz de expresarle un sentimiento así en un momento como aquél?

–En tres minutos me expresó, y sin palabras (a las que, al parecer, no podía encomendarse), tantas cosas como las que, en otra circunstancia o respecto a otra cuestión, hubieran requerido, de él o de cualquier otro, tres meses para ser expresadas. Si lo tratase alguna vez –prosiguió Gray–, quizá lo comprendas.

–Lo veía con frecuencia... Y, quizá, de verme en tu lugar, lo hubiera comprendido. Jamás oí que lo acusaran de hacer que la gente reaccionara de otro modo. Pero ¿sostienes –dijo Horton– que seguramente habrá dejado testimonios más tangibles de esa revelación mística?

–La escribió antes de verme; y la escribió ante la mera posibilidad de que yo fuera una persona propensa a sentirme afectado por ella; y, después de verme, ni destruyó ni retiró su mensaje, sino que insistió en su deseo de que me fuera puntualmente entregado.

–De lo que resulta evidente –Horton concluyó– que le diste la impresión de ser justo esa clase de persona.

–A mi entender, me vio capaz de prestar atención a lo que me tenía reservado –Gray, evidentemente, había hablado lo suficiente para mostrar su dominio del caso–. Esa clase de persona le parecí... Aunque, te lo aseguro, sin yo desearlo en absoluto.

–¿Crees entonces que él pensaba que podría causarte alguna clase de sobresalto atacando el comportamiento de tu tío?

La pregunta de Horton era especialmente directa.

–Lo que creo es que, con sobresalto o no, el ataque se ha efectuado, y que lo que tengo guardado en mi armario, sin examinar, no puede ser más que la prueba.

Eso dio a Horton mucho que pensar.

—Esa convicción tuya resulta de lo más extraordinaria. ¿Debo entender que esa cosa te fue entregada por tu amiga sabiendo ésta lo que contenía?

—Por favor —espetó Gray—, no saques conclusiones odiosas o imposibles. Ella no hizo más que cumplir un deseo expresado por su padre en su lecho de muerte, y ni siquiera me ha sugerido que rompa el ominoso sello. De hecho —se dijo— pienso que ella más bien prefiere que no lo haga.

—Y eso —observó Horton— no hace, por supuesto, más que aumentar tu curiosidad...

La mirada de Gray reveló, ante esto, un interés aún más específico hacia el interés del otro.

—Ya ves lo limitada que es esa pasión en mí.

—Mi querido amigo, he visto las limitaciones de muchas cosas, y más grandes que ese secretito que ocultas bajo el pulgar. ¿Me permites preguntarte —arriesgó— si lo que te disuade de pasar a la acción (y por acción me refiero a abrir la carta) es solamente el temor al efecto pretendido por ese buen caballero? ¿Te sientes expuesto, por tu carácter o por cualquier presunción que abrigase Gaw, a dar crédito, hablando vulgarmente, a cualquier acusación o acusaciones que éste pueda alegar?

Gray, según dejaron ver sus grandes ojos oscuros, sopesó la pregunta en su más precisa balanza de platero.

—Ni mi carácter, bendito sea, ni toda la fuerza que pueda tener cualquier presunción contraria, impiden que mi tío me haya parecido, en su prodigioso final, la persona más encantadora que he conocido en mi vida. Vaya, me pareció un impresionante dechado de virtudes.

—Confieso que no veo —dijo Horton— cómo un pariente que se ha portado de ese modo puede dejar de ganarse el aprecio ajeno... Si estás tan convencido, ¿cómo es que no te arriesgas a echar un vistazo?

Por un momento, Gray no supo qué decir. Hizo todo lo posible por averiguarlo.

—Porque todo eso resultaría demasiado horrible. Quiero decir que la sola cuestión lo es, como lo es el hecho de que estemos aquí discutiéndola, en estos momentos.

—Nada —opinó Horton— es tan horrible como para hacernos temblar si se hace pedazos contra el suelo al dejarlo caer. Lo que hay que juzgar es la pertinencia del documento. Y no tendría ninguna si no le das crédito.

Gray tomó aquello en consideración, sin dejar de diferir.

—Sí, incluso hallarlo meramente vil y vengativo, y tomarlo por falso, sería una experiencia odiosa.

—Entonces, ¿por qué demonios no lo destruyes, sin más? —inquirió Horton finalmente, con cierta impaciencia.

Gray dio a entender que quizá apenas tenía un porqué, pero sí una respuesta, y de las brillantes:

—Eso es justo a lo que quiero que me ayudes. Que me ayudes, en fin —explicó—, en cuanto nos hayamos tomado un tiempo para decidir.

—¿Un tiempo? —se asombró Horton—, ¿cuánto?

—Bueno, el suficiente para que me sienta seguro de no actuar por miedo. No quiero —siguió, a modo de nueva ilustración del placer, que llegaba a ser embriagador, que le proporcionaba sentir que la comprensión de su compañero, y la paciencia que la sustentaba, no conocía límites, por más que Horton tratara de desmentirlo a ratos y por diversión, añadiendo amplitud al favor prestado—, no quiero actuar por miedo a nada ni a nadie. Me dije en casa hace tres semanas o así que no era eso lo que venía a buscar; y me propongo, por tanto, como ves, saber en la medida de lo posible dónde tengo los pies y a qué me expongo; al menos, desde el punto de vista moral, si no del financiero.

Ante esto, su amigo se limitó a mirarlo otra vez con aire desesperadamente divertido.

—Confieso que no veo cómo vas a saber dónde estás si no haces por averiguarlo.

—Bueno, el solo hecho de recibir propiedades parece prome-

terme información, y para comprender la lección habré de tomarme un tiempo. Lo que quiero –alegó sutilmente– es no actuar más que bajo esa luz.

–¿A la luz del tiempo? Entonces, ¿por qué comienzas desperdiciándolo de manera tan extraña?

–Porque pienso que es la única manera que tengo de no desperdiciar comprensión. No temas –prosiguió, moviéndose como al dictado de los movimientos de Horton, que habían llevado al interpelado unos pasos más cerca del precioso receptáculo–, no voy a cometer la extravagancia de desperdiciarte a ti.

Horton se detuvo y, desde su posición, levantó los ojos hacia la torre de marfil. Aunque, como Gray se había situado en medio de la línea que conducía a ella, en el camino no pudo por menos que captar la mirada del otro y hacerle frente.

–Lo que realmente deseas de mí, está claro, es que contribuya a tus vacilaciones y titubeos; o, en otras palabras, a prolongar esta situación de lo más absurda; y lo que debería hacer, si me crees capaz, es quitarte esa cosa de las manos y ocuparme yo mismo de ella.

–¿Y qué quieres decir con “ocuparte tú mismo de ella”?

–¿Cómo? Destruirla sin que la hayamos leído ninguno de los dos... No me llevaría ni dos segundos –dijo Horton, mirando a su alrededor–, ahora mismo, si hubiera un fuego en esa chimenea. De todos modos, está vacía y tenemos cerillas: déjame echarla dentro y disfrutemos juntos la llama.

–No, mi querido amigo, no lo hagas –repitió Gray, más en tono de solicitar indulgencia que como desafío, pero retrocediendo instintivamente unos pasos para defender su tesoro.

Su compañero, por un instante, contempló el armarito como si especulara con el alcance de un brazo de extraordinaria envergadura.

–¿Estás decidido a aferrarte a esa cosa infernal?

–Déjame a solas con ella –espetó Gray, sin demora– y verás cómo me aferro a ella hasta ahogarla.

Sin embargo, Horton, desde su posición, se tomó un momento para reflexionar.

–Creía que lo que deseabas de mí era justamente que no te dejara solo, sino, por el contrario, que te dedicara toda mi atención.

–Bueno –Gray logró encontrar la respuesta adecuada–, me parece que sabrás ver que toda tu atención consistirá, a veces, en no ocuparte de mí en absoluto.

A lo largo de todo el minuto siguiente, Horton actuó como si se hubiera dado por enterado. El gran reloj de la repisa de la chimenea daba la impresión de haberse parado a la vez que la vida de su difunto propietario; así que miró su propio reloj y se sobresaltó por haber estado hablando hasta tan tarde. Extendió sus manos para dar las buenas noches y el apretón que siguió los mantuvo unidos a los dos durante un minuto, en silencio. Hubo entonces algo en su percepción de la escena que le indujo a romperlo con un apasionamiento que hasta entonces no había sentido:

–Sí, verdaderamente eres asombroso. Quiero decir, por poner tu confianza en otro. Pues te doy mi palabra de que no sabes absolutamente nada de mí.

–Eso es justo lo que quiero decir –señaló Gray– cuando me quejo de mi ignorancia de tantas cosas importantes y, como es natural, quiero corregirla.

–¿Natural? –se ensombreció el visitante.

–Bueno, de ti sé una cosa: que, cuando estuvimos con el viejo Roulet en Neuchâtel e hicimos nuestra gira estival, nos extraviáramos en un promontorio, en el Oberland, donde fui lo bastante burro para resbalar hasta un trozo de saliente que daba vértigo y quedarme colgado, inerme, en el vacío, incapaz de volver atrás, horrorizado de quedarme allí y más horrorizado aún de no hacerlo. Entonces tú, a riesgo de tu vida, te acercaste a mí lo suficiente para bajarme la soga que por suerte llevábamos con nosotros, y eso me permitió valerme de mis propias fuerzas en cuanto

logré pasarla por debajo de mis brazos. Contribuiste a mi esfuerzo desde arriba, desde una posición que sólo alguien con tu capacidad para ver el lado bueno de las cosas hubiera considerado segura, y desde donde tiraste y aguantaste y me sujetaste de tal manera que, a pesar de que estabas casi tan expuesto como yo, poco a poco trepé y gateé, animado por la absoluta confianza que tenía en ti, y llegué a donde estabas.

—Desde donde —dijo Horton, a quien esta reminiscencia había mantenido gravemente atento— fuiste tú quien me ayudó de tal modo, recuerdo (aunque por mi vida que no logro imaginar cómo), que se volvieron las tornas y, de no ser por ti, yo no hubiera logrado salir de mi asidero. —Cortó en seco, sin embargo, y permaneció un instante con la mirada gacha—: No es agradable de recordar.

—No sería agradable olvidarlo —juzgó Gray—. Diste pruebas de una extraordinaria sangre fría.

Horton todavía tenía los ojos puestos en el suelo.

—No perdimos la cabeza. Admito que eso dice algo en nuestro favor.

—Si quieres decir que fuimos unánimes en eso de no perder la cabeza, tú hiciste más por salvar la mía —afirmó Gray— que yo la tuya. No tendría cabeza hoy si no te hubieses preocupado por mi futuro, por lo mismo que no tendría corazón, permíteme que lo diga, si no me acordase ahora de tu comportamiento pasado. Considero que el conocimiento de ese solo hecho basta para que la estima que te tengo alcance tales extremos que mi curiosidad, incluso en sus más exasperadas manifestaciones, puede descansar en un lecho de rosas. Sin embargo, es mi imaginación —prosiguió Gray, aún más inspirado— la que insiste en sacar conclusiones... ¿Cómo, si no, podría evitar recordar el ritmo con el que lo hizo entonces? Ni siquiera esperé a que me salvaras la vida para crearle un personaje. Si entonces te tomé por uno de los más grandes, y si ahora, ante ti, veo mejor que nunca las razones, ¿no significa eso que jamás he dejado de pensar en ti?

–Bueno, si yo hubiera dejado de pensar en ti –dijo Horton, afrontando una vez más los hechos– nuestra interesantísima conversación hubiera bastado para colmar el vacío. Lo menos que puedo pensar de ti, ya sea para protegerte o en mi propio beneficio, es que eres insensatamente romántico.

–¡Romántico, sí –sonrió Gray–, pero de la manera más sistemática!

–En el sistema reside tu locura. ¿Cómo puedes no ver que no soy más que un completo fracasado, sin el menor éxito ni logro en su haber? Reconócelo: no tienes ni un solo indicio de que yo no sea más que un burro atrevido.

Gray, por más que hizo por disimularlo, aceptó la advertencia con la admiración con la que podría haber contemplado un espléndido salto mortal o un elegante truco con naipes: es decir, incurriendo en algún que otro evidente avance hacia el objeto de su atención, pero retrocediendo luego a un terreno más firme.

–Mi razón es igual a mi romanticismo. Quiero decir que cuando más razonable, determinado, lúcido y capaz soy (¡si es que puede decirse que lo sea en algún momento!) es cuando soy todo lo romántico que puedo. Lo soy de un modo metódico y coherente, y afirmo que eso es lo que más contribuye a mi seguridad y tranquilidad en cualquier asunto que me concierna. Ya ves que puedes llevarme atado de una cuerda, siempre que me la ates al dedo apropiado; que encontrarás, si te tomas la molestia, a fuerza de descartar los equivocados, todos aquellos donde la atadura no “va”.

Tomó aire, para dar tiempo a que su amigo apreciase la imagen, pero otro aspecto requirió inmediatamente su atención:

–¿Cómo te atreves a insinuar que, en estos pagos, pasas por ser lo más remotamente parecido a una persona insignificante? ¿Cómo te atreves a insinuar que no eres tan inteligente como el que más, y con la clase de inteligencia que realmente vale? Porque sé que las hay odiosas: y la tuya es de las que compensan la estupidez de las otras, y no de las que se apoyan en ella.

—Te responderé esas preguntas —dijo Horton, bienhumorado— en cuanto me digas cómo has llegado a las asombrosas razones en las que las fundamentas. Hasta que no lo hagas, te tendré en cuenta este torrente de insultos. ¡Sí que es patética la criatura que pretendes pintar!

—Bueno, no eres más que una figura en toda la extensión de la palabra, lo que yo entiendo por tal...; para verlo, no hay más que mirar, y para dejar de extraer las debidas conclusiones habría que dejar de hacerlo... Uno puede entender que un prejuicio no suponga nada —se explayó—, porque un prejuicio puede, o debe, digámoslo así, bastarse a sí mismo; pero uno no puede ignorar una relación... Me refiero a una de la que seamos parte, porque una relación es exactamente un hecho de reciprocidad. Nuestra reciprocidad, que existe, y que me convierte en parte de ella porque existe en beneficio mío, igual que te convierte a ti en otra por existir en beneficio tuyo, forzosamente te hace “figurar” en mi vida, ¿no lo ves?, con una intensidad digna de la mayor admiración. Y simplemente me niego —concluyó nuestro joven— a no creer cosas tremendas de cualquier persona sujeta a una relación conmigo.

—¿Sujeta? —repitió Vinty, en un tono que mostraba con cuánta inteligencia lo había seguido—. Esa condición, me temo —sonrió— reducirá no poco tus posibilidades generales de relación.

Y añadió, como si hubieran estado hablando por hablar y aún quedase un tema por tocar:

—En este país es fácil llegar a ser una figura (sea lo que sea lo que entiendas por tal); y si yo respondo a tu idea del fenómeno, tendrás mucho que hacer (no ya por mi humilde persona, sino por tu propia tranquilidad) para que tu bendita imaginación se ajuste a los hechos. Me declaras todo un personaje (lo que, como todo aquí, es decir menos que en cualquier otra parte, y con menos sentido); pero ¿qué pruebas tienes, por mínimas que sean, de que yo haya sido alguna vez, por algún motivo, merecedor de la confianza de una sola criatura que puedas nombrar?



—¿Confianza? —Gray miró la punta roja del cigarrillo que sostenía entre sus dedos.

—¡Confianza, confianza, confianza!

La respuesta no llevó mucho tiempo.

—¿Qué otra cosa, sino confianza, es que personas como los Bradham y otros de aquí, según él, te reciban con los brazos abiertos?

—¡“Personas como los Bradham y otros de aquí”! —por esa flor, Horton le dirigió una sonrisa resplandeciente—. ¡Vaya autoridades y vaya “figuras”, vaya recomendaciones, vaya perfecciones y vaya pruebas! ¡Oh —dijo—, sí que me voy a divertir contigo!

—Me proporcionas las pruebas que necesito en el acto mismo de exigírmelas. ¿Qué mejor prueba de tu situación y carácter que tu dominio, para lo que gustes, de ese preciso terreno, de un plato como ése, del que yo pueda servirme? El señor Bradham, como sabes —continuó Gray—, tuvo esta mañana la bondad de hacerme una visita, y para exponerme tus méritos (pues no hicimos otra cosa que hablar bien de ti) me dijo que, a su juicio, sabes moverte en ese terreno mejor que la suma de todos los que también saben hacerlo.

Horton sonrió, fumó, se metió las manos en los bolsillos.

—¡El bueno de Davey!

—Sí —dijo Gray, en consonancia—, un buen ejemplar, y sabio. Me resulta muy embarazoso tener que mencionar, como si vinieras a solicitar un puesto, que he obtenido buenas referencias tuyas. Pero, ya que insistes, me aseguró que no puedo contar con mejor amigo.

—Bueno, es un viejo de lo más desconsiderado y debería avergonzarse... Lo que quiere decir —añadió— es que, aunque he sido huésped de esa casa repetidamente, no han echado de menos ninguna cuchara, que ellos sepan. La verdad es que, aunque las hubieran echado de menos, el pobre Davey no lo sabría.

—¿Es que no se preocupa por sus cucharas? —preguntó Gray en un tono que hizo que su amigo se volviera bruscamente y se ale-

jera. Dio a entender que había notado lo inesperado del movimiento, pero, como lo que pretendía era provocar reacciones inesperadas, aquello no hizo más que contribuir claramente a levantarle el ánimo.

—Bueno, tendré que cuidar mis propios cubiertos... Y, ya que no he sido advertido por los Bradham y me veo dueño de esa clase de objetos en un número mucho mayor que antes, ¿qué puedo hacer sino persistir en mi idea de pedirte que lleves conmigo la cuenta, como te venga bien?

Tras lo cual, como el movimiento de Horton lo había llevado al otro extremo de la habitación, donde el mismo impulso lo retuvo un tanto, Gray esperó su vuelta sin quitarle los ojos de encima y, por lo mismo, se sintió movido a una forma de presión mayor aún:

—¿Cómo pretendes que me trague que no debe de ser prodigioso el número de mujeres que confían en ti?

Prodigioso fue el encogimiento de hombros con que reaccionó Haughty.

—¿De qué sirve la confianza de las mujeres, por prodigioso que sea su número? Jamás confían en lo mejor de un hombre, sino justo en lo peor, en lo más irrelevante bajo cualquier punto de vista, o para cualquiera que no sea una de ellas. La confianza que otorgan —amplió— se refiere sólo al efecto de sus propias acciones, o a aquéllas de las que son objeto... No proporciona luz a los otros amigos o enemigos del hombre: no demuestra nada sobre él, salvo a ese particular respecto, independiente de todo lo demás. Así que, por favor, no me odies ni estimes por lo que pueda decirte ninguna mujer.

Con esto, la mano de Horton renovó y enfatizó su propuesta de buenas noches; a la que su anfitrión accedió con el comentario:

—¿Qué precauciones tan superfluas tomas!

—¿Por qué las llamas superfluas —preguntó, a modo de respuesta— cuando eres tú el que ha estado tomándolas todo el tiem-

po? En bien, quiero decir, de tu intención de persuadirme de que no sabes valerte por ti mismo...

—Mi intención no era hacerte ver mi estupidez para la vida..., que es a lo que acabas de referirte. Pretendía hacerte ver mi estupidez para los negocios —dijo Gray mientras atravesaban, por fin, el gran salón en penumbra, en dirección a la puerta de la casa, que seguía abierta a la templada noche estival, bajo la justa protección de las extensiones circundantes.

—¿Acaso los negocios no son vida? —procuró saber Vinty, en la cima de la escalinata.

—Seguro que harás que me dé cuenta de hasta qué punto... Lo que me hará mucho bien. Sólo que la vida no es negocio, he ahí mi sutil distinción —continuó Gray.

—No estoy seguro, no estoy seguro —dijo Horton mientras miraba las estrellas.

—Demonio, yo sí —declaró felizmente Gray; a lo que añadió—: Lo que te hace dudar, ya ves, es mi estupidez.

—Bueno, ¿acaso no es eso lo mejor que tienes, mi sabio amigo? —y el visitante partió y se perdió en las sombras de los arbustos.

## LIBRO CUARTO

### 1

Una y otra vez, durante las dos semanas que siguieron a la muerte de su tío, presente y futuro se le presentaron a nuestro joven como un extraordinario cheque en blanco firmado por el señor Betterman, y que, desde el momento en que lo aceptó, había de rellenar, según su parecer, su valor y su fe, con cifras monstruosas, fantásticas, casi cabalísticas, en las que le parecía que nunca llegaría a creer. Y lo prodigioso no era tanto el que, en diversas instituciones neoyorquinas, hubiera extraños depósitos de dinero en cantidades que, como macizos montañosos familiares, parecían comenzar en el horizonte azul y cernirse sobre él, haciéndose más y más grandes según se acercaba él o se acercaban ellas, hasta casi venírsele encima con su violáceo poder de satisfacer cualquier orden de pago contra ellas; no era el tono, el clímax de sequedad de aquel hombre seco entre los más secos, el señor Crick, cuya respuesta a toda estimación concreta de crédito era siempre: “Bueno, creo que lo he arreglado para que encuentre usted algo ahí”... Cosas así, por supuesto, eran ya por sí solas de cuento de hadas, y mientras duraron, por mil motivos pusieron dulcemente a prueba su credulidad. Pero fueron también, en comparación con otras que hubo, una fase más bien vulgar de la experiencia, a la que la repetición tendía a embotar.

El verdadero y abrumador sentido de su aventura no residía tanto en el hecho de que, en cuanto balbuceaba la palabra “dóla-

res”, éstos venían, sino en aquellas vastas y vagas cantidades, esas interminables sendas de su propia estimación, a la que la prodigiosa perversidad de su pariente había impuesto la apariencia de un capital ilimitado, que él había de explorar. La confianza del difunto en que él tendría un carácter que se crecería bajo una presión mayor que la que jamás soñó sufrir, y la consiguiente libertad desolada que tenía para descifrar el misterio de los refinamientos o las groseras ingenuidades de intención y motivo que mejor le convinieran: a eso y no a otra cosa se reducía aquella ingente, indefinida y divisible suma que ascendía a millones, y en relación a la cual sólo aquella firma, cuyos caracteres se le presentaban con la mayor nitidez dondequiera que pusiera su pensamiento, era lo bastante “buena” para reducir cualquier otra marca casual que la naturaleza o el arte pudieran producir a la condición de borrón despreciable. Y la “falta de color” del señor Crick (como Gray calificó la idiosincrasia de este caballero desde el momento en que vio que aquello sería su único punto de contacto) pasó a ser, por aquella extrema rareza y claridad con la que no pudo por menos que impresionarle, la más vistosa piedra preciosa (pongamos, un rubí o un topacio) que la frente lisa de éste iba a hacer relumbrar, de momento, ante sus ojos.

Cómo no considerar “seco”, en fin, a quien llegó de Nueva York, sin otro séquito que un escribiente con sombrero de paja, pocas horas antes de la última de su tío, y se encomendó a la señorita Mumby para ser meramente presentado a Gray como abogado del señor Betterman. Así habían de quedar registrados esos formulismos superfluos y desnudos en una mente agobiada por la costumbre de que las consecuencias fueran siempre cosas de mucho bulto... Aun así, Gray aprendió pronto que esa clase de sequedad podía tomarse a puñados, como si fuese arena del Sahara, para encontrar en ella, a la más mínima exposición a la luz, el resplandor conjunto de miríadas de finísimas partículas. De esa sustancia del desierto que resplandecía monótonamente bajo el más mínimo esfuerzo por cavar en ella estaba lleno el abismo de

eficiencia funcional que había en el señor Crick. Y esa eficiencia sobre lo que había de hacerse respondía tan evidentemente bien a todas las exigencias que pudiera plantear la sutileza de nuestro joven, que el resultado, para él, no podía ser otro que un par de días de dudas respecto a los aires que le convenía procurar asumir. Se veía, en tal coyuntura, como el dueño de un jardín recién comprado que se pasease con su jardinero e intentase combinar, en presencia de abundantes plantas y una vasta gama de naturaleza exuberante, el conocimiento gradual de los nombres y propiedades y procesos con el apropiado disimulo de su evidente condición de petimetre urbano. Ni por asomo alcanzaba el jardinero a imaginar que iba a ser testigo de semejante indigencia mental: tales descosidos en el traje de la sabiduría debían de parecerle, en el peor de los casos, mera languidez de propietario, descortésías del hartazgo; por lo que aquella curiosidad tardía no podía encontrar, por tanto, ningún atajo efectivo a través de aquel cúmulo de cosas tradicionalmente dadas por sabidas. Las dudas de Gray sólo cesaron cuando decidió que no podía despreocuparse, hasta cierto punto, de lo que el señor Crick pudiera pensar de él. Se preocuparía de lo que pudieran pensar otros... Eso sí pareció quedarle claro, después de muchas inquietudes. Y alcanzó a comprender que se preocuparía tremendamente de lo que pensara Rosanna Gaw, de lo que pensara Horton Vint... Incluso –se le ocurrió– de lo que pensara Davey Bradham. Pero ante el señor Crick, que insistía en no tener más identidad personal que el conductor de un ómnibus que se para ante uno justo lo suficiente para picar un trozo de cartulina con unas tenacillas de acero, la cuestión de si tenía carácter que conservar o que perder se volvía irrelevante; sobre todo porque, fuese cual fuese el resultado, éste quizá seguiría siendo para él lo menos susceptible de expresión que hubiera sucedido jamás en el mundo.

El efecto que pudiera causar en las personas mencionadas, posiblemente extensible a los grupos de los que éstos eran miembros, lo sería por contar con alguna clase de expresión y ser reci-

bido como tal: ¿en qué otro momento de su vida la “expresión” había sido para él como el aire que lo envolvía, cuándo había dependido tanto de su ayuda como en aquella estremecedora hora nocturna recién pasada con su, entre otras cosas, querido y cariñoso Vinty, el enredador aparentemente enredado? No es que el señor Crick (cuyo análogo encontraba cada vez que tenía que comprar un billete para los transportes públicos y las personas a quienes lo abonaba, aunque tal vez no se pareciesen entre ellas en sus rasgos particulares, de algún modo venían todas a converger en este prototipo) no fuera más que propicio a la conversación, sino que, cuanto más conversaba, menos averiguaba Gray lo que el tal pensaba, no sólo del heredero del señor Betterman, sino de cualquier otro asunto que abordaran. Aquel caballero (que, según imaginaba Gray, hubiera representado a los albaceas del testamento de su tío si ese precioso documento no hubiera prescindido aparentemente de toda superfluidad) sabía enunciar un hecho si se le requería bruscamente a hacerlo, y dotarlo, como tal, de la mayor amplitud posible; y esto, añadimos, no porque fuese prolijo o murmurador, sino porque los hechos con los que estaba familiarizado, los únicos que uno soñaría con plantearle, parecían todos nidos o bolsas de otros hechos, repletos y rebosantes de toda la intensidad de lo positivo, sin dejar sitio entre sus intersticios al mero aprecio de cuanto los rodease... Eran aprecio sin más, y llegaban a serlo por la mera fuerza de su existir en las áridas palabras del señor Crick. Y de tal modo llenaban hasta los últimos resquicios de su conciencia que ni su propia mente ni la de cualquier otro podían aspirar a aportar un soplo de aire que circulase entre ellos.

Gray reflexionó —ahora, que se sentía más inclinado a perder el tiempo en este ocioso juego— que las diferentes cuestiones incluidas en ciertos malentendidos se habían pegado unas con otras de tal forma que la separación había dejado de ser posible, y un solo bloque continuo, que sugería dimensiones cuadrangulares y al que, consiguientemente, se le habían practicado perfora-

ciones mecánicas y otros aditamentos para su uso, venía a representar cuanto daba de sí el asunto. Lo que equivalía, pudo haber deducido, a que el señor Crick era la más gris y eficiente encarnación de la grisura con que se había topado hasta ahora, y la mejor organizada... En pocas palabras: la más activa, sin merma de seguridad y protección, por no mencionar los extraños y peculiares refinamientos de los que se adornaba. De alguna manera, se había habituado a considerar que el grado sumo de esa cualidad implicaba un cierto grado de fracaso en su aplicación, como lo implicaría la rareza suma. Y su acompañante doméstico de aquellos días le parecía más cerca de dar en la diana, y sólo en ella, cuanto más insistía todo su ser en proclamar que no había la menor diferencia entre una cosa y otra. La negativa de toda su persona a figurar como hecho odiosamente discernible, la de su aspecto a tener identidad, sus ojos a tener conciencia, su pelo a tener color, su nariz a tener forma, su boca a tener movilidad, su voz a consentir cualquier distinción de sonidos, hacían que el trato con él fuera a un mismo tiempo extremadamente sencillo y extraordinariamente vacuo: permanecía cerrado a cualquier distracción que le saliera al paso, y semejaba el avance de un carro que rodase a la perfección con las persianas de todas y cada una de sus ventanas echadas.

Algunas veces Gray, diríamos, casi llegaba al extremo de ponerlo a prueba para ver la impresión que causaba en él aquella falta de reconocimiento, seguramente sin precedentes en cualquier ámbito de acción, y mucho menos en el modo de conducirse de los beneficiarios de testamentos... Eso sí, sintiendo siempre nuestro joven la necesidad de abstenerse de toda vanidad de considerarse a sí mismo presentable o aprehensible. Para batir al otro en ese terreno primero hubiera tenido que mostrarse y captar su propia imagen más o menos reflejada. Limitarse a andar de un lado a otro y a derramar blanda gratitud no bastaba, en este caso, para transmitir, exhibir o dar cuenta de su persona, aunque sí estaba seguro de que estas cosas habrían bastado con cualquier



otro: con su tío y Rosanna, con el señor Gaw, incluso con la señorita Mumby, el espléndido Vinty, de quien tanto esperaba, y el simpatiquísimo Davey Bradham, a quien tanto afecto tenía. Todo se reducía a una cuestión de términos y a los diversos grados de percepción que estas personas tenían de él; pues, en cierto modo, ninguna de las que podían sondear al señor Crick podía realmente contar algo de él, y él podía libremente preguntarse si llegaría a conocer también esa exención última y total de impuestos sobre su fortuna: la de no tener que pestañear jamás. Estaba preparado para pestañear sobre otras cuestiones que no fueran ésta; sólo deseaba tomar sus precauciones, precauciones de visionario, en todos aquellos asuntos que verdaderamente se le venían encima... Pero, al parecer, en estos primeros días en que su realidad se le presentaba en su vertiente más burda, estaba destinado a aprender algo de la evidencia de ver arrumbada a sus espaldas cualquier concesión indulgente a la superstición. Si tan sólo hubiese logrado que su visitante dijese, tras haberlo tratado durante veinticuatro horas: “¡Bueno, es usted el mayor de todos los malditos idiotas con los que he pretendido entrar en tratos comerciales!”, eso hubiera bastado para hacer saltar de inmediato el resorte de su sacrificado “Sí que lo soy, sí que lo soy, ¿cómo no ser el más resignado y agradecido de los idiotas?”. De este modo, al menos se hubiera hecho algo para aplacar a los dioses celosos. Pero, en vez de eso, su burda realidad consentía en incluir el aplastante dato de que este amigo supremamente útil lo considerase, quizá, un vulgar voluptuoso; o, al menos, un simple par de fauces abiertas, cínicamente —es decir, frívolamente— indiferente a todo lo que no fuera el hecho general de su golpe de suerte. Extraño que fuera del todo imposible informar o corregir respecto a estas cuestiones al señor Crick, inaccesible en su asiento, inmerso en el único saber que le concernía.

Lo que no podía evitar sentir que insinuaban aquellas mismas brisas veraniegas que, según imaginaba, jugaban a su alrededor y retozaban con más viveza y ligereza que en cualquier otro clima

en el que hubiesen resollado; lo que casi no podía evitar ver en la estela de las ninfas marinas, u oír en el sonido de las trompas de los tritones que emergían, para lanzar su hechizo, de las espumosas corrientes cercanas, era que todos le consideraban una criatura anormalmente “callada” en aquel porche suyo resguardado y en aquellos salones en penumbra, a pesar de que en aquellos momentos le estaban sucediendo cosas que él mismo consideraba inmensas. Todo, simplemente, sucedía, y todo sucedía a la vez..., tal como él mismo hubiera podido decirse, por ejemplo, sólo con detenerse en alguna revuelta de su renovado e incesante paseo y percibir no habría sabido decir qué enorme, aunque suave, rumor colectivo, qué densa aunque dispersa exhalación de vida regulada y equipada, la vida que no dudaba en identificarse como la multitudinaria palpitación de Newport, venida a él de vagas regiones, desde detrás y más allá de sus benditas barreras temporales, y que representaba, por primera vez en su experiencia, una llamada dirigida a él desde un origen que no era miserablemente único. Una impresión como ésa era, por sí misma, un acontecimiento: tantas veces, en su otra existencia (era ya “la otra”, sin conexión posible), el rumor del mundo, la voz de la sociedad, las armonías de la posesión le habían llegado cargadas de recuerdos que, según su sensibilidad, más que invitar a la unión, inducían a evitarla.

El funeral del señor Betterman, a pesar de la rigurosa simplicidad dictada por sus propias previsiones, se había desarrollado de la forma más pomposa y populosa posible, es decir, del modo más multitudinario y resonante. El escenario final lo proporcionó el viejo cementerio local, el que estaba en la ladera orientada al mar, según lo identificaba Gray, y la impresión que nuestro joven se formó de todo aquello alcanzó su momento culminante en la pregunta, no contestada, de qué mundo era el más copiosamente representado, el de los negocios de Nueva York o el de la prensa de Nueva York. El de los negocios fue recalando sobre él a lo largo de aquellos ritos recientes en forma de grandes olas tibias y suaves... Reparó en cierta clase de cara generalizada (o “estanda-

rizada”, como daban en llamarlo), con una especie de agudeza sin filo, o que no tenía filo más que cuando éste era inesperadamente improvisado, y que se inclinaba sobre él en busca de algún indicio de algo que hubiera quedado mejor si hubiera podido expresarse con humor; mientras que el interés de los periódicos sólo se cebaba a placer, según pudo apreciar incluso entonces, en el plato completamente vacío que ofreció a la joven camada de enviados la más agradecida de las miradas y el más desaprobador de los silencios que supo componer.

Le había pedido a Vinty, en la mañana del día de su visita vespertina, que “actuase” por él en la medida de lo posible; a lo que Vinty había respondido alegremente —ahora estaba siempre alegre, sin excepción—: “¿Quieres decir, en calidad de padrino de su boda con una novia que bien poco tiene en común con la de San Francisco? Por más que usted, ya ve, sí que me recuerda al hombre de Asís”. Vinty, en su gran despreocupación presente, constantemente decía las cosas en esos términos tan curiosos; que, sin embargo, no eran nada en comparación con los que eligió, en la mayoría de los casos, durante los días de los que pudo disponer antes de partir de nuevo a otros compromisos y actuaciones en otros lugares, lugares más bravíos y ventilados situados, al parecer, en la más expuesta costa norte: los cuales, por una extraña ley, despertaban mayor curiosidad en el destinatario de sus alusiones cuando los pintaba, bajo presión, como totalmente ajenos a las simpatías de éste. Según todas las trazas, esa iba a ser, de momento, su divertida línea de conducta: adoptar una opinión tajante e insistente de lo que había de gustarle o no gustarle a Gray por su carácter y costumbres: según nuestro joven le aseguró al respecto, no podría haber inventado una manera más logradamente insidiosa de estimular el apetito de un individuo que pasarle bajo las narices toda clase de vaharadas de cosas indigeribles. Al menos, una cosa estaba clara, a saber: que, se confirmasen o no sus suposiciones respecto a las susceptibilidades de su camarada y sus posibles reacciones ante estímulos generales o concretos, tenía en

prenda, y brillantísima, la disposición de este libre intérprete a garantizar personalmente el sabor del conjunto. Así que, en todo ese tiempo, no dejó de actuar; de actuar de manera que cualquier bienintencionada formulación del hecho se convertía, de inmediato, en mera alusión redundante. Actuaba porque su punto de vista, su mirada, su contacto, de alguna manera, por el mero hecho de proyectarse, volvían claramente distinto cualquier asunto, grande o pequeño, que les concerniera en lo más mínimo: y no, asombrosamente, porque él presionara o interfiriera o simplemente mostrara sus intenciones, sino como consecuencia de tener una idea y una comprensión del asunto en cuestión, fuera el que fuera, y sentirse verdaderamente avergonzado si no actuaba en consecuencia. Por supuesto, el condensado encuentro entre los dos hombres mientras el culpable de la situación seguía insepulto resplandecería siempre en su memoria como una ofrenda situada en la densa penumbra de una capilla; pero ahora estaba aislada, definitivamente sujeta a su gancho, y todo su significado convertido casi de inmediato en fuerza actuante y en fruto multiplicado y listo para ser paladeado.

Y si aparentaba mantener la calma, según la impresión que he reflejado, ¿qué mejor, para sentirse más plenamente sumergido en la historia, qué mejor para, como no podía menos que sentir, despertarse con ella cada mañana y acostarse con ella cada noche y sentarse con ella cada vez que tomaba asiento (nunca por mucho tiempo) para comer, leer un libro o escribir una carta o esforzarse vanamente por llegar a ser, para variar, el verdadero dueño de su conciencia, qué mejor, decíamos, que ignorar absolutamente cualquier insinuación de algo concreto que hacer? Ignorarla e ignorarla todo el tiempo, pero sin llegar a sufrir, en ningún momento, ninguno de los castigos que, se supone, acechan la dejación de responsabilidad, seguida por el imperio de la fatuidad... ¿Cómo no iba a ser una emoción de primerísimo orden la conciencia de que el personaje del mundo al que más se parece uno en este trance era el Káiser o el Zar, a elegir, potentados que

sólo saben que su situación se mantiene al constatar que, la pongan donde la pongan, jamás encuentran oposición? Así tienen constancia de la existencia de una maquinaria de cuyo funcionamiento saben que responde alguien cada vez que sus ojos se posan en una de esas figuras ministeriales o ceremoniales que están, según reza la expresión, “a su servicio”. El señor Crick estaba a su servicio, Horton Vint estaba a su servicio, incluso Rosanna Gaw, que en ese momento se encontraba a cien millas de distancia, estaba a su servicio, como lo estaba Davey Bradham, aunque no contabilizara en su haber más que una visita a palacio. Cierto que ni Horton ni el señor Crick prodigaban o reiteraban su presencia material más de lo que pudieran soportar, ante fenómenos de esa clase, los nervios de cualquiera; pero ¿acaso ser Zar o Káiser no es sino estremecerse ante el hecho de que tal cosa no suponía la menor diferencia? No hay vulgaridad mayor que las seguridades excesivas... Los monarcas pueden permitirse ser irresponsables gracias a que sus ministros no lo son, y Gray no dejaba de preguntarse si no se sentiría como se sentía gracias a lo absolutamente emocionante que era que, mientras duraban los momentos esporádicos de presencia de Horton y los intermitentes amagos de conversación telefónica con él, la pretensión de protección, de patente y paternalista protección, añadía una luz y un sonido más gratos aún a la mirada y a la voz de éste, por más que él hubiera querido que siguieran siendo casuales y triviales. Las grandes monarquías pueden ser “manejadas”, pero los grandes monarcas no; salvo, por supuesto, por el favorito o la querida del rey... Y allí, como se sabe, no había querida aún y, si existía la amenaza de un favorito, éste habría de ser también popular.

A través de imágenes como éstas, la Historia y la Vida con mayúsculas se le presentaban a nuestro héroe en toda su amplitud y, por mucho que él intentara esquivarlas, siempre daban con él; aunque la cuestión más acuciante con que lo inquietaron fue, quizá, cuando se le ocurrió, curiosamente por primera vez en lo que llevaban de semana, que el invitado de los Bradham jamás

había coincidido, en su calidad de huésped suyo, con el señor Crick, que sus visitas no se habían solapado ni por un momento con las gestiones de éste, como tampoco en ninguna ocasión le había hablado de su amigo a ese caballero ni hecho ninguna mención de su existencia, menos aún de su importancia... ¿Se debía eso sólo a que el rey sentía reparos en mentarle el favorito al ministro del tesoro, y a que conveniencias diversas obligaban, por tradición, a mantener separados a consejeros públicos y privados? “¡Me niego en redondo a interponerme, en ninguna cuestión, entre usted y él; como si hubiera alguna clase de ayuda que yo pudiera prestarle y que él no pudiera hacerlo mucho mejor!” En tales palabras se materializó, por la mañana, la única alusión de Vinty al asunto principal de su primera conversación, que había reanudado de manera indirecta. Hizo ver bajo tintes ridículos el mero hecho de entregarse a semejante atrocidad, habiendo cerca una persona capacitada, un hombre idealmente adecuado; pero surgirían, surgían, habían surgido ya cada vez más asuntos que sin duda podrían resolver juntos, y más que satisfactoriamente... En definitiva, fueron poquísimas las horas que Horton necesitó para dar muestras y más muestras de su ingenio inmediato y familiar. Nada podría haberlo ilustrado mejor que el interés que, en bien de Gray, mostró hacia un par de asuntos que, junto con otros muchos, entretuvieron tres o cuatro paseos dados por los amigos a lo largo de las abruptas costas y otras extensiones y estribaciones litorales de su bajo promontorio, en el frescor de la primera mañana, cuando el escenario se les antojaba vacío.

Gray, sin alejarse todavía de su medio natural, como un bañista desnudo que se demorase para tomar un baño de aire antes de zambullirse, había mencionado que le convenía hacer ejercicio, y de inmediato halló a Vinty lleno de ideas sobre el modo más agradable de hacerlo. Todo, le aseguró, iba a ser delicioso, menos la gente; de modo que se procuró que la gente no fuera visible todavía, y en la dulce hora que seguía a la del alba aquel mundo del que ahora era dueño se extendía sin mácula a su alrededor.

En tales condiciones, quizá fuera propio de Gray preguntarse qué se podía ver en aquella cubierta tan odiosamente despejada. Pero se abstuvo de hacer ninguna observación al respecto, por la perplejidad que en diversas ocasiones le había causado, sin que le gustase demasiado, el constatar que el mero hecho de diferir de Vinty en ocasiones aparentemente propicias era provocar en él de inmediato un verdadero exceso de acuerdo. Podía decirse que se pasaba de la raya, y que Gray, como él mismo llegaría a decir, no deseaba recorrer tales distancias, que excedían con mucho los límites de la política práctica. Horton, según todas las apariencias, tenía por costumbre convertir la sociabilidad discrepante o el ingenio arbitrario o lo que fuera en distinciones que un compañero pudiera apreciar, sin que él mismo lo hiciera verdaderamente; y, en consecuencia, en cuanto surgía la menor duda, rendía su posición con un casi desolador gesto de derrota. Su posición, según esa lógica, no era mejor que cualquiera de las que se dan en este mundo bestialmente vulgar, y si alguien quería dar a entender que ese planteamiento mundano era deficiente, él decía, vaya, que eso era lo que había querido decir desde el primer momento, pero que había fingido otra cosa por no molestar... Estaba dispuesto a que se le atribuyera lo peor, estaba dispuesto a lo que fuera, con tal de poner fin a los malentendidos. Y si Gray estaba preparado para eso, entonces *il ne s'agissait que de s'entendre*.

Sobre para qué estaba preparado Gray habría mucho que discutir, según opinaba con franqueza este joven. Lo que estaba claro es que no había venido a América predispuesto a lo peor... Había venido, por el contrario, para entregarse, con la ayuda de Dios, a apreciaciones, comparaciones, observaciones, reflexiones y otros lujos que, con la ayuda de los viejos prejuicios, habían de bastar a proveer una vida en toda su intensidad: la intensidad, diríamos, de la inmortalidad. Si, en ocasiones, deslumbrado por la desenvoltura de Horton, Gray podía preguntarse cómo rastrear en ella el hilo de plata de la sinceridad —la coherencia quedaba excluida—, de inmediato sobrevenía algo mejor que cualquier respuesta: al-

guna provechosa información requerida por la circunstancia, alguna opinión que ayudase o apoyase o, incluso, por feliz contraste, divirtiese... Eso era lo que hacía que la pregunta llegara mucho más allá, multiplicando sus implicaciones y dándole aire y color y el golpe de pincel que la convertían en cuadro y en asunto definitivamente zanjado para la clase de atención que Gray podía prestar. Éste, de alguna manera, detestaba quitarle méritos a su amigo y prefería con mucho seguir sumando a su favor; pero, al cabo de algún tiempo, fue como si se hubiese dado cuenta de que su lealtad, o como quiera que lo llamara, no era injusta por el mero hecho de decidir que las generalizaciones de Horton, sus opiniones (que había que distinguir de sus percepciones y energías e imágenes directas) valían bien poco: si se limitase a proporcionar, como prometió, abundantes ejemplos y detalles, si consintiera en limitarse a ser, en la misma medida y por sí mismo, fuente de la historia, uno podría proponerse deducir todo lo demás por cuenta propia, ahorrándole ocasionales inferencias mayores.

La valía de éste ante un caso concreto se le puso de manifiesto, por ejemplo, después de que Gray le hubiese manifestado, justo tras el primer encuentro de ambos, cierto ligero y comedido asombro ante el hecho de que Rosanna Gaw no pareciera tener intención de ausentarse de sus obligaciones en el otro estado, por inmensas que éstas pudieran ser, para hacer lo que todos los demás alrededor de la tumba del señor Betterman. Nuestro joven había medio dado por hecho que a ella le hubiese gustado, expresémoslo con sencillez, asistir junto a él a las últimas honras a aquel ser recordado que, como suele decirse, tanto bien les había deseado a ambos... Aunque, por supuesto, también recordaba que el interés de ella en todo aquel asunto no era más que en bien suyo, y ya que la causa que había defendido andaba por tan buenos derroteros, quizá fuera grosero esperar de ella ulteriores demostraciones: sin contar con que ella pudiera estar, por deber filial, más que posiblemente harta de rituales. En cualquier caso,



no había podido evitar soñar que el regreso de Rosanna para el funeral sería una de las inevitables consecuencias de la simpatía de ella con su suerte; cuyos componentes, todos y cada uno —eso estaba abrumadoramente claro— los debía a ella. Incluso la atinada idea de que, por grande que fuera el júbilo, o como lo queramos llamar, de ella, no podía esperarse que fuera del mismo tenor que el suyo, no le impidió afirmar ante su amigo que la señorita Gaw vendría, puesto que él mismo estaba aún en la fase de suponer que, cuando se es consciente de tener mucho dinero, se hacen esas cosas, por forzadas que sean. Acariciaba la idea de que la llegada de la muchacha al sepelio contaría con este ingrediente, por proceder, como procedía, de la euforia de ella ante sus propias y monstruosas ventajas y su recién asegurado estado. “Mire las cosas forzadas que hago yo”, pareció añadir a esto, “y vea lo natural que debe de parecerme que alguna más salga a mi encuentro. La que usted comete, por ejemplo —a esos extremos llegó Gray— al reconocer cuánto deseo (o, al menos, cuánto disfruto) la armonía; aunque, al mismo tiempo, le aseguro que estoy ya preparado para cualquier desaire dictado por la aversión a esa actitud de ilimitada preocupación por mí que, Dios no lo quiera, parece que espero encontrar por donde quiera que voy”. Esa ilimitada preocupación por él, por parte de personas que no se levantaban con el fresco del amanecer, o que sólo lo veían cuando no se habían acostado todavía..., eso, sumado a una actitud pareja que también manifestaban innumerables otros, era lo que había que afrontar como la inveterada esencia de la predicción de Vinty, y lo que constituía, quizá, el hueso más duro que el vicio de pensar de Gray había de roer. Era, como suele decirse, el aprieto más grande en el que entonces se veía; lo que implicaba cierta idea de que había razones no exactamente feas para tanta paciencia con su lado aburrido.

Aquel interés fundado en la mera enormidad de su fortuna pecuniaria... ¿acaso no era algo feo de ver, desde el momento en que su círculo —no podía faltar un círculo— dejara de conmovirse

lo suficiente para reaccionar con decencia? ¿Cómo iba a gustarle respirar un aire en el que no surgían tales reacciones, cómo no iba a darle náuseas ver el papel tan importante que jugaba allí la mera *constatación*, al unísono, y mantenida en un constante e incansable tono monocorde que no encontraba otro asunto al que aplicarse, de su condición de valer una desmesurada suma de dólares? ¿Iba a querer vivir rodeado de tantos especímenes del tipo de persona que, antes que aborrecerlo, preferían no conocerlo más que en esos términos? ¿Sería posible, dado el caso, que sintiera que la gente no se avergonzaba de no poder justificar su atención hacia él por otros medios que no fueran los que su tío había dado en proporcionar, y sin que él, por lo mismo, llegara a considerarlos demasiado “interesados”, como suele decirse, o que eran unos pelmazos, indignos de su paciencia? Y cuando la situación le llevó al extremo de preguntarse si era posible que Vinty no viera de inmediato lo que significaban tales reservas, disimuló más o menos provisionalmente la cuestión con una vieja observación sobre su confidente que casi siempre funcionaba. No tenían aún ante ellos ninguna realidad sustancial, ninguna que pudiera ser directamente manejada y medida, salvo las que podían considerarse, por así decirlo, hijas del azar, aquellas a las que le había conducido, con su particular toque de severidad, el todavía inexplicable capricho del anciano. Naturalmente, llegaría el momento en el que los mejores del grupo del que sobresalía aquel dechado de soltura dejarían de ver en él solamente dinero y ninguna otra cosa más, y él no tendría más que alejarse y no volver a insistir, después de haberles dado la oportunidad de mostrar, con menos nerviosismo, qué otros asuntos podrían caber en su imaginación, bajo otros estímulos. Si desaprovechaban la oportunidad, no habría nada que hacer con ellos, no habría ninguna otra distracción que él pudiera dignarse a ofrecerles. ¿Cómo no iba a llamar la atención, del modo más desconcertante –tal debía de ser el tenor de su queja–, que un revuelo provocado por él pudiera ser un revuelo por motivos vulgares? Que había empezado, por lo

que deducía, bastante antes de que cundieran rumores incluso tan independientes como aquellos de los que daban fe el testimonio de Horton, testigo directo de los hechos, o la amplia gama de anécdotas del señor Bradham, derivadas de la visita del propio señor Bradham: no podía estar basado, de eso estaba seguro, en ninguna palabra de Rosanna, ya fuera anuncio o promesa... Se hubiera jugado la mano derecha por la total imposibilidad de la más mínima indiscreción por parte de la muchacha.

Estaba también, por supuesto, aquella otra joven, de la que Haughty fue el primero en hablarle en la ocasión referida, y a la que recordaba lo suficiente para habérsela oído elogiar a su padre adoptivo, tres o cuatro años antes, cuando se reunió con esta estimada persona tras un verano de separación. Ella, la encantadora amiga de Gussy, la encantadora amiga de Haughty, la encantadora amiga de tantísima gente, iba a ser, al parecer, la heroína de la encantadora amistad que su admirable amigo había establecido, con precipitación característica (y con la ayuda, en este caso, del excepcional manojito de encantos que ella aportaba), con una jovencita americana, la más simpática que se había visto jamás, a la que había conocido en el balneario de Ragatz durante una de las muchas temporadas que pasaba allí y a la que describiría luego en términos cuya extravagancia bastaba para hacer de ella, entre Gray y el hombre de mayor edad, objeto de bromas y alusiones humorísticas. A que Gray simpatizase cada vez más con su compañero de aquellos años había contribuido el hecho de que personas intrínsecamente distinguidas le tomaran afecto de un modo natural..., por más que el número de admiradores congregados fuera siempre, claro, más bien escaso, ya que la distinción intrínseca suele prodigarse poco... Y no es que este bendito compañero fuera, por carácter, un viejo verde o algún otro patético personaje de esa clase, adicto a los vanos mariposeos con jóvenes que podrían tenerlo por padre... Le gustaban las jovencitas, a quién no, pero, que supiera Gray, nunca había hecho el ridículo por ellas, y si lo había hecho por la joven dama en cuestión, por la

mismísima Cecilia Foy de Nueva York, no fue sino lo justo para alimentar el imprescindible tono satírico de posteriores indagaciones y chanzas. Por fuerza –se persuadió nuestro amigo– había de ser una criaturita estupenda para haber animado y, al mismo tiempo, sabido apreciar aquella relación accidental: ¿había algo más encantador, en una chica inteligente, que la capacidad de admirar *desinteresadamente* a un garboso caballero, hasta el punto de estar dispuesta a asumir todas las complicaciones que eso pudiera acarrearle...? Con un desinterés, entiéndase, basado en el mero placer que ella pudiera pretender y encontrar; más digno de estima, a su juicio, que el que ella pudiera dar y serle reconocido, lo que podría implicar alguna clase de vanidad, vulgaridad y otras pretensiones personales.

Gray incluso recordaba no haberse perdido, por ninguna clase de necesidad suya o distracción de su curiosidad, el beneficio de conocer a aquella señorita Foy... Pues la felicidad de aquella extraña aventura –extraña por las partes implicadas– era algo demasiado sagrado para rozarlo siquiera. De hecho, recordaba, podía recordar aún, ahora que todas las circunstancias de la excelente temporada que pasaron juntos revivían bajo una luz enriquecedora, cómo él, interiormente, se había cerrado las puertas a las cesiones de fortuna de su padrastro... que era a lo que verdaderamente parecía reducirse el bonito episodio; del que él extraía un particular descargo de conciencia. Podía separarse de él, a la vista de estos hechos, sin dar muestras de crueldad... Pues estaba aún por llegar el día en que éste dejara de atraer admiradoras, como dicen, en lugares públicos, o entregarse a la idea de que lo habían abandonado... Lo que dejaba a Gray lo menos obsesionado que pudiera esperarse por la imagen de la joven Cecilia, ya que su interés por ella, por su fotografía y por sus cartas, no era sino uno de los episodios de sus atenciones puramente filiales... Y eso que ella, durante los meses que siguieron, prodigó muchísimo sus muy celebradas cartas..., que quizá no tuvieran nada del otro mundo, por mucho que el señor Northover las exhibiera. Ella era,

al parecer, una de esas personas brillantes que no lo son tanto con la pluma... Cuestión de la que, quizá, tendría pruebas, al haberle hecho Horton saber de la manera más cruda, por no decir burlesca, que no sabía qué había refrenado las efusiones de la chica, durante la pasada semana, hacia la única persona a su alcance que suponía un vínculo con el delicioso héroe senil de su aventura europea. Que un representante tan próximo a su compañero de romance estuviera allí, en carne y hueso y a apenas una o dos millas de distancia, era un hecho tan extraordinario como para avivar de nuevo en ella el romance y producir un estado mental del que no podría descansar... mientras algún jirón de la historia se mantuviera a flote. Gray no tenía por qué sorprenderse si recibía alguna señal de esta conmoción, y el que eso no hubiese sucedido aún se explicaba, suponía Haughty, por la propia intensidad de las pasiones implicadas.

Y una de ellas, al parecer, ardía también en el pecho de Gussy. Con la devoción que sentía por Cissy, se había hecho cargo de la preciada anécdota que tan de cabeza les traía, igual que había hecho, desde hacía muchísimo tiempo, con todos los demás intereses de la chica, y lo que de momento paralizaba la acción de aquella animosa pareja sólo podía ser, por un lado, que la señora Bradham no podía consentir algo tan horrible como que su joven amiga diera el primer paso sin prepararse y sin compañía, y, por otro, que la ardiente muchacha tenía para el caso (como para todos los casos) su propio ideal de independencia. Gray, por su parte, no era impaciente; no se sentía precisamente entusiasmado por la posibilidad de discutir un recuerdo tan querido en una atmósfera todavía incongruente; dependía de quién le propusiera el delicado asunto, por más que eso no favorecía el parecer de que la gran Gussy, dada su finura de tacto, pudiera postularse para hacer la propuesta. Con todo, a él no le importaba pensar eso, si Cissy resultaba ser, en la práctica, lo que probablemente terminaría siendo por el mero hecho de tener los dos un asunto en común; aunque la moraleja de todo aquello se reducía a la asom-

brosa evidencia –contra la que Haughty, por lo mismo, había hecho bien poco en prevenirle– de hasta qué punto la selva nativa ocultaba al espécimen femenino, y a que su aparente cobertura, aquella vasta y variopinta capa vegetal que se ondulaba al soplo de la más mínima brisa, podía identificarse como una simple agitación de la última redundancia habida en cuestión de sombreros... Ciertamente que, cuando Rosanna dejó de acudir al encuentro, y se limitó a escribir una breve nota de cortesía para decir que se debía completamente, durante no sabía cuánto tiempo, a la urgencia de sus propios asuntos, eso pudo parecerle que habría un espacio que despejaba las sombras verdaderamente acechantes, por numerosas que pudieran ser. Horton respondía de esta ausencia; y esto fue quizá lo que le hizo sentirse más seguro en su fe en esta clase de garantías. Y sólo cuando, al cabo de unos días, vio que esa fuente de luz se apagaba y volvía a Nueva York y a sus otros radios de acción, la sensación de quedar expuesto, aunque no fuera más que al acoso de las damas que le acechaban o asaltaban, se hizo más intensa por contraste con la protección recién disfrutada. Hasta el punto, en fin, de que llegó la hora concreta en que le pareció que lo mejor que hacía era darse la vuelta y huir, quitándose de encima el orbe demasiado oneroso de su destino.

Se vio a solas ante esa realidad, como no se había sentido hasta entonces, una mañana de septiembre después del desayuno. Se dedicó a pasearse por aquel gran porche del que ahora era dueño, como se había paseado por él cuando pertenecía a su tío, y bien pudiera ser un acceso de aprensión nerviosa o una súbita determinación del terror lo que animaba y, sin embargo, parecía negarse a dirigir sus pasos.

Había acudido allí en busca de la compañía del mar, el cielo y el jardín. Por alguna razón, allí era menos consciente que en el interior de que Horton era un lujo perdido. Pero esa impresión pasó rápidamente en cuanto volvió, con extraña intensidad, su idea de una Rosanna con ciertas carencias, reducida al extremo de

haberle hecho alguna jugarreta, de haberse limitado a dejarle entrar en donde se suponía que debía recibir su ayuda; carente, en definitiva, de la afabilidad implícita en sus acciones preliminares. Sintió su atención atraída, en una de sus vueltas, por la silla en la que Abel Gaw se había sentado aquella primera tarde y ante la que él hubo de detenerse y someterse a aquel mutuo escrutinio tan inesperadamente intenso. Cuando se marchó, momentos después, dejando el lugar casi como si la muerte del extraño hombrecillo aquella misma noche le hubiese ya prestado una naturaleza fantasmal, que le resultó desagradable, fue para bajar al césped y continuar allí su paseo. Finalmente, completó una vuelta a la casa, mirándola en una actitud más crítica de la que hasta ahora había parecido conveniente usar, calibrando, desde su propio desconcierto, la declarada fealdad de ésta y llegando a contemplarla, al cabo, con los ojos que podría haber puesto ante alguna monstruosa máquina moderna, una de éstas que su generación se suponía que llegaría a dominar, a volar en ellas, a luchar en ellas o a usarlas para sacar a pasear y a orearse a las terribles mujeres del futuro. Y ésta se mofaba de su incompetencia en tales cuestiones, mientras él daba vueltas y más vueltas a su alrededor, distanciándose de ella todo lo que le permitía el cercado, como por miedo de lo que ésta pudiera hacerle.

En éstas estaba cuando, como por ensalmo, todo cambió; ya no estaba a solas con el monstruo, el nuevo dato le abría la mente a ideas afines: a él, a quien poco le había faltado para declararse un burro asustado... Y esas ideas resplandecían y acudían a él en enjambres en la persona del señor Bradham, que se había parado en lo alto de una escalinata que bajaba de la galería, a la que había sido conducido después de atravesar toda la casa, y, una vez allí, por un curioso sentido de lo que corresponde a la amabilidad, o por lo oportuno de su presencia, o de lo que ésta prometía, pareció compensar todos los males y suplir lo que faltaba. Al otro se le ocurrió con extraordinaria presteza que el único modo de no temer el cúmulo de ambigüedades era confiar en ellas, y esta per-

sona florida, sólida, sonriente, que agitaba un prodigioso sombrero de paja dorado como en señal de antigua amistad, había llegado en el momento justo de enseñarle a hacerlo.



Entre las reflexiones a las que Gray habría de entregarse dos semanas después, como resultado de la oportuniísima intervención de Davey Bradham, no fue la menos aguda la de que, si se hubiese replegado esa misma tarde, en aquella hora de máxima perplejidad, si hubiese cedido prematuramente a su impulso de salir corriendo y hubiese eludido al emisario de aquel maravilloso lugar al que acababa de aclimatarse, el artículo del que más irremediabilmente se hubiera servido...

FIN DEL TEXTO CONSERVADO

NOTAS DE TRABAJO PARA  
*LA TORRE DE MARFIL*

Augusta Bradham, “Gussie” Bradham, en el papel de gran mujer de sociedad. A Basil Hunn lo veo, en líneas generales, de héroe. He pensado en Graham Rising, que familiarmente queda convertido en Gray Rising, pero me inclino a reservarlo para otra ocasión.

Horton Crimper, Haughty Crimper para sus amigos, me parece apropiado y lo mejor, en general, para el papel de segundo joven. No quiero que tenga un apellido intrínsecamente agradable, y éste me parece que tiene, más o menos, el matiz conveniente. Mi Tercer Hombre, por tanto, según creo apreciar, se convierte en Davey Bradham; lo cual, creo, a estos efectos y propósitos, no creo que pueda mejorar.

Mi Chica, en el trabajo abandonado, era Cissy Foy; que estaba bien para el personaje que allí se pretendía, pero la chica de ahora es muy distinta y todo ha cambiado. Es más, quiero que su nombre de pila sea Moyra, que debe combinarse con algún añadido brillante: en esencia, un apellido de dos sílabas, acabado en consonante... y que empiece en consonante también. Pienso en “Moyra Grabham”, joya encontrada en el *Times* de hace dos o tres días. Su único defecto, quizá, es un cierto exceso de significado, aunque en este caso el sentido no quedaría indebidamente destacado, y no quiero nada bonito o convencionalmente “agradable”.

Que todo tenga el tono de lo real. Sigue siendo importante la Hija del billonario, gorda y corpulenta, y su padre; respecto al cual, creo que renuncio a Betterman. Eso lo dejaremos para otra ocasión; y, sobre todo, quiero una sola sílaba. Todos los demás nombres tienen dos o tres; lo que plantea una objeción a ese Shimple que, en su momento, creí más o menos lo bastante feo y raro, sin serlo más de lo que quiero. Pero lo guardaré también, mientras me entretengo en apuntar el monosílabo Hench; de apuntarlo para otros casos. Veo que en su momento di por bueno “Wenty” Hedge, abreviatura de Wentworth, para el Joven Segundo. Si lo comparo con “Haughty” Crimper, todavía me inclino a favor de este último, por la pequeña broma que supone ese “Haughty”. Por otra parte, no me place Hench, por monosílabo que sea, para la pobre hija del billonario, que es la única a quien hay que tener en cuenta en esta cuestión, pues su padre deja de tener importancia en cuanto ella, a la muerte de éste, se convierte en la gran Heredera del momento. Y casi quiero llamarla Moyra, nombre a cuyo lado detecto en el *Times* un maravilloso y admirable “Chown”, que me hace pensar que Moyra Chown servirá. Además, si mantengo Grabham para mi “heroína”, pienso que el nombre de pila habría de tener una sílaba. Todos los demás son de dos; y esta cuestión dejará de ser un problema en cuanto encuentre lo apropiado. Lo dicho, de momento, es lo esencial. Pero de repente algo me frena... Grabham, después de todo, no servirá si, por otro lado, mantengo “Bradham”; que es lo que claramente prefiero: ahí sí que no quiero nada que tenga el más mínimo sentido especial. Por tanto, no sé si buscar una nota completamente distinta y ponerle el estupendo “Cantupher”; que, sin embargo, no quiero desperdiciar. Si usamos Cantupher, tendrá que haber varios que lleven ese nombre, sobre todo hombres... No, ya veo que no servirá, y además no quiero nada tan elegante. Me gusta Wither, y me gusta Augurer, y me gusta, en otro estilo, Damper, e incluso veo un modesto “Bessie” a juego con él, por más que, en general, no me apetece ninguna Bessie. Por lo menos, ahora avanzo.

Lo que quiero que haga el Libro primero es presentar a los Gaw, a los Bradham y a Cissy Foy en tres capítulos o escenas –llamémosles Escenas de los Actos–, de tal manera que en ellas deje presentados los primeros hechos inmediatos; o, en otras palabras, deje planteada la esencia primera de la situación. Lo que veo, al ahondar en ello, es que más vale que encontremos ahí a Graham Fielder en acción, que lo tengamos ya ubicado y que haya aprendido a estar ahí antes de que la acción haya pasado de la primera escena; aunque no se le vea hasta el Libro segundo. Cuando Rosanna acude junto a su padre, sucede, antes de que haya intercambiado más de veinte palabras con él, que una de las enfermeras, la más comprensiva con ella, aparece en el ventanal que comunica la casa con el porche, y así queda desvelada la llegada de él. Rosanna, dada la tranquilidad que reina en el lugar, da por sentado que ese suceso no ha ocurrido aún, pero lo cierto es que Gray ha llegado por la mañana temprano, que ha llegado en el barco nocturno de Nueva York y está ya, o está a punto de estar, en el piso de arriba, con el agonizante. Perfectamente natural y plausible me parece el hecho de que no empiece a prodigarse enseguida por el lugar, pues naturalmente operan en él la delicadeza, la discreción y la preocupación; de modo que sólo sabemos que está ahí, y que hay cosas que más o menos suceden arriba durante el resto del Libro. Pero el hecho en cuestión inmediatamente determina, por decoro y discreción, la retirada de Rosanna y su padre. Regresan a su propia casa; y veo que el resto del contenido del acto sucede en parte allí y en parte, creo apreciar, en terreno de los Bradham, campo de la Escena Tercera. Ahí tiene lugar la conversación que necesito entre las dos muchachas, y mi heroína, creo, debe estar de visita en casa de Gussie por unos días. Antes quiero reunir a Davey con Rosanna, y creo disponer de algo así como un paseo del primero por el acantilado hasta la casa de ella, para llevársela, a petición de su esposa, a tomar el té. Sí, tengo el regreso de Davey acompañado por Rosanna, y que el padre se

niega a acompañarles, o dice que irá después; siendo su verdadero propósito escurrirse, digámoslo así, de nuevo a la otra casa, movido por su intensa curiosidad. Esa condición, fundada y motivada, es el rasgo que nos basta para conocerlo, y por el que de momento (un momento que es todo lo que tenemos de él) lo identificamos. Dejo pues para el Libro 2 el que Gray, al bajar de las habitaciones de su tío, ya avanzada la tarde, lo encuentre y tenga una conversación o escena con él, sobre todo una impresión de él: y que ésta sea su impresión primera: pues averiguamos que todavía no ha visto a su tío, la opinión de los médicos sobre si esto es posible y el deseo que tienen de aplazarlo aún más. Quiero que el padre de Rosanna sea su primera e intensísima impresión; lo que supone, creo, la Escena Primera del Libro 2. Lo que me deja la Escena 2 para lo que entonces ya no querré demorar más: su primera entrada en el cuarto de su tío y la media hora, aproximadamente, que pasa en ese lugar; lo que se une al hecho constatado de que aquél no se derrumba, de que el encuentro ha causado, más bien, un efecto beneficioso, y que la duración de éste queda fijada hasta el final del Libro 2. Pasado el Libro 2, el tío ha dejado de existir. La Escena 3 del Libro 2, por tanto, sólo puede ser para Gray y Rosanna; escena cuyas funciones, pienso, han de cumplirse sin demora y han de plantearse, ahí y entonces, sin más dilación, si queremos contar con la misma. Igualmente, veo que la única función del Libro 3 es hacer posible el encuentro de Gray con las otras dos mujeres y, por primera vez, con Davey; y también, preparar la aparición de Horton Vint, aunque no la incluya. A éste, de hecho, lo veo presentado independientemente de su primera aparición ante Gray, lo veo como un aspecto de la relación de éste con Cissy, y como el factor que ilumina lo que inmediatamente necesito de la situación de aquéllos. De hecho, ¿no me parece que este Acto pertenece enteramente a Horton, igual que el Libro 1 habrá de parecerme, y así habré de tratarlo, el de Rosanna, y el Libro 2 el de Gray? A estas alturas, por la bendita intervención de mi Principio Dramático, de mi ley de los aspectos

sucesivos, cada uno tratado desde su propio centro (como hice, salvando las distancias, en *La edad difícil*) la flexibilidad y la variedad vienen en mi ayuda: mis personajes –al menos, los dos o tres más destacados– se turnan para, digamos, controlar el Acto y su matiz y hacerlo suyo. Sin menoscabo, por supuesto, de la grande e inevitable y deseable preponderancia del peso específico de Gray en toda la serie. Pero creo vislumbrar, y hasta asegurar, que al menos queda un “Acto” para Rosanna y probablemente otro para Horton; y puede que uno sólo –aunque enterito para ella– para Cissy. Digo que al menos habrá otro para Horton porque mi deseo de que sea Gray quien ejerza su efecto sobre Horton es casi tan grande como el de que sea Horton quien ejerza el suyo sobre Gray. Cierto que es más o menos en el Libro 3 donde hago que Gray ejerza su efecto sobre Horton, aunque, conforme la situación se desarrolle, creará nuevas necesidades, determinaciones y posibilidades. Todo esto, para ir abriéndome camino y hacer que los hechos acudan, cada vez en mayor número. En cualquier caso, hay un aspecto que quiero que quede bajo el control de Davey; de eso sí que estoy bastante seguro; aunque entonces acudirán hechos de sobra... En cualquier caso, por retroceder o remontarnos un tanto, he aquí mis tres primeros libros suficientemente en marcha sin haber yo esbozado suficientemente los antecedentes fundamentales. Pero incluso antes de hacerlo, anoto que la Escena de Gray con Rosanna del Libro 3 ó 2 surgirá de la venida de ella a la casa del señor Betterman esa noche, abierta y directamente, para verle; y no de que sea él quien acuda a ella. Y prefiero que sea de noche: una noche de verano al aire libre, con ellos paseándose por la terraza frente al mar, etc. Por lo mismo, además, quiero que esas cosas tan interesantes sucedan justo a partir de la promulgación del testamento del señor Betterman: lo quiero y, por supuesto, puedo lograrlo fácilmente –si es que hay algo que sea fácil– en el Libro 4, cuya función es presentar a Gray cara a cara con la situación que se le ha creado. Lo que, como es obvio, es una de las facetas que presenta

Gray, y me atrevo también a decir que es deseable que sea la que va a continuación; y ha de ser así, según lo veo ahora, porque estamos ya en el Libro Cuarto y, de los diez a los que devotísimamente deseo limitar el asunto, sólo me quedan seis para desarrollar el impulso proporcionado por ese momento. Por supuesto, la situación, a todos los efectos, sale de Newport para cobrar vida, vida plena, en Nueva York, donde me parece verla progresar hasta el final, si es que no me las arreglo para regalarme alguna feliz y oportuna *mise-en-scène* o explotación de mis recuerdos de, pongamos, California. La localización de la acción, no hace falta decirlo, es completamente americana, pero de alguna manera, por pura diversión, añoro decorar la cuestión con un pedacito de cuadro de cualquier Donde-Sea americano que no sea Newport o Nueva York... Incluso me pregunto si, para esas florituras, no me serviría Boston, si no me serviría con una mayor economía de medios que si traemos California por los pelos. Puestos a traer algo por los pelos, que sea Boston, lo que considero frugal y naturalmente factible... Pero estos detalles se resolverán por sí solos; y ya me parece ver cómo mi acción, por apretada que parezca, llena mis diez libros, gracias a Dios, hasta hacerlos crujir. Eso es justo lo que quiero: apretura y crujidos hermosamente audibles; la más magnífica y más magistralmente reducida y vívida de las economías, con la belleza que le es propia, igual a la belleza de los datos previos que alguna vez existieron.

Sin embargo, ¿cuáles son, exactamente, esos dichosos pequeños fundamentos del pasado? Fijarlos, enfocarlos: les basta con ser perfectamente concebibles, pero deben tener la más luminosa nitidez posible... Quiero lograr que sea, para Gray —y, esencialmente, para Rosanna—, la renovación de un comienzo lejano y hasta rematadamente infantil; y lo mismo para Gray en relación a Horton Vint: que él ya tuviera la impresión, fortísima y “deslumbrante”, de Horton, causada en la primera juventud, aunque no fuera más que en un breve espacio de días, semanas, puede que meses, y que ésta hubiera perdurado (siempre en el caso de Gray)



hasta convertirse en una especie de relación ya establecida, aunque ostensiblemente reducida. Tal es su relación con Rosanna, tal su relación con Horton... ¿Y su relación con Cissy? ¿También quiero que sea una renovación, el residuo de una impresión antigua? ¿O algo completamente nuevo? Lo que se me ocurre *prima facie* es que más vale limitarnos a que la cuestión tenga sólo dos orígenes pre-establecidos, y no tres; el único problema es saber si una relación de esta clase contribuye a complicar o a simplificar más la que hay con Cissy. La simplifica sí, según mi plan, me aplico a causar en ella el efecto pleno de una revolución, una revolución tanto más marcada cuanto más hacemos retroceder el germen de la relación; “más marcada”, quiero decir, por poseer una sombra de perfidia, de traición, la sombra del elemento e imagen concretos que atañen a la esencia de mi acción en lo que a ella concierne.

Enseguida entro, y lo remacho hasta dejarlo claro, en cómo funciona esto exactamente; pero quedan los otros fundamentos. Gray es, por tanto, hijo de la hermanastra, no de la hermana, de su tío; así lo veo, en líneas generales; cuya lejanía del hermano rico, antes de que lo fuera tanto, debe de haber sido consecuencia de haberse casado ella con un hombre con quien él, el señor Betterman, tenía una relación especialmente mala debida a un desacuerdo o disputa de negocios perteneciente a una de esas especies rencorosas que tanto abundan en vidas como la de Betterman. El marido ha sido víctima suya, lo que no atenúa el odio que le tiene, o su oposición a tenerlo por cuñado. En cualquier caso, el cuñado rechazado murió pronto, y la joven esposa, con su chico, sus escasos recursos y su alejamiento de cualquiera de las ventajas representadas por su hermanastra, se ha trasladado a Europa; que es donde se ha representado el resto de *esa* historia. Veo que el joven marido, padre de Gray y también llamado el Viejo Graham Fielder o algo así, muere pronto, pero que probablemente muere en Europa, por obra de alguna catástrofe aún por determinar, dos o tres años después de que la familia se tras-

ladase allá. Mejor eso que morir en casa, puestos a eliminar cualquier atisbo de proximidad con el señor Betterman... Betterman ha estado casado y tiene niños, hijo e hija; eso resulta indispensable para atenuar el factor de la falta de hijos; pero ha perdido sucesivamente esos bienes... Nada hay de excesivamente raro en ello: la muerte del hijo, a la edad de dieciséis o dieciocho, más o menos, había tenido lugar unos cuantos años –ni demasiados ni demasiado pocos– antes del comienzo de mi historia, y había sido el acontecimiento más amargo de su vida. Bien, tenemos entonces a la joven señora Fielder, o como se llame, en Europa, convertida en una viuda joven con niño; y que allí, no mucho después, vuelve a casarse, se casa con un extranjero, un europeo de nacionalidad por determinar, aunque probablemente inglés; lo que completa el efecto de alejamiento de su hermano, al que fácilmente podemos suponer y representarnos como opuesto, “a su manera”, a esa unión; y que, además, le ha hecho saber a ella, desde el otro lado del mar, a la primera noticia que tuvo de la misma antes de que tuviese lugar, que si renuncia a ella y consiente en volver a América con el chico, la “perdonará” y hará por ella cuanto esté en su mano. Lo grandioso es que ella rechaza esa condición, la de dejar a su nuevo *fiancé*, y por lo mismo renuncia a unas ventajas que pueden, que podrían ser, importantísimas para su hijo. Aunque no tanto en aquel momento: Betterman no era entonces tan rico. Pero, en definitiva... Y aquí grito: “Eureka, eureka”: encontré el vínculo que buscaba con Rosanna, aunque habrá que hacer a Rosanna un poco mayor que Gray, dos o tres o cuatro años, y no de la misma edad... Veo a la madre de Gray, en fin, con sus escasos recursos, en una de las ciudades extranjeras más pequeñas, Florencia o Dresde (probablemente ésta), y también veo allá a Rosanna y a su madre, no mucho antes de la muerte de esta última. La señora Gaw ha salido al extranjero con su hija para cultivarse al modo americano, mientras el marido y padre se queda en casa, inmerso en sus negocios. Y cuando las dos parejas, madre e hijo y madre e hija, se encuentran del modo más

natural, el vínculo está ya más o menos preparado por el hecho de que el señor Gaw haya sido, en América, socio de negocios del hermanastro de la señora Fielder, el señor Betterman, aunque ya habrá tenido lugar una ruptura o separación considerablemente violenta entre los dos hombres. La señora Gaw es una ricachona bondadosa, sencilla, abrumada y patética, de salud delicada, y se muestra comprensiva con la madre de Gray, a cuyos brazos más o menos se arroja en busca de consuelo y apoyo; y Gray y Rosanna—Rosanna con una institutriz y todas las comodidades y accesorios inherentes a la riqueza, mientras las condiciones del chico son algo más magras y corrientes—, los dos, digo, fraternizan y se hacen buenos amigos; pareciéndole él a Rosanna (pongamos que él tiene unos trece años, y ella dieciséis) un pequeño europeo políglota y tremendamente informado e iniciado, que conoce Francia, Alemania, Italia, etc., desde siempre. En esta coyuntura están cuando se deja ver el segundo matrimonio de la señora Fielder, o su mero planteamiento; y cuando, simultáneamente, llega la propuesta del hermanastro, al alcanzarle a éste algún rumor al respecto. Como ya se ha dicho, Betterman le propone a ella que, si consiente en volver a América con el chico y no se embarca en esa unión ominosa, que por fuerza ha de poseer elementos cuya naturaleza lo disgustan e irritan, él cuidará de ambos, educará al chico en su país, hará algo sustancial por ellos. La señora Fielder deposita toda su confianza en su amiga americana, le presenta al hombre que desea casarse con ella, a quien Rosanna ve y con quien el propio chico ha hecho una gran amistad, por lo que el dilema de la pobre señora se convierte en asunto de grande y vivísimo interés para todos; y hasta el *prétendant* mismo forja una buenísima relación con las americanas, madre e hija, amigas de su amiga, y plantea muy seriamente a la señora Gaw la posibilidad de que ésta ponga su peso a su favor en la balanza. La aceptación, por parte de la señora Fielder, de la propuesta de Nueva York implica su absoluta ruptura con él, y él está demasiado enamorado de ella, aprecia al chico y, aunque no quiera oscurecer sus posi-

bilidades, tiene esperanzas de que éste no será abandonado del todo. El compromiso, de hecho, es ya un hecho consumado y la boda está a la vuelta de la esquina. Para la señora Fielder tiene algo de dilema; pero está muy encariñada con su honorable pretendiente y sus inclinaciones le empujan con fuerza a aferrarse a él. Y toma al mismo chico como confidente, a pesar de la juventud de éste... Quizá podamos atribuirle un año o dos más, darle 15, pongamos, en cuyo caso Rosanna tendría 18 y la cronología subsiguiente quedaría afectada. Debo recordar que no es, en absoluto, en el papel de muchacho en su primera juventud como quiero a Gray, o como lo veo al comienzo de la historia, en Newport. Por el contrario, todas las convenciones, elementos de interés y conveniencia, etc., se basan en que no tenga menos de treinta años. No veo motivo alguno para no hacer que tenga treinta y tres, y que Rosanna sea sólo dos años mayor, y no tres... Si él tenía quince en Dresden y ella diecisiete, eso los hace a ambos lo bastante mayores, sin que sea demasiada edad, creo, para Gray. Dieciocho años habrán pasado, pues, desde la crisis de Florencia o donde sea hasta la llegada a Newport... Ése, creo, es el tiempo que necesito, con el que puedo arreglármelas para plantear los elementos que veo decisivos en el chico; y, además, se requiere un periodo de cierta longitud para llevar a los dos viejos de Newport a una adecuada cota de ancianidad. El señor Betterman muere holgadamente en su edad propecta, y puesto que el tránsito del progenitor de Rosanna ha de seguir poco después, quiero que éste haya cumplido su término. Si Gray tiene quince, sin embargo, no debo hacer a su madre demasiado madura para inspirar la devoción de un amigo; y, al mismo tiempo, deben de haber pasado suficientes años para que ella haya vivido un tiempo con su primer marido y lo haya perdido. Nada impide, por supuesto, que este primer episodio haya sido muy breve. Si se hubiese casado a los veinte, en el momento de la crisis tendrá, pongamos, unos treinta y seis, lo que convendrá perfectamente a la cuestión de su segundo matrimonio. Pongamos que luego vive un considerable

número de años en gran felicidad después de haber tenido lugar su segundo matrimonio: de hecho, le exijo que sea así, pues quiero que Gray haya tenido sus buenas razones para no haber vuelto a América en ese intervalo. Puedo incluso sugerir que ha vuelto por poquísimos tiempo, por algún asunto relacionado con los intereses de su madre, o los suyos, o los que sean; pero con eso complico el caso y tengo que vérmelas, de algún modo, con la cuestión de si ha visto o no al señor Betterman... No, rechazo que haya vuelto, no puedo asumirlo; dejar las cosas lo más sencillas y factibles... Lo que estoy haciendo no es sino ajustar un poco su cronología. Pongamos que ha estado intentando salir adelante más o menos desde los veinticinco, que es cuando tiene lugar la muerte de su madre, unos diez años después de su segundo matrimonio. Pongamos, pues, ya que es muy concebible, que su padrastro, con quien ha hecho una gran amistad, requiere entonces y solicita su cuidado e interés, lo que lo mantiene ocupado hasta la muerte de este último, justo antes de que Betterman lo llame a su lado. Lo que me proporciona sobradamente la situación previa que necesito, pero no el hecho que necesito para el papel de Rosanna en esos años juveniles... Veo, por tanto, que lo sucedido en Florencia o Dresde viene a ser de este tenor: que la señora Fielder ha dejado en manos de su hijo que éste decida, si puede, lo que han de hacer, y deja que la señora Gaw, que en esta coyuntura estaba en constante comunicación con ella, se entere de este proceder... Pues tanto la señora Gaw como Rosanna están sobradamente interesadas en ella, y Rosanna extremadamente interesada, de un modo vago, juvenil y amistoso, en Gray, casi como si éste fuera el hermano menor que no tiene y que ella daría cualquier cosa por tener, o uno mayor. Rosanna detesta al señor Betterman, quien, según ella entiende y cree, ha perjudicado o engañado a su padre con alguna iniquidad comercial; y no está en absoluto a favor de lo que éste ha propuesto a los Fielder. Además, está encaprichada con Europa, entusiasmada de estar allí; y sueña, o soñaría, con quedarse si pudiera, y en su mente

tiene ya el germen de esos sentimientos sobre el horrendo mundo americano del dinero de los que ella será la encarnación o expresión en circunstancias venideras. Sabe, en fin, que sobre el chico recae, en la práctica, el peso de la decisión, y con la totalidad del caso y sus posibilidades por delante, asume la responsabilidad de actuar sobre él, de influirlo y determinarlo. De ninguna manera consentirá que acepte la cruel –según ella la califica– propuesta del señor Betterman... Actúa con él, de hecho, como lo haría con un hermano menor: hay una conversación, a la que aludiremos al hilo de un hecho posterior, que supone para ella, en sus recuerdos, la creación de una responsabilidad: ésta es su muy considerablemente apasionada, y por tanto entrometida, intervención. Veo un largo y hermoso paseo o caminata, una visita a algún encantador lugar o cosa antigua (Florencia es aquí lo ideal), en cuyo transcurso ella lo suelta todo y a partir del cual él, en gran medida inspirado y afectado por ella, vuelve a decirle a su madre que, al precio que ella tendrá que pagar, no quiere lo que le ofrecen. Veo que ésta es la ocasión que realmente zanja el asunto, y que así es como Rosanna lo ha sentido y sabido siempre. Su madre y ella se separan entonces de los otros; la señora Fielder comunica su negativa, se aferra a su amigo, se casa con él poco después y sus años siguientes siguen el curso que he indicado. La madre e hija americanas vuelven a cruzar el mar, la madre muere con el tiempo, etc. Veo también que es mucho mejor disponer del tiempo suficiente para que estas diversas muertes tengan lugar. Pero a lo que voy es a que lo que le ha sucedido a Rosanna es que su sentido de la responsabilidad ha ido engendrando una considerable y cada vez más honda fuerza de reflexión, y hasta algo de remordimiento, respecto a todo aquello a lo que se aplicó, a la vez que la sucesión de acontecimientos y las muchas cosas ocurridas han convertido al señor Betterman en un anciano aparentemente muy rico y sin heredero natural. He aludido ya a sus pérdidas y aflicciones, y a una considerable relajación de lo que originariamente su hija sentía por él, a la luz de un mayor conocimiento y de otras

cosas que han ocurrido. A la luz, por ejemplo, de la ya madura opinión que le merece la carrera de su padre y de todo lo que la gran y, según la ve ella, feroz fortuna de éste supone en cuanto a rapacidad, crueldad financiera, consumada triquiñuela, etc. Ella ha seguido, hasta cierto punto, al tanto de las cosas de Gray, al menos respecto a su vida y situación general; pero el elemento de remordimiento que hay en ella, y la idea de que ella pueda haberle privado de alguna clase de importante ventaja material pueden considerarse, a mi entender, las razones que la hacen tímida y retraída a la hora de seguir sus pasos o mantener la relación. Bajo el prisma americano, es poco probable que ella no haya vuelto a Europa, y más de una vez, antes o después de la muerte de su madre; pero lo que puedo ver fácilmente, e incluso con interés, es que, en el caso de haber estado allí, ni siquiera ha hecho el intento de volver a verlo. Sabe que ni su padrastro ni él andan bien de dinero, tiene muchísimas impresiones generales y, sin dirigirse directamente a ellos, ha procurado tener noticias de ellos siempre que ha podido. De modo que, digámoslo sin rodeos, así es cómo, al enterarse de la muerte del padrastro durante el verano de Newport, acude al señor Betterman y le habla de Gray; y lo encuentra receptivo a lo que le quiere decir; y, sobre todo, percibe el ímpetu que a ella misma le proporciona haber sido capaz de urdir en su ruego la circunstancia, más que evidente ahora que los días del anciano tocan a su fin, de que ese muchacho, al fin y al cabo tan próximo a él, y que ha permanecido en Europa todos esos años, viene a ser la única persona, entre las que podrían acudir a él, que jamás le ha pedido nada o intentado sacarle algo. No sólo esto, sino que, mirando atrás, él y su madre son los únicos que alguna vez le rehusaron un ofrecimiento ventajoso. Creo que debo hacer que Rosanna vea que realmente puede contarle su historia al señor Betterman, que puede convertirlo en su confidente y acrecentar, con eso, el interés de éste. Se da cuenta de que le cae bien, lo que en buena medida se debe a lo enormemente distintos que son su padre y ella. No tengo más que enunciarlo aquí con toda

sencillez: ella le interesa, lo conmueve, y como consecuencia del ruego de ella manda llamar a Gray y Gray viene. Tengo que esmerarme, sobre todo, en el hecho de que ella lo ha presentado al anciano como persona que probablemente entiende poco de dinero, ha tenido poquísima relación con éste, se ha movido en un mundo completamente ajeno a éste, todo eso en mayor medida, sin comparación, que cualquier otra persona que Betterman haya tratado.

Y ya lo tengo todo, no tengo que ampliarlo. Lo que necesito ahora, con independencia de lo anterior, son los inicios, muchísimos años atrás, de alguna clase de relación entre Gray y Horton Vint, y la posible consecuencia, que pienso que me urge encontrar ya, de que Horton haya hecho algo por él en sus días juveniles, algo importante y valeroso y un tanto ostentoso, pero verdaderamente crucial a todos los efectos, y que Gray siempre ha tenido presente. Lo encontraré, no ha de presentar dificultad alguna: algo relacionado, en líneas generales, con que los dos hayan estado juntos en un colegio suizo, de modo que el favor haya sido prestado en Suiza, pongamos en un *cours* vacacional en las montañas, en el que Horty haya sacado a Gray de un agujero —que no tiene por qué ser una grieta de un glaciar, sino algo parecido— o haya acudido en su ayuda en alguna clase de apretura, corriendo él mismo no poco peligro, hasta ponerlo a salvo... Algo equivalente, en definitiva, a haberle salvado la vida, aunque tal cosa conlleve una pequeña pero onerosa nota anticuada, romántica y convencional... Sabré hacerlo bien, no obstante, y darle el matiz apropiado: recuérdese que ahora todo esto no es más que materia de alusiones, y asunto que sólo cuenta para Gray.

Lo que también tiene que haber ocurrido, creo, es que Horty haya vuelto a Europa muchos años después, tras la universidad, en realidad hace sólo unos cuantos años, y haya vuelto a ver a Gray y los dos hayan reanudado su amistad; de lo que deriva su impresión de que Gray es una persona de lo más rara y desvalida, e incompatible, además, con los negocios y las finanzas; y de que



éste siente una gran admiración por lo que ve en el otro, que es todo lo contrario... En combinación, claro, con otras cualidades que se revelan como muy atractivas. Él es quien ha hecho que Gray piense mucho en el asombroso mundo americano con el que cortó amarras hace tanto, y de cuyo perfume y reverberación Horty está completamente impregnado; y creo que debe de haberle hablado, con la mayor naturalidad, de lo sucedido en Florencia hace tanto tiempo. Sólo que ¿cuándo fue ese intervalo que pasaron juntos en el colegio o, mejor aún, al cuidado de un *pasteur* o tutor privado suizo? Si fue antes del episodio florentino, eran algo más jóvenes de lo que me parece verlos; si fue después, eran algo mayores. Pero no veo por qué no había de ser justo después; lo que es perfectamente natural para los dieciséis años de Gray y los diecisiete de Horty: en ambas edades resultan perfectamente naturales el estar al cuidado de un *pasteur* y el incidente posterior; y también es muy natural que Gray permaneciese con el *pasteur*, con quien es posible que ya hubiese estado antes, durante el primer año del nuevo matrimonio de su madre. Lo que deja bastante bien resuelta la cuestión, y sólo me queda verlo para hacerme cargo; y proporciona un fundamento para que ellos reanuden su relación al encontrarse más tarde donde quiera que yo sitúe el encuentro. Hay formas de vida que hay que destacar como las más adecuadas para Gray y su padrastro... Horty ve a la pareja junta en algún lugar... Nada más fácil de arreglar, por más que no me apetece presentar a este último como alguien que no ha hecho otra cosa que vagar y perder el tiempo por Italia; y, por otra parte, sí que veo que hay que pensar y exponer la ocupación y principal interés de Gray, aparte de ocuparse de sus acompañantes de mayor edad. Una vez más, sin embargo, no veo problema en acertar a imaginarlo. Horty regresa a América; tres o cuatro, o cuatro o cinco a lo sumo, son los años que pasan hasta que los dos hombres vuelven a encontrarse, cada uno con el recuerdo del otro relativamente fresco. Lo que me parece claro es que Horty no ha tenido, hasta el regreso de Gray, ningun-

na clase de relación con el señor Betterman o sus asuntos, ni con ningún otro aspecto de la cuestión con la que comienza la acción en Newport. Por otra parte, sí que tiene relación con Cissy; y hay detalles de su situación actual que debo explicar. ¿Por qué está sin dinero, cuando le interesa tanto ganarlo, etc.? Pero ésa sí que es una verdadera pregunta de interés: me refiero al que pueda deparar la respuesta que le demos. Y hay que decidir su grado de comprensión de Rosanna, su relación con ella, sus planes respecto a ella y la nítida idea general que se ha hecho de ella. Importante el hecho de que la enorme cuantía de la fortuna del padre de ésta sólo se conoce tras su muerte, y es incluso mayor de lo que se suponía; aunque hay que recordar que, en las condiciones financieras que se dan en América, con la inmensa actividad monetaria pública que tiene lugar allí, estas cosas se miden con antelación y con un conocimiento o cálculo general, a diferencia de las viejas fortunas privadas. Pero heme aquí ante al mismísimo *nodus* de mi historia, qué tiene Horty que ver con los asuntos que pasan a ser objeto de la atención de Gray por obra del testamento de su tío; el mecanismo completo, en suma, de esta parte de la acción, la situación así creada y sus consecuencias. Enorme la dificultad de pretender ofrecer aquí una especie de visión comercial de diversos asuntos, dada mi carencia total de iniciación en los negocios; por lo que mi intención, por supuesto, ha sido desde el principio no mostrarlos desde el punto de vista comercial, sino de un modo completamente distinto; lo que requerirá mucha trilla, pero es el fundamento del asunto, el alma de la cuestión, y con paciencia superaré los apuros derivados de ello. Pero antes que nada debo resolverla o planearla, lo que lleva su trabajo. El otro trabajo, qué uso dar a lo planeado, resulta sencillo, en comparación. Lo que me llama la atención, más que nada, es que la cantidad de dinero que se ponga en manos de Gray no ha de ser, por razones obvias que no necesito perder tiempo en enumerar, tan enorme, en la escala neoyorquina, como otras muchas que hay: aunque para Gray, según su punto de vista y sus necesidades y

experiencia, resulte una cantidad tremenda de dinero. De modo que, si lo acumulado por el señor Gaw ha superado claramente las expectativas, lo del otro anciano ha quedado muy por debajo de ellas, o al menos se sabe ya que no es gran cosa, después de todo... Diversas cuestiones se me plantean aquí, y no es imposible zanjarlas si se las considera una a una. La idea general es, por supuesto, que el señor Betterman ha sido un corredor, o similar, implacable, de cuyos actos Davey Bradham no puede ofrecer a Gray más que una oscurísima explicación; por tanto, si la masa de dinero cuya adquisición puede retratarse en tales términos no es lo bastante grande, la fuerza del retrato en buena medida se viene abajo. La dificultad, en tal caso, a la vista de esa grandeza, es que la mera concepción de cualquier acto de Horton que suponga hacer víctima a Gray de un engaño de tan tremendas proporciones no resulta ni deseable ni posible. Pero si uno insiste en forzar las cosas, se abre paso la luz, tantos son los modos que poco a poco te llevan a preguntarte si no puedes cambiar la dirección de la misma. Está, en primer lugar, cómo reducir el montante de las sumas referidas a ambos hombres. En mi opinión, desde el momento en que hablamos de dinero mal ganado, lo esencial de mi asunto permanece inamovible, independientemente de la cantidad del mismo o de cualesquiera que sean las cantidades en uno y otro caso. Desde el primer momento, casi no hay que decirlo, queda fuera de mis propósitos el ser preciso, ni siquiera mínimamente, respecto a los detalles o misterios financieros, e incluso me he visto en el trance de no declarar ni formular el monto de la propiedad que pasa a manos de Gray. No tengo la más mínima necesidad de ello, y hasta puedo convertir esa carencia en un efecto decididamente bueno y feliz; lo que supone una inmensa ganancia para mi libertad de proceder. En definitiva, veo encenderse, veo encenderse sobre mí... la idea, la primera que vagamente tuve, del robo sin paliativos que sufre Gray a manos de Horty; y que la amplia apelación de Gray a la inteligencia y saber del otro, y la amplia confianza en la competencia de éste, al ser

nula la suya propia..., ese robo aceptado y tolerado por Gray como una manera de lavarse las manos del uso de la *damnosa hereditas*... todo eso resulta bastante concebible si hablamos de una cantidad limitada, aunque considerable, etc., pero pierde esa virtud si se aplica a cosas más grandes y complicadas. No quiero un robo vulgar, pero sí algo a lo que Horton se vea movido y animado por la actitud y el estado de ánimo de Gray, confrontados con la impresión que éste extrae allá de las muchas cosas negras y despiadadas que hay detrás de las grandes propiedades. Por supuesto, quiero que Gray herede el dinero, que lo tenga, que lo haya tenido y lo deje ir; y creo que un verdadero factor de incomodidad quedará grandemente disminuido si nunca expreso con exactitud, o algo que se le parezca, de qué cantidad se trata. La dificultad estriba en concebir siquiera uno de los golpes por los que Horty logra cumplir sus propósitos; su delito habrá de consistir, más bien, en todo un modo de proceder, un proceso completo de depredación y tergiversación. Esto, sin embargo, sería, sólo podría ser, cuestión de tiempo; y la acción simple y compacta que pretendo se resentiría de ello en su conjunto. Lo que sí vi desde el principio fue que Gray sorprendió a Horty en un acto extremadamente ingenioso y diestro de malversación de los fondos cuyo cuidado le ha confiado; y que, como consecuencia, determinó simplemente hacer ver al otro, en silencio, que lo comprende y que no hará nada; pues éste, según le dicta el asandreado estado de ánimo que le ha quedado tras enterarse de la historia del dinero, es el modo más congruente de renunciar a interesarse por él y devolverlo a sus cauces naturales. Tal era la esencia de mi asunto, a la que no he dejado de verle su miga; sólo que también veo que es mejor imaginarlo respecto a un interés pecuniario relativamente pequeño, y no respecto a uno grande. Dependerá de la clase de abuso de que se trate; y casi me siento tentado a preguntarme si no podría pensarse que la relación de Horty con el caso no había comenzado un poco antes. Con todo, una cosa es segura: no quiero ninguna clase de malentendido sobre el testa-

mento, que es a lo que más o menos conduciría adelantar la conexión con Horty; quiero que sea justo como lo he planeado, hasta el mismísimo borde del círculo en el que es perpetrada su fechoría. Lo que se me ocurre, como acabo de decir, es la idea de una extrema franqueza de entendimiento entre los dos jóvenes respecto a las ineptitudes de Gray, que al principio no son aversiones ni mucho menos, pues él no *sabe*; pero que hace que ellos, los dos, la admitan en una fase temprana. Sí, lo veo, la veo; algo verdaderamente más interesante, creo, que la mera iniquidad, o su genio: lo que en realidad creo ver en ello es la auténtica verdad del asunto. Por más que no dejo de tener presente toda la significación y el elevado valor dramático del papel jugado en la acción por Cissy Foy: tengo clara su función activa como engranaje de la máquina. Que no consiste sólo, ni mucho menos, en Gray y Horty, sino en Gray, Horty y ella; que no se trata simplemente de ella y Gray o de ella y Horty, sino que incluso para ella es cosa de ella y los dos hombres: en lo que veo posibilidades interesantísimas. Pero para tener una adecuada perspectiva debo echarla a andar, sin trabas. Sin forzar en absoluto la cuestión de los contactos previos de Gray con esas tres o cuatro personas —en el peor de los casos, nada hay en el mundo más verosímil que esto—, quiero que haya alguna clase de relación ya establecida entre él y ella; lo que supondría un ahorro cierto, logrado sin extravagancias, y me permitiría tener, desde el principio, un buen trecho recorrido. ¿Y con quiénes, ahora que caigo, han sido sus contactos allá, después de todo, sino con Horty y Rosanna (pues la relación con Betterman se quedó en mera esencia)? De las personas que importan, los Bradham son nuevos para él, y con eso basta; a Cissy puede haberla visto allá en alguna ocasión muy reciente, todo lo reciente que yo quiera; más aún, cuando debo recordar que, si verdaderamente pretendo que sea una jovencita, debo cuidar lo que me traigo entre manos respecto a la edad que atribuyo a Gray. Quiero disparidad, aunque no demasiada; y a la vez, aunque la quiero jovencita, también quiero que no lo sea en exceso. Todo lo suyo,

su inteligencia, carácter, idea de la vida y conocimiento de ella, implican una cierta experiencia y un cierto tiempo para adquirirla. Lo importante es que es la muchacha pobre, la “excepcionalmente lista” en una sociedad de ricos, y vive su vida con ellos y más o menos de sus riquezas; y que es ya, según creo ver, una de las amigas y *protegées* de Rosanna, aunque no sea Rosanna quien la pone en relación con Gray, sino los Bradham, ya sea a propósito o no. Me parece correr aquí, hasta cierto punto, el riesgo de exponerme a la acusación de repetir más o menos el personaje de Charlotte en *La copa dorada*,<sup>1</sup> con los Bradham repitiendo también en parte el de los Assingham en aquella ficción; pero desecho esta idea, que no tiene otro valor que el de ser un oportuno aviso, pues la situación es muy otra y las características y procedimientos exhibidos por estas tres personas son igualmente muy otros. Digamos que algo habrá sucedido entre una Cissy de, entonces, veinticinco o veinticuatro años como máximo, y un Gray aún “allá”; que será cosa de dos o tres ocasiones, interesantes para él, poco antes de la muerte de su padrastro; persona por la cual ella se confiesa muy impresionada, y con quien ha sido, por así decirlo, muy “amable”: circunstancia que, en su momento, agrada y conmueve a Gray, dado el gran apego de éste hacia ese personaje encantador (y, para Gray, muy cariñoso, aunque para nosotros resulte más bien misterioso). Digamos incluso que no hace, o que no hizo, falta demasiada exhibición o insistencia para que el encuentro fuera sólo con el padrastro, que es quien le ha hablado a ella de Gray, quien le ha ponderado a Gray, deseado que ella pudiera conocer a Gray, avivado su interés y preparado el encuentro de éste con ella, mientras Gray se hallaba temporalmente lejos de él. Digamos que este escaso trato ha tenido lugar en alguna “casa de salud”, sanatorio u otro escenario de posibilidades similares, donde el padrastro, a quien ni siquiera he puesto todavía nombre, se ha instalado para seguir tratamiento y retrasar el

---

<sup>1</sup> *The Golden Bowl*, novela publicada en 1904.

padecimiento del que va a morir, mientras la interesante criatura americana se encuentra también allí cuidando a algún pariente al que también ha perdido en el tiempo transcurrido desde entonces... Veo que se me multiplican los huérfanos, pues Charlotte también era huérfana; pero, si quiero, quizá pueda dejar que la chica sea sólo medio huérfana... Me inclino a pensar que prefiero que tenga madre, y no padre, en cuyo caso la madre, que no ha muerto, sino que se recuperó, habría sido su acompañante en el sanatorio; aunque el hecho de que esté allí su madre interfiere un poco con mi idea de la indefensión de la chica, su aislamiento, etc., y su excesiva convivencia con esas otras personas. Por otra parte, igual de bien queda que la madre no sea para ella sino una carga más, y de manera determinante; lo que, de todos modos, no es sino un detalle, que se resolverá conforme me vaya metiendo más...; y, en el peor de los casos, sería la única madre implicada en el asunto. Lo que sí me parece que quiero lograr, en todo caso, es que Gray y Cissy no hayan coincidido antes, pero hayan tenido esta relación indirecta...; que se complica por la existencia de una amistad (llamémosla así, de momento) entre ella y Horton Vint. Ella llega, pues, con su curiosidad, sus recuerdos, su inteligencia... Porque, qué duda cabe, estoy, como casi siempre, presentando por todas partes a un grupo de personalidades singulares en alto grado. En verdad, la única estúpida es Augusta Bradham, la única que puede pasar por tonta, aunque también ella, a su manera, tiene su fuerza, y arrolladora... Ésa es la cuestión; y eso es lo que marca la diferencia, hasta ahora para bien, con los Assinghams, donde era la mujer la que tenía la inteligencia y el marido el que, a su modo, era tonto. Y no sólo acepto, sino que hasta mimo la realidad de lo que llamaremos “valores personales”; y el que cada uno de ellos sea el individuo concreto que tiene tal peso concreto es parte esencial de los datos de los que parto. Ése es su modo de ser interesantes; de nada me sirven aquí si son de otro modo.

Horton, mientras tanto, ha ido atándose de alguna manera a Cissy, y ella a él, en las condiciones particulares del sentimiento

que cada uno alberga hacia el otro: ella, enamorada de él en la medida en que ella, por convicción y teoría, se deja llevar a esos extremos por un hombre sin dinero (aunque, piensa ella, de alguna manera destinado a tenerlo); y él, enamorado de ella bajo una similar prohibición expresa respecto a la “cuestión crucial”. La mujer por quien verdaderamente se dejaría cortar un brazo es Rosanna, y ella lo sabe y ve en él el compendio y símbolo del peligro de que la aborden sólo por razón de su riqueza, que es, por todas las desconfianzas y terrores que provoca, la nota de fondo de su carácter y circunstancia. Y el hecho de ver en él la encarnación misma de lo que más teme (y, más que la victoria, su mera inminencia casi constituye por sí sola una especie de relación franca, una especie de intimidad entre ellos), casi produce en ella una especie de fascinación siniestra. Entre él y mi ambiciosa muchacha (la llamo “ambiciosa” por simplificar) se da la coincidencia de que son, en cierto modo, aliados en lo que podemos llamar su “actitud hacia la sociedad”: la franqueza con que uno y otro reconocen que, en un mundo de dinero, ellos no pueden dejar de ir en pos de éste; y que, por tanto, dado que ninguno de los dos lo tiene, no pueden ir el uno en pos del otro: ¡aunque vaya si lo harían, y así cada uno se lo hace sentir al otro, si todo pudiera tener otro fundamento! La actitud de Horty es que él, de alguna manera, lo va a tener, y hasta cierto punto logra contagiarle a ella esa convicción... Pero el que no termine de hacerlo es justo lo que prueba, en parte, la limitación latente que esa confianza general presenta en él, y de la que dependo en buena medida para explicar los motivos por los que, a pesar de su habilidad, o la impresión de tenerla que también causa, no ha llegado más lejos. En lo profundo de la chica está la parte que a ella corresponde de esta desconfianza... Lo que parcialmente explica por qué se resiste, a pesar de la clase de atracción que el otro siente hacia ella, a dar su consentimiento a, pongamos, casarse con él. Tampoco es que él haya insistido: aún no se ha planteado, a pesar de un fracaso o dos (y a pesar, sobre todo, de su fracaso con Rosanna), cerrar



con una acción decidida la puerta siempre abierta a la posibilidad de casarse por dinero. Veo que ambos son conscientes de todo ello de un modo que roza la extrema crudeza, y que a la vez resulta de lo más típico y “moderno”; veo, de hecho, que la relación entre ambos posee un alto valor como objeto de exhibición e interés. Lo que la chica por supuesto no manifiesta –ni quiere, de momento– es precisamente el límite y fundamento de su fe en él como conquistador financiero. Es más o menos propensa a creer, a confiar, en la propia seguridad que el otro muestra al respecto; realmente ve que lo más probable es que esté marcado para triunfar en la riqueza; pero lo que late en lo más hondo de ella es la extrañeza por la naturaleza de los métodos del otro... cuando los llamados “directos” no le sirven ni bastan. Lo ve como a un consumado aventurero (que es también, en buena medida, como ella se ve a sí misma). Pero aunque he dicho que sus términos de entendimiento mutuo casi rozan la crudeza, todavía no han tenido que vérselas (y estoy absolutamente seguro que no tendrán que vérselas jamás) con el hecho de que ella hasta ahora aborda la cuestión del “honor” del otro, o la capacidad de éste para apartarse del mismo, como si pretendiera conjurarla. Hay abismos y más abismos entre ellos... y creo que sé lo que digo si afirmo que también hay vados que siguen a otros vados. Se dan cuerda el uno al otro y, a la vez, permanecen atados; de momento, basta esta fórmula..., si no dejo de ver con lucidez la clase de atadura que hay entre ellos.

¿En qué queda, por tanto, la relación entre ella y Gray? ¿Cómo veo su desarrollo? La respuesta implica, por supuesto, la cuestión de en qué queda la relación entre él y ella, y la del interés que pueda yo derivar de ello. En el extranjero, ella sacó la impresión de que él era un hombre sin recursos dignos de mención; pero ahora lo ve por vez primera como heredero de una gran fortuna, y como persona que, por eso mismo, pasa a formar parte del mundo en el que ella vive, donde su propio poder de guiarlo, presentarlo y, en general, ayudarlo y serle útil y alentarle se muestra

desde un primer momento considerable. A él, ella le llama enseguida la atención como la criatura más europea de este mundo y la más capaz de “comprenderlo” intelectualmente, compartir sus gustos, etc. Él rápidamente reconoce que, aparte quizá de David Bradham, ella es el ser, donde quiera que mire, con quien mejor va a poder comunicarse. Con Rosanna no va a comunicarse estética e “intelectualmente” ni lo más mínimo: Rosanna tiene menos gusto que un elefante; sólo su moral es elefantina, o como quiera que se llame lo moralmente más voluminoso y espléndido... Lo que quiero es hacerme con bisagras firmes y adecuadas, y que cada una trabaje en su propio gozne y juntas formen el mecanismo de mi máquina; ellas son la máquina, y cuando cada una esté puesta y decidida, funcionará como quiero. La primera de éstas, decididamente, es que Gray hereda, ha heredado. La siguiente es que él se ve cara a cara con lo que significa haber heredado. Lo que viene después es que uno de esos significados (aunque al principio no lo ve así) es que el mundo se le abre inmensamente, y que una de las cosas que más parece darle, ofrecerle, presentarle, es esta muchacha más o menos brillante e interesante. Al principio, él no ve en absoluto que ella esté cultivando su amistad por causa de su dinero; ella tiene poco de espécimen movido por el crudo interés, y de hecho es demasiado sincera consigo misma, y se da perfecta cuenta, respecto al otro, de que se habría sentido igualmente atraída por él después de conocerlo, incluso si él mismo y las ventajas unidas a su persona hubieran seguido siendo lo que habían sido hasta entonces. Pero, de todos modos, se trata de una bisagra, y vemos que lo es porque vemos a la muchacha tal como se ha de mostrar: quiero decir que hago que lo sea y lo siga siendo porque nuestro “lo que sucede” entre ella y Horton. Gracias a Dios, ése es el parecer, la alternancia de pareceres, que guiará mi proceder a lo largo de la acción. La determinación del interés que ella siente por él: he ahí la bisagra. Y permítaseme que haga constar aquí que, al principio, en él no hay más que terror, horror, de verse tan afectado como se vio Rosan-

na en su caso... Desde el momento, claro está, en el que comienza a comprender lo afectada que está la otra. Se entera oportunamente gracias a varias señales, antes de que tengan esa conversación por la que él se hace cargo de todo el caso con la lucidez con que llega a dominarlo. Ella, por su parte, se lo deja saber enseguida, pero al principio simplemente como cosa suya, absteniéndose por completo de suponer que lo del otro tenga que ser igual; que es justo lo que debe hacer, dado que realmente ha sido ella la que, con su proceder, ha hecho que el otro acuda a ver a su tío. Ella cree que sus sentimientos sobre su propio caso son los apropiados e inevitables en ella; pero quiero presentar como interesante y conmovedora incoherencia suya el que intente no inspirar en el otro, respecto a sus circunstancias, ninguna idea igualmente justificada. Decidido está que lo que éste llega a saber, no lo sepa en absoluto por mediación de ella, aunque con el tiempo casi llegue a desafiarla al respecto, sino que lo que llega a saber lo deba, en su mayor parte, concreta y directamente, a Davey Bradham..., con la ayuda añadida de todas las demás impresiones que yo pueda sugerir. Quiero, en cualquier caso, que tenga un momento o temporada plena, grande, clara, de euforia, de una especie de borrachera por el cambio de sus condiciones, antes de que empiecen a surgir las preguntas. Una bisagra esencial es la constituida por el hecho mismo de que aquéllas empiecen a surgir, por la diferencia que esto empieza a suponer. Lo que pretendo de Davey Bradham es que sea determinante en el cambio de opinión de Gray, aunque también pretendo (y mi plan lo tiene prácticamente previsto) que la diversión inmediata derivada de su contacto con Davey sea del todo compatible con su no despertar, ni ver todavía en el horizonte preguntas amenazantes. Debo tener bien en cuenta, además, que toda su visión ampliada del mundo de dinero (antes de cualquier otra clase de mundo) que estas personas constituyen funciona inevitablemente por sí misma, promueve infinitas reflexiones, es causa de que cien, mil, diez mil cosas feas y extrañas se le revelen por todas partes. Una nueva bisagra es la constituida

por la primera vez que Gray es consciente de su malestar, la primera determinación de su malestar en presencia de nuevas revelaciones y nuevas impresiones de todo; determinación, como digo, que quiero que proceda del parecer que se ha formado de que la actitud de Cissy se ve afectada por sus propias reacciones, por sus preguntas manifiestas, sus asombros y, por decirlo lo más simple y claro posible, sus crecientes aversiones. Ella se le ha presentado, al comienzo, en la primera ocasión en que pudo percibirla, como una chica pobre que no tenía por qué serlo, a la que su carácter y experiencia han formado para ascender a un alto y brillante estado y poder llevarlo y asumirlo espléndidamente y estar, en definitiva, a la altura de las circunstancias; y esto lo ha visto él en el calor primero de lo que he llamado su propia euforia. Aún no se ha comprometido, en el sentido vulgar de la palabra; es decir, sólo se había comprometido con la apariencia de estar interesado y encantado; pues su expansión imaginativa al respecto era, como es natural, demasiado grande para dar cabida al momento de concentrarse o limitarse a cuestiones más concretas. Pero ¿acaso este temor incipiente de comenzar a ser, de convertirse, por decirlo de manera que se comprenda, en un caso parecido al de Rosanna, no procede precisamente de la inquietud que causan en él ciertos asombros desconcertantes, intrincados y, si fueran más allá, hasta completamente devastadores, respecto a las posibilidades de Cissy? Ella arroja su peso a la feliz balanza en la que sabe que ya está el de él, y eso es lo que a él le gusta que haga, lo que quiere que haga y la anima a hacer, prestándose a ello mientras se siente, por así decirlo, por encima. La señora Bradham, mientras tanto, la respalda y lo respalda también a él, siendo en general tan tosca, basta y descarada —y tan vulgar su objetivo esencial, su deseo declarado de llevar a buen término el compromiso de ambos—, que el efecto causado en él es justo el contrario al pretendido. El tono con el que Gray se dirige a la chica se convierte, para simplificar, en: “Oh, sí, está muy bien que tenga usted que ser rica, y que tenga las cosas más espléndidas del

mundo; pero no veo, no estoy en absoluto seguro de que lo tenga que ser yo... Y a la vez me parece empezar a entender, por lo que veo a mi alrededor, cómo se consiguen muchas de esas cosas”. Es la insistencia en ellas, el modo en el que todo el mundo –al menos entre ellos– no parece tener en cuenta otros valores que éstos, lo que cada vez va calando más en sus nervios –en sus nervios “morales”, por así decirlo– y en su mediatubunda imaginación. La chica, por supuesto, hace de contrapeso...; su caso no es tan crudo que le impida cumplir este papel; niega ser la clase de existencia que él le imputa, y a la vez sólo ve en la actitud del otro y en su posición una clase de distinción que se suma naturalmente a las circunstancias de ambos y hasta las adorna de alguna manera, en el caso de que ella fuera a casarse con él... Quiero fijar una nueva bisagra en el hecho de que ella empiece a dudar de él, a creerlo realmente capaz de cosas extrañas y anormales que ella aún no ve en absoluto claras, pero que para ella se concretan en ver cómo el otro asigna grandes trozos de su fortuna a servicios e intereses públicos, decide ser munificente en tales cuestiones, al modo de un Rockefeller o similar: aunque con la enorme diferencia de que sus recursos no son, en absoluto, de ese calibre. Es rico; sí, pero no lo bastante rico para seguir siéndolo si le da por esa clase de idealismo pasado de rosca. Veo que hay alguna clase de conversación referente a esto, aproximadamente cuando él se encuentra en lo que podemos llamar su temporada, o escena, o lo que sea, decisiva de confianza o intercambio con Rosanna, en la que ella va a por todas, como suele decirse, y le declara que su propia miseria estriba exactamente en haber recibido recursos que deberían posibilitarle hacer cosas inmensas, pero que están tan deshonorados y manchados y ennegrecidos hasta sus mismas raíces, que a ella le parece que llevan consigo su propia maldición; y que ella se pregunta qué aplicación “benéfica”, según suele entenderse, puede purgarlos, puede convertirlos en algo distinto a meras continuaciones, de un modo u otro, de los males en los que tuvieron su origen. Esto, dramáticamente hablando, sí resulta

decisivo para Gray, y hace que, de alguna manera, se despejen ciertas realidades entre él y Rosanna; lo que, a su vez, constituye claramente una nueva bisagra: deja una marca de valor, tiene un efecto, no deja las cosas como estaban.

Pero, mientras tanto, ¿qué veo sobre Horton, sobre la situación entre ellos, tan imbricada en la situación planteada entre Gray y Cissy y entre Horton y Cissy? Absoluta la importancia, reconozco, de presentar las cosas de ese modo entre ella y Horton y Horton y ella, lo que respalda y fundamenta todo lo que ocurra a partir de aquí. Al pergeñar un plan para estos aspectos primeros creo que ya había preparado el camino; sea como sea, lo preparo aquí: quiero dar el efecto, por lo que vale, de que todos ellos están constantemente, crónicamente, naturalmente y, para mi drama, determinantemente en comunicación; con lo que cada vez veo con más claridad que, cuando llegue el clímax de la acción, Gray habrá sido conducido al mismo tanto por las fuerzas que lo han predispuesto a favor de ella (las relacionadas con ella, en suma), como por las que lo predisponen a favor de Horton. Ella lo ayuda a encontrar su solución casi tanto como Horton, y lúcidamente, lógicamente y siempre del modo más interesante, todo lo ocurrido entre ellos hasta entonces no es sino preparación de esto. Enorme llega a hacerse, mientras tanto, la relación con Horton, basada en el hecho de haber asignado a esta persona deslumbrante (y por quien, además, él quiere y consiente ser deslumbrado) el cuidado o administración de su fortuna; para lo cual lo más característico (aunque la liberalidad del caso lo haga parecer anormal) es que haya habido preparativos, por supuesto (e interesantísimos, por lo que puedo ver) en el Libro 2, en la sección que contiene los pasajes de su cara a cara con el señor Betterman. Me parece estupendo —según veo al impresionado y decidido anciano— barrer todo lo referente a precauciones y rutinas, provisiones de albaceas y similares, y soltar todo el peso directamente sobre el muchacho, sin que éste tenga que considerar una sola condición o salvedad. Lo que he buscado es que el anciano, de

golpe, por así decirlo, en sus últimas, aunque perfectamente lúcidas, horas entre las sábanas, rehaga de arriba a abajo su testamento y lo simplifique lo más posible; en suma, mediante un codicilo tajante que anule lo anterior y otorgue a Gray lo que, en la práctica, quiero calificar como la total propiedad de sus bienes. Gracias a Dios, sólo tengo que ocuparme del resultado de todo esto, que sí confío en saber lograr, sin entrar en ninguna clase de tecnicismo ni en ninguna demostración de especialista. No hace falta que diga que, con esto, no quiero dar a entender que Gray ponga ya, sin más, definitiva y explícitamente, sus asuntos en manos de Horton, con el acento puesto en la impenetrabilidad con que sus ojos están cerrados y todos sus sentidos suspendidos o dirigidos a otra parte; sino que, natural e inevitablemente, y también como cosa de interés, este resultado procede –de hecho, surge directa e inmediatamente– de que él vea en su amigo su mejor y más listo y más pintoresco consejero y lo trate como tal; y si no le ruega humildemente que asuma un completo e irresponsable control, es porque se avergüenza de hacerlo. Dos cosas muy claras aquí; una, que Gray no alardea ni presume lo más mínimo de su carencia –todo un fenómeno en ese mundo– de la menor sombra de comprensión o imaginación comercial, sino que, por el contrario, se siente tan irremediabilmente avergonzado de ello que procura que cualquier actitud imputable a él se mantenga, en la medida de lo posible, fuera de discusión. Y procede, de hecho, del modo que yo sé. Tiene momentos de seguridad; se lo cuenta a Rosanna, a quien le abre su corazón, y con Horton no necesita ser explícito más allá de cierto punto, ya que toda su conducta lo da a entender. Lo que sucede es que, poco a poco, inevitablemente, como consecuencia de hacerle primero este favor y luego este otro y este otro, Horton cada vez consigue un mayor control, consigue una especie de ilimitada libertad de acción al respecto, que en la práctica equivale a la condición de apoderado general; mientras Gray, llevado por un sentimiento que no puede superar, cae en el caso de quien firma cualquier cosa que Horton, y sólo Horton, le

ponga por delante. El estado de su mente y sentimientos, ese estado de deslumbramiento con reservas y cavilaciones, la combinación de reservas y cavilaciones con el deslumbramiento (que es la palabra que encuentro conveniente para designar todo lo que aquí pretendo y anticipo) forma parte de la esencia misma de mi asunto; que, en definitiva, domino en todos sus aspectos. Lo que sucede es, también, que, incluso con la celeridad inherente a la sorprendente naturaleza del caso, Horton pasa por ser un individuo cada vez más adinerado, o digamos que cada vez menos falto de dinero; y que su falta de disimulo al respecto se impone por sí misma y, vulgarmente hablando, triunfa. Apunto estas cosas aquí de modo tan crudo y sumario, doy estas bastas señales e insinuaciones, con la sola intención de hacerlas expresas; pero lo interesante aquí, en grado sumo, y lo brillante y característico, es que Horton sea “espléndido”, creíble y delicioso, justo por sugerir tan lógica y tan felizmente todas estas cosas. Reconoce ante Gray que, por supuesto, se ayuda a sí mismo al ayudarle; que, por supuesto, su relación con Gray le beneficia en el mundo de los negocios y le permite hacer cosas que nunca antes había hecho... No necesito ahondar más, soy perfectamente consciente de lo que veo; y, en general, esta sensación tiende a afianzarse. Una tremenda bisagra es la que se forma, sobre todas estas cuestiones, cuando Gray empieza a alumbrar su primera pregunta concreta (tras alguna insinuación, sugerencia o impresión planteada con todo el dramatismo que sepa yo infundir al caso) sobre lo que Horton está haciendo realmente con él, y sobre si realmente hará por averiguarlo o no. Esa cuestión primera se reduce a la cuestión de lo que hará o no; y la respuesta que le dé, no inmediata, sino tras recabar nuevas impresiones, será algo de vivísimo interés para nosotros, se convierte en una consideración cuyo clímax supone exactamente la bisagra que, en cierto sentido, es el clímax de todas las bisagras. Ve... lo que yo veo que ve; y, por supuesto, no es este acto de visión en sí mismo, sino lo que sucede como consecuencia suya, y el proceso de confrontación, reflexión y resolu-



ción que sigue..., lo que me conduce a este punto álgido de hermosa dificultad y claridad. Entra aquí en juego, por supuesto, una exquisita calidad de representación, acompañada de todo lo que haga falta para proporcionarle riqueza e interés. Una bisagra aquí, bisagra de bisagras, en pro de un funcionamiento flexible y perfecto, es la visión que Horton tiene de lo que el otro ve, y la audacia mental y moral que exhiba ante la certeza de lo que aquello pueda significar para él. Hay una escena, por supuesto, entre ellos, en la que esto sólo de un modo provisionalmente grosero y aproximado podría considerarse resuelto: no necesito insistir, está ahí; lo que quiero está ahí; sólo tengo que tirar de ello: está todo ahí, amontonado y apretujado y a la espera de la mano más adecuada. Baste por ahora.

En cuanto a Cissy Foy, mientras tanto, el caso me parece que se aclara, y que se aclara a la perfección; o que está destinado y determinado a hacerlo, en todo caso, en cuanto apretemos la tecla justa. ¿Cómo explicar, de momento, su caso en términos sencillos y rudimentarios? Ella ve la mejora de la situación de Horton, es testigo de ella, le agrada, incluso hasta cierto punto le causa asombro, pero un asombro que, digámoslo así, le sirve poco más que como punto de apoyo a su agrado y favorece a éste; así es como la afecta y la refrena el espectáculo del otro ejerciendo, y ejerciendo, del modo más claro que ella ha tenido el placer de presenciar hasta entonces, su capacidad y fuerza, su condición de hombre de acción que actúa, y que hasta ese momento no ha podido exhibir. Finalmente, ella no disimula que le gusta su éxito, y él oye de sus labios que le gusta; y a ella le gusta hacerle saber que eso le gusta, y hela ahí mientras tanto en contemplación, digamos, de esos dos hermosos casos de posesión y adquisición, de los cuales la pobrecita indigente no obtiene aún ningún beneficio directo, pero que de alguna manera han coincidido ante ella para plantearle una especie de inminente dilema, el de cómo llegarán a afectarle con el tiempo. Tremendamente interesante y atrayente, digamos, señalar el punto (¡ésta sí que es una bisagra!)

en el que Gray empieza a percibir tenuemente el caso de ella, igual que ha empezado a percibir tenuemente el de Horton. Distingo aquí, por más que las tenga cogidas por el rabo, una relación y una dependencia interesantísimas entre lo que toscamente puedo llamar el estado mental de Gray y lo que, digámoslo así, está ocurriendo en Cissy. Y ya que aludo al modo más primitivo de expresarlo, lo que él capta es el momento en el que ella empieza a decirse: “¿Y si él, y si Horton fuera a hacerse rico...?”; lo que viene a ser una llamada a refrenarse o, digamos, una advertencia o presagio respecto a sus propios avances, cada vez más cercanos; lo que, de paso, plantea la, en cierto modo, portentosa, ominosa y, con todo, placentera evidencia de sus propias posibilidades de, a este paso, volverse pobre. Con todo, no capta que ella se pregunte, al menos entonces: “¿Cómo va Horton a hacerse rico, cómo ha llegado esto a suceder, y a esta velocidad, y qué significa?”... Sólo tiene que habérselas con ese “¿Y si Horton, y si...?”, lo que equivale a tener que habérselas, además, con la asombrosa idea implícita de “¿Y si..., y si el señor Gray, por gracioso que parezca el hecho, fuera a volverse pobre...?”. En ese punto la ve, y ve al mismo tiempo que eso es todo lo que ella va a acercársele; que eso es quizá todo lo cerca (esta espléndida perspicacia medio empieza a manifestarse en él) que ella va a permitirse llegar. Y después de que ese primer escalofrío, esa conmoción, ese dolor (pues quiero que llegue a sentirlo) se le desvanezca un tanto, al superarlo él o sacudírselo, la realidad del hecho se le queda reducida a la hermosa manera en la que se sume en la captación, imaginación o apropiación general e irónica del conjunto. Ella los tiene a los dos en la balanza, cada uno a un lado... Y eso queda entre ellos, entre él y ella; debo haberlo preparado todo bien para que sea un momento inmejorable. Lo que quiero hacer, por supuesto, es extraer de esta situación concreta todo lo que pueda dar; y lo más que dará será la cualidad dramática, la intensidad, fuerza, empuje, o lo que sea, del conocimiento de estas cosas por parte de Gray, una vez lo hayamos determinado, y de, por supuesto, su asombra-

do interés por ellas; que viene a ser una especie de luz sobre las dos personas implicadas. Veo que es ella quien le da la medida, digamos, del fructífero proceder de Horton, y lo hace sin ni siquiera tenerla clara ella misma, o sin querer tenerla más allá de que esto sea éxito, promesa y perspectiva de ganancia a gran escala. El resultado es que él la sorprende creyendo en Horton justo en el momento y medida en que él se ha sorprendido a sí mismo dejando de creer en el desinterés de este último. Ningún ejemplo mejor ni más claro se le presenta entonces de la fuerza del poder y del prestigio monetarios, por innumerables que hayan sido los ejemplos que le han asaltado por todas partes. Incluso tiene delante, para estudiarlo, si lo desea, el efecto que esto obra en ella; y efectivamente lo estudia, lo estudia de un modo que, como también ve, le hace a ella pensar que esta consideración más atenta hacia ella, esta, digamos, aproximación a ella es la expresión de una mayor simpatía, fe y buena voluntad, de un mayor deseo, en definitiva, de gustarle. Y al mismo tiempo es, para el mismo Gray, otra cosa; pero otra cosa, al mismo tiempo, casi igual de absorbente que si fuera lo que ella cree que es; y la fascinación de ver lo que resulta de esto (es decir, de esa situación, de ese estado de vigilancia, de ese equilibrio inestable que experimenta la muchacha)...; esa “fascinación” tan “divertida” de mostrar, con todo lo que conlleva. Él verdaderamente disfruta distanciándose lo más posible de todo eso para poder tenerlo delante, mientras tanto, como objeto de observación y asombro, y debo dejar bien claro que esto, en buena medida, lo calma y lo alivia, y comienza a manifestársele, precisamente a través de esa conciencia, como ejemplo de la clase de asuntos que le preocupaban y añoraba. Igualmente, algo que ahora empieza a parecerle discernible en Horton, una especie de seguridad más o menos disimulada, pero también muy honda y más o menos decidida, le sirve como indicador de cómo piensa íntimamente Horton que le irán las cosas; seguridad que se refiere, no debo omitirlo, a sus posibilidades con Cissy, después de todo; pues sus sentimientos

hacia ella son, por así decirlo, el más desinteresado de sus intereses; todo esto, en correspondencia con el modo en el que Gray capta la seguridad de ella, que es el que he estado esbozando... Quiero decir que la única cosa desinteresada en Horton es sentir tanto apego por ella que verdaderamente se preocupa por su libertad, se preocupa por que ella haga lo que, en líneas generales, le apetezca más –en la medida en que las cosas respondan a las apetencias de ella–, por la actuación, por la evolución, digamos, de su propia y clara preferencia. De alguna manera, abriga el parecer de que, de todos modos, pase lo que pase, no dejarán de ser “amigos”. Ganas me entran de hacer que Gray sorprenda alguna muestra concluyente de cómo están las cosas finalmente entre los otros dos; por más que digo “finalmente” como si él hubiese tenido mucha luz respecto a cómo habían estado anteriormente. Y no es que yo desee que haya tenido mucha más luz, pero sí necesita haber tenido alguna, pues no faltan quienes le hablen de ello en ese circuito de charlas, alusiones y cotilleos en el que está tan metido; aunque vaya siempre por delante su propia apreciación de lo que pueda haber de verdad en tantísima cháchara. Lo que creo ver, al respecto, es que ha “creído” entender hasta ahora que ella sí que ha sentido “afecto” por su amigo en otro tiempo, pero que Horton no ha sentido ninguna clase de afecto por ella y ha mantenido su reserva, como es connatural en él; y, sobre todo (y esto sí que lo sabe Gray), que no ha renunciado nunca del todo a sus aspiraciones respecto a Rosanna. Al menos, así lo cree Gray, lo que le ayuda a no situar la pasión, o como queramos llamarla, a la que la jovencita ha renunciado y, una vez sofocada, ha sobrevivido, en ningún juego de paciencia o cálculo, arraigado en parejos sentimientos, por parte de Horton. Quiero la plenitud de efecto de lo que me resulta cómodo llamar “el descubrimiento de Gray”, su pleno descubrimiento de los otros dos “juntos” en alguna situación que sea reveladora y significativa y –para repetir de nuevo mi palabra preferida– decisiva en sumo grado. Este efecto requiere justo lo que he estado esbozando: esa línea argumental

que le ha permitido apoyarse en las apariencias, según las ha ido interpretando. “Ella ha estado enamorada de él, sí... Pero eso no ha llegado a nada, no podía llegar a nada; porque, aunque él ha sido consciente de ello, y se ha mostrado simpático y amable con ella, no siente lo mismo... En esas cuestiones, es un pájaro de lo más frío y calculador. Le gustan las mujeres, sí; y ha tenido muchísimo que ver con ellas; pero no del modo que hubiera supuesto una verdadera relación con ella... Y ella ha renunciado a él, ha renunciado a aquello, por lo que uno no tiene que preocuparse ni tener escrúpulos o temer interferir en las posibilidades de un amigo”. He aquí un breve compendio de lo que veo. Pero se me ocurre que deseo algo más, con vistas al efecto pleno y los detalles exactos y el carácter inequívoco de lo que llamo “el descubrimiento de Gray”. Éste debe de haberle dicho a Horton, cuando su trato lo haya permitido en algún momento que sugiramos, o cuando venga al caso: “¿Te importa decirme si es verdad, ya que lo he oído como cosa prácticamente segura, que ha habido alguna clase de noviazgo entre la señorita Foy y tú? ¿O que estás tan interesado en ella que ver a otro haciéndole la corte sería para ti un golpe, una afrenta, motivo de disputa o desafío o lo que sea?”. Eso creo ver, clarísimamente; y, por lo mismo, me parece ver la tajante negativa de Horton. Veo que Horton dice un “No” enfático... Y esto, por razones muy concebibles en él, en cuanto uno capta lo que tienen que ver con su deseo, superior a todo y más allá de cualquier otra cosa que desee en ese momento, de llevarse bien con Gray. Su negativa es verosímil; Gray la cree y acepta; sobre todo porque, en el momento en cuestión, es lo que desea hacer, en bien de su propia libertad de acción. Consecuentemente, hago constar que cuando él, en determinadas condiciones, los encuentra inesperada e inconfundiblemente juntos, el descubrimiento le resulta doblemente revelador. Incluso podría decir triplemente; pues le muestra, en primer lugar, que Horton le ha mentado y, por tanto, que Horton puede mentir. Cosa interesantísima e importantísima, y que a él le resulta extrañamente fascinante... Mues-

tra, en segundo lugar, hasta qué punto Cissy “piensa” en Horton y él en ella; y muestra, en último lugar —y ya tenemos el triple—, que Horton ve que sus propios asuntos marchan tan bien que puede plantearse ahora la posibilidad de casarse; es decir, que siente que puede *permitírselo*; que no necesita a ninguna Rosanna para compensar su propia pobreza. Lo que zanja, como por obra de un relámpago de visión, la opinión que merecían a Gray sus intenciones; y constituye, por tanto, una intensísima bisagra de primerísimo orden. Quiero desarrollar el punto en el que todo lo que ve y siente y junta al respecto se convierte en una decisión o actitud, en una aclaración de todas las cuestiones turbias, de todas las oscuridades y dificultades pendientes para él respecto a lo que llamo su “solución”, aquello con lo que él se sentiría más a sus anchas, más claro y coherente, al tomar una decisión. Este proceso y su propia posición al respecto, con todas las implicaciones y consecuencias que son resultado del mismo, son cuestiones difíciles y delicadas de formular, pero veo con definitiva intensidad su sentido, y siento que todo vendrá por sí solo conforme me vaya acercando. Lo que constituye un gran y hermoso desafío al manejo general de todos estos entresijos es el hecho de hacer concebible y clara (o, en otras palabras, creíble, coherente, vívida e interesante) la extraordinaria relación concreta que se establece entonces entre los dos hombres. El que podamos llegar a estos extremos con Gray entra más o menos en mis cálculos y es factible, según creo apreciar; pero lo bonito de la dificultad estriba en lograrlo y en mantener la nota e intensidad adecuadas respecto a Horton. La “aceptación” de Horton... ¿Sobre qué prodigioso fundamento, que no sea una idea efectiva y directa de la rareza exaltada y la perversidad, constitucional o no, de Gray, puede presentarse esa aceptación como algo inactivo? Dos sutilezas (digo que al menos una de ellas me llama la atención por lo sutil) se me ocurren aquí: una de ellas es ver (¿acaso no lo veo?) cómo encajará —o cómo quedará fuera—, como parte esencial de la viabilidad del conjunto, la medida en la que ambos han dejado de poner los

puntos sobre las íes entre ellos, las han dejado conscientemente sin puntos, y en la que, extraordinariamente, aunque sin alterar la lógica de la cuestión, mantienen las distancias (eso es lo que hace Gray, mientras el otro se limita visiblemente a seguir su ejemplo); el modo, decía, en el que este mantenerse al margen de aclaraciones tajantes o supremas es, se confirma, un rasgo de la acción de mi héroe en estos asuntos; lo que lo pone a uno ante una labor de lo más interesante. Horton lo acepta justo como parte de esa prodigiosa rareza a la que él no deja de seguir la corriente en la misma medida en que Gray da por hecho que lo hará; y la “sutileza” a la que aludía, la segunda de las dos, es que Horton jamás se aparta de su espléndida teoría de que está “cuidando”, consumadamente, de su amigo, de que está haciendo lo posible, según nuestro, por hacer ver, igual de consumadamente, que lo hace. Muchísimo puede sacarse del asombroso hecho de que Gray le ahorre a Horton, le evite, el someter cualquier cuestión a un examen real y directo; un examen como el que implicaría pedirle directamente una gran suma de dinero, una cantidad grande, realmente acorde con sus recursos teóricamente intactos y como la que él, con toda la propiedad del mundo, podría simplemente decir que tiene en qué emplearla de inmediato, o que tiene algún importante destino al que aplicarla. Muchísimo, muchísimo es, como digo, lo que veo que me proporciona la enorme excentricidad, constituida y aceptada, de los distanciamientos de Gray. La imagen de la relación que esto establece entre ellos me la proporciona mi consiguiente visión de la manera o maneras en que se miran incluso mientras hablan entre ellos a un son que, lógicamente, coherentemente, tendría que convertir esas maneras en *otras*; la clase de educación de la mirada que el hecho induce en Horton, al tenor general de “ver hasta dónde llega” el otro. Y las cosas que se dicen, tan bonitas de hacer si se hacen sin exageraciones...; con esa fórmula de “cuidar a Gray” que Horton entreteje con su propio descaro. De esa fórmula, entre tanto, se sirve Horton para salir al encuentro del mundo; mundo que, en un

momento dado, no puede por menos que estar lleno de asombro y rumores. De ella se vale, sobre todo, para conocer a Cissy, que la acepta de él de un modo que lo ayuda sobremedida a conservarla; y de ella debería valerle para conocer a Rosanna si, después de cierto día o temporada, tuviese arrebatos para atreverse, digamos, a “conocer” realmente a Rosanna. Con esa fórmula de Horton –en la que creo que, finalmente, lo mostraré deleitándose en público– el propio Gray conoce a Rosanna, con la que se ve muchísimo en todo este tiempo y mantiene conversaciones que sólo pueden equipararse, en otro sentido, y por distintos que sean los valores que las colman, con las que mantiene con el consumado Horton. Cuestiones todas ellas de mucho encanto –interesantísimas, quiero decir–, implícitas en los asuntos que toco precisamente ahí; además de la manera en que se miran (me refiero a Rosanna y Gray), ya que hablábamos de miradas... Gray, en la medida en que puede, mantiene todo ello en el terreno de la comedia; elaborando un tono, un hechizo, al que no cede Rosanna, como tampoco cede, lo que se dice ceder, a ninguna otra cosa. Y me parece ver el momento final, preparado desde mucho antes, en el que, por primera y última vez, cede como quien renuncia a un valor grande y hermoso. Ésa sí que será una bisagra, y no las otras... Pero, mientras tanto, lo que hay entre ellos es la sombría confianza, la ternura, la fascinación, la ansiedad y una docena de cosas admirables más, con las que ella asiste al tono de Gray sin bailar a su son (pues esa clase de bailes y demás no son cosas que salgan verdaderamente de ella), pero sí recibéndolo de él y acomodándose a él con toda su ansiedad y confianza de alguna manera entremezcladas, como dejándose llevar... Queda tanto por hacer con Gussie Bradham, esa portentosa mujer, que hasta temo quebrar o reventar el molde en el proceso: tan efectiva la veo, a pesar de la aglomeración y apretura de funciones, a la hora de producir esas reacciones (después de todo, predeterminadas) en Gray por la simple exhibición completa de su tipo y presión y agresiva masa. Realmente, merece un libro para ella sola, o lo merecería, si



yo me inclinase hacia ese lado: aquí me limito a comprimir en una especie de cáscara de nuez lo que necesito de ella, y digo que es ella la que le señala a Gray cómo y por dónde viene su solución (o, en cualquier caso, algunos de sus aspectos adjuntos y significativos), cuando nada hasta su cubil y le hace una primera escena por lo mezquino de la idea que él se hacía entonces de su oportunidad. Es entonces cuando el otro siente que debe de estar casi a punto de entrar en la verdad de las cosas, ya que ha sido capaz de atraer su atención... Y sobre nada tendrá ella más ganas de hacerle una escena que sobre su medida del gusto y la delicadeza y de lo simpático y agradable y de lo que se quiera... De entrada, sostengo que él se presta, que ese estupendo tono y presión impulsores de ella, y su posible modo de apoderarse de él, y Cissy y la cuestión de que Cissy sea el punto de unión, han venido a convertirse en una especie de salvaproblemas al que se ha entregado, que ha soportado como impulso conveniente o determinante práctico para la ocasión (aunque, incluso entonces, se sienta escéptico respecto a lo que ésta pueda durar)..., pero que ya ha llegado a hartarlo en exceso, a agobiarlo más de la cuenta y, según siente desde su ya inveterada austeridad financiera, a exprimirlo y a arruinarlo más de lo habitual. De momento, hace en sociedad lo que ella le manda, lo que ella le endosa como lo mínimo que una persona decente puede hacer; y lo hace incluso con cierta perpleja diversión... Mientras Rosanna, apartada y absorta en sus propias meditaciones, por así decirlo, fuera del círculo y en su propio terreno, pero siempre atenta, pone su ojo para hacer lo que casi podríamos llamar un guiño inteligente, que invita a la paciencia. Qué pena que falte espacio para el lucimiento específico de la señora Bradham; lo que me lleva a reflexionar sobre hasta qué punto mi planeada concisión, absolutamente preciosa y fuera de toda discusión, ha de restringir muchísimo un mayor despliegue de lucimientos. Intensidades de escorzo alternadas con vivezas de extensión: he ahí la etiqueta aproximada del proceso. No pierdo de vista lo mezclada que anda Cissy con determinadas conse-

cuencias del apremio de la señora Bradham, y de qué manera tan intimidatoria, si es que se le puede llamar así, ella ha planteado la cuestión de lo que él debería “hacer por todos ellos”, basándose en particular en lo que está tan en su mano y le resulta tan indicado hacer, en especial, por esa exquisita pobrecita... Lucimiento, lucimiento, sí; pero cuánto peso habrá de tener cada pulgada del mismo. Creo que quiero que ella le haya obligado a hacer alguna cosa más bien grosera, en contra de su propio sentido de la delicadeza en tales cuestiones; y que esto de alguna manera pese muchísimo en su relación con Cissy. Me parece que lo que busco es algo así como que se haya dejado inculcar por la otra la idea de ofrecerle a Cissy algo muy hermoso a modo de “gentil” tributo a su mezcla de pobreza y encanto... ¡Bravo, bravo, creo que ya lo tengo! No olvido que la señora Bradham quiere que él se case con ella... Y que ese grado de “desinterés” es el que da la medida de la señora B. en toda su salsa. Con lo cual, en apoyo de esto, y siendo los escrúpulos de ella capaces de... bueno, de lo que se verá, ella fuerza hasta la exageración la idea de que él “reconozca” lo simpática que fue Cissy, allá y entonces, con su pobre padraastro enfermo, que ya lo reconoció y se lo dijo por escrito a la muchacha en un par de encantadoras cartas cuando ésta volvió a América poco antes de la muerte de aquél. Gray “lo sabe”, y por supuesto verá sobradamente lo que ella pretende. Por tanto, ¿no sería un detalle por parte de Gray darle a ella, a Cissy, algo verdaderamente hermoso y valioso y que le resultara útil en sociedad? Por supuesto, lo que no puede darle es dinero, que es lo que más útil le resultaría. Bajo este apremio, en definitiva, y con una idea, nacida de su bonhomía, su imaginación y (cosa bien distinta) sus propios escrúpulos, de lo que Gussie Bradham ha hecho por él con su actuación, se ve en el caso de haber comprado un muy escogido collar de perlas de una vuelta, del que la chica pudiera presumir siquiera en Nueva York, y regalárselo a nuestra joven como la muestra de reconocimiento que la señora Bradham ha imaginado entre ellos. La belleza del rasgo, según veo, es que puede ser ilus-

trativo en más de un sentido; ilustrativo del apremio, de hasta dónde se ha dejado llevar Gray por su “aprecio”; y, sobre todo, de la inteligencia y “sutileza”, verdaderamente interesantes, de Cissy. Ella rechaza el regalo con mucha amabilidad y ruegos, pero, según le parece a él, de un modo bastante definitivo... Lo rechaza por no ser relevante o proporcionado o congruente con la relación, sea cual sea, que aún mantienen, y por superar con mucho cualquier gentileza que ella pudiese haber mostrado en Europa. Al actuar así, ella hace justo lo que él, en el fondo, sabía que iba a hacer, y por lo que ella le gusta...; y el resultado es que ella ha hecho decididamente más por acrecentar el interés de Gray (según ella misma no deja de decirse) que si lo hubiese aceptado. De momento, él se queda con aquello en las manos, y lo que quiero es que, acto seguido, se vea, de rechazo, por reacción, y al no plantearse venderlo de nuevo, etc., se vea, decía, ofreciéndoselo a la mismísima señora Bradham, que lo engulle sin pestañear. Y, sin embargo, de algún modo, esta pequeña historia de las perlas, y el que ella no las acepte y él, en cierto modo, le deba alguna compensación por ello, algo que la otra sí pueda aceptar, queda ahí entre mi jovencita y él. Y se interponen de nuevo entre ellos, humorísticamente, libremente, irónicamente (¡y qué ironía la de la chica!) cada vez que aparecen en la persona de la señora Bradham, a cuyo enorme caudal de adornos se suman del modo más conspicuo.

Pero a lo que voy, sobre todo, es a que Gray no somete exactamente a examen la cuestión de qué está sucediendo con sus fondos bajo la tutela de Horty ni cultiva, al efecto, el valor necesario para las pingües ganancias y los grandes botines, o ese coraje para creerse el cuento de hadas de la riqueza súbita que le resultó brevemente y hasta gratamente posible en el primer estallido de su situación. Se contiene, se abstiene, se mantiene apartado, ve (o, concretamente, es visto por otros, cuando éstos se dignan a mirar y se extrañan y pasan a desafiarlo) que está viviendo y gastando sus supuestos ingresos con la que pasaría por ser la más extraor-

dinariamente timorata y limitada de las imaginaciones. A él le gusta esa contención, la disfruta y siente una especie de asombrosa y refrescante decencia al respecto; al menos, sobre todo, un interés y curiosidad de lo más refrescantes sobre el hecho, o más bien, debido al mismo. Pero su posición exige ser explicada a otros, y que se decida, tenga que decidirse, por una línea de acción, sin dejar de lado a Horton. A partir de ahora no está en absoluto dispuesto a dejar de lado a Horton, pero al mismo tiempo está abocado a vérselas con el mundo, con la sociedad, con el séquito más que opresivo que constituyen, para él, tres personas representativas, está abocado a vérselas con lo que he llamado ese desafío de algún modo que le permita hacerle frente de alguna manera sin dejar a nadie de lado. Estas tres personas especiales son Rosanna y los dos Bradham; y creo ver claramente que quiero expresar lo más vivamente posible su parecer respecto a la situación, lo que significa y lo que busca él, desde dentro, a través de lo que les sucede al respecto, en relación a él, a Rosanna y a los Bradham. Y es por lo que les “dice” a los Bradham y a Rosanna (mediante el procedimiento, principalmente, de no decirlo) por lo que me parece ver mis aciertos plenamente conseguidos, y que la presentación de los distintos estados de todos ellos adquiere extrema viveza y dramatismo. Son escenas, y su función es servirnos exactamente, y del modo más lucido posible, lo que deseo que representen. Y si el mayor interés que tienen, en el peor de los casos, depende de que incluyan a Rosanna, con todo siguen siendo aciertos que atañen a la relación con Davey, y son las tres relaciones, en cualquier caso, las que hacen que la cosa funcione a mi satisfacción. Las tres, en este animado contexto, son totalmente diferentes, por más que el objeto de las tres sea el mismo; y el que cada una de ellas tenga que contar con las otras debería capacitarme para hacerlo maravillosamente bien: me refiero a exprimirle todo el sentido dramático a la situación. Lo más hermoso, por supuesto, se refiere a los aspectos relacionados con Rosanna: todo sucede entre ella y él, y hay ya

tanto fundamento en lo habido entre ellos...; sin necesidad de lo que he llamado “explicaciones” por parte del otro. Incluso sin explicaciones –o, más aún, por la misma ausencia de éstas–, hay todo lo necesario: de asunto y de iluminación dramática. Respecto a Gussie Bradham..., sobre ese aspecto no necesito aquí demostrarme ni insistir lo más mínimo. Lo tengo, lo veo todo, está *ahí*. Pero con Davey quiero algo que sea muy bueno, o, por decirlo con otras palabras, muy funcional; y me parece incluso preguntarme si no quiero ver a Davey en la situación de pedirle dinero. Eso, si me decido a verlo así, requerirá la búsqueda de un fundamento adecuado; y me parece casi vislumbrar cuál es ese adecuado fundamento. Mi idea ha sido desde el principio que el dinero de los Bradham es todo de Gussie; en Davey he visto, por su mismo tipo y aspecto, por toda su distanciada ironía y humor e indiscreción y mérito general, al joven sin dinero que se ha casado con la heredera, lo que habría sido Horton si hubiese podido casarse con Rosanna. Pero no hace falta que ninguna analogía se me entrometa aquí: el que Horton no lo haya hecho, y lo esencialmente distintos que son los dos hombres, allanan esa clase de cuestiones. Sólo que me parece querer que la fortuna de Gussie, además de no haber sido ni remotamente comparable con la de Rosanna, sea, a pesar de la hermosa fachada que ofrece al exterior, una cantidad dilapidada e indeterminada, muy estragada por la violenta presión que Gussie ejerce sobre ella, y que, por tanto, representa, a través de las enormidades de hábito y actitud de su dueña, un contacto y una relación con el mundo del dinero, tanto más cuanto, característicamente, según Gray empieza a ver, casi todo lo que no responde al tenor de las necesidades y apaños e ideales de Gussie ha sido, digamos, arrojado por puertas y ventanas. ¿Lo de estos Bradham, por lo dicho, no será rapiña? Rapiña, quiero decir, de los muy ricos; con Gussie insistiendo en que Gray será y actuará en todo como uno de los muy, de los muy-muy, justo para que ella pueda hacer rapiña en él. Sí, y así es como Gray aprende..., así es como una parte de las simas de la historia finan-

ciera de Nueva York relacionadas con Davey pasa a ser su propia (de los dos, pero sobre todo suya) sima de incomodidad, sima de incapacidad para mantener el tipo, combinada con toda la imposibilidad social de no hacerlo. De algún modo, los aciertos de carácter auxiliar, funcional e ilustrativo que quiero en Davey son tales, que realmente pienso que casi quiero que sea la persona, *la* persona, objeto de las donaciones de Gray...; como una especie de reconocimiento del notable ypreciado papel (¿acaso no lo veo así?) que Davey juega en su vida. Pues hasta ese punto aprecia al Davey esclarecedor, a quien estoy completamente seguro de que no deseo mostrar bajo una luz maliciosa o depravada, sino sólo como un trapo o esponja normal que se empapa del medio circundante. Está más allá o fuera de todo juicio moral, de toda condición escandalizada; le divierte lo que hace y el efecto o efectos, general y particulares, que esto tiene sobre Gray, que es su relación de lujo, por así decirlo, y a quien de alguna manera me parece querer presentar como el único en todo ese medio capaz de apreciar su genio o, en otras palabras, su distanciado juego mental y el hondo “humor americano” del mismo. ¿No me parece, incluso, desear que lo que pida sea más bien grande? Un buen pedazo de suma, sobre el que Gray, siempre divertido, responda que tendrá que pensárselo. Que Gray se piense una cosa como ésta significa, notoriamente (y creo ver que no puede ser de otro modo), preguntarle a Horton si puede, si le es posible, si Horton se lo dará, si, en definitiva, el asunto convendrá a Horton... ¿O es mejor no indicar ni informar a Horton ni confesarle el posible destino de la suma, ni una explicación de lo que el otro quiere hacer? ¿No lo veo así...? Que Gray, después de decírselo a Horton, ha provocado justo ese primer alegato importante y revelador por parte de Horton, el de “En realidad, no puedes, ya sabes, a este ritmo”... A pesar, incluso, de lo ascético que ha sido Gray por algún tiempo... “No te conviene en este momento; y debo pedirte, ya sabes, que me creas si te digo que mejor no detraigas esa suma de lo que justo ahora estoy haciendo por ti...” Con lo que

quiero decir, pues probablemente no estoy usando aquí los términos que Horton usaría: “mejor no hagas esa demanda (“demanda” es la palabra) cuando justamente estoy haciendo por ti, etc...”. Lo que me parece ver es que Davey sí que tiene dinero propio, pero lo tiene sólo en una medida que queda considerablemente por debajo de su petición o propósito o como queramos llamarlo; en otras palabras, que Gray le proporciona un tercio, u otra fracción, de la cantidad completa; y que esto le supone al otro prácticamente la necesidad de decir que Horton se niega a permitir que reciba más. Eso es lo que quiero, lo considero un acierto; considero un acierto el punto de vista de Davey sobre la cuestión, considero un acierto lo que se establece así entre ellos; y me parece ver, antes que nada, el *encubrimiento* que hace Gray de Horton en respuesta a las insinuaciones, menos indignadas que divertidas, y al cuadro humorísticamente fantástico con el que los labios de Davey pintan el ritmo en el que Horton lo está dejando sin blanca; siendo esta línea de conducta, este modo de actuar y apilar argumentos de defensa, excusa, etc., verosímiles —si es que el pobre Gray puede ser verosímil en estas complicadas cuestiones “técnicas”—, la imagen vívida, la más vívida, que me interesa dar en mi presentación del personaje. El encubrimiento de Horton, el encubrimiento de Horton... eso supone mucho más que no venderlo, esta protección activa y patente verdaderamente me parece lo que la lógica de mi asunto demanda. Bueno, entonces, si se reduce a eso, si eso es, más que nada, lo que pide el asunto, en bien del valor dramático, ¿qué menos, coherentemente, que Gray llegue hasta el final? No sé por qué —me ronda la cabeza— no quiero que el conocimiento pleno y vívido de esto adopte la forma de una horrorosa, horrible crisis por parte de Horton, y que, bajo el peso de ésta, sea él quien “repentinamente” se lo revele a Gray, arrojándose sobre él en la más febril y desesperada petición de consuelo. ¿En qué se fundamenta, entonces, la naturaleza de esta crisis, qué puede ser, qué fundamenta esta urgencia de consuelo, sino el hecho de tener algo completamente atroz que confesar, tan

atroz que no puede por menos que afectar a la esencia misma de su reputación, su honor y decencia, su seguridad, en suma, ante la ley? Pongamos que ha incurrido en alguna irregularidad enorme; pero que, con todo, no hay que confundirla con las irregularidades en las que ha incurrido en relación al propio Gray y que, hasta ahora, en el peor de los casos, han dejado intacta una parte sustancial de sus fondos... Eso es, eso es; démosle vueltas, en fin, hasta ver si es realmente necesario. Yo lo creo necesario porque, mientras considero todo esto, siento que me preocupa la necesidad de que se haga patente alguna aguda determinación...; y, con todo, también veo objeciones; que probablemente se multiplicarán cuando examine más de cerca la cuestión. La dejo a un lado, de momento, en mi camino, para volver pronto a ella y examinarla más atentamente..., una vez haya podido librarme un tanto de ella –quiero decir, de este aspecto particular–, para volver a ella con más frescura; abordando mientras tanto dos o tres cuestiones distintas.

La cuestión general de en qué ha estado verdaderamente interesado nuestro joven, en qué estado decidamente más o menos ocupado todo el tiempo, me veo dejándola, o por lo menos habiéndola dejado, en suspenso por una cierta sospecha de su relativa irrelevancia. Es decir, que me he dejado llevar por mi instinto para, definitiva y abiertamente, hacer del caso un ejemplo tan completo como sea posible del tipo de cosas que lo convertirán tanto en una anomalía como en un intruso en el mundo de negocios neoyorquino, ese mundo neoyorquino de feroz ganancia, ese mundo de enormidades de gasto y extravagancia; de modo que la supresión real, en su caso, de todo lo que, en el ambiente americano, suponga un carácter de hacedor de fortunas, o siquiera de asalariado, o acaparador pecuniario, me parece del todo necesaria para dar énfasis a su total diferencia de sensibilidad y relaciones. Siempre he tenido ganas de crear a un improductivo acérrimo, lo que normalmente entenderíamos como un no acumulador de ganancias materiales, en cuanto me viera capaz de darle un aspec-



to de interés realmente dirigido en otra dirección o en otro sentido, o incluso una inteligencia de intereses generales. Veo mi figura, pues, en este caso, como un ejemplo absolutamente claro de desviación abierta y serena de la tradición y superstición, de la costumbre y la norma tan inveteradas allí; cosas que allí esencialmente se traducen en alguna modalidad de tender las manos para coger dinero sobre un mostrador o absorberlo por mil canales retorcidos. Pero quiero algo lo más diferente posible, es decir, tan diferente de los “ociosos” de allí como de quienes se llaman activos; en resumen, como digo, un caso acérrimo, y por supuesto reconocida y excepcionalmente especial y magnífico, cuyos antecedentes y pasado puedan ayudar a explicarlo más o menos vívidamente. Por supuesto, nuestro joven es un caso especialísimo; si no lo fuera, mis datos no cuadrarían en absoluto; que lo sea es el alma misma de mi asunto. Se trata, por tanto, de cómo hacerlo lo más especial posible; ¡pero veo esto con tanta claridad que apenas tengo que malgastar palabras aquí...! Hay tres o cuatro hechos y consideraciones concretos, sin embargo; condiciones que han de ser vistas con claridad. Quiero esquivar las fastidiosas asociaciones “artísticas” que rondan al tipo habitual de joven anglosajón “criado en el extranjero”; pero sólo en la medida en que sean verdaderamente fastidiosas. Mi idea implica absolutamente que Gray se atenga –un poco cabizbajo al principio, pero decidido, conforme va viendo las implicaciones que lo contrario supone– a su admisión de que no tiene absolutamente nada que exhibir, nada, en forma de obra lograda... A lo largo de su vida ha visto tantas obras logradas, tanto de las que parece que piden perdón como de las más pretenciosas... Y, con todo, hasta ahora no ha tenido en absoluto la sensación de una conciencia vacua o lo que se llama una vida desperdiciada. Lo que, sin embargo, se debe por supuesto a ciertas cosas, ciertas ideas, posibilidades, inclinaciones y disposiciones por las que sí se ha preocupado y cuyo fermento ha sentido, a su modo. Por supuesto, su problema es una especie de exceso de “cultura”, en la medida en que el cariz que ha

tomado su existencia hasta entonces ha supuesto el cultivo de ese artículo. Una vez más, sin embargo, veo que realmente domino el asunto y no tengo por qué demorarme aquí en urdir más que uno o dos detalles materiales al respecto. Obsérvese que no es grande en cuanto a su persona, quiero decir físicamente, veo que lo prefiero más bien por debajo de la estatura media, y ligero y nervioso, e inquieto; extremadamente inquieto, sobre todo, ante los enjambres de fenómenos nuevos y más o menos agresivos y más bien atacantes. Por supuesto, ha tenido algunos medios... El hecho de que su padrastro y él pudieran llevar una vida tranquila y "europea" con ingresos que hubieran sido extremadamente deplorados en Nueva York se debe, por supuesto, en parte a lo que ya había; además de lo cual él ha debido de recibir lo que su difunto compañero haya podido dejar. De modo que, con lo que había de su madre, muy modesto, y lo que hay de esta otra fuente, que no lo es menos, él puede, pudo, volver a Europa con suficientes fondos: hecho que hay que tener en cuenta, tanto por atenuar el prodigio de su clímax en N.Y. como por hacer, al mismo tiempo, bastante concebibles cuantos "ruegos" le hagan allá. Nótese que el discurso que dirige, nada más conocerlo nosotros, a su tío agonizante, y lo completa que resulta la imagen de distanciamiento compuesta ahí y entonces ante éste, y que, precisamente en ocasión tan extraordinaria e interesante, es lo que más "refresca" e influye al señor Betterman..., nótese, digo, que absolutamente exijo que la completa diferencia que él representa sea una especie de factor virtualmente determinante en esta relación. Así lo expone a Rosanna, le cuenta lo extraordinario que le parece que esto sea lo que ha sido... No permita Dios que sea pintor... Pero me ronda la idea de los motivos por los que lo veo con más o menos disimulo y expectación, con más o menos meticulosidad y a menudo con demasiado escepticismo, consciente de las posibilidades de "escribir"... Con toda franqueza acepto en su nombre la complicación, o como queramos llamarlo, de esa meticulosidad suya, pero también su reconocimiento de lo que

equivale a la esterilidad... Pero, una vez más, lo tengo, lo tengo todo. Su "cultura", sus comienzos de inteligencia y experiencia, sus posibilidades de imaginación, si se quiere, por no decir nada de otras cosas, componen para mí una especie de figura de isla flotante sobre la que va a la deriva y colisiona y se deja llevar, con el deseo de arrimarse lo más posible, pero siempre con esa franja de agua, ese modesto factor insular, que de alguna manera hay que sortear. Todo lo cual hace de él, como yo desesperadamente reconozco, uno más de los "inteligentes", una mente expuesta y asaltada, activa y pasiva, metida en una aventura e interesante en sí misma por el mero hecho de serlo; pero me regocija que este aspecto de mi material resulte dramática y determinantemente general. No es, en esencia, un drama de tontos o de ricachones; sólo lo es en su circunferencia y entorno: aunque aquéllos estén enormemente implicados y den la impresión de que dominan el asunto y ejercen sus presiones desde fuera, los vemos y sentimos sólo a través de esa abigarrada vía indirecta.

Hasta aquí, bien; pero vuelvo por un instante a una cuestión que quedó pendiente ayer... y a partir de la cual, a ese respecto, alzan sus cabezas dos o tres puntos nuevos. ¿Por qué parece plantearse de nuevo (ya lo había tenido presente antes y más bien lo había descartado) la posibilidad de ver a Horton, en el tipo de crisis a la que apunto, arrojándose violentamente sobre Gray, según dije? ¿Es porque siento que falta "algo" en el proceso por el que mi muchacho desahoga la aversión, su aversión, hacia la fealdad de su herencia..., algo más que su mero ponerse, *en general*, en manos de Horton? He ahí una hermosa dificultad, hermosa de resolver, pero de las que requieren que uno sea, hasta el último extremo, diáfano como el cristal; lo que ciertamente es una dificultad añadida si Gray ve a Horton como alguien "deshonesto" en relación a otros, además de lo "raro" que es, en los terminos atenuados con que he tenido que describirlo, en su relación con Gray. He aquí complejidades que no se dejan desenredar son facilidad, aunque manejables si uno se acerca lo suficiente; compleji-

dades, quiero decir, de la cuestión de si... Horton es lo peorcito, sí, pero con ese ingrediente que Gray ve. *Ergo* necesito ese ingrediente, y si acepto lo que deseché en mis especulaciones de ayer, me veo en el caso de dejar que el ingrediente más o menos se pierda y dejar que lo otro (es decir, lo que en él hay de malo) predomine. Mi idea era que “lo malo” hasta cierto punto le parezca a Gray de alguna manera obra suya, obra, quiero decir, de la enorme y fantástica oportunidad y tentación que él ha deparado; por más que éstas no habrían tenido el más mínimo efecto, no hubieran podido tenerlo, sin predisposiciones en el propio carácter de Horton. Si Gray lo viera como un mero y vulgar oficante de lo que realmente oficia, el interés, por eso mismo caería muchísimo; en realidad, no habría interés, y la belleza de mi retrato “psicológico” no se manifestaría, no tendría base sobre la que alzarse. La belleza estriba en la complejidad de la cuestión; que, enunciada en los términos más sencillos posibles, se reduce a que Horton le viene a decir a Gray, o se ve en el caso de decirle a Gray, si se requiriese ese toque absoluto: “Te preocupa, a tu extraordinaria manera, cómo y con qué triquiñuelas se acumuló este dinero, sufres y cultivas el sufrimiento por el mal perpetrado del que sientes que éste es la prueba material, y por el cual su posesión te resulta envenenada. Pero a mí nada de eso me importa; y hay muchísimo más que decir que lo que tú pareces meramente capaz de comprender, o meramente capaz de querer hacerlo, respecto a la cuestión de cómo el dinero acude a quienes saben ganarlo. Así están las cosas, ya que te son tan desagradables. ¿Y qué va uno a decir, ya que me das tantas oportunidades de decirlo, sino que, si te ves tan agobiado y afligido, hay maneras de aliviarte que, palabra de honor, yo sabría operar a la perfección, dadas las facilidades que tú de un modo tan mórbido, tan fantástico, tan increíblemente, si no lo testificaran mis sentidos, me permites gozar?”. Eso es, sí; pero esto es muy distinto a la gama mayor de aplicaciones de las aptitudes implicadas. La confesión y los delitos que la han precedido, que me dieron alguna guerra

ayer, ¿qué logran, sino hacer que Horton sea todo lo vulgar que yo no quiero que sea, y que, como reconozco de inmediato, Gray no tendría estómago para soportar verlo si las relaciones entre ellos continuaran de algún modo? Ya lo tengo, ya lo tengo, y me viene como respuesta a *¿Por qué me preocupaba?* Por la acusada falta de un modo de proporcionar una gran encerrona, realmente grande; que es lo que mi situación exige absolutamente. Debe haber en un momento dado una gran encerrona, para producir el gran sacrificio; esto último resulta absolutamente esencial. Digo que lo tengo cuando me pregunto por qué esa gran encerrona no podría simplemente ser la consecuencia de una confesión hecha por Horton a Gray, sí; pero hecha, no respecto a lo que ha perdido, deshonestamente o no, por causa de otro, sino a lo que ha perdido por causa de Gray. Decididamente, abundan aquí las soluciones, pues el caso parece aclararse desde el momento en que hago que Horton exponga lo ocurrido como una mera pérdida desastrosa, por imprudencia, por haber sido “obra” de otros y no algo relacionado con su propia deshonestidad. Lo que quiero es que él *alegue la pérdida como excusa*; lo de menos es que sea pérdida para Gray, pérdida para un tercero, o pérdida para ambos. Me inclino a pensar que basta con que sea pérdida para Gray, pérdida que Gray acepte, lo que no es lo mismo que acusar el desastre que Horton haya podido infligir a otro. Todo lo que deseo está en alguna medida contenido en la pregunta de Gray —concretada luego, y aún no del todo explícita—, de si este hecho no ha sido fingido o simulado, ni una genuina sima accidental, sino una petición de absolución efectuada a Gray por su propia propensión a creer que la causa es legítima. Capto la idea de que el hecho que le lleva a creer en lo acertado de la sospecha va unido a la circunstancia de que Cissy, hasta cierto punto *consecuentemente*, “entra en relaciones” con Horton, en lugar de no hacerlo, que es lo que Gray sabe que ocurriría si Horton fuera meramente malo. ¿Tiene claro Gray que la causa no es legítima? ¿Consigue, o procura, alguna luz decisiva al respecto? ¿Se lo cuenta a alguien, es

decir, le habla a Rosanna del incidente (aunque deseo que la cosa tenga proporciones mayores que las de un mero incidente), se lo explica a ella, la hace su confidente en este asunto? Creo ver que así es, en tanto ella es la única persona con la que habla; pero también que lo hace con una especie de transparente y, puesto que ocurre a la vista de ella, “sublime” disimulo. Sí, creo que eso es lo que quiero: que él le cuente a ella lo sucedido, se lo cuente como cosa sucedida, como declaración de lo que ha hecho o pretende hacer; quizá ni siquiera ha decidido aún qué hacer; con lo que me parece lograr un interesantísimo pasaje dramático y otra estupenda “bisagra”. Él no, decididamente no, le comunica nada a Davey Bradham –su instinto se opone– y siento, con esto, cuánto deseo que la relación con D.B. tenga, para él, todas sus posibilidades de ironía, “comedia”, tintes humorísticos, por así decirlo. Me apetece terriblemente desarrollar al máximo a D.B. y darle todo su valor. Hablábamos, sin embargo, de la relación con Rosanna, y creo sentir que esa cuestión se me aclara un poco más aún. Ha sucedido la escena, la gran circunstancia, con Horton...; respecto a la cual, respecto al sentido de la misma y a lo que supone para él, ¿no lo veo yo, después de todo, tomándose su tiempo? ¿No lo veo, después de todo, un tanto vacilante *quand même* y, por así decirlo, *pidiendo* tiempo, aunque sin dejar escapar ninguna sospecha, ninguna expresión equivalente a “¿Qué historia tan rara!”? Sí, sí, parece que se me ocurre que quiero que la determinación de la sospecha no sobrevenga de una vez; quiero que se demore y aguarde una gran “cristalización”, un caer juntas muchas cosas, lo que ahora tiene lugar, digamos, en presencia de Rosanna y bajo su extraordinaria acción tácita, en esa atmósfera de la relación de ambos que ya me ha dado –o que me *habrá* dado, por no ponernos presuntuosos– tanto. Medio se me ocurre, incluso, que no quiero que haya tenido lugar ninguna explicitación de la cuestión de la “integridad” de Horton..., hasta que tenga lugar, muy decisivamente y de una sola vez, en la atmósfera, como digo, y en el terreno y durante el curso de la presente escena. Inmensamente

interesante haber logrado que todo lo precedente no haya consistido sino en la preparación de este momento decisivo, para que el efecto total se haya concentrado ahí, listo para estallar. Y es que, si no lo hago estallar adecuadamente, si no acierto a condicionar ese estallido, estaré haciendo lo que hace poco tuve el impulso de impedir, delatar a Horton ante Rosanna, en el sentido de que endosarle su comportamiento o invitar o permitir que ella se lo endose es algo para lo que veo mejores alternativas. Lo grande, el gran hallazgo por el momento, pienso, es esto: que él haya acudido a ella en una especie de aún preservada indeterminación de luz que equivale virtualmente a la oscuridad, y luego, tras un tiempo con ella, salga con esa indeterminación eliminada y una luz considerable ocupando su lugar. Eso me proporciona mi propia forma y clímax..., en lo que respecta al “modo” que me ha causado mayor perplejidad, y lleva mi acción a la plenitud propuesta y deseada, a un punto tras el cual quiero hacer factible que no queden más que dos libros. En otras palabras, el ideal será que toda esta escena, usando la palabra en su sentido más amplio, con todos los aspectos que la acompañan, constituya el Libro 8, lo que llamo el “acto” 8 de mi drama, y que el *dénouement* ocupe el espacio restante; porque lo que antecede no es en absoluto el *dénouement*, sino sólo lo prepara, igual que lo que luego se complica de ese modo es materia del Libro 7 por la historia con Horton. Por supuesto no puedo sino reflejar que el logro de esta espléndida economía debe haberse practicado hasta el 7 con un intenso e inmenso arte; pues el plan que he bosquejado ya para el 1 y el 2 no me deja sino el 3, 4, 5 y 6 para llegar al término de la preparación del 7, que lleva en su seno el término de la preparación del 8; siendo este último, por una grandiosa ley similar, el que porta en su bolsillo el término de la preparación del 9 y 10. ¿Y por qué no? ¿Quién tiene miedo? ¿Acaso la esencia de mi designio no ha sido la más espléndida, compacta y calculada apretura? Mantener esa apretura hasta la muesca y a la vez animarla del mejor modo posible: ¡qué náuseas de muerte sentiría si

actuara de otro modo! Por supuesto, eso implica que la existencia y situación de cada frase y letra han de basarse exclusivamente en la economía; pero, una vez más, ¿acaso ésta no es, *en sí misma*, la más deseable de las bellezas? Los capítulos de la historia con Rosanna me dejan entonces por mostrar, hablando pronto, el efecto que tienen en (doy por sentado que otorgo preferencia) Gray y Horton, Gray y Cissy, Cissy y Horton, Gray y la señora Bradham por un lado y Gray y Davey por el otro; y finalmente, y de un modo insuperable, en Gray y en la mismísima Rosanna. Por supuesto, la cosa acaba con esa nota..., pero aguarden un poco hasta que llegue ahí. Permítanme enunciar lo más “sencillamente” que pueda lo que “ocurre” en el siguiente paso del drama, la siguiente bisagra de la acción después del clímax de la “escena” con Rosanna. Obviamente lo primero es un encuentro con Horton, el encuentro de *después*, que hará juego con el encuentro de antes. ¿Pero acaso no quiero intercalar aquí, en el decisivo terreno de la chica, algún episodio? Por supuesto, estas secuencias han de estar absolutamente planeadas y encajadas hasta el último extremo de la relación; obrar esa complejidad en ese intervalo no puede por menos que ser una dificultad de lo más sugerente; cuyo premio, naturalmente, es el logro de la nitidez unida a la complejidad. ¿Qué nitidez queremos aplicar a nuestra heroína, y exactamente qué es lo que quiero y lo que no quiero mostrar? Quiero que algo suceda aquí entre Gray y ella que *culmine* la visión y acción de aquél respecto a Horton. Si deseo, por supuesto, que cualquier punto y coma sea “funcional”, el motivo por el que más lo deseo es este aspecto de la crisis; que se presenta, sí, decididamente, antes de que Gray haya vuelto a ver a Horton. Creo incluso desear que este aspecto, como lo he llamado, sea lo verdaderamente decisivo de su “decisión”. Quiero que algo dependiera aún, para él, de la cuestión de cómo está ella, qué hace, qué le hace ella ver, aunque no lo pretenda, de su propia sensibilidad, digamos, respecto a la crisis... Yo me entiendo. Pero lo que se me plantea, y hay que encarar, es que parece que todo



este desarrollo último que he bosquejado y estoy bosquejando implica más o menos directamente un desvío de esa *alternancia de ayudas* con la que originariamente contaba, y que empecé explotando en los primeros tres o cuatro Libros. ¿Qué ha sido de esa variación después de los primeros tres o cuatro... , si hago que mi progreso entre el 4 y el 8, ambos incluidos, se reduzca a lo que se le pone por delante a Gray? Quizá viendo las cosas más de cerca pueda, “por pura diversión”, rehuir esa frustración; lo que requerirá algún trabajo; y sigue vigente el hecho de que en realidad no deseo, ni puedo desear, ninguna otra exhibición que no sea la de Gray, salvo en el caso de Horton y la muchacha. Me gustaría más variación que la que eso me deparará –o eso creo–. Pero si aprieto un poco quizá surja una posibilidad. Dos cosas me llaman la atención: una de ellas es que, en vez de convertir el Libro 9 en el “acto” de Gray puedo hacer por convertirlo en el de Cissy, salvo que surja aquí una aterradora minucia, derivada de la misma esencia de la simetría y “unidad” que he procurado. La principal y absoluta idea composicional por la que me rijo es, pues, la unidad de cada Acto, y logro unidad con la chica en el 9 sólo si se lo reservo a ella y a alguien más. A ella y a Horton, sí, a ella y a Gray (Gray primero), sí; sólo que cómo encaja entonces la “escena” de Gray y Horton sin ella, y que no quiero empujar al 10. Sería todo un arrebató “estético” lograr que el Libro 10 se nivelase con el Libro 1 por referirse ambos a Rosanna; lo que tenuemente veo como posible, y hasta interesante, si puedo hacer que el final, como es mi deseo, sea entre Gray y Horton. Respecto a lo cual, sin embargo, de nuevo entreveo algo: la posibilidad de hacer del Libro 9 *quand même* el de Cissy, Horton y Gray; es decir, forzando alguna de las admirables maneras que la chica tiene de hacerse partícipe, de estar “presente”, en lo que ocurra ahí entre ellos como asunto que incumbe exclusivamente a ambos. Estas cosas las digo, en fin, con la idea, fundada en mi experiencia pasada, de que, en las distancias menores y en la intimidad de la composición, los arreglos, proporciones y relaciones previstos insisten, del

modo más extraño, en hacerse diferentes mediante cambios y variaciones, siempre a mejor, que se van imponiendo conforme uno avanza y dejan la puerta siempre abierta a algo más acertado y atinado. Sujeto a esa posibilidad constante, mientras tanto, es cómo uno hace sus previsiones y bosquejos provisionales; cosa que tiene uno tan constantemente presente que resulta ocioso desperdiciar palabras en ello. Al mismo tiempo, total y absolutamente quiero atenerme, llegando incluso hasta el fondo, a la distribución general aquí imaginada conforme avanzaba a tientas; y al menos ahora estoy dando por zanjadas una cierta exactitud y conclusión de las partes y piezas, hasta que tenga lugar, como digo, si es que tiene lugar, el íntimo forcejeo que las disloca y modifica. Tal es la clase de suposiciones que, por ejemplo, me veo encantado de hacer en presencia de la luminosa visión que tuve de que el Libro 9 estaría dedicado a Gray, Horton y Cissy entremezclados, dicho sea con cierta rudeza, y que el Libro 10, repito, quedaría dedicado, con espléndida riqueza y exhaustividad, a Rosanna, como espero haber mostrado que lo estaba el Libro 1. Variedad, variedad... Eso es lo que quiero procurar, por lo que puedan valer las posibilidades de mi caso; y veo, me doy cuenta, cómo una especie de cariño hacia todo esto puede ser satisfecho por la distribución, por el pequeño cúmulo de determinaciones o –llamémoslo así, por el placer de decirlo de este modo– “determinantes” ya explicados. Me pone la masa central del asunto al alcance del abrazo de mi héroe y hacen que comienzo y final casi se enfrenten entre sí al respecto.

¿Acaso no resulta vano hacer otra cosa que decir –es decir, sentir– que esta situación de los tres en el Libro 9 demanda absolutamente un asidero íntimo para aclararse, para desarrollarse? Sí, perfectamente vano, reflexiono, puesto que imposibilita lo muy urgente y apropiado que resulta que yo vea por adelantado cómo y dónde planto mis pies y dirijo mis pasos. Expresar absolutamente, con este fin, el sentido conclusivo, la clara y firme función del Libro 9, del que brota todo lo demás. Así quiero que sea, por

lo mismo que quiero que cada libro, con ansia extrema y máxima intención, sea lo que nos “divertiría” y confortaría considerar “completo en sí mismo”; dicho de otro modo, una ocasión o, según lo he venido llamando, un “aspecto” completamente expresado, que se pueda abordar, por el mero fluir de su corriente, con la mayor firmeza narrativa posible. La forma de la ocasión es la forma que de algún modo veo que se presenta aquí con todo detalle y aportando su contribución a esa impresión de los tres juntos en la que intento concentrarme. ¿Dónde, exactamente, y exactamente cómo, es posible y palpable que los tres estén juntos? ¿Cuál es la manera más divertida de ponerlos en esa situación? Me resulta fundamental señalar que mi acción representa y abarca episodios que se suceden en un año, ni más ni menos. No puedo lograr mi unidad ni mantenerla sobre un fundamento de más de un año, y no puedo ni quiero lograr con menos la complejidad que busco. Veo, en definitiva, que un año es lo adecuado; lo que me lleva, por tanto, a los primeros días del verano, desde que comenzó mi exposición. Con lo que se me ocurre, por supuesto, que una de las cosas que corresponden a Gray por el testamento de su tío es la casa de Newport, que pertenecía al anciano, y que no tengo ningún deseo de buscar ninguna razón para que su heredero se deshaga de ella. Ahí tenemos la casa de Newport; unida a la cual me viene la idea de que medio lo veo en ella una o dos veces durante el desarrollo de los acontecimientos del otoño, del invierno, de la primavera. ¿Acaso no es parte de mi designio el ver a los Bradham con casa en Newport, y sentirme por tanto más o menos animado a plantear la escena del Libro 9, la ocasión de congregarlos a los tres, como una “estancia” de éstos, de un modo natural, inevitable, ilustrativo, bajo algún techo que los ponga claramente en relación unos con otros? *Por supuesto* la señora Bradham tiene su típica casa estupenda fuera de Nueva York, en la que todo, cualquier cosa, puede típicamente encontrar su terreno; circunstancia compatible en su totalidad con esa animada inestabilidad de fortuna a la que he aludido; sólo

que quiero mantener el asunto, en la medida en que lo permita mi modesta “documentación”, en los cauces de los usos absolutamente normales en Nueva York, y se me ocurre que probablemente no quiero que Gray saque la nariz de Nueva York “durante el invierno”, aunque esto sea una restricción innecesariamente mala. Teniendo lo que tengo de Nueva York, ¿no es cuestión de usarlo –sólo Nueva York– como lo adecuado para los libros 4 al 8, ambos incluidos? Para mantener todo el asunto lo más ceñido que pueda a estas realidades de N.Y., en bien de mi “atmósfera”, debo andar avisado; en el sentido, por ejemplo, de que dichas realidades no incluyen el que la gente esté en Newport a comienzos del verano. ¿Cómo es que los Bradham están allí en la época señalada en mi Libro 1? Felizmente reflexiono *à propos* de esto que el que yo postule ahí el inicio del verano (en el Libro 1) es un toque del que no tengo que dar cuenta ahora, no habiendo sido sino un accidente de mi pequeño esbozo según éste se me ocurrió en un primer arranque. No, definitivamente, el esquema temporal ha de moverse un poco, y contribuir así al esquema de lugar; si quiero que Gray llegue *en plein* Newport, según hago para facilitar el inmediato control de las impresiones que lo asaltan, ha de ser en agosto y no en junio; y nada más fácil que cambiar esto. Es más, permítaseme que mis modificaciones se extiendan a concebir que 15 ó 16 meses sean tan factibles como un año; en la práctica, supondrán un periodo a la vez lo bastante corto y lo bastante largo; y me traerán durante 9 ó 10 al Newport, o donde sea, de agosto, y a donde quiera que el otoño americano depare algún momento de belleza y armonía. Permítaseme concluir con un toque del recio octubre o, quizá aún mejor –sí, mejor aún–, de finales de noviembre o, en otras palabras, del admirable veranillo de San Martín. Esto me convence y completa el círculo. Bien, entonces no creo necesitar una repetición de Newport –¡ni que fuera el único lugar que conozco del país!– para el tropel de imágenes que esta última sugerencia convoque en mayor o menor medida. Gracias al cielo, puedo decir que conozco Lenox, y Lenox

para el otoño es también mucho más típico. ¿Qué me parece ver, entonces? Pues que lo que no deseo, ni me veo de entrada deseándolo en absoluto, es hacer un salto de lugar entre el 9 y el 10. Son cosas que vienen, que veo venir ahora. Por supuesto es perfectamente concebible y totalmente típico que la señora Bradham tenga casa en Lenox a la vez que en Newport (si es que es necesario postularla durante el verano anterior en su propia casa en este último lugar). Es perfectamente posible que haya alquilado una allí para el verano, y que el hecho de dejar la casa de Lenox durante esa época suponga una especie de rasgo de esa quiebra financiera suya de la que en parte me he venido ocupando. Todas son consideraciones completamente atendibles en las distancias cortas... Salvo que realmente me parece querer el Libro 10 en Lenox y el 9 también en ese lugar. Me gustaría atar a Rosanna al hermoso Dublín, si no fuera por la grotesca anomalía del nombre; y, después de todo, ¿hay algo que convenga mejor a mi propósito que lo que ya tengo? Según lo previsto en el Libro 1, ella y su padre habían alquilado la casa de Newport sólo por un par de meses o así; eso llevamos ganado. Oh, sí, todo ese paisaje montañoso de Nueva Inglaterra que así obtengo por emanación, y cuya idea doy por bienvenida, en bien de ciertos valores que despiertan en Gray, sugiere a uno que “haga” algo, incluso en una medida que va más allá del espacio con el que uno espera contar para hacerlo. Bien presente, en fin, tengo el hecho de que toda mi acción tiene, sólo puede tener, lugar en una atmósfera de plena actualidad; lo que apoya y juega a favor de su sentido y su *portée*. Es cuestión, por tanto, de que todas las descripciones americanas posean una intensísima modernidad, sin exagerar en coches y teléfonos y comodidades y máquinas y demás recursos; de los que no puedo ocuparme. Asumir, pues, en definitiva, que los Bradham pasan este segundo otoño en Lenox, asumir que Gussie dispara a discreción como si estuviera en el momento culminante, el más sincero y válido, de su ofensiva; asumir que Rosanna está naturalmente allí, en la “casa de verano” que ha sido la única

alternativa suya y de su padre a su propiedad en Nueva York. Violo la verosimilitud al no mandarlos a todos, a todos estos “magnates” de N.Y., a París al llegar la Cuaresma, según la oscilación prescrita para ellos; pero quién sabe si no será conveniente, con toda exactitud, mandar a Gussie por entonces al otro lado del mar, pues nada se acercaría más a la verdad que hacerla volver a toda prisa y con mucho gasto a sus maniobras otoñales en Lenox. Nimiedades, en fin. Lo que quería trillar un poco era la “localización” del 9 y 10; y eso ya lo he dejado más que resuelto.

A lo que viene a parar todo esto, en fin, es a “postular” a Cissy en Lenox con los Bradham en la época en que han ocurrido las circunstancias del Libro 8; con lo que se me ocurre que me parece desear que éstas se den en la ciudad desierta, hacia mediados de un agosto neoyorquino más o menos tórrido..., eso me parece tenerlo bien claro; a donde Gray ha “regresado” (pongamos, de Newport, donde ha permanecido un tiempo a solas en su propia casa, para pensar, por así decirlo, con detenimiento), y lo ha hecho precisamente para encontrarse con Horton. Así, en todo caso, creo ver de momento la cuestión; aunque mi verdadero parecer, sin embargo, es postular a Cissy en Lenox, y que el Libro “se abra” con ella, y es por eso por lo que digo que es “su” Libro. Ella permanece allí a la espera, digamos, de lo que haga Horton, en la medida en que yo permita que ella tenga conocimiento de eso; y ahí es donde Gray la encuentra cuando va a Lenox, bien por deberles (por lo sucedido antes) visita a los Bradham, una estancia de unos días con ellos, o por el interés de una posible estancia con Rosanna; cosa que presento, o al menos “postulo”, como perfectamente acorde con la libertad y atributos presentes de Rosanna. ¿Lo sitúo, mejor, con Rosanna, y que visite a los Bradham? ¿O lo sitúo, mejor, con los Bradham, y que visite a Rosanna? ¿O no lo sitúo en ninguna de esas casas, y que se aloje a solas en un hotel, lo que parece dejarme el margen apropiado? Hasta el momento, no se ha quedado nunca en ninguna de las dos casas, por lo que tengo toda la mano libre que quiera. Con lo

que veo ventajas, vaya que sí, en dejarlo en su propia independencia; especialmente en el Libro 10; así parece que va a quedar, en suma. Ya veo a Cissy habiendo logrado que Gussie Bradham invite a Horton... Hecho que dejo caer aquí por proporcionarme, quizá, una especie de valioso arranque.

FIN

## EPÍLOGO



CUANDO LA HERENCIA  
SE APROPIA DEL HEREDERO

En el otoño de 1912, Henry James recibió de su editor neoyorquino la siguiente carta, fechada el 27 de septiembre:

“Querido Señor James:

Me ha llenado de satisfacción, durante mi estancia en Londres, el poder haber concluido con el Señor Pinker el trato para la publicación del volumen de cartas de su hermano y de los artículos de prensa, y el saber que podemos disponer de esos artículos antes de fin de año. Pero no le escribo a propósito de ese libro. Lo que mueve más mi interés es el haber oído decir que tenía en mente una ambiciosa novela americana. En calidad de editores de su obra completa, deseáramos otra gran novela de la altura de *La copa dorada* y concluir así la serie de obras cuya teoría compositiva ha desarrollado en sus prefacios. A nuestro juicio, un libro tal se aliaría innegablemente con nuestros intereses comunes y es más que deseable que se publicara en el menor plazo posible. No ignoramos que una obra de esa índole precisa de tiempo –de todo su tiempo durante un considerable período–, y hemos estimado que en tales condiciones consideraría admisible recibir una proposición poco frecuente. Si Usted accediera a dar inicio a esa novela con

prontitud —digamos dentro de los doce meses próximos- y renunciar en ese lapso a sus demás quehaceres, le entregaríamos una suma a tanto alzado de 8.000 dólares a cuenta de los derechos mundiales del manuscrito. Los abonos se efectuarían como desease, pero permítanos la sugerencia de realizar uno primero al comienzo del libro y otro segundo a la entrega del manuscrito. No se le escaparán las divergencias que una oferta de estas características presenta respecto de los adelantos habituales en punto a derechos de autor —y tan sólo para América-; pero he tratado de arreglar el trato que permita el adelanto en firme más cuantioso posible. A su criterio, admitiríamos conceder derecho de preferencia sobre la obra a MacMillan para Inglaterra aunque, de todos modos, esta casa editorial gozaría del mismo para la edición de las obras completas. Estaríamos muy complacidos en obtener la respuesta que tenga a bien darnos, y consideraríamos muy gustosamente cualquier sugerencia de cambio de los términos de nuestra oferta.

No he estimado necesario trasladarle nuestra propuesta por medio del Señor Pinker, pero como le profeso la mayor de las simpatías y lamentaría mucho que me tomara por un intruso, le remito copia de la presente. Juzgue Usted mismo sobre la conveniencia o la necesidad de respondernos por su medio.

Suyo afectísimo  
Charles SCRIBNER”.

Este insólito anticipo —en los dos sentidos del término-, el más elevado que jamás le ofreció ningún editor, y que en nuestros días equivaldría a varios cientos de miles de dólares, parece suscitar en James antes que una gran sorpresa una desconfianza un tanto aguda. En una carta de 8 de octubre a su agente James

Brand Pinker, le dice: “Me ha parecido entender que esta oferta lleva implícita la renuncia a las regalías. Ahí reside la letal mordedura. Nunca en toda mi carrera he accedido a una concesión semejante, por la cual siento una repugnancia instintiva profunda [...] La propuesta me parece torpe, desalentadora e indiscreta, a pesar de que late en ella cierta ‘munificencia’ aparente que hipnotiza un tanto y torna la tentación (la tentación de ceder a esta concesión) más cruel cuanto más enérgica.” Sin embargo, encarga a Pinker que traslade su acuerdo con el adelanto, a expensas de mantener los usos acostumbrados en materia de derechos: 20% para las ventas en los Estados Unidos y en el Canadá, 10% para los volúmenes correspondientes a la edición de las obras completas, conservando el autor los derechos de publicación para Inglaterra y para el resto del mundo. (Incluso ahora, ¿qué escritor anglosajón cedería sus regalías?). Scribner acepta sin rechistar, acepta incluso, sin mover un dedo, la comisión del 10% que Pinker aplica a la transacción.

Ahora bien, la “generosidad” de Charles Scribner respecto de Henry James es, en efecto, tanto más “superficial” cuanto que la elevada suma que le proponen (espontáneamente, o tras detenidas cavilaciones) procede de las regalías de Edith Wharton. Desde hacía un tiempo, su bastante más rica y más joven amiga, que pasaba por su discípula y que se había convertido en una novelista no sólo de talento, sino también de éxito, se había tomado en serio las recurrentes quejas de su Maestro a propósito de la escasez de ingresos que le proporcionaban sus obras. Ya, el año anterior, había promovido, en vano, una campaña para que se le concediera el premio Nobel (que finalmente obtuvo Maeterlinck). En 1913, organizó una suscripción con la que costear un regalo de cumpleaños a la altura de sus merecimientos y de sus setenta años—su primera intención fue la de un presente pecuniario, pero no dejó de darse cuenta de que sería aceptado con horror, y terminó convirtiéndose en el encargo de su retrato (el más famoso) a John Singer Sargent.

Es pues Edith Wharton la que se encuentra detrás de la oferta de su común editor, sacrificando a tal fin una parte considerable de sus cuantiosos derechos de autor (*The House of Mirth*, fue un éxito de ventas en 1905). En una carta de noviembre de 1911, James, justo después del éxito relativo de su novela corta, *La polémica*, confiesa a su amiga su repugnancia a sumirse en algo tan premioso e “ingrato” como *La copa dorada* (cuyas ventas languidecían desde su aparición en 1903). Y no otra fue la que inspiró, en la carta formal, ciertas fórmulas rebosantes de tacto y deferencia, que sólo pueden haber sido redactadas por alguien que poseyera un íntimo conocimiento de las susceptibilidades del venerable y glorioso escritor. El beneficiario jamás sospechó nada. Scribner escribirá a la oficiosa bienhechora: “Hemos logrado ambos el fin propuesto. ¡Mis sentimientos son de mediocridad y chabacanería, y así será hasta el fin de mis días. Se lo ruego, no me delate nunca!”.

Sin embargo –motivo de lamentaciones de James y de una prolongada depresión que apenas superó– las obras “completas”, en verdad, escogidas, de sus novelas y relatos, en veinticuatro volúmenes, en las que trabajó durante cuatro años, revisando los textos y redactando sus célebres prefacios, no tuvieron casi ningún eco crítico y le reportaron, el primer año, 211 dólares en concepto de derechos de autor. ¿Cómo pudo considerar lógico y natural que su editor estimara “una alianza con nuestros intereses comunes” el hacerle entrega de un anticipo de 8.000 dólares dirigido a incrementar una suma tan miserablemente rentable; cómo no sospechó una intervención amical y solícita y no vio una llamativa anomalía en el hecho de que se le pidiera que renunciara a sus derechos? La respuesta a este enigma se halla sin duda en el orgullo del artista, en la oscura certeza de quien labra tesoros de los que sacarán provecho generaciones futuras de editores, escoliastas, adaptadores y traductores.

Sea como fuere, en enero de 1910 se sume en un estado depresivo, e improductivo, del que no saldrá en realidad hasta veinte

meses después, para lo cual hubo de echar mano de su hermano mayor William, enfermo él mismo del corazón, que acudió con la familia a cuidarle en su casa, en Rye (Sussex), y quien se lo llevó a los Estados Unidos para que se recuperara en su compañía, en su residencia de Chocorua (New Hampshire). Ahora bien, William muere el 26 de agosto, una semana después de su llegada. Trastornado, “mutilado”, Henry permanece un año allí. De regreso a Inglaterra, comienza un libro que, en su origen, no es más que una celebración de su dilecto hermano, filósofo “pragmático”, cuyo pensamiento irradió sobre el mundo desde una América, que él mismo, Henry, abandonó cuarenta años atrás para desarrollar su propio genio en Europa. Pero, muy rápidamente, el proyectado homenaje fraterno se torna ávida, irresistiblemente en una autobiografía.

El hermano menor, liberado de la primogenitura, ve cómo se le revela el deber de adir la herencia espiritual de la familia. Pero fue exactamente como si la familia, por más peregrina que fuese, se apoderara en América del germen espiritual del escritor europeoizado, a través de los recuerdos de infancia que ésta le había legado y que él les restituye. Concluye la primera parte, *A Small Boy and Others* [*Un chiquillo y otros*, Editorial Pre-Textos, Valencia, 2000, traducción de José Manuel Benítez Ariza] y se apresta seguidamente a ordenar el “volumen de correspondencia de su hermano”, el mismo al que se refería Scribner en su ofrecimiento y que recibe justo en ese momento. De este modo, mientras es arrastrado por la espiral del tiempo, y en la dialéctica de la herencia del uno y otro lado del Atlántico, es incitado a no renunciar a producir algo ambicioso, “a la altura de *La copa dorada*”.

El proyecto invocado por Scribner tiene una existencia real. James ha venido trabajando desde finales de 1909 en un esbozo de novela “americana” antes de verse paralizado por su depresión. Retoma los trabajos preparatorios en la primavera de 1914, con sus *Notas para La torre de marfil*, de las que se ofrece una

traducción en esta edición. Profundiza en su tema y en su inspiración, establece una estructura en diez “libros” y comienza la redacción –esto es, como de costumbre, la dicta a su secretaria, Theodora Bonsaquet, viéndose interrumpido en el curso del verano, tras el primer capítulo del cuarto libro, a consecuencia de la declaración de guerra–, a su juicio “cataclismo de nuestra civilización”, “pesadilla de la que no cabe despertar, salvo en sueños”, y del que la muerte, en efecto, lo “despierta” el 28 de febrero de 1916.

Despertar a la muerte recuperadora... Graham Fielder, el héroe de *La torre de marfil*, es un joven norteamericano educado en Europa, al que los Estados Unidos “conquistado el futuro”, esto es, monstruosamente ricos, recuperan a través de la muerte y la herencia de un tío millonario. En virtud de su propia muerte, Henry James –tío “europeo” de la familia, y millonario, de algún modo, en obras– es simbólicamente arrebatado del territorio que había elegido, para ser devuelto al de sus orígenes: sus “restos mortales” reposan en la tierra natal, pues Alice, la viuda de William, venida a Londres para velar las postrimerías de su cuñado, y una vez alejada Theodora Bonsaquet, hizo incinerar el cadáver, cruzó el Atlántico con las cenizas, para depositarlas en el panteón familiar de Cambridge (Massachusetts).

En abril de 1913, a la invitación de su cuñada de volver al país, Henry James responde con hosquedad: “Mi muy querida Alice, podría regresar a Norteamérica (podría ser trasladado en parihuelas) para *morir*, pero nunca, nunca para vivir allí. Transmitirte mi parecer a propósito de este asunto es terriblemente delicado, porque puede inducir a pensar que falto a la consideración que os debo, a ti y a los niños, pero cuando reparo en las veces que antaño sentí como ajenas a Boston y a Cambridge, en que no han significado para mí nada más que el accidente de una vida familiar a la que de vez en cuando era penosamente sacrificado, sin provecho alguno, me asalta un terror supersticioso de verlas al final de mis días tender nuevamente sus extraños e implacables tentácu-

los para apresarme por la espalda y destruirme.” Pero las cenizas, claro es, no pueden oponer resistencia a la recuperación de una cuñada.

Si la declaración de guerra pone fin de forma brutal a esta suntuaria inquisición sobre un posible, o imposible, regreso al país del futuro en que consiste *La torre de marfil*, James se aplica inmediatamente después, por “terror supersticioso” o por otro motivo, a una especie de repliegue sobre su opción europea, y, valga la expresión, a una exploración paralela e invertida en el espacio y en el tiempo, retomando la redacción de una novela iniciada, y abandonada, en 1900, que quedará también inconclusa. En *El sentido del pasado*, el héroe, Ralph Pendrel, es un joven norteamericano apasionado por la historia, quien hereda, de un primo lejano inglés apreciador de sus trabajos, una casa en Londres, la cual termina por apoderarse de su identidad, de su “psique”, en la que encuentra un fantasma, su espectral doble, quien vivió en 1820, y que lo adiestra, valga el término, en lo intemporal. Con la interrupción de esos dos relatos de disolución de la personalidad —con unos puntos suspensivos obligados, en dos direcciones opuestas, por la proximidad personal de la Nada, en el seno de un anonadamiento colectivo—, se enreda en una obra tan de encargo o, al menos, contingente, que reúne a América y a Europa en un territorio íntimo e inexorable, el futuro y el pasado en un presente inconcluso.

\*

\*\*

La “torre de marfil” de la novela es objeto de una minuciosa descripción en el capítulo III del Libro II. Consistía en un armario cilíndrico, recamado de marfil, dividido en cajones, equipado con una puerta curva de dos batientes que se cerraba con una llavecita de oro. En ese diminuto objeto exquisito, había encerrado un testamento, sellado, y cuyo poseedor hubiera permanecido

oculto hasta el final de los diez “libros” proyectados por Henry James, si hubiera podido culminar la redacción.

Por supuesto nos viene a la mente el objeto simbólico y central de *La copa dorada* que consistía en una copa de cristal dorado, con una fisura; mejor, con una fisura *conocida*, pero que como la del matrimonio de la heredera norteamericana Maggie Verver con el príncipe italiano arruinado Amerigo, permanece oculta tras el sobredorado. En las extensas notas preparatorias de lo que aún no llevaba por título *La torre de marfil*, James expresaba, para rechazarlo de inmediato, un temor: el de echar mano de fórmulas empleadas ya en *La copa dorada*. Empero, no habla de lo que le es característico y que una vez más es utilizado, y del modo más ostensible: el expediente del objeto revelador, o simulador. Muestra temor por analogías realmente secundarias: teme reproducir con los Bradham la pareja testigo de los Assingham, y con Cissy Foy esa otra huérfana sin posibles que era Charlotte Stant. La primera analogía es objeto de ocultación hasta tal extremo que la idea misma de la torre de marfil –ni la del misterioso testamento (legado de Abel Gaw) que ata un poco más a Graham Fielder a Norteamérica, al aumentar la herencia de su tío Frank Netterman– no aparece en las Notas.

Por el contrario, las Notas avanzan más allá que las partes redactadas en los meandros de una expoliación: la fortuna de Graham ha de ser malograda por Horton Vint y por Cissy Foy, su querida. Pero en este caso, el autor no confiesa ningún temor por emplear nuevamente un esquema que sin embargo ya ha sido ostensible y espléndidamente ilustrado: la situación triangular –entre presas, cebos y rapiñas– sobre la que se había estructurado *Las alas de la paloma*. La inocente y rica “paloma” era Milly Theale; ahora, la presa es Graham Fielder. Antes el cebo era Merton Densher, ahora es Cissy Foy. El depredador era antes Kate Croy, ahora es Horton Vint. La trampa era antes Europa, a partir de ahora es Norteamérica. Solamente estos trastocamientos de lugares, pero sobre todo de sexos, parecen que abrieron en James,



mientras escribía, algunos abismos de confusión en cuyos bordes vacila. En realidad, las confusiones van más allá ciertamente de los nombres y los apellidos, y Cissy Foy es probablemente una garra femenina tan afilada como la de Kate Croy, y Horton muestra tanta o más pasividad seductora masculina que Merton (ambos, más o menos, calcados, con asonancias, de Merton Fullerton, que fue en su momento el amante bisexual de Edith Wharton). El resultado de esta deriva es que el relato desemboca, si consideramos como un todo los tres libros concluidos, en una escena rememoradora que “fuera de contexto” podría juzgarse de un paupérrimo valor imaginativo, pero que saca su innegable fuerza significativa de la vacilación, mejor, de la parálisis, ostensible en el autor –o, al menos, de su continuo y harto consciente cambio de opinión ante el hecho de que él no dejó nunca de captar la amplitud en su vida mental.

A lo largo del capítulo V del libro III, Graham, a solas con Horton, extrae de la torre de marfil, sin abrirla, el legajo con el enigmático testamento de Abel Gaw. Horton, irritado, cree adivinar que el difunto ha legado una suma considerable a Graham con la condición de que contraiga matrimonio con su hija Rosanna, convertida ya en millonaria en virtud de su propia herencia. (Rosanna Gaw, “una muchacha desceñida, grande y pesada” que, a lo largo del primer capítulo, cavila bajo su sombrilla en la situación que ella ha desencadenado, está enamorada de Graham desde la infancia. Los motivos que ella rumia bajo el sol estival de Newport, por los que, después de dieciocho años de separación, ha hecho venir a Graham de Europa, y los medios que ha empleado para tal fin, ofrecen todos los elementos de la novela y constituyen, desde el origen, el asunto primordial, hasta tal punto que James en un primer momento pensó bautizar a esta heroína como Moira, en tanto que representaba el *destino* de Graham; pero todo esto no hace sino tornar más chocante aún la aparente “deriva” de los capítulos concluidos, es decir, la progresión hacia la preeminencia de Horton). Graham, por tanto, coloca de nuevo

el legajo en su sitio, cierra y acaricia la torre de marfil y, en el curso de un prolongado diálogo oblicuo sobre el pasado y el futuro de sus relaciones, cuenta a Horton una de sus malandanzas adolescentes en Suiza:

“Cuando estuvimos con el viejo Roulet en Neuchâtel e hicimos nuestra gira estival, nos extraviamos en un promontorio, en el Oberland, donde fui lo bastante burro para resbalar hasta un trozo de saliente que daba vértigo y quedarme colgado, inerme, en el vacío, incapaz de volver allí y más horrorizado aún de no hacerlo. Entonces tú, a riesgo de tu vida, te acercaste a mí lo suficiente [...] tiraste y aguantaste y me sujetaste de tal manera que, a pesar de que estabas casi tan expuesto como yo, poco a poco trepé y gateé y llegué a donde estabas.

–Desde entonces –dijo Horton, a quien esta reminiscencia había mantenido gravemente atento–, fuiste tú quien me ayudó de tal modo, recuerdo que se volvieron las tornas y, de no ser por ti, yo no hubiera logrado salir de mi asidero”.

Naturalmente, para sentir en qué aspectos este breve pasaje constituye un significativo paroxismo de “homoerotismo” que busca y encuentra la complicidad en la tentación compartida y en el común rechazo de la caída, hay que dejarse seducir por la senda particular del dédalo que allí conduce. Ha sido preciso tener los oídos bien abiertos cuando en el capítulo I del mismo Libro, Horton manifiesta crudamente a Cissy: “El sueño de mi vida, si quiere saberlo todo, querida, el sueño de mi vida ha sido ser admirado, admirado de verdad, admirado con todo lo que posea, por un hombre inmensamente rico. Ser admirado por una mujer rica no es lo mismo...; aunque como Usted sabe, lo he intentado también, y también he fallado.” Ha sido preciso haber sabido paladear en el capítulo siguiente la fantasía de algunas apreciaciones absurdas sobre la hermosura del bigote, o de la

ausencia de bigote, del rostro de Graham. Ha sido preciso sobre todo verse confundido por el capítulo II del Libro II, en el que este muchacho norteamericano, esteta y europeizado, carente de los atributos de la agresividad financiera propia de su país natal, es literalmente arrebatado por la mirada de su tío moribundo –un rapaz hombre de negocios que antes de abandonar el mundo de sus hazañas y vilezas, se delecta carnalmente con la visión lozana de un sobrino que le seduce hasta tal grado a causa de sus delicadezas que halla en ellas el motivo para instituirle heredero; personaje canibal, patético y aterrador, quintaesencia de la mirada única, de la muerte que se aferra a la vida, de la vejez que vampiriza la juventud, de la herencia que devora al heredero, del dinero que se adueña del espíritu, de la Norteamérica que compra a Europa.

Lo que podemos leer de *La torre de marfil* sucede enteramente en Newport; la continuación debía transcurrir en Nueva York. Pues fue en Newport donde se hizo un más sintomático, flagrante e irrisorio alarde de la voluntad colectiva de los Estados Unidos de fines de siglo de “comprar” y superar a la lujosa y descansada civilización europea. En lo que comenzó siendo un discreto lugar de veraneo para potentados bostonianos y neoyorquinos, en unos años, se van acumulando, gracias a la colosales fortunas procedentes de los negocios, remedos de mansiones campestres –palacios genoveses o Luis XV–, una especie de *urbanización de palacios*, con jardines colgantes sobre el océano. De hecho, su lujo es el propio de todo simulacro suntuoso: pues se han construido “de cara a la galería”, como mero alarde de poderío, convirtiéndose bien pronto en una simple expresión pintoresca y pasajera de la vanidad norteamericana. Cuando Henry James los vio, en 1904, recién llegado a su país natal tras una ausencia de veinte años, habían dejado de ser la ganga y seguían en pie, para descubrir allí el germen de una dominación planetaria.

En las Notas preparatorias, se pregunta cómo soslayar su cabal ignorancia de los mecanismos psicológicos y sociales del enrique-

cimiento, y sacar el mejor partido para la gran novela americana de la codicia financiera. Pero esta dificultad realista se ve resuelta por el marco mismo de la acción, cuando este marco, Newport, no pasa de ser el cebo por excelencia, encargado de hacer creer que la pasión norteamericana ha logrado finalmente dejar atrás la empresa y la especulación para entregarse al gozo de sus frutos. Pues no es más que un sistema de falsos pretextos modernos que se presenta acorazado para atar a la tierra el producto más acabado y perfecto que Norteamérica puede disfrutar en ese momento, a saber: el tráfuga arrebatado a esa Europa que hasta ahora venía acaparando a los herederos y a los estetas. En éstas, concluye el manuscrito con una interrogante de Graham Fielder sobre la ambigüedad de sus compromisos con ese “monstruo” que constituye la casa que ha heredado: la inanidad de Newport nos revela la rapacidad de todo el país y, valga la expresión, la ferocidad de las bondades de la herencia de Frank Betterman. No resulta desalentador que se haya detenido aquí, en la medida en que cuesta trabajo imaginar que Nueva York hubiera podido, como continuación, ofrecer una mejor “metonimia”.

Edith Wharton, en *A Backward Glance*, autobiografía publicada en 1933, evoca en numerosas ocasiones a Henry James, observando la delicadeza de no mencionar ni por asomo los actos de generosidad que tuvo para con él; le dedica un capítulo entero, a un tiempo admirativo, incluso devoto, y burlón, en el que expresa sus reservas respecto de la “tercera etapa” del Maestro: “Estimo que sus últimas novelas, a pesar de toda su honda belleza moral, van despojándose de atmósfera, van desprendiéndose de ese aire humano espeso y nutritivo en el que todos vivimos y crecemos. [...] Sus escenas están desguarnecidas como en los buenos tiempos lo estaban las del Théâtre-Français en los que no había ninguna mesa, ni silla que tuviera *relación alguna con la acción*”. No es menos cierto que en páginas precedentes no parece abrigar ningún temor de declarar justamente lo contrario: “Por más deleitables que fueran sus primeras novelas –y ninguno de sus

libros pueden alcanzar el punto de perfección, sin duda, de *Retrato de una dama*—, Henry James, al escribirlas, no hacía más que espumar la superficie de la vida y de su arte, si lo comparamos con lo que vendría después”.

La paradoja que le inducía a oscilar entre esas opiniones contradictorias, o, al menos, enfrentadas, obedece sin duda a la doble naturaleza del novelista, que ha de ser a un tiempo un titiritero invisible que maneja los hilos de la marioneta y una Sherezade acurrucada en el umbral de un recinto encantado. Henry James, *en teoría*, parece haber propugnado que sólo el titiritero era admisible, pero el primero en poner en tela de juicio esta convicción fue él mismo. Uno de los aspectos más valiosamente interesantes de las *Notas para La torre de marfil* es aquél que revela en el autor el poder de la Sherezade, que antes que nada *se cuenta a sí misma* la atmósfera, el aire humano, espeso y nutritivo (según los términos que Wharton nos ofrece para refutarla) en los que vivirán y crecerán sus personajes. La célebre solicitud por la estructura de puntos de vista sucesivos es, de hecho, la búsqueda de las condiciones óptimas para que cada personaje, pleno de vida ya, pueda, en un momento dado, en un “acto” particular del “drama”, presentarse sin interferencias importunas cuan intenso y profundo es, despojado, acaso, e incluso, si así se quiere, ilusoriamente liberado de su autor, pero justamente para no verse privado de sí mismo.

La rigurosa función de la estructura no consiste en arrojar los objetos que no guardan *relación con la acción*, sino antes bien la de permitir que ninguna posibilidad de acción se vea excluida, que todos sus aspectos puedan ser tenidos en cuenta y puestos en relación. Edith Wharton tiene probablemente una parte de razón respecto de los efectos, aunque nos parece que no ha apreciado correctamente las causas. Pues si el James “último”, haciendo efectivamente bastante más que “espumar la superficie de la vida y de su arte”, puede parecer que se extravía, no lo hace en un vacío producido por un exceso de minucia, sino por la sobreadundan-

cia, la simultaneidad de elementos en masa, que lleva consigo la complejidad de su método y el vigor de su carácter. No hay duda de que, espoleado a un proyecto ambicioso, elige para *La torre de marfil* la acción y la estructura que pueden asimilar mejor los datos de su experiencia personal y de su propia psicología. Se sitúa ante el enigma de una materia viva, cuya fascinación se esfuerza en restituir.

No otra cosa hizo a lo largo de la indesmayable vitalidad de su obra. No obstante, su genio, al comienzo, pudo ser animado por el impulso de descubrir –por el estímulo de las ignorancias que había que vencer–. Ahora bien, el tiempo acumula cosas que hay que tomar en consideración y amenaza con paralizar la mirada cautivadora en una infinita contemplación de revelaciones acumuladas. La dificultad de expresión del James maduro –esto es, sus escasas solícitud, voluntad o capacidad didáctica para llevar de la mano al lector por el dédalo mágico– es la del hombre que sabe demasiado; la del escritor que después de mucho tiempo ha *comprendido* y que experimenta la necesidad de ahondar en su sabiduría, más que en explicarla a los ojos del mundo.

JEAN PAVANS

*Traducción del francés por Luis Cayo Pérez Bueno.*

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO

EL DÍA 27 DE MAYO DE 2003,

EN GUADA IMPRESORES.